

SOCIALISMO:

10 AÑOS DE RENOVACION

1979-1989: EL ADIOS AL MARXISMO Y AL LENINISMO



TOMO II



RICARDO
NUÑEZ
(Compilador)



LAS EDICIONES DEL ORNITORRINCO

SOCIALISMO:
10 AÑOS DE
RENOVACION

1979-1989. EL ADIOS AL MARXISMO-LENINISMO

RICARDO NUÑEZ (Compilador)

TOMO II

LAS EDICIONES DEL ORNITORRINCO



En un perdido rincón del planeta los ornitorrincos se extinguen.
Con seguridad, no hay en toda la tierra seres que luchen con más
empeño por sobrevivir en ella.

A 921 : 2
2875



© 1991, by las Ediciones del Ornitorrinco
Alberto Reyes 032, Providencia
Teléfono 773899
Santiago, Chile

Diseño y Producción: EQUUS.

Inscripción N° 81.299

Tomo 2 ISBN 956-210-048-K
Obra completa ISBN 956-210-049-8

Impreso en Chile en
Imprenta ATG - Noviembre 1991

Tiraje de esta edición: 1.000 ejemplares.

INDICE

LOS GRANDES TEMAS DE LA RENOVACION SOCIALISTA	
La convergencia: hegemonía socialista para un proyecto nacional, popular y democrático (Ricardo Núñez)	9
Rescate y renovación: la tarea de los socialistas (Jorge Arrate)	27
Socialismo renovado y democracia (Manuel Antonio Garretón)	52
Sobre la teoría de la renovación (Tomás Moulián)	100
Mensaje y vigencia de las tesis de Ariccia (Raúl Ampuero)	113
La segunda renovación (Eugenio Tironi)	125
Hacia una crítica de la interpretación histórica de la izquierda en Chile (Marcelo Schilling)	138
Notas sobre marxismo y socialismo, hoy día (Carlos Ominami)	163
Chile: los grandes temas y tareas de la reconstrucción (Ricardo Lagos)	182
El amplio marco de una fuerza socialista común (Enrique Correa)	212
Democracia y socialismo (Armando Arancibia)	216
La preferencia democrática del socialismo (Angel Flisfish)	219
Juventud y movimiento estudiantil (Ricardo Solari)	233
Convergencia y porvenir (Ernesto Benado)	245
La difícil tarea de los socialistas hoy (Ricardo Núñez)	255
Democracia y socialización (Gonzalo D. Martner)	262

Socialismo y cristianismo (José A. Viera-Gallo)	269
Cultura y socialismo: nuestra propia aventura (Eduardo Carrasco)	277
La Central Unitaria va a nacer ahí, peleando por la democracia (Arturo Martínez)	282
Devolver a los jóvenes la confianza recibida (Carolina Tohá)	303
Salvador Allende (Marcelo Schilling)	306
Mujer y socialismo (Ma. Antonieta Saa - Ma. de la Luz Silva)	309
Mujer e identidad política en Chile (Julieta Kirkwood)	315
Allende estadista: ¿teórico de la revolución? (Jaime Gazmuri)	323
¿Revolución en la revolución? La comuna de Polonia (Marcelo Schilling)	344
¿Polonia como Chile? (José Miguel Insulza)	369
¿Dónde va la URSS? (Marcelo Schilling)	372
Gorbachov, socialismo y religión (Alejandro Witker)	381
Cuba: El espejo del pasado (José M. Insulza)	385
PS y la Internacional Socialista: participar del encuentro histórico del socialismo mundial (José M. Insulza)	393
Carta a los socialistas (Carlos Altamirano Orrego)	397

LAS BASES FUNDACIONALES DEL SOCIALISMO CHILENO

Fundamentación teórica del programa del Partido Socialista (1947) (Eugenio González Rojas)	435
---	-----

LOS GRANDES TEMAS DE LA RENOVACION SOCIALISTA

Ricardo Núñez, secretario general del
PS de Chile:

**"LA CONVERGENCIA: HEGEMONIA
SOCIALISTA PARA UN PROYECTO
NACIONAL, POPULAR Y
DEMOCRATICO"**

Entrevista por Marcelo Schilling

Esta entrevista se hizo sin fotografías. El entrevistado, conocido a secas como *Simón* (Ricardo Núñez) fue elegido secretario general del PS en el XXIV Congreso, que su organización realizó después de la división partidaria de 1979, y desde entonces ejerce su cargo en Chile. Dirigente estudiantil, socialista de larga trayectoria y varias veces miembro de la dirección nacional del PS, Simón (Ricardo Núñez) expresa bien —incluso por su juventud— la renovación teórica política que vive el socialismo chileno. Es uno de los artífices principales de la reconstrucción unitaria del PS actualmente en curso en Chile, de la constitución del Secretariado de la Convergencia Socialista —que reúne al PS que el mismo dirige, la IC, el MAPU y el MAPU OC— y de la firma del Manifiesto Democrático suscrito por personeros de la derecha republicana, el movimiento socialdemócrata, la democracia cristiana, el Partido Radical y los socialistas del Comité Político de Unidad. La entrevista se realizó a comienzos de junio, en una casa de campo del sur de Chile.

(*) Publicado en revista *Convergencia*, N° 9, julio 1983.

—A tu juicio ¿cuáles son las manifestaciones principales de la actual crisis nacional?

—En primer lugar, la crisis económica. Esta envuelve hoy al conjunto de la sociedad chilena y marca la coyuntura, el carácter y el destino posible de la crisis. A pesar de los salvavidas que eventualmente pudiera lanzarse el sistema financiero mundial al Régimen de Pinochet, esta crisis no tiene salida a corto plazo.

Hay además, una crisis política no manifestada claramente en el interior del régimen; pero toda la disputa que actualmente existe entre "gremialistas" y "nacionalistas", entre ellos y el propio Pinochet, la actividad de sectores de la burguesía que tratan de reorganizar el Partido Nacional, indican un grado alto de desorientación y pugna en el bloque en el poder.

También se inscribe en esta crisis nacional lo que se ha denominado la crisis moral. Ella es siempre discutible, sus parámetros no son fáciles de distinguir. Sin embargo, todo aquello que dice relación con los valores éticos esenciales de una nación está en crisis en nuestro país. Hasta en los negocios... recuérdate de la polémica Vial-Luders, vía Ricardo Claro, por el asunto de la "compra" de la mediación de sus conflictos financieros; del sicópata de Viña del Mar, en que están inmiscuidos Gubler y policías uniformados; de los asesinatos de Calama perpetrados por agentes de la CNI; en fin... Esta crisis moral está vinculada a otra gran crisis del país, la de la esperanza. Nuestro pueblo vivió, hasta hace unos seis meses, la crisis de la esperanza. No se veían caminos claros, a poco andar, para dar cuenta del régimen opresor, cundían la apatía, el desinterés...

—Dices que nuestro pueblo "vivió" una crisis de esperanza...

—Sí. Lo digo en pasado, porque en el último semestre se ha revertido la situación y esa crisis de esperanza hoy no existe. Por el contrario, la posibilidad cierta de poder organizar en nuestro pueblo una acción y un embate decisivo contra la dictadura, nos

permite asegurar que estamos viviendo una nueva etapa de la lucha contra el régimen de Pinochet, la cual abarca cada vez más sectores hasta hace poco desmovilizados.

—Entonces, Chile, hoy, ¿vislumbra una opción a la crisis?

—No vislumbra una alternativa. Se vislumbran alternativas. La repolitización de la sociedad chilena, la propia crisis latente del régimen, la incapacidad de éste para dar soluciones, perspectivas, en fin... Todo eso se va conjugando paulatinamente en la generación de una gran alternativa democrática para nuestro país.

—¿Una de esas opciones sería la del Manifiesto Democrático?

—Este se inscribe exactamente dentro de esa creación de alternativas posibles. No es la única, sin duda, pero es la que ha tenido mayor fuerza e impacto en los últimos tiempos. Me atrevo a decir que el Manifiesto Democrático fue una suerte de gatillar la conciencia política de muchos sectores adormecidos que, aún cuando habían planteado la necesidad de generar el más amplio consenso democrático posible, no habían dado los pasos suficientes como los que fuimos capaces de dar nosotros, que impulsamos las conversaciones que desembocaron en la firma de ese Manifiesto. Este se inserta en la perspectiva de generar la evidencia de que después de Pinochet es posible un proyecto nacional democratizador y de que existen los agentes, los elementos y los hombres, no sólo de los partidos, dispuestos a asumir las grandes tareas nacionales que permitan sacar a nuestro país de la crisis profunda en que lo sumió el régimen actual.

—Jornadas de protesta como la del 11 de mayo ¿no son tanto o más importantes que el Manifiesto Democrático en relación a estimular conciencias y a ofrecer opciones a la dictadura, por cuanto involucran movilización social opositora?

—Estoy de acuerdo. Aunque tengo casi la certeza de que la protesta del 11 de mayo, convocada y dirigida por la Confederación de Trabajadores del Cobre y asumida por el conjunto de los

chilenos, así como los triunfos opositores en las elecciones de colegios profesionales y en los organismos estudiantiles universitarios, han sido posibles no sólo por el Manifiesto Democrático, pero fundamentalmente porque en él se vio un esfuerzo político determinante, capaz de concertar fuerzas políticas y sociales dispuestas a enfrentar a la dictadura. Entonces, el Manifiesto Democrático no es el único, pero es un factor que explica bastante lo que fue la protesta nacional, esas elecciones y, naturalmente, lo que serán las futuras protestas nacionales, que el 11 de mayo no han hecho sino comenzar.

—¿Cómo se vinculan estos esfuerzos de amplia concentración democrática antidictatorial con la perspectiva de lucha por el socialismo?

—Yo no diría que se trata de momentos secuenciales. Nuestras organizaciones socialistas, básicamente el Partido Socialista, tienen claro que, en este período, es fundamental la creación de un frente amplio opositor con carácter democrático. Con todo, tenemos igualmente claro que ninguno de los partidos, organizaciones y personas que han concurrido a la firma del Manifiesto, han dejado de lado sus proyectos estratégicos y los socialistas chilenos tampoco hemos hecho tal abandono. Hemos revisado y renovado —a la vez que recuperado y reafirmado— nuestro pensamiento y acción en orden a una definición estratégica del socialismo en Chile. Eso nos permite coordinar más claramente la lucha actual con la lucha por el socialismo, sin solución de continuidad. La lucha por el socialismo en nuestra patria reviste características nuevas, distintas a las del pasado. Es necesario rearticular fuerza y conciencia popular en torno a la idea socialista, y replantearse muchos elementos que teníamos como dogmas. Pero no hemos, ni mucho menos, caducado la perspectiva estratégica del socialismo. Ella hay que reconstruirla desde ya y, al calor de la lucha actual, reincorporar el ideario socialista en la conciencia de nuestro pueblo y de sus clases y sectores más postergados.

—Dices que es preciso crear fuerza por el socialismo "desde ya". Sin embargo, en el Manifiesto Democrático, el Partido Comunista está ausente. Este hecho ¿no debilita la perspectiva socialista?

—No habría que confundir algunas cosas. El Manifiesto Democrático no pretende ser el grito de rebeldía popular que pone a la orden del día la lucha por el socialismo. En realidad tiene un carácter bastante elemental y está referido básicamente a la coyuntura. Es más bien un llamado, que tiene carácter de pacto en tanto que las fuerzas en él comprometidas han resuelto hacer conciencia de que en Chile no hay alternativas si no es la democracia. Por lo mismo, es limitado, ya que no es un acuerdo político de la naturaleza "frentista" o "aliancista" que antes conocimos en el país, ni tampoco es un pacto de gobierno, como algunos han sostenido. De ahí que no se puede hacer una relación tan unívoca entre el Manifiesto y lucha por el socialismo, más bien creo que el Manifiesto Democrático y toda la capacidad movilizadora que pueda haber detrás de él tiene necesariamente que involucrar al conjunto de las fuerzas políticas y sociales que en Chile se proclaman por el socialismo y en ese sentido nos parece fundamental —sea en el mismo Manifiesto o en otras entidades o entendimientos que seamos capaces de generar— que estén el PC y la convergencia socialista.

Entre los partidos comunistas y nosotros subsisten y subsistirán diferencias con respecto a cuestiones de táctica, de estrategia, al tipo de sociedad socialista que aspiramos a construir. Ellos estarán presentes, como conflicto y competencia, permanentemente. Pero no hay duda de que el PC y su fuerza, en el presente, es necesario para la conformación de un consenso democratizador lo más amplio posible.

—Los socialistas, en el pasado reciente, valoraron su relación con el PC como "eje" de la unidad social y política del movimiento popular, y de la izquierda. ¿Esa valorización sub-

siste o se ha modificado?

—Entre los socialistas, y en unos más que en otros, hay una tendencia a asumir críticamente lo que fue la relación con el PC. Esta alianza marcó a lo menos 17 años de la historia del PS y también a la izquierda chilena en su conjunto. Tuvo resultados extraordinariamente positivos, en cuanto significó contribuir a un avance de nuestro pueblo en su lucha democrático socialista. La Unidad Popular y antes el FRAP fueron buena prueba de lo que eran capaces dos partidos que se comprometían conjuntamente en proyectos nacionales. Sin embargo, la alianza socialista-comunista no agotó ni agota, no convocó ni convoca, por sí misma, el arco social de vocación objetivamente anticapitalista y por el socialismo en Chile. Dicha alianza expresó un sector de nuestro pueblo, particularmente la fuerza trabajadora organizada y en especial la clase obrera, pero no da cuenta de otros sectores necesarios de integrar en el proyecto nacional, popular y democrático del socialismo. Por ello, creemos que el PS tiene que ser capaz de dar un salto cualitativo en la reformulación de sus alianzas y en la definición de un nuevo tipo de relación con el PC, con el cual libramos una imprescindible lucha ideológica en el movimiento popular. Esto implica conflicto a veces y apoyo mutuo cuando sea posible. La disputa por la hegemonía en el movimiento popular será básicamente entre nosotros y el PC, en la medida que en éste subsisten criterios, concepciones, estilos y prácticas distintas a las que nuestro partido formuló a lo largo de su historia y que hoy resurgen con fuerza para enfrentar las tareas democrático socialistas de hoy y del futuro.

—¿Cuáles son las ideas fuerza que caracterizan el socialismo postulado por el PS y que lo hacen diferente del proyecto del PC?

—Mira. Es evidente que el PS ha recuperado fuerza inspiradora para sus definiciones estratégicas a partir de su acta fundacional del año 33, del programa de 1947, del frente de tra-

bajadores y, sobre todo, de la historia de lucha popular y nacional de nuestro país. En tal sentido, nuestro partido y en general los socialistas que están en proceso de reunificación, han asumido la idea de que no es posible el socialismo sin democracia política y que no hay democracia si ésta no tiene contenido y proyección socialista. Así, la dimensión democrática incorporada al ideario socialista es no sólo un rescate que se hace luego del golpe de Estado de 1973, sino que es una revalorización de lo que fueron los aportes teórico políticos del PS desde su fundación. Ese es un factor fundamental.

De ahí surgen conclusiones como las siguientes. En primer lugar, el socialismo a que aspiramos para nuestra patria tiene que ser profundamente enraizado en las características específicas de nuestra nacionalidad. Nuestro pueblo tiene raíces culturales y formas propias de expresión y actividad ideológica, política, intelectual, de la vida cotidiana, que lo hacen tener una identidad necesaria de rescatar en la perspectiva de proyectarla como un factor de conjugación de la diversidad y del conjunto de los pueblos latinoamericanos. También pensamos que el socialismo requiere ser pluralista y muy atento a la defensa y respeto de los derechos humanos que no son conquistas del capitalismo —como algunos afirman— sino que de los pueblos oprimidos del mundo. Cuando hablamos de pluralismo estamos diciendo que en el socialismo estén, con plenitud de derechos, todos aquellos que quieran avanzar en la socialización permanente y constante de la sociedad, y entre los cuales no sólo deben considerarse los llamados partidos socialistas, sino que además otras expresiones sociales y culturales que sean reflejo legítimo de las aspiraciones de nuestro pueblo. Creemos, claro, que no caben aquellos cuyo fin de siempre será minar el desarrollo democrático de la sociedad socialista. Sin embargo, esto último no puede significar convertir en función esencial del Estado socialista la represión del disidente u opositor. Por otra parte, derivado de lo anterior, nuestro

socialismo es portador de un profundo humanismo, que no desechamos a pesar de los muchos embates racionalistas y positivistas que desde el propio marxismo se han hecho en su contra.

En suma, nuestra propuesta socialista busca la socialización real del poder.

—Eso, en cuanto a principios para una teoría política y del Estado en el socialismo; ¿y en cuanto a la hegemonía?

—Combinar formas múltiples de propiedad y de gestión, preservando para el Estado la capacidad de orientación general del funcionamiento de la economía. Propiedad privada, empresas de trabajadores, propiedad social, formas cooperativas y autogestionarias en los sectores no estratégicos. Preservación para el Estado del manejo de las empresas estratégicas, de modo que disponga de capacidad efectiva para ordenar y conducir el sentido general del desarrollo económico social del país. Por cierto, introduciendo en las empresas del Estado formas de participación, control y gestión de los trabajadores que limiten la autonomía estatal y combatan el surgimiento de tendencias tecnoburocráticas y de la burocracia como nueva clase dirigente o dominante.

—Toda heterodoxia tiene costos a nivel de las relaciones internacionales.

—Por eso los socialistas hemos combatido siempre la bipolaridad y la división del mundo en bloques, y para salir de ese esquema maniqueo retomamos, como en muchos otros asuntos, el legado teórico político de Salvador Allende: tender a la diversificación de nuestras relaciones internacionales en lo económico, lo político diplomático, lo cultural, en la defensa, practicando una política de no alineamiento activo, solidaria con América Latina y sus pueblos, y con el llamado Tercer Mundo. Todo ello sobre la base de un esfuerzo por acrecentar, en diversos ámbitos, la fuerza propia de Chile, aunque sin pretensiones autárquicas.

—Chile se ubica en la zona de interés estratégico directo

de los EE.UU. ¿Qué tipo de relación postulas desarrollar hacia ese país?

—Por un largo período histórico todas las fuerzas progresistas del continente, incluso las socialdemócratas y populistas, tendrán como enemigo fundamental a los EE.UU. El imperialismo estadounidense tiene demasiados intereses en la región, que son obstáculo para cualquier intento de construir sociedades más libres, soberanas y democráticas... no se diga del socialismo. El conflicto es, pues, inevitable y tenemos muy claro que debemos prepararnos para una lucha larga contra el interés imperialista, aún hegemónico en la sociedad estadounidense. Sin embargo, lo anterior no nos debe llevar al maniqueísmo. En EE.UU. han surgido fuerzas liberales en partidos e iglesias, el movimiento antinuclear, una nueva intelectualidad, el ecologismo, el pacifismo, en fin, con los cuales se puede contar para los proyectos de liberación de nuestros pueblos. Que así es, lo prueba hoy su oposición al intervencionismo de Reagan en Centroamérica y su oposición de ayer al genocidio y la guerra en Vietnam.

—¿Qué otros apoyos pueden contribuir a neutralizar la agresividad imperialista?

—Las relaciones entre los pueblos explotados, entre los gobiernos de liberación y entre las fuerzas políticas afines en América Latina y el mundo. Respecto a estas últimas, en especial las relaciones entre las fuerzas socialistas, cuestión en que se han dado pasos interesantes de aproximación que alcanzan a los socialistas chilenos y a la convergencia, al PS-1 y al MIR de Bolivia, al PSR y a la UDP en Perú, al PSR de Ecuador, al MAS venezolano, a partidos brasileños y uruguayos. En Argentina, el asunto es complejo, pero hay fuerzas políticas hasta en el peronismo que siguen con atención nuestras experiencias y perspectivas. Hay condiciones para replantearnos la visión latinoamericanista siempre presente en las definiciones político estratégicas de nuestro partido e ir a la materialización de un acuerdo cada vez más profundo con

todas esas fuerzas que, no siendo idénticas, tienen proyectos congruentes entre sí.

—¿Cuáles son las líneas de acción fundamentales que ustedes impulsan para lograr el término de la dictadura en Chile?

—No hay posibilidades de terminar con la dictadura si no somos capaces de comprometer en ello la voluntad del conjunto de nuestro pueblo, de elevar el nivel de rebeldía popular, de reconstruir el tejido de organizaciones sociales del pueblo estrechando las relaciones entre ellos, incluyendo los partidos, y de generar un proyecto que trascienda conciencias, voluntades y la situación actual. Sólo la articulación de la actual diversidad opositora, la generalización de las experiencias parciales de lucha y la globalización del conflicto con la dictadura en una gran protesta nacional, dará cuenta del régimen militar.

—¿Y cómo se encara el problema de la democratización, en especial respecto a las fuerzas armadas?

—La garantía de una democratización real pasa porque las fuerzas políticas comprometidas en ese proceso asuman la obligación histórica de una democratización profunda de las fuerzas armadas y del poder judicial en Chile. Un consenso nacional en ese plano es imprescindible. No se trata de destruir el ejército, se trata de reformular su papel en la sociedad chilena y retornarlo al rol que históricamente cumplió en defensa de la soberanía, de compromiso con la democracia y con el desarrollo económico social. Sólo un ejército así concebido es garante de la integridad territorial del país. A su vez, el poder judicial requiere una reestructuración sustantiva y reasumir una necesaria equidistancia que le autonomice del poder de turno.

Al respecto hay una evidencia por todos asumida. Que esta tarea democratizadora será una de las más duras, difíciles y complejas, que deberán hacer propia todas las fuerzas democráticas.

—Exigir esclarecimiento y justicia en la situación de los desaparecidos y de los ejecutados ¿no induce a los militares a

consolidar su solidaridad interna y a favorecer el inmovilismo dentro de ellos?

—El temor a ese reclamo justo, podría efectivamente motivarlos a no impulsar ni permitir los cambios necesarios que hoy exige el conjunto del país. Sin embargo, es probable que esos sectores sean cada vez más minoritarios y que incluso en las propias fuerzas armadas surja la idea de que esos esclarecimientos son necesarios, en beneficio de la remoralización de la sociedad y para el rescate de la convivencia democrática entre los chilenos, en cuanto ésta es el más sólido puntal de la defensa del país. Así, es probable el establecimiento de tribunales de justicia debidamente calificados, con leyes no ad hoc sino actualmente vigentes, que sean capaces de juzgar a la luz de principios jurídicos universales los delitos cometidos por el terrorismo de Estado pinochetista.

—¿En qué consiste la propuesta del compromiso democrático?

—Ni la idea del pacto social, ni del pacto de gobierno agotan nuestra propuesta del compromiso democrático. Tras ella está la idea de la conjugación de fuerzas sociales y políticas en torno a un proyecto nacional que dé cabida a la democratización, a la creación de instituciones sólidas y estables, de espacios de participación popular real y permanente, de mecanismos para elevar constante y progresivamente las condiciones de vida del pueblo y, en especial, de los sectores más postergados. Ningún partido, ni el conjunto de los partidos de izquierda están en condiciones de asumir, en representación de nuestro pueblo, un pacto sólo para congelar los legítimos intereses y demandas de los chilenos. Por ello, un compromiso democrático lo insertamos, más bien, en la idea de aunar fuerzas en un gran proyecto nacional popular, de carácter democrático, que responda a los intereses históricos de Chile permitiendo el rescate de las justas y legítimas aspiraciones de las clases más postergadas de su sociedad.

—¿Cuál es la diferencia entre el "frente antifascista" del PC y el frente amplio opositor que se construye a través de hechos como el Manifiesto Democrático?

—En la tesis del PC había un intento de conferir a determinados sectores políticos, en exclusividad, la capacidad de terminar con la dictadura y la representación del pueblo. En el Manifiesto se conjugan fuerzas en condiciones de igualdad, incluso con proyectos estratégico-históricos distintos y, sin embargo, de acuerdo en una cuestión esencial: entregar una alternativa de coyuntura a nuestro pueblo, una perspectiva de movilización y de conducción estable, seria, organizada, a sus demandas. En el Manifiesto Democrático no hay un pacto de gobierno. Hay un compromiso para acabar con el régimen militar y de internalizar en la sociedad chilena la idea de que por el actual camino no es posible salir de la gran crisis nacional en marcha.

—El PC saltó de la tesis del "frente antifascista" a la política de la "violencia aguda". ¿Te parece pertinente ese cambio de línea.

—Nunca hemos logrado horadar en lo más íntimo del porqué del cambio, ni en qué consiste la nueva política comunista. No hemos llegado a comprenderla con la claridad que tal vez tienen aquellos que la han formulado. Ahora bien, pensamos que fue planteada en el momento en que, aparentemente, se cerraban todas las formas de lucha de masas, cuando en apariencia se producía una suerte de desmovilización generalizada a raíz del plebiscito de 1980. Creo que, en gran medida, esa política estuvo precedida por estos hechos, observados de manera demasiado mecánica. Nosotros, pese a que constatábamos con realismo el estado del movimiento popular, e intentamos continuar haciéndolo, nunca perdimos la confianza en que el movimiento estudiantil resurgiría con la fuerza con que finalmente lo hizo, o en que el movimiento sindical, a pesar de sus divisiones, adoptaría un camino de lucha como el que adoptó, dirigido principalmente

por la Confederación de Trabajadores del Cobre (CTC) y la Coordinadora Nacional Sindical (CNS).

En el último año, múltiples manifestaciones de lucha y de organización popular de base, más la creciente capacidad organizativa de los partidos, demuestran que el camino va más por ese lado que por la idea de generar ejércitos populares irregulares a partir de las barriadas de Santiago o focos guerrilleros o actos de terrorismo destinados a "elevar" desde afuera la conciencia de lucha de los trabajadores y el pueblo. Lo que actualmente sucede en el país no es el fruto de un día ni de un acto, sino que es resultado de toda una paciente reconstrucción del tejido social y prueba que la lucha contra la dictadura pasa por la creación, desarrollo y profundización de los elementos fundamentales para erigir un amplio frente opositor con capacidad y voluntad de lucha democrática.

—Por no respaldar esa política de "violencia aguda", se te acusa de pacifista.

—No pretendo que me califiquen de otro modo, porque ser pacifista no es, mucho menos en abstracto, un pecado o un estigma del que deba sacudirme. Pero es un calificativo a lo menos gratuito, porque nunca hemos estado por practicar en Chile formas exclusivamente pacíficas para poner fin a la dictadura. Sin embargo, creo que la antítesis del pacifismo es también una idea equivocada que reduce la política a un problema de fuerza y nada más.

Por el carácter de la dictadura y el rol de Pinochet en ella, nos inclinamos a pensar que desgraciadamente, y recalco desgraciadamente, el régimen puede llevarnos a momentos de violencia que tendremos que enfrentar, pero con la capacidad organizada de nuestro pueblo. No con vanguardismos, ni con la idea de que sólo una élite paramilitar está en condiciones de oponerse a esa violencia.

—La rearticulación del movimiento sindical ¿se da vía organizaciones de base con dirigentes representativos o por es-

fuerzos tipo la CNS, más bien de cúpula?

—Transita por una relación entre ambos tipos de procesos. La generación llamada cupular fue un proceso necesario y no sólo en lo sindical. No se la puede descalificar a priori a partir de concepciones teóricas abstractas. Sin embargo, está claro que ninguna de las organizaciones creadas de esa manera recoge toda la riqueza del movimiento social generado al calor de la lucha antidictatorial.

—¿No te parece que se recupera más auténticamente la autonomía del movimiento popular y una nueva modalidad de relación entre éste y los partidos, si se privilegia el reagrupamiento en torno a los dirigentes y organizaciones reales existentes hoy día, mas que en torno a las forjadas por la cúpula?

—Yo creo que es efectivo...

—¿Ibas a agregar un "pero"?

—No. No es un "pero". Quiero decir que no todos los partidos han hecho un análisis crítico de lo que fueron sus relaciones con el movimiento social, antaño. Las fuerzas socialistas, de la convergencia o del PS, en general sí lo han hecho, y muy crítico. De la experiencia vivida emergerá un nuevo tipo de relación, ayudada por la conciencia respecto al problema en dirigentes y partidos y, sobre todo, por las exigencias provenientes del propio movimiento social.

—¿Cuál es tu visión de la convergencia socialista?

—Es una experiencia pluralista, integradora, que rescata valores culturales y sociales que el PS per se no rescataba. Entre otras tareas tiene la de redefinir nuevas relaciones en la izquierda chilena y la cuestión de la hegemonía en ella, así como la de contribuir esencialmente a la conjugación de las fuerzas democráticas contra la dictadura. Lo principal es que tiene la posibilidad de transformarse en una fuerza política, cultural, espiritual, teórica y moral que hegemonice un gran proyecto estratégico socialista para Chile. La convergencia sola, sin un fuerte Partido Socialista

ta no tiene, a nuestro juicio, posibilidades, perspectivas, así como el PS solo, sin capacidad de asumir el nuevo fenómeno de esa fuerza socialista gestada al calor de la inserción social de un mensaje evangelizador popular, no tiene posibilidad de enfrentar exitosamente el reto democrático socialista en nuestra patria.

—¿Por qué el Secretariado de Convergencia Socialista (SCS) no firmó el Manifiesto Democrático? ¿NO es un contrasentido que ustedes lo firmaran sin sus principales aliados e interlocutores?

—Los demás partidos que conforman el SCS, por distintas razones, se pronunciaron porque éste no firmara el Manifiesto. El MAPU, el MAPU OC y la IC enfrentaban para ello diversos problemas, derivados de aproximaciones y valorizaciones distintas respecto al significado del Manifiesto. No señalo cuales son las contradicciones que se dieron en su seno, pero pienso que son de fácil solución. La cosa es que no estaban resueltos al momento de la firma.

Ahora, lo ocurrido no es un contrasentido. Nosotros no privilegamos el Manifiesto por sobre la convergencia. La carta que el SCS envió a los firmantes del Manifiesto hace una valorización positiva de su impacto en el país, en sus fuerzas políticas, y de lo que fue nuestra actitud.

—Las fuerzas de la convergencia ¿desconfían o simpatizan con la reconstrucción socialista y la constitución del Comité Político de Unidad Socialista (CPUS) como su dirección unitaria?

—El pronunciamiento de los dirigentes de la convergencia y de sus partidos ha sido, al respecto, positivo. Aunque cada uno desde distintas perspectivas, han expresado su complacencia por este proceso.

—¿En torno a qué políticas medulares se dio el desarrollo del CPUS? ¿O sólo se trata del "reencuentro de la familia"?

—Está desterrada la idea de una simple unidad nostálgica de la familia socialista. La experiencia vivida después del golpe,

lo que estuvo tras de cada desgajamiento del partido, los problemas político-teóricos de la crisis vivida por el PS en los últimos 10 años, demostraron que esta reconstrucción requiere hacerse sobre la base de principios, del rescate de las definiciones básicas del socialismo chileno, de una gran perspectiva de renovación política, teórica, moral en el partido, de la creación de un nuevo estilo de hacer política dentro del PS y hacia la sociedad.

—Además de esos criterios básicos ¿se ha convenido en impulsar algunas líneas de acción en común? Por ejemplo, la firma del manifiesto Democrático por varios socialistas expresivos del CPUS o la relación con el SCS, con el que el CPUS estableció un enlace coordinador permanente, ¿significa que hay líneas de acción inmediata que se impulsan con el acuerdo de los participantes en el CPUS?

—Correcto. Y eso es extensivo a la concertación de la acción en movimiento social, por frentes y regiones.

—En esta nueva dirección unitaria del PS no está la Coordinadora Nacional de Regionales (CNR), que desde un comienzo participó en el proceso de unidad contribuyendo a gestar el antecedente del CPUS que fue el Comité de Enlace Permanente de los socialistas: ¿por qué se restó?

—Mira. Los argumentos dados por la CNR son de dos órdenes. Uno, de desconfianza, en el sentido que el CPUS no va a dar cuenta de todas sus experiencias o inquietudes. Otro, que para la CNR el CPUS es un paso prematuro. Nosotros dejamos establecido que éste es un proceso y, por lo tanto, que sus exigencias e inquietudes tenían, tienen y tendrán cabida en el CPUS. Por otra parte, hemos probado que no es prematuro porque, más allá de las diferencias que en él subsisten, ha dado conducción única y homogénea al partido, lo cual demuestra que esto es posible.

Seguimos pensando que la CNR debe estar en el CPUS, en especial sus compañeros que están en Chile, y que sus inquietudes pueden ser discutidas y resueltas democráticamente por todos

los socialistas en el CPUS.

—Tampoco está completo el sector dirigido por Clodomiro Almeyda.

—Esto tiene otras razones. Sólo adhiere un sector de esa organización por las distintas apreciaciones que en su interior hay frente al proceso de reconstrucción partidaria. Un sector, el que firmó, se ha comprometido hace tiempo en la idea de la reconstrucción unitaria del partido, de modo claro y categórico. El otro no cree en esto. A esas contradicciones se debe este hecho, las cuales se hicieron manifiestas una vez que el sector de Almeyda fracasó en su pretensión de aparecer como el único destacamento socialista en el país, desconociendo así la crisis partidaria y a muchos sectores que se reclamaban, legítimamente, parte del PS.

—El proceso unitario ¿está cristalizado respecto a la autoexclusión de uno de los sectores del PS dirigido por Almeyda?

—Por la información que tengo, ellos no han resuelto esa situación. Dentro del próximo mes tienen una reunión en que definirán su posición. Ahí veremos qué pasa.

—¿Y que ocurre con la unidad de la izquierda chilena hoy día?

—Al respecto se están dando iniciativas apegadas a la realidad, pero no sólo de la situación del país, sino también de los partidos. Eso permite avizorar que un nuevo entendimiento se está generando paulatinamente en el país entre las fuerzas comprometidas, desde una perspectiva de izquierda, por luchar contra la dictadura. En ese sentido es valioso el encuentro reciente entre el Partido Radical, el Partido Comunista, el SCS y el CPUS, pues esas son las fuerzas políticas que realmente representan el pensamiento izquierdista y revolucionario en Chile. Ello permitió simplificar el cuadro de la izquierda y establecer mecanismos más expeditos de coordinación. Este mismo proceso debe darse también en el exterior, aunque afuera hay circunstancias que lo difi-

cultan.

Una vez que los espacios políticos comunes se profundicen y que la confianza para actuar juntos se restablezca, podremos hablar de que la izquierda se ha reunificado.

RESCATE Y RENOVACION: LA TAREA DE LOS SOCIALISTAS(*)

Jorge Arrate

"La historia, que es vida, es decir, emergencia constante de formas nuevas rehuye todo encuadramiento en rígidos sistemas. Para ser eficaces, las ideas políticas tienen que ceñirse al ritmo del devenir social; cuando así no sucede, dejan de ser factores dinámicos para convertirse en estériles dogmas, en fórmulas muertas, en mecánicas consignas".

Eugenio González

La crisis de la izquierda

En abril de 1979 el Partido Socialista de Chile sufrió la más lacerante división de su medio siglo de vida, tanto por la profundidad de las cuestiones ideológicas y políticas que la motivaron como por la oportunidad de su ocurrencia, en pleno esfuerzo por reconstituir energías para contribuir con eficacia a la lucha democrática.

La ruptura socialista evidenció, con dramática claridad, el desarrollo en el interior de la izquierda chilena de una crisis que

(*) El presente texto es el capítulo 10 del libro de Jorge Arrate *La Fuerza Democrática de la Idea Socialista*, Ediciones del Ornitorrinco, Santiago, 1985, que refundió, con correcciones marginales, los tres ensayos siguientes: "Unidad y renovación de la Izquierda", publicado en *La Lucha por la Democracia en América Latina*, Universidad Internacional Menéndez Pelayo, Madrid, 1981; "Convergencias y divergencias en la izquierda chilena", *Chile-América 78-79*, Roma, 1982; y "Los desafíos del socialismo chileno a diez años de la muerte de Allende", *Pensamiento Socialista 30*, Madrid, 1983.

significaba cuestionar las bases fundamentales de sus veinticinco años de unidad en torno a un proyecto común. En septiembre de 1973 una violenta intervención militar, puso término a la inspiradora experiencia socialista chilena que Salvador Allende había intuido varias décadas antes y luego impulsado audazmente. Los grandes partidos de masas, Socialista y Comunista, y las otras organizaciones políticas integrantes de la Unidad Popular, sufrieron implacable persecución, e iniciaron un período de varios años, que aún se prolonga, en que se debatirían entre la lucha por la sobrevivencia y los afanes jamás cumplidos de una rápida recomposición política y orgánica sobre las mismas bases esenciales del pasado. En el plano de las ideas, el lustro posterior a la derrota de 1973 se centró en el debate sobre sus causas y sobre la caracterización del régimen militar establecido en el país, con el fin de superar errores, corregir perspectivas y adecuar las políticas de alianza y las formas de lucha a las nuevas condiciones. No fueron claramente percibidos, en aquel tiempo, el horizonte que inspiraba a los dirigentes de la dictadura, la profundidad de sus intenciones de transformación, y el grado en el cual pretendían incidir en el curso de la historia nacional. Fue tan sólo en los años posteriores cuando se percibió con claridad la ambición estratégica de las "modernizaciones" impulsadas por Pinochet, el carácter acabado de las ideas sobre organización política y "democracia" contenidas en la nueva Constitución vigente desde 1981, y el impacto profundo en la vida social y material de la filosofía que inspiraba a la conducción económica, hoy cuestionada por la evidencia de su fracaso. Semejante comprobación no pudo sino plantear aún con mayor dramatismo los temas del significado del 11 de septiembre de 1973 y de la reapertura de una opción de izquierda en la sociedad chilena. De este modo, mientras en su primer tiempo el énfasis de los análisis recayó en la consideración minuciosa de las equivocaciones, supuesta o realmente cometidas desde el gobierno entre 1970 y 1973 (política inadecuada hacia las

capas medias, no desarrollo de una fuerza militar propia, errores en la relación con las Fuerzas Armadas, desequilibrios inducidos en el aparato productivo y financiero, ambigüedades en la política hacia Estados Unidos y los intereses transnacionales), en el tiempo siguiente comenzó a difundirse con mayor fuerza un intento de hacer una crítica a la izquierda con una perspectiva más larga, de introducirse en sus orígenes y características, en su desarrollo en el último cuarto de siglo, y en la forma cómo generó su proyecto y cómo lo llevó a la práctica(1).

Surge así el debate, explícita o implícitamente, un punto central: el intento socialista encabezado por Salvador Allende estuvo signado por una tensión no resuelta entre el carácter del proyecto y el de sus actores políticos, los partidos de izquierda. El proyecto fue —especialmente en el contexto latinoamericano profundamente impactado por el éxito de la Revolución cubana— claramente una "herejía". Los rasgos de utopismo de su propuesta estratégica (identificación dialéctica entre democracia y socialismo) y, sobre todo, su adhesión básica a la lucha político-institucional como caracterización de la vía, representaron una suerte de anomalía en el cuadro continental. Los actores, los partidos de izquierda, eran, por el contrario, ortodoxos. La "herejía" sostenida

(1) Esta línea de análisis, en la que se inscriben los capítulos 3 y 4, fue desarrollada, con diversos matices y desde diferentes ángulos, entre otros, en los trabajos siguientes: Manuel Antonio Garretón y Tomás Moulián, "Una perspectiva para el análisis de los aspectos ideológicos y políticos del período 1970-1973 en Chile", FLACSO, *Documento de Trabajo*, Santiago, 1976; Jorge Arrate, "Apuntes para una autocrítica: la izquierda chilena y las Fuerzas Armadas", *Chile-América* 33-34, Roma, agosto-septiembre de 1977; diversos ensayos de Tomás Moulián, en *Democracia y Socialismo en Chile*, FLACSO, Santiago, 1983; Marcelo Schilling, "Hacia una crítica de la interpretación histórica de izquierda en Chile", *Temas Socialistas* 2, Eduardo Ortiz editor, VECTOR, Santiago, 1984; Ernesto Ottone, *Hegemonía y crisis de hegemonía en el Chile contemporáneo*. Ed. LAR, Madrid, 1984.

por Allende y la "ortodoxia" de los partidos convivieron en el interior del proceso. Esta asincronía ha sido un elemento siempre presente en los esfuerzos reconstructores de la izquierda chilena realizados en los últimos años. Algunos sectores postulan que la tensión antedicha debe ser resuelta, como condición de una práctica política capaz de hacer avanzar las ideas de izquierda. La crisis socialista de 1979 fue, en el fondo, el resultado de una manera distinta de concebir la resolución de esta tensión. Algo similar puede sostenerse sobre los resquebrajamiento internos que, en grados mayores o menores y con expresiones diversas, afectaron a las otras fuerzas políticas y que configuraron un cuadro de crisis generalizada. Mientras una corriente del socialismo chileno buscó, después del golpe, resolver la asincronía descrita desarrollando las tendencias a la ortodoxia teórica en el interior del Partido y acercando su espíritu de lucha mediante la imposición del modelo leninista del partido, otra tendió a reivindicar elementos básicos del proyecto allendista en la perspectiva de hacerlos parte de una nueva propuesta de la que un partido renovado debería ser prefiguración. La primera corriente entronca con los desarrollos políticos y teóricos que adquieren significación en la década de los sesenta dentro del socialismo chileno y que culminan en su Congreso de 1967 con la apresurada consagración de la definición marxista-leninista. La segunda arranca su legitimidad histórica de la reivindicación de los rasgos fundacionales singulares del Partido, ratificados en su período de reconstrucción teórica y política a fines de los cuarenta, y el ideario que en torno a la problemática democracia-socialismo inspiró, en lo central, la tentativa allendista.

El debate sobre la "experiencia chilena" desemboca así, por senderos diferentes. Es una discusión que no se produce en el vacío ni limitada a los marcos de lo puramente nacional. Los años de dictadura van dejando huellas, determinadas por la experiencia de lucha de los núcleos sociales y políticos sobrevivien-

tes del desastre de 1973. El mensaje de parte de la izquierda exiliada va gradualmente adquiriendo énfasis y tiende a converger en sus puntos centrales con la idea de renovación que surge, en nuevas generaciones, también en Chile(2). Coadyuvan a este proceso diversos fenómenos. Tres requieren al menos una breve mención. El autoritarismo del régimen implantado en Chile influye en consolidar el antiautoritarismo de un sector de la izquierda, que se proyecta de un modo general, es decir, que implica pensar de nuevo el tipo de socialismo que se propugna y su vinculación con la libertad. La pérdida de la democracia y el desprecio con que la considera el discurso oficial en Chile induce una más profunda consideración del valor, sentido y contenidos de la democracia política y de la participación popular en las decisiones de gobierno. La violación y supresión de importantes derechos de la persona humana, antes consagrados en los textos legales y adoptados por la vía social chilena, genera una revalorización de su existencia y transforma el tema en tópico ineludible de los programas o propuestas sociales de la izquierda. El proceso descrito, aunque es de alcance general, es asumido en formas diversas por las distintas fuerzas o sectores políticos, según sus propias características o predisposiciones previas.

Por otra parte, la crisis orgánica, política y teórica de la izquierda chilena recoge también diversos elementos que surgen con gran fuerza en el curso del debate que se desarrolla en el conjunto del movimiento obrero mundial. Dos de los cimientos que sostenían, en el plano ideológico, el edificio unitario de la izquierda chilena pasan a ser objeto de viva discusión: el "socia-

(2) Entre muchos otros quisiera destacar a lo menos dos ejemplos: las actividades y líneas de trabajo del centro de investigación SUR, y la revista *Krítica*, que ha recogido sistemáticamente diversos aportes en torno a la renovación.

lismo real" y las diversas formulaciones de la teoría marxista. Por lo que respecta al socialismo chileno, éste se autodefine desde su nacimiento como partido, y con particular persistencia, en una matriz teórica y política explícitamente antistalinista. En la posguerra solidariza con la experiencia autogestionario yugoslava y en 1968 condena la intervención soviética en Checoslovaquia. Sin embargo, se va desarrollando en su interior una tendencia, que alcanza su apogeo en los años posteriores a 1973, a limar y luego prácticamente a suprimir todo atisbo crítico en relación con el tipo de socialismo experimentado en Europa del Este. La división socialista de 1979 y la discusión subsecuente reabre debate sobre el tema en el conjunto de la izquierda. No se trata, es claro, de una particularidad más de la izquierda chilena: en el seno del propio movimiento comunista internacional han surgido ya radicales diferencias de apreciación sobre las insuficiencias y limitaciones del socialismo existente y el debate sobre ellas se ha hecho universal. A su vez las discusiones marxistas de la última década y sus consecuencias políticas conmueven también las adhesiones a esquemas teóricos consagrados.

Razón de ser y sendero de la reconstrucción

Se abre así, dolorosamente, un nuevo capítulo. Su elemento central habrá de ser la tarea de construir un marco eficaz para impulsar una política socialista. El desarrollo de esta tarea parte de tres constataciones.

La primera, la constatación que el socialismo como fuerza operante y el socialismo como idea posible, en dos palabras, una opción socialista, no existe de manera perfilada en el ámbito nacional. Orgánicamente el Partido Socialista se encuentra dividido y, aparte de los sectores principales, varios otros tienen una existencia más o menos grupuscular, producto de escisiones anteriores o posteriores a 1979. Buena parte de la masa socialista en Chile

permanece inactiva y sólo una minoría desarrolla, en uno u otro grupo, vida política orgánica.

La segunda, consecuencia casi evidente de la anterior, es la constatación que para los socialistas la necesidad principal del momento, tanto en el plano de la elaboración política como en la lucha concreta por la democracia, es la construcción de una opción clara que se plantee retomar la tarea inconclusa que legó Salvador Allende a través de la canalización del potencial socialista presente en el pueblo chileno. Se trata de recrear un proyecto de lucha y construcción social que recoja el rico legado del pasado potenciándolo con todo aquello de innovador que en los últimos decenios han aportado las diversas experiencias socialistas, los debates teóricos y, en general, los avances y desarrollos de la cultura.

La tercera —imperativo de la esencia y razón de ser de la política— el convencimiento que dicha opción debe aspirar a constituirse en principal, a acumular una fuerza mayoritaria y a desarrollar una capacidad de convocatoria superior.

La aceptación de las tres premisas señaladas induce necesariamente una política socialista que ha de desarrollarse en dos líneas básicas complementarias, capaces de enriquecerse una a la otra. Una, el esfuerzo por reunificar los sectores dispersos que se reconocen en la tradición histórica y principales contenidos doctrinarios del Partido Socialista de Chile. Este esfuerzo reunificador habrá de basarse en posiciones de principio y deberá desechar, por lo tanto, la reunificación per se como alternativa. La reunificación socialista debe ser viable y eficaz y no pura nostalgia convertida en acción política. La viabilidad y la eficacia del esfuerzo reunificador están principalmente determinadas por las coincidencias reales en los pilares que constituyeron el viejo ideario socialista: su comprensión dinámica y no dogmática del marxismo y su potencialidad revolucionaria, su búsqueda creativa de fórmulas políticas y sociales capaces de ensanchar la democracia en

la construcción del socialismo, su énfasis en el rol protagónico del pueblo trabajador como personaje principal de la lucha, su autonomía internacional y su no sujeción a centros políticos e ideológicos, su latinoamericanismo, y su rechazo de los bloques político-militares como categorías rectoras de una política de cambio. De no existir una clara coincidencia en estos temas básicos, las tentativas de reunificación están destinadas a reproducir la pugna interna que caracterizó ciertos períodos de la historia socialista con estériles resultados. La otra línea, tan indispensable como la primera, es la construcción de una política de alianzas con sentido estratégico, es decir, la participación en un cuadro de fuerzas que, siendo diferentes, compartan lo esencial de una opción socialista común que, con perspectiva hegemónica, aspiren a construir. Esta tarea implica para el socialismo chileno la necesidad de activar un polo de fuerzas esencialmente diverso al existente en el pasado y, además, deslindar muy claramente posiciones de aquellos otros partidos o conglomerados políticos de la izquierda que levantan proyectos con aspectos básicamente diversos. Concretamente, se trata de reconocer la falencia actual del eje socialista-comunista que constituyó la fuerza dominante de la izquierda chilena en el último cuarto de siglo y de precisar con claridad las distancias entre la opción socialista que se reconstruye y aquella que sustenta históricamente hasta hoy el Partido Comunista y las fuerzas que se organizan en torno a él. Este propósito significa una radical reconversión de la naturaleza política de la izquierda que, antes organizada en torno al eje mencionado, transita eventualmente hacia una estructura caracterizada por la existencia en su interior de dos proyectos sociales concurrentes, en parte significativa coincidentes, pero que divergen en aspectos básicos.

Así, trabajosamente, surge y se perfila con creciente nitidez una nueva opción estratégica socialista en Chile, profundamente anclada en la historia y, al mismo tiempo,

profundamente renovadora(3).

El socialismo chileno como potencialidad

Las dictaduras arrojan un manto de sombra sobre la vida de los pueblos con tradición de libertad. Quienes discrepan son estigmatizados, sistemáticamente perseguidos y excluidos de las diversas esferas de la vida social. La existencia misma de personas e ideas se hace incierta y se convierte crecientemente en incógnita sobre el destino de las grandes visiones políticas y sociales previamente desarrolladas en un medio democrático. ¿Subsisten y cómo las ideas del pasado? ¿Cómo se han modificado en la conciencia oculta y resistente de sus portadores? ¿Habrán de resurgir, cuando la oportunidad llegue, de la misma o de distinta manera, con mayor o menor fuerza?

El régimen chileno, desde su trágico inicio en septiembre de 1973, se ha esforzado por erradicar de manera permanente ciertas ideas de la vida nacional. El sufragio universal, la democracia, el marxismo, el leninismo, el comunismo, el socialismo, entre otros conceptos, han sido objeto de explícitas condenaciones. El control pertinaz de los medios de comunicación y de los mecanismos de difusión ideológica ha sido puesto al servicio del desprestigio del ideario democrático y socialista, en un intento, a veces con absurdas pretensiones de liderazgo internacional, de suprimir para siempre de la conciencia de los chilenos la aspiración a formas de vida social diversas del capitalismo.

Algún día habrá de escribirse la historia de nuestras ideas

(3) No es este el momento para analizar el desarrollo coyuntural de esta línea. En los últimos años se han generado diversas expresiones orgánicas de ella (Convergencia Socialista, Comité de Enlace Socialista). Más allá de sus características particulares todas ellas han significado un aporte a la línea de reconstrucción del socialismo chileno.

clandestinas. Es una historia aún en curso, demasiado reciente como para analizarla con objetividad. No obstante, es posible afirmar que lo que hoy vemos es sólo una parte de un todo desfigurado y subterráneo que asoma muy parcialmente a la superficie. Años de prensa modesta y oculta, de libros circulados de un bolsillo a otro, de cartas censuradas, de voces que son puro susurro, de informes de viajeros que llegan desde o a la diáspora de un exilio anhelante de compartir vivencias, de impresiones que intentan aprehender una realidad sumergida, de círculos relativamente pequeños que se proponen custodiar y, cuando es posible, expandir las ideas perseguidas, sin duda presentes en la memoria popular, pero cuya fuerza exacta se ignora.

No hay una respuesta cabal a la pregunta sobre cuál es hoy la condición de las ideas socialistas en la conciencia de los chilenos. Hay tan sólo deseos, bastantes intuiciones y algunos signos. El balance ponderado de ellos resulta optimista. Sin caer en la apología es posible sostener que el socialismo chileno ha tenido un historial de excepción en el período de la tiranía. Los socialistas exiliados han sabido mantener, aún en los más dramáticos momentos de disidencia interna, una vida activa y fructífera que ha contribuido a proyectar una imagen internacional hoy ya asentada. Pero, muy especialmente, el socialismo organizado en Chile, en sus diferentes manifestaciones, no ha cesado un solo instante de estar presente en las diversas expresiones de rebeldía popular. Todas sus tendencias o corrientes, hasta las más pequeñas, han tenido siempre una existencia, más débil o más pujante, pero siempre viva y audaz, durante los años de la dictadura. No ha habido un sólo día de este largo y brumoso período en que las banderas socialistas hayan sido abandonadas.

Este hecho objetivo e indesmentible está en la base de la afirmación formulada a menudo sobre la existencia de un "espacio" socialista en la sociedad chilena. Esta suerte de "área reservada" tendría como sustentos la vinculación histórica de las ideas y

prácticas socialistas con diversas franjas de la clase trabajadora, la existencia de un perfil ideológico singular y propio, y el legado social de una lucha que, por sobre errores y aciertos, fue inalterablemente consecuente con los intereses populares y nacionales.

En todas o casi todas las sociedades modernas, pareciera existir un espacio para las ideas socialistas en sus diversos matices y expresiones. Entre otros, los casos de tres experiencias post dictatoriales de la Europa mediterránea parecerían confirmarlo sin duda: Portugal, Grecia y España. Desde este punto de vista la afirmación inicial no agregaría nada demasiado novedoso al análisis. El símil europeo, no obstante su utilidad para determinados aspectos, resulta, sin embargo, de discutible aplicación a la situación chilena. Situados, en cambio, en la realidad de las sociedades latinoamericanas, es posible constatar al menos varios rasgos singulares que le otorgan contornos propios al socialismo chileno. Ya examinados en páginas anteriores(4), será ahora útil recordar tres. Primero, se trata de un fenómeno político robusto y permanente en el tiempo. Más de cincuenta años de historia de Chile dan cuenta de una fuerza socialista de presencia bastante estable y actuación política relevante. Una aproximación cuantitativa, reflejada en los resultados electorales, puede hallarse en la tabla siguiente:

(4) Especialmente en los capítulos 5 y 6.

RESULTADOS ELECTORALES DEL SOCIALISMO CHILENO

Año	Tipo elección (a)	Total votantes	Votos obtenidos	Porcentaje
1932 (b)	P	429.772	18.642	4,3%
1937	P	412.230	46.050	11,2%
1941	P	450.248	75.500	16,7%
1945	P	449.930	57.418	12,8%
1949	P	464.872	43.432	9,3%
1953	P	779.174	109.897	14,1%
1957	P	878.229	93.787	10,7%
1960	M	1.229.503	119.506	9,7%
1961	P	1.385.676	149.122	10,7%
1963	M	2.068.463	229.229	11,1%
1965	P	2.353.123	241.593	10,3%
1967	M	2.343.287	326.155	13,9%
1969 (c)	P	2.460.129	294.448 (PSCH)	12,2%
			51.904 (USOPO)	2,2%
			346.352 (total)	14,4%
1971 (d)	M	2.835.402	633.367 (PSCH)	22,3%
			29.527 (USOPO)	1,0%
			(MAPU)	
			(total)	23,3%
1973	P	3.661.898	663.259 (PSCH)	18,4%
			10.889 (USOPO)	0,3%
			93.965 (MAPU)	2,6%
			37.767 (IC)	1,0%
			(total)	22,3%

Notas

- (a) Parlamentarias: P. - Municipales: M.
- (b) La cifra para 1932 constituye la suma de los votos obtenidos por las principales agrupaciones socialistas que confluirán en 1933 a la fundación del Partido Socialista de Chile.
- (c) A partir de 1969 se entregan separadas las cifras de las diversas organizaciones socialistas hoy integrantes del Partido Socialista de Chile o participantes del proceso denominado de Convergencia Socialista o de Bloque Socialista.
- (d) En las elecciones de 1971 el MAPU no presentó candidatos y apoyó al Partido Socialista?

Fuentes

Fernando Casanueva Valencia y Manuel Fernández Canque, *El Partido Socialista y la Lucha de Clases en Chile*, Ed. Quimantú, Santiago, 1973, p. 323. Las cifras de 1973 aparecen en Ercilla 1965, 14 al 20 de marzo de 1973.

Segundo, el socialismo chileno remontó permanentemente las fronteras de una acción testimonial o simplemente agitativa, para expresarse de modo sostenido como una fuerza política con vocación de gobierno. Un hecho incluso previo a su fundación, la llamada República Socialista de 1932, de fugaz existencia, fue antecedente inmediato a la creación orgánica del Partido. Posteriormente el socialismo chileno participó de manera estelar en la victoria y gobierno del Frente Popular y como Partido Socialista Popular se integró a la campaña presidencial y posteriormente al gobierno de Ibáñez, aunque por un breve período. En 1970 uno de sus militantes fue elegido Presidente de la República.

Tercero, esta fuerza socialista de presencia sostenida y aspiración declaradamente dirigente, se ha caracterizado por proponer un programa de radical transformación de la vida social y cultural del país. La frustración sobre esta perspectiva permanente provocó la decepción socialista respecto a la experiencia de Frente Popular y, posteriormente, su formal distanciamiento del gobierno y políticas de Ibáñez. La propuesta nacional levantada en conjunto con las otras fuerzas de izquierda que constituyeron la Unidad Popular, concitó un apoyo excepcional para un programa de tan radical contenido. Es este un hecho revelador de una conciencia sobre la necesidad del cambio social que no puede desvanecerse fácilmente ni, en definitiva, someterse a la represión, por brutal que sea, o al discurso de los ideólogos de la seguridad nacional y el autoritarismo.

Pero la idea de "espacio", aunque apunta a destacar un fenómeno real, presenta también limitaciones, surgidas generalmente de una determinada forma de utilización que la hace discutible.

Una primera es el sesgo estático de la expresión. Normalmente la propuesta que acompaña al concepto es la de organizarse adecuadamente para ocupar dicho espacio, dejando en segundo plano la problemática tanto o más interesante de su expansión. O, más claramente, se tiende a separar este proceso orgánico de ocupación del espacio, del otro consistente en ensanchar sus márgenes sociales y políticos, postulando etapas de reconstrucción demasiado estrechas para dar cuenta de una realidad compleja y variada en su dinámico desarrollo. Por otra parte, la idea de "espacio" pareciera suponer una suerte de garantía sobre su existencia. Se trataría de un activo cuyos márgenes pueden estrecharse o ensancharse levemente pero que tiene una realidad asegurada. Por el contrario, más bien pareciera que, para que lo esencial de la idea tuviera vigencia, sería preciso cumplir con ciertos requisitos sin los cuales el "espacio" puede incluso llegar a hacerse no significativo. O, en el mejor de los casos, dar cabida a contenidos distorsionados, ideológica o políticamente, que no respondan a una exigencia de continuidad con la herencia histórica del socialismo chileno.

No por un prurito de precisión semántica sino por las consecuencias para el análisis siguiente, es más adecuado utilizar el concepto de "potencialidad". Todos los hechos anteriormente señalados apuntan a que existe en Chile una "potencialidad" socialista de gran magnitud, que no tiene por qué someterse a los límites cuantitativos históricos, pero cuya realización está lejos de estar garantida.

La energía que los socialistas lograron acumular en el pasado, con todo lo valiosa e importante que fue, no resultó suficiente para la realización de sus postulados esenciales. Es necesario plantearse la reconstitución de una fuerza socialista que sea superior — más amplia, más sólida, más grande— a la que existió. Poner en práctica este postulado implica, sin embargo, un paso previo: debe concordarse en qué se quiere, para qué se lucha, qué se desea emprender.

Una fuerza socialista para transformar Estado y Sociedad

La historia socialista pareciera demostrar que los procesos de división resultan ser mucho más fáciles que los de unidad. Felices los últimos, penosos los primeros, no pueden éstos, sin embargo, juzgarse livianamente, ya que no toda discrepancia divisoria merece ser condenada a proiri. Las hay de aquellas que son indispensables para reiniciar una reconstrucción. Hay otras que están inspiradas por un proceso corrosivo y perverso en que cada disputa es interpretada como un momento de decantación que permite acerrar más la fuerza de una orgánica: sólo permanecen en ella aquellos que piensan casi igual, que son, como alguien dijera, "los puros, los duros y los maduros". Toda discrepancia es convertida en herejía, toda disidencia constituye una "desviación" (de derecha o de izquierda). Estas distinciones deben tenerse presente al intentar la respuesta a la cuestión recién planteada: ¿qué se desea emprender?

Desde el punto de vista socialista hay varias perspectivas para responderla.

La primera es una concepción profundamente impregnada de la idea del partido-vanguardia, destacamento relativamente pequeño cuyo esqueleto está constituido supuestamente por cuadros de alto nivel ideológico, y que concibe la potencialidad socialista como la zona de operaciones de un esfuerzo político que está centrado en la captura del aparato del Estado para construir uno nuevo e impulsar desde allí la transición al socialismo. Los elementos de centralización, verticalidad y, a veces, monolitismo, están estrechamente asociados a esta perspectiva. Es, por su naturaleza, una visión bastante explosiva en cuanto a la integridad de una fuerza política: el núcleo de vanguardia tenderá siempre a someter, si no a eliminar del quehacer político partidario, a todos aquellos que no forman parte de él, promoviendo así los gérmenes de escisiones y divisiones. Las grandes masas y movi-

mientos son un elemento, pero no el principal, del proceso de lucha por la transformación política y social.

La segunda visualiza la potencialidad socialista como un soporte seguro para una fuerza política eventualmente significativa, incrustada en un marco institucional determinado al que no se plantea transformar en el plazo mediano. Se trata de ejercer en su interior una influencia decisiva y asumir de esa manera una defensa honesta de los intereses y aspiraciones de los sectores más desposeídos. Esta visión puede asociarse con la imperante en diversos partidos socialistas o socialdemócratas europeos que, en virtud de sus propias condiciones nacionales e internacionales, no postulan un proceso de sustitución del capitalismo como objetivo posible de avizorar en la hora actual.

La tercera concibe la mencionada potencialidad como la plataforma reconstructora de una fuerza política capaz de enarbolar una propuesta propia de transformación de la sociedad y el Estado, que tenga como protagonista e impulsor a una mayoría de la población. Esta visión, requiere como condición *sine qua non* una amplia integración de voluntad, vocación y esfuerzo socialistas en un marco que permita la existencia de diversidades —aunque no de irreconciliables antagonismos— y que ofrezca efectivas garantías de resolverlas mediante el juego legítimo de mayorías y minorías. Sólo esta última perspectiva puede desarrollar fuerza y no sólo conservarla, puede permitir que sobrevivan en la memoria histórica popular los signos de la identidad socialista, pero al mismo tiempo ser capaz de activar un proceso de lucha por una transformación radical de la vida de los chilenos. Se trata no sólo de ocupar un espacio prefijado o instrumentarlo a una visión y ejercicio político elitista, sino de proyectar una potencialidad en función de un desarrollo creciente de fuerza socialista(5).

(5) En esta línea ver los siguientes trabajos: Carlos Altamirano, "Ocho tesis para una definición del socialismo chileno", op. cit.; Armando Arancibia, *Alvar*

Esta opción impone un conjunto de condiciones y desafíos de dimensión no despreciable. Al menos los siguientes parecen esenciales: la reconstrucción crítica de la práctica socialista del pasado; la resolución de la tensión entre la tradición y su rescate y la reconstitución renovada de una fuerza socialista; la traducción en una praxis política de las adquisiciones teóricas y experiencias vividas en el último decenio; y la elaboración de una política socialista que, enmarcada en sus grandes lineamientos de sentido estratégico, ofrezca solución a la problemática inmediata.

Las cuentas con el pasado

Cuando en 1969 Raúl Ampuero escribió *La Izquierda en Punto Muerto*, motivó el primer capítulo, dedicado a la historia del Partido Socialista, con una frase de Santayana: "Los que no recuerdan el pasado están condenados a volverlo a vivir". La relación entre pasado y futuro, entre la historia y el porvenir, ha sido tema siempre presente en la reflexión de filósofos y políticos. Efectivamente, seres humanos y organizaciones de seres humanos, son una acumulación de experiencias ocurridas en el tiempo que configuran una determinada vivencia y constituyen una historia personal o colectiva. Son, también, aquello que pueden llegar a ser: potencialidades, impulsos latentes, proyecciones que habrán o no de realizarse. Y en la eventual concreción de ese proyecto implícito, posible aunque no necesariamente realizable, la forma en que cada ser humano o agrupación de seres humanos es capaz de detenerse un instante en el camino para analizar el pasado,

Briones, Francisco Fernández y Marcelo Schilling, "El socialismo por el que luchamos", *Pensamiento Socialista* 29, julio-septiembre de 1983, Madrid, pp. 9-18; Freddy Cancino, "Apuntes para una caracterización renovada del partido". *Pensamiento Socialista*, mayo-octubre de 1985, Madrid pp. 49-60.

resulta un factor decisivo en la progresión al porvenir.

La reconstitución de una gran fuerza política socialista en Chile exige no esquivar el análisis de nuestro pasado dramático. Dramático en su más estricto sentido: emocionante, capaz de conmover, crítico y peligroso. Hay, efectivamente, dramatismo en la historia de los socialistas chilenos, en la acción de sus líderes históricos, en el comportamiento noble y sacrificado de sus héroes numerosos, en el momento estelar de su acción política, el trienio 1970-1973. Varios de los capítulos anteriores(6), han intentado una contribución a este análisis. En muy apretada síntesis el postulado principal que surge de allí es el siguiente: la reconstrucción y renovación socialista y, en general, de una fuerza que impulse un proyecto socialista de largo plazo, debe aspirar a que la propuesta política y su principal protagonista se relacionen a través de una dialéctica que otorgue coherencia a la acción y credibilidad a los postulados, y que acumule fuerza en una dirección principal clara.

Hay que hacer las cuentas con el pasado para no volverlo a vivir. El precio de no hacerlo es la derrota.

La síntesis entre tradición y renovación(7)

El rescate de una historia socialista rica en perspectivas originales es factor indispensable en la reconstitución orgánica del socialismo chileno. Pero la historia, siendo sabia importante para el quehacer de hoy, no es la única fuente de inspiración ni es por sí sola suficiente.

(6) Capítulos 1 al 6.

(7) Este tema y los debates en torno a él en el período 1979-1983 fueron examinados en los trabajos publicados en mi libro *El Socialismo Chileno: Rescate y Renovación*, Ed. del Instituto para el Nuevo Chile, Barcelona/Rotterdam, 1983.

La síntesis entre tradición y renovación es un paso esencial. Es éste un proceso que tiende a veces a visualizarse de manera equivocada. Tal cosa ocurre cuando se cree posible localizar en determinadas expresiones del socialismo el total o casi el total de cada uno de los elementos de la síntesis, identificando la tradición con el denominado "tronco histórico" y la renovación con las expresiones socialistas surgidas alrededor del año 1970 y con la experiencia de lucha de los últimos diez años, especialmente la vivida por las generaciones más recientes. En el hecho, tradición y renovación son elementos que están, con mayor o menor fuerza, presentes en todas y cada una de las expresiones socialistas. El proceso necesario no constituye un esfuerzo de suma de lo "histórico", representado por un cierto contingente humano, y lo "renovado" que sería aportado por otro diverso. Constituye, en cambio, un empeño para que cada segmento del socialismo chileno actual rescate sus propias tradiciones y realice su propia renovación, en un sendero compartido de fusión de ideas y de experiencias de lucha concreta. En este sentido, la responsabilidad del segmento histórico del socialismo no puede limitarse a aportar su valiosa tradición, siempre presente en la memoria popular, sino, además, elementos de renovación. Es un objetivo perfectamente viable: muchas de las ideas consideradas hoy renovadoras están, cuando menos germinalmente, ancladas en la historia del socialismo chileno, en los planteamientos de sus fundadores, en el ideario humanista, autónomo y auténticamente democrático contenido en el Programa de 1947, en la aspiración profundamente libertaria que caracterizó el proyecto de Allende.

Algo similar ocurre con la contribución de los grupos socialistas surgidos alrededor de 1970 (MAPU e Izquierda Cristiana). Muchas de sus motivaciones políticas primigenias, desdibujadas en el período inmediatamente siguiente a su surgimiento, renacen hoy día con fuerza. Hay también una recuperación del pasado que constituye una base sólida para la renovación. En cuanto al

aporte del amplio contingente humano que se ha desarrollado en la última década al calor de la actividad de los movimientos sociales, especialmente en la base juvenil, poblacional, sindical y de mujeres, es imposible negar que, en su práctica, es heredero de un siglo de lucha del movimiento obrero y popular y, en este sentido, constituye un error suponerlo un segmento sin una tradición propia. Es más global, menos específica en su deslinde político, pero tan consistente como cualquier otra. La prolongación de esa tradición en los últimos diez años ha tenido la particularidad de desplegarse en condiciones que no son asimilables a las que enfrentó anteriormente el movimiento popular. Se trata de una práctica desarrollada en un momento de gran debilidad de las estructuras políticas partidarias y de gran fuerza del aparato estatal de represión. Este hecho otorga a dicha experiencia un sello particularísimo y un valor inconmensurable para los años venideros en la medida que ha estado marcada por una permanente demanda de democracia, participación y autonomía y por una sostenida reivindicación de los derechos de la persona humana.

En el plano de las ideas el núcleo central de la renovación es un nuevo planteo de la idea socialista. Esta tarea pasa por la construcción de un juicio autocrítico sólido sobre la concepción del socialismo elaborada en el pasado, por asumir el contenido antidogmático y democrático de los debates ocurridos a nivel internacional en el movimiento obrero, y por reafirmar una vía propia y original para una transformación profunda de la estructura social, política, económica, cultural y moral de Chile, que rechace las deformaciones autoritarias y burocráticas que han caracterizado a la mayoría de las experiencias socialistas realizadas hasta ahora.

Los riesgos que acompañan el esfuerzo de sintetizar tradición y renovación son obvios: si se identifica tradición con nostalgia se impondrá una visión reducida, estrecha y sectaria. Si la reno-

vación asume títulos propios, sin anclarse firmemente en la herencia histórica socialista, la disociación de ambos momentos — reivindicación y enriquecimiento, rescate y superación— frustrará las posibilidades de un nuevo proyecto histórico socialista.

Pareciera ser que este aserto no forma aún parte de un sentido común compartido. Es preciso pensar de manera distinta al pasado y no transformar a éste en modelo. Reconstruir un Partido Socialista de Chile por la pura suma de sus componentes históricos para reproducir una organización similar a la que existió, siendo un propósito y una tarea nobilísimos, es una aspiración absolutamente insuficiente para los grandes desafíos que hay por delante. Repetir lo ya dicho se hace quizá necesario: Chile requiere una fuerza orgánica socialista, un gran Partido Socialista, más fuerte y sólido que el anterior.

Enriquecer la teoría para una nueva práctica.

El último decenio, como ninguno antes, ha visto surgir una abundante literatura sobre temas teóricos en la izquierda chilena. Especialmente significativas han sido en este plano las inquietudes y reflexiones de aquellos que han querido impulsar un proceso denominado de "renovación", de naturaleza necesariamente difusa y discutible, que, sin embargo, ha tenido impacto destacado, especialmente en las generaciones que nacieron a la lucha política después de 1973(8). Por su parte, aquellos que se sienten más identificados con una cierta ortodoxia teórica marxista han reaccionado, a su vez, exponiendo sus puntos de vista.

(8) El aporte más reciente a esta temática es el libro de Eugenio Tironi, *La Torre de Babel*, Ediciones SUR, Santiago de Chile, 1985, en el que recopila varios de sus ensayos. Ver también Carlos Ominami, "Notas sobre marxismo y socialismo, hoy día", *Plural* 3, Rotterdam, 1984.

No han faltado las voces que atribuyen este florecimiento del debate teórico a un prurito intelectualizante o al predominio de cuadros de formación intelectual en los embriones direccionales de los partidos ilegalizados por la dictadura. La afirmación tiene algo de verdad, aunque con un contenido positivo. Durante largos años la izquierda, y especialmente la izquierda socialista, ha tenido alguna limitada expresión pública en Chile a través de intelectuales que han constituido —perseguidos en las Universidades dirigidas por Generales y Almirantes— el denominado "sistema académico informal". Las circunstancias fueron imponiendo una vinculación mucho más estrecha entre el intelectual, considerado antes como un ente básicamente académico, y la acción política en las peores condiciones de represión. La práctica política del período dictatorial hará un legado, entre otros, en esta materia, convirtiendo a numerosos "hombres de ideas" en "hombres de acción", haciéndolos "orgánicos" a un proyecto y a un partido.

La intensidad de las preocupaciones teóricas de la izquierda ha tenido, como ya se señaló, razones más amplias y han incidido en ella otros factores significativos. Uno, quizá el principal, es el hecho que los debates en curso no han sido un monopolio de los chilenos, sino que han constituido un fenómeno internacional de gran dimensión motivada por dos elementos centrales: la crisis del modelo derivado de las experiencias de los países del socialismo real, especialmente acentuada después de la invasión soviética a Checoslovaquia en 1968 y más aún después de la constitución de un gobierno militar en Polonia en 1982. Y, segundo, el desmoronamiento del edificio teórico constituido sobre la base de la herencia establecida por Stalin y su codificación del marxismo-leninismo. La experiencia yugoslava, el desarrollo de los "eurocomunismos", algunas experiencias revolucionarias del Tercer Mundo, han abierto nuevas perspectivas teóricas, antes negadas o suprimidas por el poderío incontestado del "marxismo-leninismo" oficial.

Para la izquierda chilena, siempre interesada en los temas ideológicos, estos fenómenos no podían pasar inadvertidos. Tradicionalmente los partidos políticos chilenos, desde el centro hasta la izquierda —algunos sectores de derecha también— proveyeron a sus adherentes de ciertas certezas teóricas e hicieron de la teoría un instrumento indispensable de análisis. Siendo mucho más marcada esta tradición en las fuerzas de definición marxista, partidos como el Demócrata Cristiano y el Radical no escaparon tampoco a esta constante. Los partidos chilenos pretendían constituir "cosmovisiones", en las cuales no sólo una práctica, a veces con carácter de "subcultura", era importante, sino también una teorización. Un dirigente radical de comienzos de los años 50 que enseñó filosofía en la Escuela de Derecho elaboró una frase decidora que quedó incorporada a una "Declaración de Principios" de su partido: "El radicalismo es una actitud ante la vida". Y lo eran, o lo pretendían ser, no sólo el radicalismo sino cada una de las fuerzas políticas chilenas.

No es extraño, en consecuencia, que la teoría se haya constituido en un factor importante en la naturaleza crítica y compleja del proceso impulsado por la Unidad Popular. Es por ello que los debates realizados y los que quedan aún por realizar no sólo son legítimos sino indispensables. En general, tras el discurso que condena los refinamientos teóricos, que achaca a una manía de "intelectuales" (en sentido peyorativo) el poner en duda y pretender elaborar visiones disidentes de las oficiales, que falsamente contraponen el valor de la acción a las sofisticaciones de la abstracción, se encubre una postura conservadora marcada por el temor a un resquebrajamiento de las certezas conseguidas. Trizarlas significa crear grietas y erosionar el instrumento teórico que, cuando dogmatizado, se utiliza en una clave orgánica para establecer disciplina vertical y legitimar excómuniones múltiples.

El debate teórico de los últimos años ha sido útil y con sentido político. No ha habido en él teorización vana y

autosuficiente, ni utilización mañosa o agotadora de las citas de los clásicos del pensamiento socialista, tan abundante en la literatura del marxismo codificado. Ha sido realizada, además, en clave chilena y latinoamericana, eludiendo la tentación de las modas o la imitación de lo europeo por el sólo hecho de serlo(9).

De los temas teóricos debatidos, la relación entre democracia y socialismo es el eje necesario de un nuevo proyecto histórico. Se trata de una cuestión abierta que exige soluciones específicas, aunque en último término siempre provisionales, tanto cuando se quiere elaborar los grandes lineamientos de una propuesta de largo alcance, como cuando se trata de definir las bases de organización del instrumento político partidario.

La participación común de marxistas y cristianos en la praxis socialista plantea una diversidad de cuestiones teóricas, políticas y de organización. Las formas que ha de adquirir esta síntesis en el plano orgánico no están predeterminadas y deben adaptarse a los dos grados de elaboración alcanzados y a la disposición práctica de los participantes.

El carácter del partido, su relación con los movimientos sociales y las temáticas "nuevas", y con los actores que las expresen, constituye otra área que requiere respuestas renovadas. La experiencia de todos estos años de lucha por la democracia habrá de ser, en esta esfera, excepcionalmente importante(10).

Este rápido recuento no agota el listado de tópicos que ulteriores elaboraciones y una nueva práctica habrán de precisar. Tan sólo pretende identificar algunos de los aspectos principales

(9) En su libro *Democracia y Socialismo en Chile*, op. cit., Tomás Moulián ha reivindicado expresamente esta perspectiva.

(10) El importante tema de la naturaleza del partido no tiene, en estas páginas, un tratamiento sistemático completo. Numerosas ideas sobre la materia pueden encontrarse, entre otros, en los trabajos indicados en la nota 5 en este mismo capítulo.

que la reconstitución del socialismo chileno exige abordar en una perspectiva de largo plazo.

Pero el mundo de lo político no está dividido en regiones separadas: allá, lejano y convocante, el futuro atiborrado de utopías, y acá, inmediato y concreto, el presente con sus posibilidades limitadas y sus estrechas alternativas incapaces de ofrecer espacio vital a nuestros ideales superiores. No hay proyecto que pueda sostenerse sólo en sus grandes lineamientos, donde es más fácil la abstracción, sin traducirlos en una estrategia política que debe necesariamente confrontarse con otras diversas, impulsadas por otras fuerzas, y con las exigentes eventualidades de la conyuntura.

SOCIALISMO RENOVADO Y DEMOCRACIA(*)

Manuel Antonio Garretón

En este capítulo analizaremos los rasgos o dimensiones fundamentales de un proyecto socialista renovado y sus relaciones con el tema democrático y con los problemas de democratización a los que nos hemos referido a lo largo de este libro(1). Ello en un cierto nivel de abstracción, sin incurrir en cuestiones programáticas, tácticas o coyunturales y, como en el capítulo anterior, combinando un enfoque analítico con elementos de tipo normativo.

El socialismo chileno ha vivido dos procesos diferentes bajo el régimen militar. El primero de ellos, que se ha llamado la "renovación socialista", consistió en un fenómeno inacabado, teórico y práctico, de crítica al socialismo de corte clásico vivido por la Izquierda hasta 1973 y de reformulación y actualización de su bagaje intelectual y político. El segundo, un conjunto de dispersiones y fragmentaciones organizacionales que luego dieron origen a convergencias o reunificaciones que tampoco se han completado. La simultaneidad de ambos procesos, pero también su diferencia, tuvieron como resultado actores políticos desgarrados entre su memoria histórica y su nueva inserción, o búsqueda de

(*) Este texto corresponde al Cap. VI del Libro "Reconstruir la Política" del autor Manuel Antonio Garretón.

(1) Una versión preliminar y parcial de este capítulo se presentó al Seminario del Centro Valentín Letelier (CEVAL) sobre la renovación socialista, en Mendoza en 1986. He tomado también elementos de trabajos que he publicado en la *Revista Opciones* N° 7, 1985, y en "Orden Económico y Democracia" (CED, Santiago, 1985).

inserción, en una realidad social profundamente transformada. Y ello atraviesa prácticamente todas las vertientes o fuerzas del socialismo. Nos concentraremos aquí en la problemática de un proyecto socialista renovado.

La renovación socialista no corresponde a una línea específica ni a una estrategia política, sino a un cambio ideológico y, más precisamente, cultural, en cuyo interior pueden darse muy diversas líneas o estrategias políticas incluso contradictorias entre sí. Y la fragmentación actual del campo socialista en diversos grupos o partidos expresa, en parte, el privilegio dado al problema de líneas o estrategias por sobre el del cambio cultural ideológico o de la renovación. La renovación cruza de algún modo todas las líneas o tendencias políticas, y no hay identidad entre sus ideas o tesis y una de las fuerzas socialistas individualmente considerada.

Nos concentraremos en el tema de un socialismo renovado, refiriéndonos sólo marginalmente al problema de la unificación del campo socialista, pues esto último corresponde más a opciones políticas concretas y particulares que nos apartan de la perspectiva de este libro.

Cuando hablamos de un socialismo renovado y de distanciamiento o crítica respecto de un modelo clásico o tradicional de la Izquierda, se enfatiza la renovación en relación a un modelo predominante de pensamiento y acción política que cristalizó en la década del sesenta, pero que no daba cuenta de todos los sectores socialistas y que tampoco era una línea política determinada. Respecto de ese modelo se rescatan muchos elementos que corresponden a valores y principios que estuvieron en el origen y desarrollo del socialismo chileno y que muchos sectores mantuvieron siempre vigentes. Conviene tener en mente que un socialismo renovado reconoce este aspecto histórico de diversidad del socialismo chileno y de continuidad con muchos de sus elementos por cuanto no volveremos sobre ello en las páginas que siguen.

Una crítica al modelo tradicional de la izquierda

Una de las dimensiones que distinguen un proyecto renovado de socialismo es su crítica al modelo político clásico de la Izquierda chilena en algunos planos, rescatando todos aquellos elementos que, como señalamos, enriquecieron la tradición socialista en Chile.

En primer lugar, hay una ruptura con el marxismo-leninismo. Si bien hay elementos de esa cultura que se valoran y si bien las fuerzas políticas que expresen un proyecto de socialismo renovado deberían incorporar sectores que se autodefinen como marxistas leninistas, hay un abandono de esta vertiente en cuanto ortodoxia, en cuanto la única matriz teórico-ideológica que define al socialismo. La identidad socialista deja de encontrarse en el marxismo-leninismo, aún cuando se acepten ciertos instrumentos analíticos propios de esa visión. Este alejamiento de una matriz básica o única de reflexión y acción va acompañada de una crítica a elementos específicos de esa tradición. Por un lado, la concepción marxista-leninista está constituida para pensar un modelo particular de cambio social cual es la revolución y ésta consiste en el colapso de un orden social, la toma de poder por un actor determinante, el inicio de un proceso de destrucción del orden antiguo, fundamentalmente en el régimen político, y la construcción de un nuevo orden social que es visto como un largo momento de liberación, como el alba de los tiempos en que "cantan los ruiseñores" al decir de un autor. El marxismo-leninismo sirve para pensar y actuar la revolución como método político y no otros tipos de proceso. Y, más allá de otro alcance que quiera darse al concepto revolución, lo cierto es que, a diferencia de lo que se percibió en la década del 60, en estos tiempos y contextos, no existe el problema de la revolución percibida como inminente, por lo que para pensar y actuar otros tipos de procesos sociopolíticos, el marxismo-leninismo no sirve como matriz bási-

ca. Por otro lado, la concepción marxista-leninista implica pensar y actuar la historia con pretensión científica, en términos de leyes generales de evolución histórica de las cuales las sociedades particulares son ilustraciones. Y aquí también este enfoque científico iluminista dificulta el reconocimiento completo y complejo de las sociedades concretas. Finalmente, un tercer elemento del marxismo-leninismo con el que se establece una distancia es la idea que el actor encarna estas leyes de la historia que permiten realizar la revolución es una clase social determinada que se expresa o identifica con una vanguardia o partido.

En segundo lugar, hay un distanciamiento del modelo clásico de la Izquierda chilena respecto del tema mismo del socialismo. En el modelo tradicional de la Izquierda primaba una cierta concepción del socialismo que se deduce fundamentalmente de las leyes históricas y que consiste en la postulación de un modelo (en el sentido fuerte) o sistema de sociedad que se contrapone y supera al de la sociedad capitalista. Hacer el socialismo, entonces, es en la matriz clásica de la Izquierda, hacer la experiencia socialista histórica, transitar a un modelo de sociedad, a un tipo de sociedad definida en sus rasgos fundamentales, realizando ciertas cosas que están de algún modo codificadas.

La crítica a este modelo de socialismo apunta a que su definición básica se daba a nivel de lo que, buena o malamente, se pueda llamar Modo de Producción. Porque el socialismo clásico consistía fundamentalmente en la eliminación del nivel económico de las características básicas del capitalismo. De ahí la importancia que en los modelos socialistas clásicos tienen las nacionalizaciones o estatizaciones y expropiaciones, las planificaciones centrales, etc. La definición del socialismo partía de las transformaciones económicas, cambios en la propiedad privada y en las relaciones de producción, para permitir el posterior desarrollo de las fuerzas productivas. Un proyecto de socialismo renovado se distancia de este modelo clásico, al menos en su pureza original,

al redefinir el concepto mismo del socialismo, como enunciaremos más adelante.

Pero no se trata sólo de una crítica al economicismo del concepto o modelo socialista histórico, sino también de su crítica en cuanto modelo único universal aplicable a todas las experiencias históricas —se rescata así el carácter nacional de un socialismo para cada país— y en cuanto portador de un tipo de régimen político que en vez de superar las limitaciones del sistema democrático ha eliminado sus grandes conquistas. El reconocimiento de los avances democráticos en términos de igualdad y justicia sociales que han logrado el socialismo histórico, no impide una crítica radical, en lo que se refiere a su aplicación a nuestro contexto, a su modelo político de identificación entre Estado y partido de subordinación de las libertades públicas. Al mismo tiempo, hay también una crítica a este sistema político en cuanto su adscripción irrestricta a uno de los bloques mundiales ha limitado la autonomía de cada país.

En tercer lugar, hay una crítica a lo que en el modelo clásico de la izquierda puede llamarse visión instrumental de la democracia. Ello puede expresarse así: en el entendido que el socialismo es portador básicamente de un cambio económico, el régimen político y el Estado se constituyen como emanación o reflejo de esa transformación económica; el socialismo tendría así un modelo de régimen político, o sea, de mediación entre Estado y Sociedad, distinto, original (como, la dictadura del proletariado). Por lo tanto en esta visión la democracia política por razones históricas puede ser aceptada, pero no es un componente esencial del ideal socialista. Una buena ilustración de esta visión es la distinción entre tareas democráticas y tareas socialistas; ello quiere decir que las tareas democráticas son valiosas, positivas e importantes, pero que no son propiamente socialistas. Esta distinción está ligada a esa concepción relativamente instrumental de la democracia, puesto que el fin que se postula puede hacerse con democracia

política o con otro instrumento y dependerá de las circunstancias históricas, sin que la democracia política tenga una valoración por sí misma. El distanciamiento de esta visión abre paso a un nuevo campo de desarrollo teórico, ideológico y práctico del socialismo, como veremos más adelante.

En cuarto lugar, hay un distanciamiento crítico respecto de una tendencia reduccionista en el modelo tradicional de la Izquierda, sobre todo al nivel práctico, del concepto de nación, país o sociedad, a un concepto de clase o movimiento popular, mediado éste, y por lo tanto reducido en cierto modo, ya sea por el concepto de partido o el concepto de Izquierda. Esta reducción llevaba a que la política de la Izquierda tuviera como eje la unidad de las organizaciones que la componían, transformando esta unidad en una finalidad esencial a la que se subordinan otros requerimientos de política nacional. En efecto, había aquí una desviación hacia la razón de partido (cuando decimos partido no nos referimos sólo a uno, sino también a la Izquierda concebida como unidad): lo que es bueno para la Izquierda es, por definición, bueno para la nación. Y, por lo tanto, el éxito de esta concepción del modelo socialista, de la revolución finalmente, descansa fundamentalmente en la unidad del actor que lo implementa, es decir, en la unidad de la Izquierda, de modo que el grueso de la política de Izquierda se dirige hacia ella misma y se define en términos de sus relaciones internas.

Respecto de estos cuatro elementos (la tradición marxista-leninista; el modelo clásico de sociedad y la experiencia de los socialismo históricos; la visión instrumental de la democracia, y la reducción nación-clase-partido que se expresa en un determinado tipo de acción política), un proyecto socialista renovado se plantea en términos de distancia crítica, manteniendo continuidad con otros componentes de la tradición socialista que no hemos mencionado aquí. Porque la ruptura o distanciamiento de un modelo y matriz teórico-políticos tradicionales no significa

abandono de la Izquierda ni de su cultura, sino un giro, manteniendo la identidad y afiliación a ella. No hay aquí un desplazamiento hacia el Centro o hacia una concepción social demócrata, lo que no significa un juicio negativo hacia éstos. Se trata, simplemente, de un fenómeno distinto. Ya hemos dicho que la renovación socialista apunta a un cambio cultural dentro de la Izquierda manteniendo la vocación popular y de transformación y sustitución de la sociedad capitalista y no se refiere al problema de las estrategias y líneas políticas, aunque puede tener diversos efectos, no necesariamente inequívocos, sobre ellas. Este cambio cultural puede dar origen a políticas más modernas o más radicalizadas según las circunstancias históricas y los actores políticos específicos de que se trate. Porque, cabe insistir, que la renovación socialista no se identifica con ninguna línea política coyuntural específica. Por otro lado, este distanciamiento de un determinado modelo teórico-ideológico hace posible la confluencia de diversas matrices de reflexión o acción política, sin que un nuevo proyecto socialista se identifique con ninguna de ellas en globalidad. Así, por ejemplo, hay un aporte ético del pensamiento cristiano, una sintonía con ciertas corrientes del marxismo, una absorción de teorías y métodos del pensamiento científico social, etc. Todo ello le da al socialismo renovado una gran riqueza y diversidad teórico-ideológica que se aparta de cualquier ortodoxia, y cuyos elementos éticos corresponden a concepciones metacientíficas de diversas vertientes culturales. Dicho de otro modo, no hay un horizonte teórico e ideológico limitado y unilateral sino un campo cuyo núcleo se diversifica y enriquece permanentemente con nuevos aportes a partir de grandes inspiraciones y tradiciones abiertas.

Pareciera que esta dimensión de distanciamiento de elementos del modelo político tradicional de la Izquierda enfatizara el aspecto crítico-negativo más que la proposición alternativa, por un lado, y los contenidos intelectuales más que los aspectos refe-

ridos al estilo y acción o prácticas políticas, por el otro. Si se han marcado hasta aquí los puntos de ruptura es evidente, sin embargo, como se verá al analizar las otras dimensiones de la renovación socialista, que cada uno de estos elementos críticos negativos involucra, aunque más no sea germinalmente, una propuesta alternativa que define un contorno positivo del socialismo. Así, por ejemplo, en la crítica a la noción clásica de revolución como toma del poder y ruptura, existe la propuesta de un proceso de constitución de mayorías y una redefinición de la noción de poder, extensible a todas las esferas de la sociedad y no exclusivamente a la del Estado. En la crítica a la visión científica de leyes generales válidas para todas las sociedades, hay el rescate de un método de análisis que privilegia las contradicciones histórico específicas de cada sociedad. En la crítica a la visión instrumental de la democracia política hay una opción por ese régimen como parte del proyecto socialista. En la crítica a los modelos socialistas históricos, existe, en estado de germen, un concepto de socialismo que rescata el predominio de la sociedad civil y de movimientos sociales autónomos, las formas de autogobierno y autogestión colectiva, la afirmación de la vigencia universal de los derechos humanos, las libertades públicas, el pluralismo de proyectos sociales, la irreductibilidad entre Estado, régimen político y sociedad civil. En la crítica a los reduccionismos clasistas, aparece la postulación de un proyecto nacional no reductible a ningún mesianismo de clase. En el distanciamiento del modelo partidario clásico, se constata la propuesta de un sistema de representación multipartidaria donde no se identifica a priori una clase o una categoría con un partido y donde se enfatiza una relación no vanguardista entre partido y masas, lo que lleva a una afirmación de la democracia interna del partido. Y así podría seguirse.

Lo mismo puede decirse respecto al estilo y prácticas políticas. La renovación socialista privilegiará a todas aquellas prácticas y formas de organización que signifiquen autonomía de los

sujetos sociales y expresión de autogobierno y libre determinación, constitución de mayorías sociopolíticas para la realización de transformaciones sociales en los ámbitos global y sectoriales, ejercicio del poder local, democratización del Estado y de las organizaciones sociales y políticas, etc. Es obvio que a estas alturas no pueda haber un modelo cristalizado de la práctica y estilos políticos de la renovación socialista, máxime si ella no se identifica exclusivamente con ninguna organización política que pueda ser considerada en cuanto tal como su referente. Hay, entonces, embriones y jirones de práctica y estilos que pueden detectarse empíricamente en múltiples experiencias de base y de formas de liderazgo, pero no un modelo constituido. De ahí su relativa precariedad como convocatoria política frente a modelos de acción y reflexión ya elaborados y codificados.

La reevaluación del pasado y la experiencia dictatorial

Un proceso de renovación socialista que busque insertarse en la historia política chilena y, en especial, en los procesos de democratización que configuran el contexto histórico en el actual horizonte generacional, no puede dejar de dar cuenta de la experiencia de la Unidad Popular y de la dictadura militar. La asimilación de esos dos fenómenos es otra de las dimensiones constitutivas de un socialismo renovado. Se trata aquí no ya del pensamiento socialista, de sus diversas vertientes teóricas e ideológicas, sino de lo que ha sido la práctica histórica de la Izquierda en Chile, principalmente en torno a estos dos grandes hitos señalados.

Respecto del período de la Unidad Popular, más allá de la valoración positiva de una enorme cantidad de aspectos y elementos de esa experiencia, lo que distingue el análisis autocrítico de la renovación socialista de otras autocríticas, es que supera la obvia y simple versión de una pura derrota. Hubo un proyecto popular de inmensas proyecciones y también una derrota, lo que

es un puro dato objetivo sin componente autocrítico excepto la debilidad frente al adversario, pero también hubo un fracaso. La aceptación e intento de explicación de un fracaso más allá de una derrota frente a un adversario superior en fuerza, obliga a una crítica muy profunda. Así, no es en el rescate de los elementos positivos que se comparte con muchos otros sectores, ni en el diagnóstico elemental que hubo, derrota, donde reside la especificidad del análisis del período de la Unidad Popular por parte de la renovación socialista, sino en la conceptualización y comprensión de un fracaso, lo que complementa los dos aspectos anteriores.

En esta reevaluación del proyecto de la UP hay diversos elementos. Uno de ellos refiere al contenido mismo, más allá de las medidas democratizadoras y de participación popular, del proyecto y utopía socialista que se perseguía. ¿De qué socialismo se trataba? ¿Era tan distinto en nuestras mentes y en nuestras prácticas al socialismo histórico real? y si lo era ¿por qué el desconcierto generalizado de la Izquierda frente a los discursos de Allende en que hablaba de un segundo camino al socialismo, en democracia y sin dictadura del proletariado? Otro de estos puntos críticos es el problema de las vías al socialismo. Aquí la pregunta básica es ¿por qué las dudas y ambigüedades de algunos en la Izquierda cuando se preguntaba por las elecciones en el año 1976? Es decir, una de las características que definen la renovación socialista respecto del proyecto de la UP es que no limita su reflexión crítica a la implementación del proyecto, ni al grado de radicalidad o moderación de su aplicación, sino que apunta a algunos de sus rasgos constitutivos, al proyecto mismo. En ese sentido, el golpe militar de 1973 enfrentó al socialismo y a la Izquierda chilena con una realidad que no podía sino incidir en la reformulación de su proyecto teórico ideológico y político. En efecto, la naturaleza del golpe militar y de la dictadura mostró que en estos países, con clases medias diversificadas y ejércitos modernos, la alternativa

real no era socialismo o fascismo, sino dictadura militar o democracia política, en la que una mayoría sociopolítica fuera realizando transformaciones con sentido socialista. Lo que reveló el golpe militar fue que el fracaso de la Unidad Popular consistió en su incapacidad de constituir una mayoría social y política que resistiera la reacción de las fuerzas conservadoras en contra del proyecto transformador. Se mostraba así que sólo se puede realizar un profundo proyecto transformador si se cuenta con mayoría para ello y que esa mayoría sólo puede constituirse en un marco político e institucional de tipo democrático. Dicho de otra manera, la alternativa real a la democracia política ("formal o burguesa") no era el socialismo sino la dictadura o régimen militar. Por lo tanto, si hay socialismo en estos países, tendrá que ser en democracia política.

Siempre de modo esquemático, en esta evaluación del pasado hay un elemento muy delicado por cuanto pertenece al nivel más profundo de los símbolos de identidad, cual es el de la herencia de Allende. En toda evaluación del pasado y su proyección actual está presente este elemento con una carga muy honda de desgarró y significación polivalente. Por supuesto que la herencia de Allende y el símbolo de Allende no pertenecen a ningún sector particular de la Izquierda, sino al conjunto de ella. Pero también es cierto que cada sector o grupo, de las versiones más ortodoxas hasta las más renovadas, construye su propio Allende, hace su propia lectura de él, lo que es propio de los grandes mitos de una nación o de un sector de ella. Para un proyecto socialista renovado, Allende, más que un pensamiento teórico, representa una trayectoria histórica, personal y política, que expresa las mejores virtudes de la Izquierda. El contenido de este legado puede sintetizarse en tres elementos, que exigen diferentes tipos de adecuaciones a las nuevas circunstancias históricas.

En primer lugar, la combinación de la vocación popular con la presencia y el manejo de lo institucional. Lo popular significaba

en Allende el reconocimiento de la diversidad popular, la identificación con los sectores más desvalidos, la presencia inevitable del conflicto social y la lucha contra los privilegios, la solidaridad y lealtad con las organizaciones populares, la exaltación simbólica de ese mundo como sujeto en la vida y destino del país. Lo institucional, unido indisolublemente a lo anterior, significaba en Allende el reconocimiento de la realidad chilena y del papel del Estado no sólo como instrumento de dominación sino como instancia de resolución de los problemas de los sectores dominados, la aceptación de las reglas y símbolos de esa institucionalidad, el pragmatismo, la negociación, la valoración de lo electoral y la lucha dentro de esos marcos, y la plena aceptación de la política como enfrentamiento que requiere un campo consensual entre adversarios y no entre enemigos. En este aspecto debe reconocerse que Allende compartía con el resto de la clase política una visión inadecuada del carácter de las Fuerzas Armadas, como se revela con el golpe y el régimen militar. En todo caso, su muerte expresa simbólicamente esa irrenunciable lealtad a los dos principios señalados.

En segundo lugar, la combinación de la democracia política y socialismo. Se trata en Allende de una percepción histórica, para la cual no podía contar con un desarrollo teórico previo. Hay en esto una gran intuición que se adelanta a un debate intelectual y político y a una formulación sistemática. Quizás la versión más acabada de esta visión práctica e intuitiva sea la llamada Vía Chilena al Socialismo, cuyo drama estribó en la definición justa de un problema ("El combate sostenido para abrir el camino de la democracia económica y conquistar las libertades sociales es nuestra contribución mayor al desarrollo del régimen democrático. Llevarlo a cabo simultáneamente con la defensa de las libertades públicas e individuales es el desafío histórico que todos los chilenos estamos enfrentando"), pero era la ausencia de instrumentos de elaboración, debido al peso de la tradición

doctrinaria e ideológica de la Izquierda y el leninismo para pensar la política en términos de revolución clásica, lo que tenía al frente sólo la tradición social demócrata de reforma e integración en el capitalismo. La democracia es vista por Allende como método y como modelo político ("segundo camino al socialismo") y el socialismo como transformación de la base material de la sociedad, lo que se plantea como una posibilidad, como un conjunto de valores más que como un modelo predeterminado de sociedad. Ello sin duda parece ser el legado más trascendente y vigente.

En tercer lugar, la combinación de un proyecto nacional con un instrumento político específico, cual era la unidad de la Izquierda. Allende es, en este plano, expresión y resultante de un determinado contexto histórico en el que la viabilidad de un proyecto de transformación nacional aparece estrecha y exclusivamente ligada a un solo actor político, la Izquierda, lo que pone como eje el problema de la unidad entre los componentes de ese actor que eran, principalmente, los partidos comunista y socialista, además de otros grupos de menor envergadura. El riesgo permanente es subordinar este proyecto nacional a los requerimientos de la unidad del instrumento. En Allende hubo siempre la percepción de la necesaria diversidad de la Izquierda y el empeño constante en la ampliación de ese instrumento. Este aspecto de la herencia política de Allende puede, así, ser recogido de dos maneras contradictorias. Una es poniendo el énfasis y la prioridad en el aspecto orgánico de la unidad de los componentes de la Izquierda, la otra es poniendo como eje un proyecto nacional al que se subordinan los problemas de la unidad entre partidos de Izquierda. Volveremos sobre esto.

No es extraño, entonces, que tanto la renovación como la unificación del campo socialista quieran hacerse bajo la figura de Allende, reclamando su legado. Por otro lado, en la medida que un socialismo renovado apunta a reivindicar un proyecto de nación y a convocar más allá de la Izquierda misma, no puede

hacerse abstracción del hecho que Allende y la Unidad Popular son también símbolo de contradicción en la sociedad chilena, expresión de una época que marcó una profunda división entre los chilenos y cuyas heridas no está claro que hayan cicatrizado. Así, la Izquierda, y la renovación socialista dentro de ella, no pueden dejar de referir su identidad a Allende y a la Unidad Popular. Pero, para no quitarle a la convocatoria socialista su proyección nacional, es necesario tener presente que es una identidad conflictiva, en que operan tanto la afirmación y el despliegue positivo del símbolo, como también la contradicción señalada.

Respecto de la existencia de la dictadura militar para la Izquierda, aquélla puso en el tapete el tema de la condición humana universal e histórica más allá de sus dimensiones clasistas. El tema de los derechos humanos como variaciones históricas y culturales del derecho a la vida, replantea la naturaleza de un proyecto de clase en términos de una vocación nacional. El lenguaje y la práctica de los derechos humanos lleva a reconocerlos como algo que trasciende la naturaleza de clase y es válido para todos, lo que cambia la connotación de enemigo y obliga a promover una institucionalidad en que ellos se respeten y desarrollen. Pero la experiencia dictatorial no sólo muestra la importancia y el carácter irrenunciable de las libertades públicas y de un tipo de institucionalidad que las garantice y promueva, sino que también lleva a la valorización de formas autónomas de lucha y de afirmación como sujetos por parte de los diversos sectores sociales. La acción colectiva simbólica, expresiva, defensiva, reivindicativa, participativa, de enfrentamiento y autoafirmación, la creación de espacios de dignidad y la búsqueda de autogobierno, son todas dimensiones de un proyecto que no descansa en la pura dependencia del sistema político y que redefine el sentido mismo de la acción política.

Radicalidad socialista y radicalidad democrática

En los párrafos anteriores, sobre el distanciamiento respecto de elementos del modelo teórico político clásico de la Izquierda y sobre la reevaluación crítica del pasado, ha quedado claro que una de las dimensiones básicas de un proyecto socialista es la opción por la democracia política, la que se incorpora como un elemento constitutivo de un proyecto de transformación social.

Es posible que todavía las expresiones teóricas y prácticas del socialismo no se hayan repuesto de lo que significa esta opción, lo que a veces impide una verdadera coherencia al respecto y la asunción de todas sus consecuencias.

Vale la pena ubicar este tema dentro de una cierta evolución, por cuanto su tratamiento ha estado muy ligado a experiencias históricas de la Izquierda chilena. En el discurso de ésta a lo largo de los años se ha ido expresando la historicidad de esta problemática. La integración entre los dos elementos, democracia y socialismo, ha sido dificultosa y normalmente el resultado ha sido una cierta tensión, ya sea entre el discurso y la práctica histórica democrática de la Izquierda, ya entre diversos aspectos de un discurso que no encontraba en ninguna tradición teórica un referente para pensar el proyecto político desde la democracia. En la década del sesenta, el énfasis fue puesto en el socialismo, como algo posible, "a la mano", y necesario. Ello era producto de un cierto determinismo estructural, "inviabilidad" del capitalismo dependiente, y de ciertos cambios ideológicos como el impacto de la revolución cubana, la evolución del Partido Socialista hacia posiciones insurreccionales, la transformación del lenguaje del Partido Comunista desde la revolución antioligárquica, anti-imperialista y antifeudal a la aceptación de la inevitabilidad del socialismo. El dilema "socialismo o fascismo", tan en boga y tan fácilmente aceptado por la sensibilidad de Izquierda en esa época, da buena cuenta de ese clima, en el que democracia existe

como un dato que es, a la vez, un cierto obstáculo para las transformaciones profundas que la sociedad requiere, pero también en Chile un medio, una herramienta que puede ser útil, aunque no se saquen todas las consecuencias. Hay así una cierta esquizofrenia entre un discurso que enfatiza los aspectos críticos de la democracia, oponiéndolos al socialismo, y una práctica histórica de adhesión y participación en el régimen democrático, ampliando y profundizando su legitimidad en los sectores medios y populares.

En el período 1970-1973 se profundizó la tendencia a ver la democracia como un obstáculo en nombre del cual se impedía el avance del socialismo. Se desarrollaron así dos tendencias contradictorias. Una, que trataba de conciliar ambos términos, democracia y socialismo, pero con una elaboración incompleta que destacaba los aspectos defensivos frente a los ataques de una oposición que denunciaba un proyecto totalitario por parte de la Unidad Popular, o los aspectos que permitían distinguirse de los socialismos históricos, sin que apareciera la democracia como un proyecto político propio. Ello, que tenía como excepción las formulaciones de Allende y de sectores cercanos a él favoreció la percepción de la que la apelación a la democracia era principalmente táctica y no por tener un valor en sí misma. La otra, enfatizando el carácter socialista del proceso y el aspecto obstáculo de la "democracia burguesa", llevó a reproducir en este contexto el debate sobre el poder dual y el salto al poder y a oponer una cierta democracia directa de masas al sistema político institucional constituido. Las discusiones sobre las fases de la revolución, tareas democráticas y tareas socialistas, gradualismo vs. toma del poder, dictadura del proletariado, distantes del hecho irrefutable de la adhesión de masas a los principios y mecanismos de la democracia política, ilustran esta tendencia. En ella la conciencia ideológica de la Izquierda no encuentra la coherencia entre los temas del socialismo y la democracia, quizás porque no logra reconciliar la

tarea histórica que tiene al frente con su tradición teórica y su matriz de pensamiento.

En los tiempos siguientes al golpe militar, es el tema de la democracia el que llenará el discurso de la Izquierda. Desde una perspectiva, para demostrar la profecía cumplida respecto de la democracia como obstáculo para un proyecto transformador. Desde otra, para apelar a su valor histórico y a su recuperación inmediata; pero sin la posibilidad de ajustar cuentas con una tradición que permanecía invariable, debido a la situación de clandestinidad y a la rigidización que ella produce. El tema del socialismo desapareció de la escena, dejándosele para un futuro lejano, cuando las condiciones lo permitieran. La autocrítica, como hemos dicho, enfatizó en un primer momento sobre todo los errores de procedimiento, pero no tocó los elementos constitutivos del proyecto político. Con el tiempo, ello fue variando y tanto la dificultad de la recuperación democrática, como las relaciones con el centro político, el debate sobre la especificidad del proyecto de Izquierda, la crítica a los socialismos históricos, la gran discusión en torno al eurocomunismo, las experiencias de término de dictaduras y de procesos de democratización en Europa y luego en América latina, la creación de espacios de reflexión y la práctica de lucha contra la dictadura militar, han permitido revisar y reformular esta problemática democracia-socialismo.

Parece conveniente plantear este problema en términos de la conciliación conflictiva entre dos radicalidades que en la reflexión teórica y en la experiencia histórica se han presentado como contradictorias: la radicalidad democrática y la radicalidad socialista. Vale la pena recordar que estamos usando el concepto democracia en el sentido preciso de régimen político, que es con el cual se presentan las tensiones. Es decir, no hablamos aquí del ideal democrático en sentido genérico, ni de la democracia como atributo de toda la sociedad, con los cuales es muy fácil mostrar que hay identidad abstracta con el ideal socialista, sino de la

democracia como un tipo particular de régimen político, caracterizado por la elección de gobernantes por voto universal, la vigencia de derechos humanos y estado de derecho, libertades públicas garantizadas, separación de los poderes del Estado, alternancia en el poder político, sistema de representación en que gobiernan las mayorías y se respetan las minorías, pluralismo ideológico político, etc. Es decir, se trata de una forma específica de mediación entre Estado y Sociedad que puede ser válida para algunos contextos históricos y no para otros. ninguna sociedad puede escapar al problema de cómo se gobierna y qué condiciones definen esa forma de gobierno y al problema de la definición de la relación entre la gente y el Estado, es decir, el tema de la ciudadanía. Y la democracia política es una respuesta histórica, particular, a estas dos cuestiones, así como hay otras respuestas posibles.

La radicalidad democrática fija un marco preciso a la acción colectiva caracterizado por los elementos señalados más arriba, lo que significa que las decisiones trascendentes de la sociedad sólo pueden adoptarse cuando existen los consensos mayoritarios de acuerdo a normas que sólo pueden ser cambiadas también por consensos mayoritarios y que ellas en ningún caso pueden afectar los derechos básicos de los miembros de la sociedad.

Por su parte, la radicalidad socialista, en sus términos clásicos, apunta al fin de la explotación, es decir, se propone erradicar la apropiación del sobre-trabajo por parte de una determinada clase. En consecuencia busca liquidar la institución que hace posible este fenómeno, que es la propiedad privada de los medios de producción, o, cuando menos, procura ejercer coerción sobre los sectores que lo poseen. De este modo, la radicalidad socialista postula socializar las condiciones de producción y reproducción material. Se configura así un elemento antagónico vis a vis la sociedad capitalista imperante: la eliminación de aspectos básicos de esta última, que tienen que ver, además, con ciertos sectores

sociales específicos. Esta radicalidad plantea sin duda un problema de amigo-enemigo que tiende a expresarse en el quehacer político cotidiano.

La fácil afirmación que no existiría tensión entre socialismo y democracia por cuanto "no hay orden social más democrático que el socialismo", se complica cuando nos referimos específicamente a la democracia política, tal como lo hemos definido. Porque la democracia política en cuanto régimen político particular se da en condiciones de separación entre personas concretas ("productores directores" en la terminología clásica) y ciudadanos, donde la arena política crea la apariencia de identidad e igualdad entre ellos. En estas condiciones, la transformación de la sociedad tendría como límite la mantención de esa separación, y por lo tanto, sin romper ese orden político "burgués" no habría transformación social relevante.

Para un socialista, reconocer la radicalidad de la "democracia política" equivaldría a aceptar que la explotación y la dominación persistirán mientras no se configure una mayoría suficiente para cambiar las condiciones estructurales que las originan. Es decir, el orden social, el status quo, permanecerían mientras no sea posible modificarlo de acuerdo a normas consensuales. ¿En qué queda entonces el concepto de "revolución socialista" si se le despoja de su contenido de "toma del poder" y destrucción del "aparato político de dominación", es Estado? Parece entonces que esta opción por la radicalidad democrática en lo político, por sobre la opción actual y urgente de término de la explotación, no puede ser sino la opción de una elite. Es "comprensible" así, que el socialismo de nuevo cuño, "renovado", sea imputable a quienes no tienen hambre ni sufren la explotación. Es "razonable" que ellos prefieran postergar la superación de esta última, con tal de preservar la esencia del régimen de democracia política, cuyo elemento básico es la libertad individual.

Por otro lado, no hay experiencia histórica de socialismo

con democracia política así definida. Las sociedades socialistas conocidas poseen otro tipo de régimen político y en las sociedades con regímenes democráticos el paso hacia estructuras sociales definitivamente socialistas han encontrado obstáculos enormes que terminan por permitir reformas, pero no la superación del capitalismo.

Este es el meollo del problema y a esta contradicción o tensión hay que responder sin retóricas ni evasivas. Todo proyecto político o histórico global tiene que hacer una opción explícita por el régimen político o sistema de gobierno y ciudadanía, opción que pasa a formar parte constitutiva y definitoria de tal proyecto. Ello implica reconocer la autonomía del régimen político en relación al sistema económico social: son dos opciones diferentes, irreductibles que no se derivan la una de la otra. Si todo proyecto histórico o social global (y ya clarificaremos más adelante algo de esto) tiene que tener un proyecto de régimen político, entonces, el régimen político que un socialismo renovado postula para un país como Chile (pues no en todas partes la opción socialista a este respecto será la misma, en tanto ésta se define históricamente), es el régimen democrático. Pero ello tiene ciertas consecuencias que provienen de lo que llamamos lo radical democrático, y que enfrentan lo radical socialista. ¿Cómo se concilian ambas radicalidades?

No hay manera de resolver esta contradicción sin un cambio o redefinición en el concepto clásico de socialismo, que tome en cuenta la experiencia histórica. Para ello vale la pena partir de la visión, ya esbozada en otras partes de este libro, que una sociedad es, a la vez, Estado que representa su unidad (y, por lo tanto, también sintetiza relaciones de dominación), sociedad civil que es el reino de pluralidad y diversidad (y que no se reduce a la economía, abarcando también la cultura), y régimen político, donde reina el principio de la representación o articulación institucional entre Estado y sociedad civil. Habría, entonces, que indicar por ahora, y sin perjuicio de retomar estos temas, que el socialismo puede tener un modelo (y más adelante criticaremos

la idea de modelo), una propuesta de organización de la economía y, también, una propuesta de organización de la sociedad civil y del Estado. Pero no tiene un modelo per se de régimen político, sino que éste varía de acuerdo a los contextos nacionales. Entonces, para ciertos países, pues esto no es necesariamente universal, el socialismo no podría sino aceptar que el régimen político válido y bueno es el régimen democrático. Ello significa reconocer que el socialismo busca la superación de la sociedad capitalista en lo que se refiere a las formas de organización de la economía y de la sociedad civil así como el nivel del Estado, pero no al nivel del régimen político porque el capitalismo no es un régimen sino una forma de organización de la sociedad y del Estado. Significa también responder con la afirmación de la democracia política, para ciertos contextos, a la famosa pregunta de Bobbio a los marxistas sobre qué régimen político o qué sistema de elección de gobernantes ellos postulan: dictadura del proletariado, cooperativismo, fascismo, régimen militar, democracia directa, democracia representativa; son todos tipos de régimen político que no se corresponden necesariamente con un modo de producción determinado y sobre los que hay que hacer una opción explícita(2).

Pero desde ese momento, la democracia política (tal como la hemos definido y que algunos llaman democracia burguesa, formal, representativa, liberal, constitucional, etc.) pasa a ser un elemento constitutivo del proyecto socialista, forma parte de su identidad irrenunciable tanto como las propuestas económicas y sociales de superación capitalista, es decir, es tan "socialista", aunque se comparta con sectores no socialistas, como las tareas económicas básicas que se denominan socialistas, (expropiaciones,

(2) Primer Mensaje Presidencial ante el Congreso de Salvador Allende (Mayo de 1971). Sobre la Vía Chilena al Socialismo, ver el Anexo incluido en "La Unidad Popular y el conflicto político en Chile", op. cit.

nacionalizaciones, gestión y apropiación colectiva, etc.). Se supera así la distinción falsa entre "tareas socialistas" y "tareas democráticas". La constitución de la democracia política es una de las tantas tareas socialistas, y en algún momento puede ser la tarea principal, aun cuando nunca un proyecto socialista se agotará en la propuesta de democracia política, con ninguna sociedad se agota o define sólo al nivel del régimen político o del puro modelo económico, o del puro modelo cultural o del puro Estado. Pero en ese plano, el del régimen político, la democracia política, su construcción y ampliación, es un valor y principio histórico irrenunciable para ciertas sociedades. Si el proyecto de régimen político, en este caso la democracia política, es parte del proyecto socialista, y tan importante como el proyecto de sociedad civil y de Estado, y si cada esfera guarda cierta autonomía, es normal que entre ellas haya tensiones, exigencias de la democracia política al socialismo: tanto socialismo cuanto la democracia política lo permita. Y a su vez, habrá una exigencia del socialismo a la democracia política: si no se crean ciertas condiciones sociales, la democracia política se hará inestable y llegará a su colapso. Pero se trata de contradicciones y exigencias mutuas que se dan no desde fuera sino en el interior de un mismo proyecto socialista y que el socialismo debe ir resolviendo históricamente, enfatizando a veces el tema del régimen político, otras veces el de la transformación económico-social o cultural, otras veces el de la independencia nacional, pero nunca abandonando ninguno. Ello permite afirmar que en un momento determinado la identidad socialista sea, por ejemplo, la lucha por los Derechos Humanos elementales, en otro momento sea la lucha por elecciones libres, y en otro la expropiación de los monopolios, etc. No renunciar a ninguno de los componentes propios del proyecto, significa adaptar sus exigencias y requerimientos mutuos a la situación histórica objetiva y subjetiva de la sociedad, resolviendo en cada caso cuál es la problemática principal que se enfrente.

Pero esta redefinición de la relación entre democracia política y socialismo en términos de dos radicalidades lleva necesariamente a una reformulación del socialismo clásico, por cuanto tiende a desaparecer la idea de la "toma del poder" del Estado en un momento determinado a la que sucede el desencadenamiento de la transformación del orden social. La existencia de un régimen político democrático, que supone sin duda poder y dominación, es contradictoria con esta idea de "toma de poder", pues el concepto de incertidumbre y reversibilidad es esencial a tal régimen: nadie se toma el poder político de una vez para siempre. Si ello ocurriera, no estaríamos en un régimen de democracia política.

Cabe, entonces, referirse a esta redefinición del socialismo que se inserta, sin embargo, en su tradición.

La reformulación socialista

Recordemos que el modelo clásico de socialismo, hoy en crisis y, en algunos casos, en descomposición, se caracterizaba por la afirmación de una clase con intereses unívocos que encarna los intereses generales de la sociedad: la clase obrera, y que se hace representar por una organización de vanguardia, el partido, cuya misión es tomar el poder del Estado para iniciar desde ahí la transformación de la sociedad. Esta transformación de la sociedad pasaba por una fase de destrucción del orden antiguo y de colectivización de los medios de producción o, en la vertiente más social demócrata, por la referencia del movimiento social a un Estado que se constituye en el agente reformador del capitalismo. Elementos fundamentales del modelo clásico más ortodoxo eran también la visión economicista y científicista de la sociedad. La primera suponía que de las transformaciones económicas emanan el conjunto de otras transformaciones sociales, es decir, que eliminando la dimensión de explotación se eliminan todas las otras formas de alienación y opresión. Subyacente a

esta visión estaba también la percepción optimista del progreso ilimitado: si se desarrollan las fuerzas productivas, y está el espacio abierto para ello indefinidamente, es posible la solución del conjunto de contradicciones de la sociedad. La segunda, concebía una teoría única y científica de la sociedad y del tránsito al socialismo, un sistema de leyes generales que hay que aplicar a cada caso particular y cuyo núcleo inmutable es el marxismo-leninismo.

El modelo clásico del socialismo se componía, entonces, de este conjunto de elementos: clase, partido, toma de poder del Estado, economicismo colectivizador o estatizante, progresismo de las fuerzas productivas y teoría científicista de la historia(3).

Se trata de una visión que se deshace progresivamente

En primer lugar, porque sus propios elementos han estallado y perdido consistencia interna y entre sí, producto de las transformaciones materiales, sociales y culturales de la sociedad contemporánea. Así, los fenómenos de terciarización de la economía, cambio tecnológico, pérdida relativa de importancia de la clase obrera en la fuerza de trabajo, explosión de demandas y proliferación de actores sociales que desbordan el mundo del trabajo, complexificación y heterogenización de la sociedad (contra el viejo supuesto de su creciente homogenización), por citar sólo algunos, hacen que la idea socialista no pueda reposar ya únicamente en una clase particular, como sería la clase obrera, o incluso la clase trabajadora, que ya es un concepto distinto más amplio. El socialismo no puede descansar en un solo actor social, aunque privilegie siempre el mundo de los trabajadores, sino que apela a mu-

(3) Ver este debate en "El Marxismo y el Estado" de Norberto Bobbio y otros. (Editorial Avance, Barcelona, 1977.)

chos actores al mismo tiempo, pasando así a convertirse en un principio con el cual diversos sectores se identifican sin que haya nunca identidad exclusiva con uno de ellos en particular. El concepto del partido vanguardia, representante único de los intereses de una clase, pierde desde ese mismo momento su consistencia, porque los partidos han dejado de ser los únicos canales de representación y porque aunque hubiere un solo sujeto del socialismo, éste presenta intereses diversificados y hasta contradictorios. Por su parte, la apelación al Estado, ya para apropiarse del mismo, ya para hacerlo intervenir en contra del poder privado, identificando los intereses de la clase obrera con los del Estado, se hace más compleja en la medida que tiende a predominar la irreductibilidad mencionada entre sociedad civil, régimen político y Estado, donde ninguno de estos elementos debe subsumir al otro. Finalmente, la visión iluminista del progreso y la ilusión científica de la política han cedido paso a concepciones más tentativas y relativas sobre la realidad social y su evolución, producto de las grandes tragedias colectivas de este siglo; pero también de la influencia de nuevas corrientes de pensamiento.

En segundo lugar, porque la utopía socialista ha dejado de ser la pura utopía de la igualdad y de sus condiciones materiales, para asumir también la utopía democrática que se refiere a las libertades y la utopía de tradición cristiana, aunque no es exclusiva de ella, que puede resumirse en el concepto de emancipación o liberación y que apunta a los temas de la solidaridad y fraternidad.

En tercer lugar, porque las sociedades de nuestro continente, caracterizadas por la coexistencia, en un mismo ámbito geográfico e histórico, de mundos civilizatorios muy diferentes, viven una crisis que no puede ser enfrentada por el modelo clásico de socialismo a que hemos aludido. Esta crisis podría ser caracterizada —en términos muy gruesos y esquemáticos— en una doble dimensión. Por un lado, una crisis del modelo de desarrollo, donde

lo que aparece como crucial, en estos países es un proceso de marginalización creciente, una situación en la que millones de seres humanos no van a alcanzar las condiciones elementales de sobrevivencia, realización personal y el nivel básico de la ciudadanía. El mundo sumergido, creciente y sin esperanzas, es el primer elemento de la gran crisis de la sociedad que enfrentamos. La segunda dimensión se ubica en un plano sociocultural y se refiere a la tensión, no resuelta hasta ahora, entre los fenómenos de socialización, es decir, de expresiones colectivas donde las clases, los grupos, las categorías se manifiestan y se autoafirman como tales, y las tendencias cada vez más presentes de individuación en las que la gente quiere ser cada vez más sí misma y cada vez más distinta.

Esta sociedad marcada por esta doble crisis de marginalización masiva creciente y de contradicción entre los fenómenos de socialización necesaria y las tendencias y aspiraciones a la individualización, plantea un enorme desafío para un proyecto socialista. En efecto, la tradición socialista está acostumbrada a pensar los problemas en términos del mundo del trabajo, de la clase obrera y de tendencias estatizantes o colectivistas. Los temas de una sociedad sin marginales o integrada y del autogobierno en los distintos niveles de la sociedad aparecen como centrales para las sociedades contemporáneas. Ya no pueden resolverse los problemas de estas sociedades con la sola utopía del término de las explotaciones, la eliminación del trabajo asalariado, etc., en un mundo en que grandes masas claman por ser incorporadas al menos a ese trabajo.

¿Qué consecuencias tiene este replanteamiento del modelo clásico de socialismo?

La primera de ellas es que el conjunto de problemas de las

sociedades contemporáneas y de nuestro continente ubica el tema clásico de la explotación económica como uno de los problemas a enfrentar y no como el único cuya resolución implicaría el término de todas las contradicciones. El socialismo no sólo ataca el tema de la explotación económica, sino que es incompatible con toda forma de concentración o acumulación monopólica, no únicamente con la de capital. Ello reviste especial trascendencia en las sociedades modernas donde la concentración no se da sólo en el nivel económico, sino en el terreno del conocimiento y la información, por ejemplo. Dicho de otra manera, el socialismo no es sólo lucha contra la explotación, sino a la vez contra la opresión y las alienaciones. La lucha por la igualdad, reivindicación clásica del socialismo, es también lucha por la libertad, por las condiciones de autorrealización personal y por el desarrollo de capacidades de autogestión colectiva. Esto significa que el socialismo en cuanto contenido se define históricamente en cada sociedad, pues se trata de determinar en cada sociedad cuál es la explotación, la opresión o la alienación principal para definir las prioridades de lucha y el programa socialista concreto. Se trata de un lento y largo proceso que se hace al interior de la democracia política y donde el interés socialista asume el interés de la nación y la sociedad concreta, desde la perspectiva de quienes nacieron perdedores en la vida y en la historia, llámense éstos obreros, marginales, cesantes, mujeres, hambrientos, pobres, oprimidos, alienados o dominados. Desde la perspectiva de los vencidos pero asumiendo, con otra lógica, la herencia civilizatoria que haya dejado el mundo de los vencedores.

¿En qué queda, entonces, el tema de la propiedad, núcleo de la relación y la sociedad capitalista para el socialismo clásico, y, por lo tanto, el carácter anticapitalista o de superación del capitalismo, sin lo cual el socialismo pareciera perder todo sentido?

En primer lugar, sin desconocer el sello de explotación que

define a la relación capitalista en cuanto tal y que subsistirá mientras subsista ésta, ni ella es la única relación de explotación que existe en las sociedades contemporáneas ni todas las dominaciones, opresiones o alienaciones se derivan exclusivamente de esta relación de propiedad. Ello significa que el socialismo, más que eliminar toda forma de propiedad capitalista, lo que busca es superar y eliminar los efectos sociales que la explotación crea a través de la regulación, el control y las compensaciones y redistribuciones estatales y sociales, la extensión en formas de propiedad no capitalistas, la combinación de formas de propiedad con formas de gestión, etc. En segundo lugar, el socialismo define históricamente para cada sociedad concreta cuáles son las formas de apropiación que están impidiendo el desarrollo de la sociedad y acrecentando las desigualdades sociales (por ejemplo, ciertos monopolios nacionales o extranjeros) y busca su superación, respetando y desarrollando todas aquellas otras formas de propiedad que se inscriben dentro de una dinámica de desarrollo nacional y no impiden niveles crecientes de igualdad y justicia sociales. Se define así una relación programática e histórica con el problema de la propiedad y no una oposición esencialista a ésta, lo que en el plano concreto significa su aceptación y la de ciertos principios que la acompañan históricamente como el papel del mercado(4). En tercer lugar, la subordinación de la lógica privada a la lógica de desarrollo nacional y al incremento de las igualdades sociales, el reconocimiento del espacio y requerimientos de las diversas formas de propiedad, la eliminación o superación de aquellas formas particulares de propiedad que atentan contra el desarrollo nacional o aumentan la desigualdad social, se hacen dentro del marco democrático. En otras palabras, el principio de superación de la sociedad capitalista sigue vigente, pero no se le

(4) A. Touraine, "L'Après Socialisme" (Grasset, 1980, París).

reduce al problema de la propiedad, se le combina con el principio de superación de otra forma de dominación que no proviene del carácter propiamente capitalista de una sociedad concreta, priorizando en términos históricos uno u otro y definiéndolos en el interior del régimen democrático.

Vale la pena precisar el concepto de superación de la sociedad capitalista en sociedades como las nuestras. Porque si bien es cierto que la política socialista no puede dejar de ser anticapitalista, hay que preguntarse de qué capitalismo se trata y cuán capitalistas son nuestras sociedades. Es evidente que se trata de capitalismo débiles muy distantes del sueño clásico de homogeneización industrial de las sociedades y donde, por lo tanto, el proyecto socialista es muy diferente del que puede plantearse para las sociedades de capitalismo clásico. Los temas de la dependencia, de la heterogeneidad estructural o coexistencia de modos de producción diferentes, de modernidad retrasada, exógena e incompleta, obligan a pensar un proyecto socialista que no es pura superación de un capitalismo débil y localizado sólo en ciertos núcleos de la sociedad, sino también realización nacional de la modernización y democratización atrasadas e incompletas, sin las cuales no hay integración de millones de seres que viven al margen incluso de la problemática capitalista. Es decir, un socialismo no puede definirse en estas latitudes como simplemente anticapitalista sino que se identifica con un proceso de construcción de la nación. Por eso, cabe insistir en el socialismo como un proceso de transformaciones que va enfrentando históricamente las contradicciones principales que la sociedad capitalista ofrece y que apunta siempre a esa superación. Pero puede ser que la superación de la contradicción principal de una sociedad capitalista como la nuestra no sea, a esta altura, la relación capital-trabajo, por ejemplo, y entonces, en ese sentido el socialismo se reviste de un contenido muy distinto al de otro proyecto socialista, e incorpora necesariamente elementos propiamente capitalistas.

Una segunda consecuencia es el replanteamiento del problema de la revolución, tema tan abundante en la retórica socialista como escaso en la realidad de nuestras sociedades. Porque el concepto revolución apunta a dos cosas diferentes. Por un lado se refiere a un método político, que implica "toma del poder" por la fuerza revolucionaria, destrucción del orden social antiguo y creación de un nuevo orden, a lo que se le asigna un carácter de irreversibilidad. Si bien un régimen democrático puede surgir como resultado de un proceso revolucionario, hay en este concepto de revolución una identidad entre Estado, régimen (o partidos) y sociedad civil que es contradictoria con la visión que hemos señalado de socialismo, aun cuando las revoluciones son fenómenos que pueden imponerse más allá de los diseños y previsiones de los actores sociales. Pero, sin entrar al análisis de coyunturas históricas donde las opciones pueden ser inevitables, hay que reconocer que los conceptos de toma del poder y de irreversibilidad, intrínsecos a la idea de revolución como método o proceso político que se desarrolla en un momento y foco determinado (el Estado), son contradictorios con el concepto de régimen democrático. Pero la idea de revolución apunta también a "contenido". Se puede decir que la superación del Estado capitalista y de la sociedad civil capitalista son objetivos y contenidos revolucionarios y que quien está intentando eso está haciendo una revolución. Y ello puede, hacerse teóricamente dentro de los marcos de un régimen democrático, es decir sin revolución en el sentido de método político. En otras palabras, como el socialismo se postula con una propuesta propia a nivel de la economía, la sociedad civil y el Estado, pero no a nivel del régimen político donde su propuesta es la democracia política como ha sido aquí definida, la revolución como método no está presente en un proyecto socialista renovado, aunque sí lo esté el concepto de revolución en cuanto idea transformadora de un tipo de sociedad.

Ello significa aceptar definitivamente la idea de reversibilidad

y alternancia en el poder; lo que no implica que no se luche porque a distintos niveles las transformaciones obtenidas se hagan irreversibles, pero reconociendo que en cualquier momento por métodos democráticos se pueden perder conquistas obtenidas, a excepción de los valores y derechos irrenunciables. Así, los principios de reversibilidad y de alternancia son un test clave y, en la medida que se aceptan, los proyectos sociales no pueden ser totales ni derivaciones científicas y necesarias de la utopía, porque la acción política pasa ineludiblemente por la convicción, la transacción, la incorporación de intereses y visiones contradictorios.

Puesto que no hay asalto o toma del poder, puesto que hay un proceso permanente de lucha dentro del marco democrático en todas las esferas donde hay poder o dominación, una tercera consecuencia de lo dicho hasta ahora es que el proyecto socialista se define mucho más como proceso que como sociedad. Es decir, no puede definirse el socialismo como un modelo de sociedad caracterizado o establecido de una vez para siempre, identificado con un orden social o con instrumentos sacralizados. No hay en esta visión sociedad socialista, propiamente tal, porque el socialismo es un principio de transformación social, de superación de alienaciones, opresiones y explotaciones que se basa en la idea de la emancipación social y autogobierno de la gente, con un rol protagónico de trabajadores y dominados, pero no es un esquema de mecanismos concretos, un sistema social predeterminado. En este sentido el concepto de "transición al socialismo", propio de la visión clásica y tradicional de la revolución y donde se hace referencia a un período y momento precisos, pierde su sentido. No hay transición de una sociedad a otra, hay transformación permanente. No hay modelo socialista, hay proceso socialista, que es siempre reversible y transformable, a diferencia de los modelos de sociedad. La idea de un modelo de sociedad es, en cierto modo, contradictoria con el principio de régimen democrático, que supone disputas, competencias, transacciones entre pro-

puestas que corresponden a diversos modelos encarnados por diversos actores en interacción. La definición de socialismo no puede dejar de tener un aspecto incierto, por cuanto éste consiste en la definición histórica, a juicio de la gente de los diversos componentes de las clases populares, de trabajadores manuales e intelectuales, de cuáles son las contradicciones principales más urgentes de la sociedad capitalista y cómo superarlas en un determinado momento histórico, en el entendido que no habrá paraíso terrenal ni "nueva" sociedad sin contradicciones pues toda sociedad genera sus propias contradicciones y alienaciones. En sentido estricto, no hay proyecto de sociedad socialista ni modelo global concreto definido para siempre, no hay "toma del poder" ni un momento en que se "empieza" a construir el socialismo, pero hay siempre política socialista posible, tarea socialista frente a todo. No hay "Sociedad Socialista", instalada, hay transformación socialista y gobierno socialista posible en un régimen de democracia política. El principio de superación de la sociedad capitalista hace que no se pueda confundir la renovación socialista con ninguna variante laica o cristiana de la Social Democracia. El principio de afirmación del régimen político democrático aleja a la renovación socialista de las variantes clásicas del marxismo-leninismo. Aunque puedan encontrarse en forma individual elementos de una u otra corriente.

Una cuarta consecuencia de esta reformulación del proyecto socialista tiene que ver con la inserción en el contexto mundial. Si se afirma como proyecto básico un proceso nunca terminado de eliminación y superación de las contradicciones de la sociedad capitalista (alienaciones, opresiones, explotaciones), se está afirmando una no alienación en términos de bloques que representan modelos establecidos de sociedad y, en cambio, una alineación en función de políticas histórico-concretas. El socialismo no es así una tendencia inevitable e irreversible científicamente probada a nivel mundial de superación del capitalismo, sino una idea o

proyecto de construcción de nación. No es un modelo universal de sociedad ya codificado en algunos casos históricos sino una oportunidad, una posibilidad para la nación. Y en el caso de América Latina y de Chile, la nación tiene un doble componente histórico cultural que la aleja de una identificación absoluta con alguno de los bloques. Nuestras sociedades son, parcial o malamente, occidentales, quizás como copia retardada, pero lo son. Pero son también dependientes, tercer mundo. La combinación de ambos componentes define su especificidad. Son, a la vez, Macondo y postmodernismo, adobe y computadora. Ambos elementos son cruciales. Porque el socialismo afirma una nación atravesada por esta contradicción. Pertenencia al mundo occidental, con lo que ello significa de tradición cristiana, nacionalismo, individualismo e individuación, y, a la vez, al Tercer Mundo, donde importan las categorías, las clases, la afirmación de sujetos colectivos. No se identifican estas sociedades con el bloque capitalista occidental, no con el bloque socialista en cuanto tales, aunque las políticas concretas las acerquen más a uno que a otro, o al bloque tercermundista. Un proyecto socialista renovado aquí es, entonces, hijo del socialismo occidental y de las luchas de los países subdesarrollados, cerca de la experiencia de Berlinguer y del Partido Comunista Italiano, pero también de ciertos valores que aportaron la Revolución Cubana y Nicaragüense sin perjuicio de la distancia con sus respectivos modelos políticos. Y todo ello ubicará al socialismo en una posición autónoma de los bloques que se disputan la hegemonía mundial.

Quizás la consecuencia más importante de lo indicado sobre el contenido de un socialismo renovado es que, si sólo puede avanzarse en la transformación social bajo el principio de mayorías sociales y políticas, el eje fundamental de la acción histórica y social pasa a ser la política y la cultura, la transformación cultural, la construcción de consensos, la promoción de la creatividad individual y colectiva, la convicción, la enseñanza y aprendizaje,

lo que supone, a su vez, las grandes acciones masivas de movilización, lucha, presión y confrontación política. Y esto tiene que ver con la visión que se tenga de la autonomía de la sociedad civil y con una nueva concepción de los partidos políticos.

Movimientos sociales y partidos

Una de las dimensiones más importantes que definen un socialismo como el esbozado en estas páginas y que ha marcado con diferente fortuna los procesos de renovación socialista, es un replanteamiento de las relaciones entre sociedad civil, en lo que se refiere a actores y movimientos sociales, y partidos políticos. Retomaremos en lo que sigue, entonces, diversos puntos que hemos desarrollado a lo largo de varios capítulos de este libro.

En relación a la visión de la sociedad civil, la renovación socialista se plantea una problemática que muchas veces ha quedado reducida a consignas ideológicas o al pragmatismo cotidiano, y también ha dado origen a grandes confusiones. Se trata del tema de la autonomía de los movimientos sociales o del reforzamiento de la sociedad civil. Lo que se afirma básicamente, frente a la alta dependencia tradicional del movimiento social respecto del sistema político partidario, como hemos insistido reiteradamente, es el reconocimiento de la irreductibilidad de tres elementos: el Estado, como expresión de dominación, pero también como el lugar de la unidad de la Nación; el régimen político, como representación de la pluralidad donde actúan principalmente los partidos; y la sociedad civil, como el campo de participación de los sujetos y actores colectivos no reductibles al sistema de representación partidaria. Implícita a esta problemática hay una doble percepción de lo que ocurre bajo el régimen militar: la de la reducción progresiva del Estado en su aparato y poder redistributivo, mientras se acrecienta su poder coercitivo y desaparece el régimen de representación, y por otro lado,

la percepción que surgían en la base social formas de organización, demandas y dinámicas que rompían radicalmente el modelo de imbricación entre liderazgo político y social que caracterizó la acción colectiva o de masas en Chile. Se apunta así a la idea de una sociedad civil emancipada, autónoma y crítica del sistema partidario. Pero la evolución de estos aspectos se ha demostrado más compleja. Por un lado, se mantiene una amplia legitimidad y demanda social del estatismo, de un rol activo del Estado en todos los problemas de la vida nacional como lo muestran, entre otras cosas, todas las encuestas de opinión pública. Por otro lado, ni el régimen militar pudo eliminar o reemplazar la "columna vertebral" de la sociedad a la que nos hemos referido tantas veces, aunque la desarticuló, ni el mundo renovado de la oposición — por razones ya analizadas en este libro — pudo cambiar esta forma de constitución de actores sociales. Basta con examinar las elecciones en medios estudiantiles, profesionales, sindicales, para concluir que no se creó una nueva matriz de constitución de actores sociales. Y sin embargo, tampoco se reproduce mecánicamente la relación del pasado entre partido y movimiento social: algo ocurrió con esa relación que se ha hecho más compleja e incierta. La Asamblea de la Civilidad, por ejemplo, que algunos saludaron como la máxima demostración de madurez del movimiento social frente a las incapacidades de las estructuras políticas partidarias, no habría sido posible sin una explícita concertación de éstas; pero ellas a su vez confrontadas consigo mismas no podían resolver sus contradicciones sino fuera de ellas mismas, en ciertos campos del movimiento social. Se revelaban así la complejidad del problema. Por un lado, no era realista la apuesta a una especie de basismo o de refundación de la sociedad civil, pues en el caso chileno el momento partidario parece insustituible en la construcción de actores sociales, habiendo momentos más societales y momentos más partidarios. Por otro lado, hay una verdad insoslayable en la crítica al tipo de relación entre movi-

miento social y partido y también una enorme masa, juvenil entre otros sectores, cuya sensibilidad no se expresa partidariamente, lo que se ve en encuestas y en movilizaciones(5). Ello refuerza la afirmación de la irreductibilidad de la sociedad civil al sistema partidario o al Estado: hay una demanda social por autonomía, por distancia entre ellos.

Así, se plantea la búsqueda necesaria de nuevas formas de articulación entre partidos y movimientos sociales que privilegien la autonomía de éstos. Lo que hemos denominado el paso de un modelo de relación del tipo "imbricación" a uno de "tensión" entre ambos elementos, así como la expresión de las sensibilidades colectivas que no se canalizaran nunca por el sistema partidario, implican un esfuerzo enorme de la clase política en sentido amplio. Se trata de romper una tendencia histórica y ello es particularmente relevante en el caso de un proyecto socialista si aspira a representar la variedad y novedad del mundo popular que se ha ido conformando estos años.

Esto implica, entre otras cosas, replantear la concepción clásica del partido, alejándose, como hemos dicho, tanto del modelo "vanguardia" como del modelo "populista".

Cabe aquí retomar, por un lado, el tema de la tensión entre proyecto, o ideal socialista en este caso, y partido. Este último no es la única encarnación de los principios o proyecto socialistas. Tal proyecto se encarna en muchas instancias y atraviesa también muchos partidos, aunque preferentemente un partido socialista. Repitamos que un partido es una mediación y, por lo tanto,

(5) En su último libro el líder socialista Clodomiro Almeyda hace defensa irrestricta de una posición abierta frente a los problemas de propiedad privada y el mercado, y en otras páginas del mismo libro, sin embargo, critica duramente al proceso de renovación socialista que en estos como en otros puntos no tiene ninguna diferencia con su planteamiento. Ver su libro, *"Reencuentro con mi vida"* (Ediciones del Ornitorrinco, Santiago, 1987).

puede llegar a ser un obstáculo. No habiendo identidad entre el socialismo como proyecto y un partido particular, tampoco hay identidad entre el partido como organización y el mundo social y cultural al que ese partido convoca, entre "mundo popular" y "partido socialista": capacidad de convocatoria no implica identificación o confusión entre uno y otro. Esta distancia entre el mundo de referencia del socialismo y el partido como organización debe ser defendida y esto implica una lucha permanente del partido contra la tentación de la totalidad. Tampoco puede identificarse la problemática de un partido socialista con la problemática de la Izquierda. Un partido socialista es en Chile sin duda un partido de Izquierda, forma parte de ésta, pero su proyecto nacional la trasciende y no puede subordinarse a los cálculos y equilibrios en el interior de esa Izquierda. Volveremos sobre esto.

Por otro lado, un partido, para un proyecto socialista que se mueve en las coordenadas indicadas, no puede definir su identidad en términos de una doctrina única y monolítica no de un conjunto de verdades teóricas que se postulan a sí mismas como científicas. En otras palabras, no parece tener sentido definir un partido o partir de un cuerpo ideológico cerrado y excluyente que obliga siempre a plantearse en términos de ortodoxias que se condenan unas a otras. Definir un partido como marxista o como marxista-leninista o como cristiano, parece un error de perspectiva histórica. Otra cosa es que un partido incorpore componentes de una u otra visión, que utilice los instrumentos, percepciones y sensibilidades respectivas, que transmita un cierto bagaje cultural en que estén presentes los elementos de un cuerpo doctrinario o de varios. Un partido debiera apelar a la mayor diversidad de vertientes culturales, de sensibilidades teóricas e ideológicas y buscar su homogeneidad en el nivel más programático.

Lo mismo podría decirse respecto de la identidad social de un partido para un proyecto socialista como el indicado. Si la referencia al mundo de trabajadores, más aún, al mundo popular,

es constitutiva de un partido socialista, ello no significa que haya que definir su identidad en la homogeneidad de una base social clasista, sino, nuevamente, en la capacidad de convocatoria que tenga en el plano programático. Dicho de otro modo, tanto a nivel teórico cultural como a nivel de su base social, se trata de un partido abierto, expresando toda la diversidad de aquello que aspira a convocar y representar.

En términos de un proyecto socialista renovado el problema de la creatividad sociocultural y política aparece como crucial. Esto replantea el tema de la inserción de los intelectuales en la actividad política y el de las relaciones entre partido e intelectuales. Hay aquí que evitar un modelo de relación que existió en el pasado. En ese modelo los intelectuales eran quienes simplemente sistematizaban el discurso político vigente, donde la imbricación entre intelectuales y partidos subordinaba los primeros a los segundos y reducía la legitimidad de la actividad intelectual a su rol partidario y no a su aporte crítico. Se trata que el trabajo intelectual tenga incidencia en el mundo político partidario, sin enajenarse pero también sin subordinarse. Al respecto, cabe una importante crítica al trabajo de los intelectuales en los finales de los sesenta y comienzos de los setenta. Igualmente cabe aquí el concepto de tensión necesaria entre intelectuales y partido.

En síntesis, un proyecto socialista con los rasgos reseñados obliga a un partido que quiera asumirlo a manejar un conjunto de tensiones con el proyecto mismo, con el movimiento social, con la Izquierda en conjunto, con su patrimonio doctrinario, con su base social y con el mundo intelectual. Ello implica cambios significativos en la cultura y tradición socialistas chilenas.

Finalmente, un planteamiento como el realizado acá obliga a revisar algunas cuestiones relativas a la organización de un partido socialista, las que solamente enunciaremos.

Por un lado, hemos dicho, uno de los principales problemas de la política chilena radica en su clase política, cuyas virtudes,

entre otros factores, hicieron posible la estabilidad democrática, pero, cuya naturaleza y forma de constitución genera también enormes dificultades de concertación. Desde la perspectiva de una organización partidaria, y dada la tradición del socialismo chileno, parece fundamental la diversificación del mundo de oportunidades para esta clase política de modo que los antagonismos de carrera política o de proyectos personales o grupales legítimos no se revistan de legitimidad ideológica porque no existen los canales para expresarse. Se trata de enfrentar aquí la tradición caudillista o fraccionista característica del socialismo en Chile.

Por otro lado, se trata de tomar en serio el problema de la democracia interna de un proyecto socialista. Como indicamos en el capítulo anterior, en un régimen de democracia política debería existir un estatuto de los partidos que establezca normas generales de democracia interna, como rotación periódica de cargos, elecciones primarias, cuotas obligatorias de cargos en las directivas para mujeres, etc. A su vez, cabe plantearse el problema del nucleamiento y participación en la base en un país con una tradición muy centralista y con sobre énfasis en la política estatista, donde la democracia a nivel local fue siempre muy débil.

Todos estos aspectos requieren de cambios institucionales, pero, sobre todo, de cambios en la cultura política e implican, en un primer momento, un acto de voluntad de la clase política. Pareciera que es en esta dimensión que ha habido las mayores renuencias a la renovación, manteniéndose formas tradicionales de organización y comportamiento políticos.

El socialismo y las fuerzas políticas chilenas

Un último componente o dimensión de un socialismo reno-

vado, que corre el riesgo de confundirse con un problema de línea política y que debe mantenerse separado, pues no pertenece a ese nivel, es la inserción del socialismo chileno en la Izquierda y en el conjunto de fuerzas políticas.

Respecto del primer punto, el de la inserción del socialismo en la Izquierda chilena, de la que forma parte, parece necesario reconocer que tanto a nivel sociológico o de bases sociales, como en el plano cultural, ideológico y de espacios políticos, se ha ido produciendo una bifurcación de la matriz dominante de la Izquierda chilena en la década del sesenta, hacia dos posibilidades organizacionales: una que recoja el componente clásico marxista-leninista de la Izquierda y la otra recoja el componente de la renovación socialista. Se trata de desarrollar al máximo ambas posibilidades y la autonomía de una respecto de la otra. Ello permite plantear el viejo problema de la unidad de la Izquierda en forma más madura. Por un lado, como hemos indicado, éste pasa a ser uno de los problemas a enfrentar en una política de Izquierda y no el problema único al que se subordina todo el resto. Por otro lado, la posible unidad de la Izquierda exige el pleno desarrollo de ambas opciones en términos organizacionales, materiales y de presencia social y popular. Sólo así la unidad asumiría la diversidad y no sería mera abstracción o absorción de un polo por otro. Hay que reconocer a la vez la existencia de concepciones y proyectos sociales distintos dentro de lo que se llama el campo de la izquierda y que ambos dos se constituyen y expresan desde ese campo y desde esa tradición, aunque sea un caso para renovarla. Replantear la constitución de la Izquierda en términos de los grandes proyectos que la diferencian y, por lo tanto, reformular el clásico problema de su unidad como el de la interacción entre dos componentes distintos, parece un avance desde el punto de vista de la política nacional y, en ningún caso, distanciamiento de lo que define el ser de la Izquierda en este país. Una de las defensas de las posiciones más clásicas u orto-

doxas frente a la renovación socialista es el clasificarla de centro o social demócrata, sin recordar que precisamente en Chile la matriz clásica marxista-leninista dio históricamente tanto para una línea moderada y gradualista (PC) como para líneas más radicales (MIR, PS). De nuevo se confunde aquí una matriz teórico-práctica de la política con un problema de líneas históricas.

Esta visión de los dos universos de izquierda necesarios de desarrollar, pues cuentan con sus propios espacios sociales, culturales y políticos, se acompaña de una manera de pensar el sistema político partidario y su futuro dentro de un régimen democrático. En efecto, no se trata de pensar sólo la Izquierda, sino el país. Es posible así, como lo hemos hecho en otros capítulos, imaginar un esquema partidario de tipo cuadrangular o de cuatro polos. Por un lado una Derecha capaz de expresar y representar una cierta fuerza social en el juego democrático, comprometiéndose con sus reglas y resultados. Por otro lado, un polo de Centro, que está representado principalmente por esa versión cristiana de tipo social demócrata que es la Democracia Cristiana, con algunos otros sectores complementarios. En tercer lugar, el polo Socialista, y, finalmente, el polo Comunista, uno y otro, con agregados que giran en torno a ellos y en cuyos detalles no cabe entrar. En la construcción de este esquema de sistema partidario se enfrentan dos problemas: el de una Derecha democrática, que aún no cristaliza orgánicamente, y el del campo socialista, que permanece fragmentado y descompuesto.

Este problema de la fragmentación y unidad del campo socialista puede formularse en los siguientes términos. Hay una indispensabilidad sociológica, cultural y de espacio política para el mundo socialista. El "hueco" está ahí, y todo el problema consiste en si ese hueco se va a llenar fragmentadamente o con una fuerza organizacional única. Ambas posibilidades son válidas y legítimas. Porque puede postularse que en este país hay demasiada densidad social, organizacional e ideológica como para que

se produzca unificación de las fuerzas socialistas y que es mejor que permanezca la densidad de ellas expresada en diversas organizaciones o partidos políticos. El único problema que la opción de fragmentación o no unificación del campo socialista presenta, es que lo hace muy dependiente del polo de Centro o del polo de la Izquierda Comunista, y pierde capacidad de desarrollarse y de ser articulador de un bloque sociopolítico que combine adhesión democrática y voluntad de transformación social. Pareciera ser que en un proceso de construcción y consolidación democrática, un socialismo fragmentado debilita el proceso general y rigidiza las alianzas y acuerdos necesarios. Ello pudo apreciarse concretamente en la conformación de los bloques ideológicos políticos, Alianza Democrática y Movimiento Democrático Popular, donde, en ambos casos, las expresiones socialistas fueron subsumidas por los componentes fuertes de cada bloque, es decir, por los dos partidos más estructurados a nivel nacional (DC y PC). El PS en la Alianza no tuvo la fuerza suficiente para terminar con la política demócrata cristiana de exclusión del Partido Comunista, y el PS en el MDP no la tuvo para llevar al PC a posiciones más conducentes a una transición democrática. Ambos quedaron a merced ya del polo de Centro ya de la Izquierda Comunista. A su vez, los sectores socialistas que han intentado mantener su identidad organizacional propia para postularse como puentes de la unificación socialista (MAPU, Izquierda Cristiana) han mostrado su incapacidad para ello y su tendencia a la marginalización. Las elecciones estudiantiles son una prueba de esta incapacidad del campo socialista fragmentado para disputar la hegemonía DC o PC.

Así, lo que cabe rescatar al discutir el problema de la unificación del campo socialista es la idea de una izquierda socialista desarrollada y autónoma respecto de la izquierda comunista y que replantea el problema de la unidad con ésta a partir de su propio proyecto. La posibilidad de unificación socialista se da en

torno a un proyecto teórico ideológico e histórico social distinto al de la izquierda comunista aun cuando puedan haber amplios campos de acuerdo. No cabe entraparse en la discusión retórica sobre las dos izquierda, ni confundirse con la cuestión de las líneas concretas. La renovación socialista, eje teórico práctico en torno al que cabe construir el campo socialista, no está ni más a la izquierda ni más a la derecha que la matriz marxista-leninista. Es sencillamente algo distinto, en otro nivel, que puede dar origen a políticas más moderadas o más radicales sin ninguna definición esencialista a priori en estas materias.

Pensar una izquierda socialista unificada, obliga a asumir y readecuar la sensibilidad de un sector social cuyo discurso ideológico ha estado tradicionalmente desfasado de su práctica y su vida reales. El problema principal parece residir hoy en la segmentación orgánica de los dos polos constitutivos de un proyecto socialista: el polo modernizador, instrumental, racionalizador, institucional, relativamente cupular, y el polo expresivo—simbólico, épico, popular, radicalizado. Los componentes organizacionales actuales del campo socialista aparecen bifurcados en, o identificados con, uno u otro polo y la tarea fundamental de un partido socialista es, insistimos, la combinación de ambos. Ello, por dos razones: primero, porque el mundo político chileno es un mundo sobreideologizado, integrista casi, en que la secularización de la política aparece como condición de la reconstrucción democrática y ello requiere principios modernizadores, racionalidad instrumental, lógica institucional; segundo, porque grandes masas juveniles y de las nuevas generaciones experimentan un rechazo visceral, intuitivo, a esta forma de política secularizada y requieren más bien de espacios de participación o identidad simbólico expresivas. No habrá Izquierda Socialista unificada sin la incorporación de ambas dimensiones de la política.

Digamos, por otro lado, que esta unidad orgánica de las

distintas vertientes o troncos de la izquierda socialista puede hacerse antes o después del advenimiento de un régimen democrático. El riesgo en el primer caso es que sea abortiva y, al no expandir la capacidad de convocatoria, reproduzca la fragmentación actual. El riesgo en el segundo caso es que su carácter sea exclusivamente electorista. Más allá de la Izquierda, en relación al conjunto de las fuerzas políticas, el aporte de un socialismo renovado es el planteamiento de la idea de "bloque por los cambios" o lo que hemos denominado "bloque democrático transformador". A ello nos hemos referido en otros capítulos en forma relativamente extensa, así que sólo agregaremos algunos comentarios adicionales.

La idea principal aquí, pensando en el país y su futuro, es la construcción de una mayoría sociopolítica que combine la adhesión democrática con un horizonte de profundas transformaciones sociales. Y eso, en términos políticos, significa un bloque histórico que incluye al Centro progresista, expresado parcialmente por la DC y por tendencias social demócratas y al conjunto de la Izquierda, sin exclusiones, es decir, Izquierda Socialista e Izquierda Comunista. Esta es la gran responsabilidad histórica. Si para ello fuera una condición la unidad de la Izquierda, y puede serlo en la medida que así pueda evitarse el aislamiento del PC y otros sectores buscado por la DC, entonces, ella sería un imperativo, pero como un instrumento para algo de más amplio alcance y a lo cual se subordina. La meta es la construcción de un bloque cultural y socio político que asegure democracia política y cambio social y en términos de esta meta hay que juzgar los instrumentos que se utilicen. Es un hecho que esto dio origen en el campo socialista a visiones mecánicas o inmedatistas que se expresaron en alianzas con el centro político apresuradas y sin ejercer todo el poder de presión para ampliarlas al resto de la Izquierda, o en la insistencia en recrear urgentemente un "Frente de Izquierda", lo que era una manera de reproducir acríticamente las fórmulas del

pasado y resolver el problema de espacio de algunos grupos. Así no prevaleció la tesis fuerte y de largo plazo del "bloque por los cambios" sino consideraciones orgánico-estratégicas de corto plazo. Vale la pena aclarar que esta idea de "bloque por los cambios" no significa renunciar en el futuro a las posibilidades de un gobierno de Izquierda, sino reconocer que ello deberá darse en el seno de un acuerdo histórico de más largo alcance que permitiese diferentes coaliciones gubernamentales, entre ellas, una de Izquierda que puede ser la más adecuada en un determinado momento. Lo que sí implica esta propuesta es que se abandona la pretensión que la construcción democrática y la transformación social serán responsabilidad y tarea exclusiva y excluyente del actor de Izquierda unida.

Dificultades y perspectivas

Si la democracia le aporta al socialismo nada menos que su modelo de régimen político, ¿qué le aporta un proyecto socialista a la democracia y al proceso general de democratización? Por un lado, el perfeccionamiento de la democracia política y la extensión de sus principios a otros ámbitos de la sociedad en que ellos son aplicables. Por otro lado, la creación de las condiciones materiales y sociales, las mismas que el capitalismo de nuestros países niegan en la práctica, en que pueda desarrollarse esa democracia política. En tercer lugar, aunque no en forma exclusiva ni excluyente, le aporta un sujeto social: el mundo popular y del trabajo. En cuarto lugar, en la medida que la democracia es sólo un régimen político, una forma de mediación entre Estado y sociedad, el socialismo aporta un elemento utópico y práctico a la vez, una especie de "tábano" permanente, cual es apuntar siempre a la reducción y supresión de las dominaciones en todos los ámbitos sociales. Constituye, entonces, una apelación ética de enorme fuerza simbólica que impulsa la transformación constante de la sociedad.

Finalmente, tanto su experiencia histórica como su debate intelectual, teórico y práctico, el socialismo aporta instrumentos y políticas concretas para esa transformación, aunque, como hemos dicho, nunca podrá reducirse su identidad a tales instrumentos y políticas.

En términos del proceso de construcción democrática en Chile estos aportes adquieren ciertas connotaciones particulares. Así, el socialismo aporta a este proceso la memoria histórica, en continuidad y renovación, sin la cual no hay reconstitución de la unidad nacional de un vasto sector popular y de capas medias, profesionales e intelectuales. Además, aporta la posibilidad histórica de consolidación de un nuevo compromiso entre el Centro y la Izquierda, sectores medios y populares, impensable sin el rol activo del polo socialista. Por último, el principio de transformación de las condiciones materiales y sociales es el aporte básico del socialismo a la consolidación y estabilización de una futura democracia política.

No puede negarse, sin embargo, que un proyecto socialista renovado está lejos aún de haberse transformado en un cambio cultural de la trascendencia a que apunta y de haberse encarnado en uno o varios actores políticos con la suficiente influencia y presencia nacional. Ello se debe en gran parte a las condiciones políticas creadas por la dictadura. Pero hay también otros aspectos, en parte mencionados, que vale la pena reiterar.

Una de las características históricas de la Izquierda y el socialismo chileno fue la captación conjunta de los dos componentes de la política: el elemento institucional, cupular instrumental, como quiera llamarse, y el elemento simbólico expresivo, popular, épico. Uno de los dramas de la política chilena actual y de la Izquierda, en especial, es la bifurcación orgánica de ambos componentes, donde unos sectores aparecen identificados con la política como instrumentación, concertación entre cúpulas, etc. y otros con la política como acción heroica, épica. En el caso de la Izquierda y el

mundo que se identifica como socialista, este fenómeno significó que la dimensión "movimiento" de la política se desprendió de la dimensión "partido", es decir, quedaron movimientos y partidos a medias: movimientos refugiados en una dimensión comunitario-defensiva, con dificultades de hacerse representar y de globalizar, y partidos con problemas de convocatoria y reducidos a su cuerpo militante. Hay una gran dificultad de los actores sociales de juntar ambos aspectos, y cada cual tiende a identificarse exclusivamente con uno u otro. La separación de ambas dimensiones en términos organizacionales reproduce la fragmentación. La renovación del socialismo queda desgarrada y a medio camino.

Paradójicamente, el predominio del debate y de los problemas de línea política, más que en propuestas coherentes de línea o estrategia política, se transformó en discrepancias y disputas por estilos, en distancia entre el componente instrumental y el componente simbólico expresivo de la acción política. Y esto se expresa en el modo cómo todos los sectores socialistas y de la Izquierda tienden a tratar los temas de la transición y el camino político. Se mezclan ahí los problemas del pasado, del presente y del futuro, lo que impide secularizar la política, es decir, plantearse específicamente en este caso el fin de la dictadura y su sustitución por un régimen democrático, en vez de mezclar en ello la resolución de todos los problemas de la vida individual y colectiva. El término de la dictadura de Pinochet no aparece entonces como un fenómeno político concreto acotado por ciertas estrategias específicas y factibles, sino el resumen de todas las utopías posibles. Y cuando se trata de ponerse de acuerdo sobre resúmenes de utopías es imposible discutir fórmulas precisas que den cuenta de la realidad y rompan el inmovilismo. En síntesis, las dificultades planteadas tienden a expresarse ya sea en un tacticismo pragmático, ya sea en una visión mítica de la transición política, sin las referencias históricas que harían posible una discusión adecuada sobre las líneas o estrategias políticas a seguir. Pero la

emergencia de un proyecto socialista renovado no puede ser juzgado con un criterio de corto plazo o en función exclusiva de los problemas de unificación del campo socialista. Todo proceso ideológico y cultural necesita más de algunos años, a veces décadas, para madurar y extenderse. El horizonte de tal proyecto, que implica un nuevo lenguaje y nuevas relaciones políticas en Chile, no es la coyuntura, aun cuando ella pudiera iluminarse con su reflexión y su práctica, sino la construcción progresiva de nuevas formas de organización y convivencia social. Si hay un futuro para el socialismo chileno, más allá de las cuestiones organizacionales o tácticas del presente, es en torno a los grandes ejes de su renovación.

SOBRE LA TEORIA DE LA RENOVACION

Tomás Moulián

He renunciado a escribir un texto propiamente tal. Es decir, un ensayo donde las ideas están formuladas con todas las explicitaciones y en una forma acabada y escrita con estilo.

Por falta de tiempo y espacio deberé plantear mis ideas en una forma escueta que dificulta la explicitación argumental y, también, esa comprensión sensible que la expresión retórica facilita.

El término "renovación" se refiere aquí a los esfuerzos que realizan ciertos sectores de la izquierda chilena para reformular su programa, revisar sus concepciones teóricas y readecuar su práctica, sus aparatos y medios de acción. Quiero referir la noción no a la totalidad de prácticas del movimiento popular sino, solamente, a los procesos de re-constitución de los sujetos políticos y, entre ellos los que se manifiestan bajo la forma de "partido". No adoptó con ello una postura melódica frente a lo que es hacer política. Simplemente he elegido para esta reflexión aquel tipo de sujetos que buscan incidir sobre el Estado, para los cuales el nudo de su acción tiene como término u orientación el Estado, aunque ella tenga como locus la sociedad.

Refundar una teoría

La corriente política de la renovación debe elaborar su teoría dando cuenta de estos procesos históricos: la derrota de 1973, la crisis del marxismo y de los socialismo y el nuevo escenario social creado por el autoritarismo en Chile. Estos apuntes toman como objeto de reflexión los dos primeros aspectos.

Una de las tareas que enfrenta esa corriente política todavía

en proceso de constitución es refundar una teoría. Como toda refundación de un sistema de ideas que se han concretizado en organizaciones y proyectos sociales, ella no puede operar como pura y simple disolución. Debe hacerlo a través de un doble movimiento de ruptura y continuidad.

Una parte de los bloqueos experimentados en la elaboración de nuevos referentes teóricos se deben a un análisis insuficiente de la derrota de la Unidad Popular y a la comprensión limitada de la crisis del marxismo y del socialismo.

En análisis de la derrota de la Unidad Popular

Existen diversas interpretaciones sobre la caída de la Unidad Popular, interesa que nos preguntemos cuál es la línea derrotada en 1973. Para unos, la derrota demuestra la necesidad de un momento armado en la transición al socialismo. Para otros, revela el fracaso en la realización de la estrategia de acumular fuerzas desde el gobierno. Dos discursos diferentes que invocan diagnósticos de la realidad alternativos y apelan a medios distintos. En el primer caso se postula que faltó la capacidad de "cambiar la vía". En el segundo, que falló la capacidad de realizar las alianzas tácticas que debían asegurar las condiciones de acumulación progresiva de fuerzas bajo la dirección obrera, garantizada por el predominio político de los partidos de izquierda.

Respecto a la primera interpretación de las causas de la derrota no es difícil señalar sus dificultades. Ella parte de una caracterización inadecuada del Estado en Chile; no percibe su carácter de Estado ampliado. Supone que el asalto armado al poder realizado aprovechando ventajas circunstanciales de la correlación de fuerzas, desarticularía las bases políticas de la dominación. No capta ni la "interiorización" del Estado reflejado en la expansión de una cultura política de compromiso y en adhesiones ideológicas, ni el consenso de intereses que articulaba el Estado, como

espacio de representación y competencia interclasista. Pero además esa formulación era inadecuada por razones militares: la creación de una coyuntura favorable requería contar con sectores militares y/o con una "fuerza propia". La dificultad de realizar esas condiciones se argumenta sola.

La segunda interpretación formula como causa de la derrota el abandono de la estrategia de la "vía chilena al socialismo". En verdad, la Unidad Popular no fue capaz de realizar las alianzas que se había planteado. Sin embargo, creo que el problema era más de fondo: el diseño de la "vía chilena al socialismo" estaba construido sobre la base de que era posible movilizar a las capas medias a través de un bloque con dirección obrera donde ellas jugaran el papel de aliados tácticos. El modelo subyacente era la concepción bolchevique de la alianza obrero-campesina. Los términos en que se caracterizaban esas clases provenían de esas fuentes teóricas.

La izquierda era pensada como sujeto político capaz de atraer a las capas medias, revolucionando las formas históricas de representación política que ellas habían encontrado. Esas clases estaban "obligadas" a seguir a la clase obrera por el camino democrático-popular y más tarde por el camino socialista. La ausencia de un proyecto histórico propio, determinado por su calidad de "clases de transición", era la base de esa "necesidad".

Además, la tesis de la "vía chilena al socialismo" perdió, a causa de la radicalización producida por la propia crisis política, algunos de sus elementos originales. Aunque nunca sistematizada coherentemente, esa estrategia tenía sentido como expresión de realidades históricas: la posibilidad de construir desde el gobierno las condiciones de la transición al socialismo y la necesidad de adoptar los contenidos democráticos de la cultura política, entre ellos de la propia cultura política de izquierda. Se estaba obligado a buscar formas que dieran cuenta de ese elemento constitutivo de la cultura nacional de aquella época. Una forma de transición

y una forma de sociedad que aceptara la democracia como paradigma "interiorizado" de la política. Democracia que tenía sentidos múltiples, pero uno de cuyos núcleos eran las libertades políticas, en sus aspectos de ciudadanía y participación.

Esos contenidos originales se desvirtuaron en el período 70-73, cuando entre ciertos sectores de la izquierda empezó a primar la idea de que era urgente "resolver el problema del poder". Se entendía que éste significaba utilizar los recursos del gobierno, para crear las condiciones de un tránsito rápido al socialismo. A éste se le entendía como "necesidad histórica", en el doble sentido que no había otra solución de la crisis de la sociedad chilena y que era la única forma de evitar el fascismo. En la base de este razonamiento estaba, la fascinación por las estrategias que han tenido éxito, la bolchevique o la cubana. En ambos casos la revolución democrática es transformada aceleradamente en revolución socialista, lo que entraña una modificación de los objetivos originales y de la alianza original.

La concepción de la "vía chilena" no realizó sus virtualidades, se convirtió en una teoría de la "transición desde arriba". El poder gubernamental deja de ser pensado como un medio de realizar un programa democrático-popular y pasa a ser visto como el medio de crear coyunturas favorables, con el fin de sobrepasar esa etapa. Predomina en ese discurso la visión táctica de las alianzas y la obsesión (sin teoría) de la ruptura del Estado burgués.

Se trata de una exacerbación. Esos desarrollos, desplegados a todo vapor en la medida que la crisis se intensificaba, tenían base en la teoría original. Ella expresaba las evoluciones históricas de la izquierda, su proceso de constitución en la década de los sesenta. En ese período se hizo predominante la tesis de la dirección obrera de la etapa democrático-popular y su correlato, las clases medias como aliados tácticos. Es la revisión global del "frentismo", con su programa de modernización y con el predominio del centro político.

La "vía chilena" tuvo el mérito de recoger la cultura democrática y de plantear la necesidad de "otro socialismo". Pero esos méritos estaban hipotecados porque tenían una concepción estrecha de la transición al socialismo en Chile. El postulado de la dirección obrera y de la posibilidad de movilizar a las capas medias detrás de un programa obrerista restringido, se basaba en dos falsas premisas: a) esas capas medias eran consideradas "clases residuales" cuyos proyectos políticos alternativistas constituían la pura forma ideológica de expresar su naturaleza (falsa conciencia) y b) los partidos de izquierda eran considerados como fuerzas unificadoras ya constituidas, de lo popular. Con ese mareo era imposible captar la profundidad de la escisión de lo popular en mundos ideológicos antagónicos.

El fracaso de la Unidad Popular no se debió a la pura crisis de dirección que impidió que se realizara a fondo la estrategia de la "vía chilena". Esa estrategia estaba impregnada de una visión obrerista y estrecha que neutralizaba los méritos de la perspectiva del "otro socialismo". Al menos, permitía desconfiar de que se fuera a construir una forma de sociedad democrática cuando se impulsaba una forma de transición excluyente o estrecha, obsesionada por la "dirección obrera" y la rápida superación de las contradicciones generales por los momentos políticos intermedios, como el del "gobierno popular".

La verdad es que la estrategia de la "vía chilena" no constituía un camino de construcción socialista por medio de la profundización de reformas democráticas. Para serlo, hubiera requerido abandonar la obsesión de una dirección obrera que se concretizaba a través de los partidos de izquierda. Estos no eran capaces en las condiciones concretas de la sociedad chilena de la década del sesenta ni de movilizar a las capas medias ni de unificar a los sectores populares. En parte esto tiene que ver con la existencia del tipo de formación política que era la Democracia Cristiana. Esta fuerza había sustituido al radicalismo como repre-

sentante privilegiado de las capas medias. Además tenía capacidad de convocar a sectores populares, aquellos que no se sentían interpretados por el discurso obrerista de la izquierda. Aún en el período de auge de la izquierda, la Democracia Cristiana retuvo a los sectores populares, sensibles al "hegemonismo" de la Unidad Popular. La alianza con las capas medias y la unificación del campo popular, hubiera requerido un nuevo programa y un nuevo bloque. Uno de los obstáculos que se opusieron, fue esa concepción estrecha de la transición al socialismo que desde el sesenta para adelante operaba como discurso (a menudo subyacente, a veces implícito) de la izquierda.

La visión del socialismo como "necesidad histórica", la exigencia de un predominio obrero (o popular) que tenía una expresión institucional cuasi ontológica en los partidos de izquierda, bloquean esa posibilidad, impidiendo el encuentro histórico entre el centro y la izquierda. A partir de esto es posible reflexionar sobre la temporalidad desfasada de los procesos políticos. En la década del cuarenta la izquierda se embarcó en el "frentismo", cuando las posibilidades sociales de un reformismo orgánico estaban bloqueadas, tanto por el nivel de desarrollo capitalista y por el peso oligárquico en el sistema político, como también por el desarrollo de la izquierda en un país todavía agrario con un proletariado incipiente. A mediados de la década del sesenta, recién aparece un reformismo que aborda la solución de la marginación campesina. Pero la izquierda ya ha abandonado la línea "frentista", reivindicando a partir de entonces la dirección obrera. Ya vivía obsesionada por una idea de la transición al socialismo, cuyo núcleo era la necesidad de una rápida transformación de la revolución democrática, en socialista.

En síntesis, no solamente existió una falla de dirección que hubiera impedido que una concepción acertada se impusiera. No existía una verdadera "vía chilena". La derrota tiene que ver con decisivos vacíos en la concepción, en la determinación de las

fuerzas históricas que harían posible los cambios. La corriente de la "renovación" no ha avanzado lo suficiente en determinar (sin piadosas complacencias) los factores de la derrota. Me parece que hacerlo, es la única forma de abandonar la vivencia de ella como drama, para vivirla como crisis. Dejar de pensar que se fue víctimas de fuerzas oscuras o de maquinaciones siniestras, para pensar lo sucedido como resultado de la acción de sujetos con objetivos metas, cálculo, conciencia, grados de libertad, en suma: responsabilidad histórica y capacidad de automodificación.

Crisis de los "marxismos en uso"

Parto señalando la diversidad histórica, la heterogeneidad, la multiplicidad de enfoques y la existencia de líneas en oposición dentro del marxismo. En la II Internacional el "marxismo en uso" fue el de Kautsky, en la III Inicialmente el de Lenin y más tarde el "marxismo-leninismo". En Chile primó, desde la década del sesenta ese último tipo de interpretación del marxismo. Representa la forma soviética de teorizar los problemas de la revolución y de la transición.

Pero, pese a esta diversidad y a los conflictos de líneas, existía la idea de un único marxismo, al cual se le atribuían virtudes de científicidad absoluta como teoría del capitalismo, de la revolución política y de la transición al socialismo. Primó dentro del marxismo un conjunto de nociones unificadas por esa lógica: desviación y revisionismo, "política científica", "única ciencia de la historia", ciencia burguesa/ciencia proletaria.

Pese a las luchas internas de carácter político-teórico se impuso esta idea de la científicidad absoluta, la cual cumplía dos funciones: a) señalar que el marxismo analizaba científicamente lo que las otras corrientes sólo eran capaces de analizar ideológicamente: saber real versus saber aparente. Las "ciencias burguesas", por ejemplo la "sociedad subjetiva" de que habla Lenin, se-

lamente eran capaces de proporcionar conocimientos aparentes; b) establecer una ortodoxia en el interior del marxismo, expulsando a las tinieblas de la no-ciencia, ciertas líneas discrepantes. Si había una ciencia única y absoluta ella no podía ser contradictoria.

Ni la disidencia trotskista ni la divergencia yugoslava, lograron destruir ese clima intelectual. Para la mayor parte del movimiento comunista, el marxismo-leninismo siguió siendo la única teoría posible. La desestabilización y más tarde, el cisma chino cambiaron un poco el clima intelectual. Pero solamente en la década del setenta se produce el estallido de la ortodoxia: mayo de 1968, la invasión de Checoslovaquia, el surgimiento del eurocomunismo son hitos de ese nuevo universo cultural. Quizás el eurocomunismo sea un hijo no reconocido, de lo que representaron los movimientos estudiantiles de fines de la década (la aspiración libertaria, la intuición de cambios muy profundos en las sociedades capitalistas, el rechazo visceral del marxismo anquilosado en sus pedestales científicos), así como es un hijo legítimo de la invasión de Checoslovaquia.

Lo importante es que junto con la derrota de la Unidad Popular, la izquierda chilena se vio envuelta en los cambios que estaba experimentando la cultura marxista. La ortodoxia tiene muchas virtudes prácticas: proporciona un universo de certezas que pueden operar como guías de la acción o como justificaciones a posteriori de ella. Tocó vivir juntas, la destrucción de esos dos ámbitos: la sociedad política "pacífica", regulada, de negociación y compromiso que existía en Chile y el marxismo como sistema de respuestas irrefutables a los problemas de la política de la izquierda.

La derrota y los aires de crisis en el campo marxista, que significaban la puesta en cuestión de principios considerados absolutos y la fermentación de nuevas ideas y experiencias de hacer política, se fusionaron en la experiencia. La crítica de la práctica

política desarrollada entre 1970-1973 está puesta en el tapete por la derrota. Pero ciertos sectores de la izquierda han podido pasar la esfera de las críticas fáciles y cómodas al imperialismo a los adversarios, incluso a los simples errores de dirección en el recorrido de un camino bien trazado, porque estaba heredado el muro de la ortodoxia y cundía en el campo marxista la reflexión problemática y crítica. Sin el eurocomunismo o, más en general, sin el aporte del "marxismo italiano", nuestra reflexión quizás hubiese seguido otros caminos.

¿Cuál es el itinerario de las búsquedas? Son dos los puntos de partida: la estrechez del marxismo en uso para entender la complejidad del "Estado moderno" y de la estructura social capitalista en el Estado de bienestar o de compromiso y la detección de un núcleo dogmático, que dificulta la formulación de una teoría democrática del socialismo.

El primer arranque no basta. Esa línea de reflexión puede hacer aportes en la constitución de una teoría política más compleja. La sustitución de la visión simplista del poder y del Estado a través de la idea gramsciana de un orden político que requiere fuerza más hegemonía, hace avanzar la capacidad de análisis pero, sino se lleva más a fondo la crítica, puede derivar en una visión más perfeccionada de dictadura. Una "dictadura perfeccionada" porque en ella la obediencia política conseguida a través de la represión o de la norma jurídica es complementada por la obediencia de las adhesiones ideológicas, o en el límite de la manipulación de las conciencias. No existe verdadera socialización del poder.

El segundo punto de arranque es decisivo. A primera vista la originalidad del marxismo como teoría política, fue su antiestatismo y el concebir el socialismo como momento intermedio en el tránsito hacia el comunismo. Sin embargo, sus productos históricos han sido sociedades donde el poder político, en vez de socializarse se concentra en una élite no sometida a una compe-

tencia abierta. Se crea una sociedad donde se ha eliminado el pluralismo político y donde se produce una estatización de la vida cultural y social. Sin embargo, no se trata simplemente de una disociación entre la teoría democrática y antiestatista y la práctica, que víctima de la realidad histórica o de la presión de las circunstancias, cae en el estatismo. En la teoría misma hay un núcleo dogmático. La dictadura como régimen político es una derivación lógica de esa teoría más que su distorsión.

La teoría marxista combina en un todo elementos estatistas con elementos antiestatistas. Por ejemplo, la noción del Estado socialista como semi-Estado y de la democracia directa a través de los soviets, con la noción del marxismo como Saber Absoluto y del partido como administrador de ese Saber.

No es exacto, entonces, afirmar que la forma de organización social de los países socialistas está en contradicción absoluta con el proyecto que la teoría formula. Esta última es equívoca. Los elementos libertarios, que plantean el socialismo como superación de la democracia burguesa, se combinan con elementos totalitarios que derivan de la noble relación Marxismo-Saber Absoluto y Política-Verdad.

La teoría de la Ciencia que hay en el marxismo es un punto originante de tendencias anti-democráticas.

La teoría del Partido se funda en la noción del marxismo como Saber Absoluto: única ciencia del desarrollo histórico. Este culmina en el comunismo y tiene como realizador al proletariado. El marxismo es la conciencia de sí de la clase obrera, porque le proporciona los recursos cognitivos que necesita para luchar por la transformación de la sociedad. Sin el marxismo el proletariado no puede acceder a la conciencia lúcida, permanece en el nivel de la conciencia prisionera, no es capaz de elevarse a la crítica política del capitalismo. El Partido es el constituyente de la clase obrera como clase-sujeto, el que la dota de una organización política y de una teoría. El Partido es el portador de la Verdad, exterior a

la práctica de una clase concreta y particular, y el vigilante de esa Verdad.

Partiendo de esta idea de Ciencia como Saber Absoluto, se deriva en una noción de Partido de carácter iluminista. Esa idea de Ciencia es, en algunos aspectos, posterior a Marx. Coletti dice que en éste hay dos nociones: la que proviene de la tradición empirista inglesa y la que proviene de la tradición hegeliana ("la doxa opuesta al episteme"). La idea del marxismo como ciencia absoluta (tradición imposible de conciliar con la de ciencia crítica) se afirma con Lenin (el marxismo como sociología objetiva, única ciencia social). Predomina con el marxismo leninismo, teoría de la revolución proletaria en la época imperialista, ciencia de la práctica política (la noción de "política científica" la cual abre el camino a la idea de "desviación").

Si el Partido tiene la función de proporcionar el Saber como Verdad y la misión de vigilar su realización en la historia la noción de "socialización del poder" presenta problemas. Por lo menos tantos problemas como los que enfrenta el derecho natural (Ley por encima de la ley) con la teoría de la soberanía popular. El Partido está por encima de las masas y de la "voluntad popular", aún considerando al pueblo en sentido restringido. Polonia es la expresión culminante de esa lógica iluminista. El Partido tiene razón contra la mayoría, porque la tiene por principio.

Tomar en cuenta estas contradicciones evita la tentación de las esperanzas fáciles. El problema del socialismo no es simplemente la dureza de las circunstancias histórica que le ha tocado enfrentar. En su propia constitución como proyecto de "nueva sociedad" hay elementos contrarios a la libertad política. La concepción científicista que hay en el marxismo (Saber Absoluto, científicidad de la política y Partido iluminista) es difícilmente compatible con el pluralismo político. En el marxismo luchan el principio literario, expresado en la reivindicación del autogobierno o de la democracia directa con el principio estatista, cuyo nudo

está en la noción de Partido. Este es el portador de la Verdad porque es per se el representante de la "clase portadora del sentido de la historia". Hay que revisar cómo esa idea de la Ciencia y del Partido, impide tener una teoría democrática de la transición y porqué la libertad política como "libertad de todos" (Rosa Luxemburgo) es postergada para cuando el desarrollo de las fuerzas productivas haya reducido las necesidades materiales.

No siempre nuestra crítica ha establecido las relaciones orgánicas que hay entre algunas de las nociones centrales del marxismo y las sociedades socialistas actuales. La tendencia es refugiarse en la perspectiva antiestatista que, como ninguno, Lenin formuló en *El Estado y la Revolución*. Allí estaría el sentido profundo del marxismo, imposible de realizar por contingencias históricas, entre ellas el surgimiento de la revolución en países de escaso desarrollo capitalista y el cerco capitalista. Pero hay que agregar que esa línea es incompatible con la idea del Partido, que conduce a la dictadura iluminista, la de una elite política-tecnocrática. Se hace este esfuerzo de fe porque se desea conservar la esperanza en el socialismo.

Es evidente que hay que recoger las aspiraciones que representa el socialismo. Pero hay que criticar una teoría en cuyo nombre se han organizado sociedades despóticas. Refundar una teoría socialista no es idéntico a refundar el marxismo. Este es una de las vertientes teóricas que en la historia contemporánea se oponen al capitalismo y buscan su superación.

Desafíos teóricos de la corriente renovadora

La teoría de la corriente renovadora, entre los cuales incluyo mis propios trabajos, se han quedado corta.

Primer ejemplo: los análisis de la derrota de la Unidad Popular no llegan al fondo: la inviabilidad de ese proyecto histórico concreto. Conducía sin remisión a una crisis estatal, porque con

él no se podía organizar un bloque nacional-popular compatible con la profundidad del programa de cambios. Ese bloque era imposible sobre la base de las exigencias a priori de dirección de los "partidos obreros" y de su pretendido monopolio de lo popular. El resultado: se profundizó la escisión entre los diferentes segmentos ideológicos-políticos de lo popular y entre las capas medias y el sector más radicalizado de éste.

Segundo ejemplo: al analizar las sociedades socialistas se lamenta porque no realizaron consecuentemente el proyecto original. En la base de esta operación está la idea que, si bien las sociedades socialistas son despóticas, el marxismo continúa siendo la utopía de la liberación humana. Lo es por derecho propio. Se debe poner en discusión este postulado, incluso expresado en esa forma tenue que lo presentó en "Por un marxismo secularizado" el mejor fundamento racional del socialismo.

La tarea es repensar el socialismo como proyecto y como camino de lucha. La dramática derrota de 1973, que ha permitido este período del autoritarismo, y la trágica historia de las sociedades socialistas actuales nos obliga a esa tarea. Para recoger lo que el socialismo representa como aspiración se deben sortear los caminos fáciles y las esperanzas voluntaristas. No es el papel de estos apuntes abordar esa tarea. Sólo he tratado de justificar su necesidad teórica.

En verdad, una teoría política "renovada", no puede limitarse a las dos operaciones que he señalado. Su centro deberá ser la reflexión sobre el nuevo escenario social. Pero para abordar ese análisis, en buena forma, son necesarios estos arreglos de cuentas

MENSAJE Y VIGENCIA DE LAS TESIS DE ARICCIA

Raúl Ampuero

Han pasado diez años desde que el senador italiano Lelio Basso dirigió su carta-invitación a un cierto número de exiliados chilenos, convocándolos a un seminario alrededor del tema "El socialismo chileno: historia y perspectivas". Es justo recordarlo ahora, tanto para rendir tributo a su apasionado interés por nuestro proceso político —del que da fe esta iniciativa, promovida semanas antes de su muerte— como por la huella que han dejado en el campo socialista los seminarios realizados en Ariccia, en las cercanías de Roma, como las actividades posteriores que recogieron su espíritu.

Formulando la invitación en términos rigurosamente personales, Basso partía de la idea de que "en las luchas sociales chilenas del último medio siglo nos encontramos en presencia de dos grandes vertientes ideológico-políticas: una comunista (identificada con lo que podríamos llamar el comunismo histórico) y otra socialista, de perfil más difuso pero igualmente robusta y tenaz". Sin proponerse arribar a conclusiones perentorias y formales, se buscaba identificar los postulados principales del "área socialista" y de verificar el "grado actual de convergencia de sus diversos componentes", para corregir "cierta confusión ideológica", evitar la "multiplicación de centros de dirección competitivos" y conciliar las "disparas líneas de acción que amenazaban conducirla a una esterilización creciente, originando un grave vacío en el seno de las fuerzas que combaten contra la dictadura militar".

(*) Publicado en la revista *Convergencia* N° 14, noviembre de 1988

Las dos reuniones del seminario y otras que las siguieron confirmaron, efectivamente, una amplia coincidencia de posiciones, un estimulante consenso sobre cuestiones vitales, hasta el punto de aconsejar la constitución de organismos permanentes de convergencia —en el ámbito europeo— integrados esta vez por representantes oficiales de las agrupaciones partidistas del exilio.

Ante el actual panorama interno, no muy diverso del que originaba las inquietudes de Lelio Basso y su invitación al seminario, parece útil revisar esos materiales para verificar la vigencia de las tesis, los postulados y los juicios emitidos en el curso de esos debates.

Una doble vertiente

En nuestros días podemos confirmar la referida bifurcación ideológica y cultural del movimiento popular como un objetivo dato histórico. A la época del seminario las diferencias se situaban en ciertas concepciones globales proyectadas sólo de un modo indirecto en los acontecimientos chilenos. Desde luego, en torno a la estructura de la sociedad y del poder en los países del "socialismo real". El PC y sus seguidores admitían sin reservas la preeminencia del partido-vanguardia sobre las instituciones del Estado y las organizaciones sociales, en tanto el sector socialista sostenía el carácter democrático del poder popular y se inclinaba decididamente por las formas de autogestión de los productores directos en el campo de la economía. Una segunda zona de conflicto lo constituía la apreciación del rol tanto ideológico como propiamente político de la URSS en el plano mundial. Para los comunistas, estaba fuera de discusión el carácter de centro dirigente del PCUS y de la URSS sobre las fuerzas popu-

lares(1), así como su lógico corolario: esto es, la facultad del Estado soviético de limitar la soberanía de las naciones asociadas, legitimando su intervención, incluso con medios militares, en nombre del interés colectivo de la "comunidad socialista". En esta materia el juicio adverso de los socialistas era más categórico, si cabe; ilustrado con la conducta histórica del PS (solidaridad con Yugoslavia en su conflicto con el Cominform, repudio de las intervenciones en Hungría y Checoslovaquia y, más recientemente en Afganistán, por ejemplo). Por último, y como consecuencia natural de las discrepancias descritas, mientras para los comunistas el movimiento popular debería ver en el Pacto de Varsovia un potente e indispensable instrumento de apoyo a la causa del socialismo, para los socialistas la presencia dominante de dos bloques militares contrapuestos en la arena mundial tendía a desvirtuar los procesos de liberación, sea reprimiéndolos, sea imponiéndoles condiciones contrarias a su naturaleza como precio de una eventual protección. Todo en función de una lógica bipolar que colocaba, en primer plano, los intereses hegemónicos de una u otra superpotencia.

Sin embargo, la existencia de tales discrepancias no fue obstáculo, en el pasado, para generar un cierto paralelismo político que en algunas épocas llevó a compromisos muy estrechos y, en otros períodos, a situaciones de crisis. Los acuerdos más sólidos, generalmente, se produjeron en las fases de reflujo del movi-

(1) Escribe Luis Corvalán, secretario del PC chileno: "en el informe al pleno de diciembre último (de 1960) del comité central de nuestro partido dijimos... 'se debe recordar que el movimiento comunista ha sido desde su origen esencialmente internacionalista y que en él siempre hubo un centro dirigente en el mejor sentido de la palabra, un centro como vanguardia de las ideas avanzadas. Hace ya mucho tiempo que este centro se encuentra allí'" (en la URSS, R.A.). En *La polémica comunista-socialista*; *Prensa Latinoamericana*. Santiago, 1961.

miento popular (v. gr., segunda presidencia de Arturo Alessandri; abandono de la fase populista del gobierno Ibáñez), en busca de una inversión de tendencia y apoyándose en la previa unificación del movimiento sindical (C. T. Ch., 1936; CUT, 1952), indicación elocuente de la voluntad de resistencia del mundo del trabajo, que presiona a los partidos instándolos a articular una común acción defensiva. Tales momentos, de estrecha asociación política, es útil subrayarlo, se producen siempre en una perspectiva electoral, centrada en el proselitismo y basada en programas de valor más bien didáctico y propagandístico. Necesariamente diferentes deberían ser el estilo, las condiciones y la consistencia de una alianza con expectativas concretas de asumir el gobierno del país. En un pacto de este tipo, como lo demuestra la experiencia de la UP, no bastaba con ganar asientos parlamentarios y municipales, aprovechando las ventajas de una ley que premiaba las coaliciones de partidos, sino que era imprescindible establecer en el mando una capacidad decisoria a la altura de los acontecimientos que inevitablemente desencadenaría la captura del principal centro de poder por las fuerzas de izquierda. En los hechos, tal condición no se cumplió, el eje socialista comunista, concebido como clave de una dirección eficaz, no alcanzó nunca tal capacidad después de la victoria electoral del 70. Ni como conductor del gobierno UP, ni como dirección revolucionaria, ni siquiera como centro de organización de la clandestinidad y del exilio.

La verificación de esta circunstancia condujo a sostener una tesis que parece válida hoy: el eje PC-PS no constituye ya la base irremplazable de una eficaz política de izquierda; una larga experiencia debe incitarnos a buscar nuevos equilibrios, que garanticen una dirección solvente, dinámica y coherente al movimiento popular.

Nuevo centro de gravedad

Entre 1979 y los años que corren hasta la fundación de la Izquierda Unida la UP tuvo una existencia puramente nominal. Aparte un corto número de declaraciones dedicadas a dejar constancia de su existencia o a solemnizar alguna fecha histórica, careció absolutamente de capacidad operativa, y cuando se enciende la lucha política en el territorio chileno (1983) y los partidos integrantes resurgen asumiendo un comportamiento de completa independencia, entendiéndose caducados los precedentes pactos unitarios. Un motivo determinante de la parálisis de la UP, primero, y de su disolución de facto, después, lo constituyó la persistente exigencia comunista de alcanzar un acuerdo con la DC antes de formular una estrategia global de oposición a la dictadura, en ostensible contradicción con la aspereza de sus actuales ataques a los compromisos de un sector socialista con la DC, particularmente en el seno de la Alianza Democrática.

Para medir el valor actual de la premisa enunciada (colapso del eje socialista-comunista) bastaría recordar la incapacidad de la llamada Izquierda Unida para generar una verdadera política común sostenida sin reservas por el PC y el sector almeydista del PS. No obstante algunas declaraciones genéricas formuladas en conjunto, las discrepancias han sido y son hondas y evidentes en lo que se refiere a la lucha armada, a las inscripciones electorales, a la manera de encarar el plebiscito; en suma, en todo lo que envuelve una línea estratégica concreta para enfrentar la dictadura. Las distancias que separan la posición comunista de la que sostiene la agrupación socialista más vecina a las concepciones marxista-leninistas son de tal entidad que la Izquierda Unida aparece, más bien, como una denominación de fantasía y con una capacidad decisional aún más precaria que la mostrada por la UP en sus momentos peores.

Resulta difícil negar, entonces, que la situación no está aún

madura para constituir un bloque suficientemente compacto, reconociendo, sin embargo (como se decía en Ariccia) que el factor "izquierda" tiene en Chile un profundo significado histórico, imposible de ignorar, y tendrá también en el futuro, desaparecidas ciertas ambigüedades, un rol decisivo en la remodelación del Chile democrático.

¿Dónde situar, entonces, el punto de apoyo del movimiento popular? En el entendido —es claro— que ahora se trata de reestructurarlo con una solidez y una capacidad de conducción adecuadas al enfrentamiento con una despiadada tiranía y no ya para participar en una ritual campaña electoral.

Las circunstancias que aconsejaban partir desde el "área socialista", dándole una expresión política unitaria, para promover, desde allí, una acción común del conjunto de la oposición sin exclusiones: desde la derecha a la izquierda— para restablecer la democracia y garantizar su funcionamiento; la concertación, en suma, de un pacto constitucional, de potencialidad suficiente para desalojar la dictadura y asegurar a todos, después, el escrupuloso respeto de sus normas fundamentales; esas circunstancias, decimos, están vigentes hoy como diez años atrás y correctamente asumidas deben poner en evidencia el falaz chantaje del pinochetismo cuando pronostica el caos como alternativa inevitable de la derrota del poder militar.

Movimiento de convergencia

De los debates del pasado surge un perfil bastante nítido del contenido, la función y la estructura que debería asumir la fuerza política representativa del "área socialista". Se le asignaba, desde luego, las características propias de un movimiento, en lugar de concebirla como un tradicional frente único de partido ligados por vínculos de tipo federativo. Con ello se quería significar que, junto a los partidos constituidos, se abren espacios a la

afiliación de personas independientes, así como a la adhesión colectiva de organizaciones sociales y culturales de distinta naturaleza. Probablemente la propuesta más radical consistía en propiciar la fusión de las ramas sectoriales de todos los partidos del área (sindicales, estudiantiles, femeninas, campesinas, profesionales, etcétera) en agrupaciones únicas, dueñas de una cierta autonomía operativa y abiertas a la adhesión de independientes.

A la flexibilidad de su estructura debería corresponder una clara definición de sus propuestas programáticas y de sus perspectivas estratégicas. Elaboradas esas bases, lo ideológico se reduciría a una esquemática concepción de la sociedad socialista, proyectada consecuentemente sobre los planes de reforma. Esquemática en la medida que permitiera un verdadero pluralismo en el interior del movimiento, sea por la variedad de los procesos intelectuales y de las motivaciones éticas que determinen la adhesión de sus miembros, sea por las múltiples alternativas de soluciones posibles a los problemas planteados. De aquí la insistencia en situar en el interior de la convergencia socialista el punto de encuentro, coordinación y alianza de los componentes marxistas y cristianas, concertadas en una común tarea de alcance histórico.

Los postulados básicos del movimiento se enuncian en diversos documentos, entre otros en la carta del Comité de Enlace de Ariccia a los participantes en el seminario: "En efecto —dice— (1) la noción de autonomía en el análisis de la realidad nacional y en la elaboración de una estrategia revolucionaria;(2) la concepción socialista científica como método de interpretación de los fenómenos sociales y como guía para la acción;(3) la común convicción de la necesidad de la confluencia de marxistas y cristianos en el proceso revolucionario;(4) el horizonte latinoamericano como perspectiva esencial de nuestra política internacional;(5) la fiel adhesión a los postulados del no alineamiento y el rechazo de la lógica de bloques en la arena mundial;(6) la convicción de que la

democracia sólo alcanza su realización plena en el socialismo y de que el gobierno de los trabajadores debe contar con el apoyo de las mayorías nacionales a través de mecanismos de consenso realmente libres;(7) el respeto de las iniciativas de las masas y de la independencia de sus organizaciones en un ámbito de amplia participación democrática;(8) la generación colectiva de la línea política al interior de la vanguardia y la lucha contra el autoritarismo burocrático en la dirección del partido;(9) la conducción de las masas a través de mecanismos de persuasión y del fomento de las instancias de participación de las bases, constituye —entre otros— un conjunto sustancial de principios comunes para perseverar en el camino propuesto". Añadía "hemos comprobado, además, una coincidencia total para estimar el principio de la autodeterminación de los pueblos y el derecho de éstos a escoger vías nacionales para alcanzar el socialismo, como la base de una justa y democrática solidaridad internacional. Ninguna doctrina, ni el más noble pretexto, autorizarían a una nación para inmiscuirse en los asuntos internos de otra, ya que obviamente cualquiera excepción a los principios enunciados operaría siempre y solamente en favor de la nación más poderosa" (Roma, mayo de 1980).

En el informe introductorio al segundo seminario de Ariccia (enero 1980), se subraya "que la tentativa de dar consistencia ideológica y organizativa a un área socialista se coloca, firmemente, en la perspectiva de la unidad de todas las fuerzas populares. Jamás ha propuesto la disgregación del amplio movimiento que sostuvo la experiencia del gobierno de Salvador Allende —cualquiera que hubiese sido el grado de participación de cada grupo político en particular— sino que busca una articulación más coherente de sus diversos componentes, un alineamiento más lógico de sus seguidores y, en consecuencia, un debate más transparente y explícito entre sus diversas tendencias, como expresión de un pluralismo que constituye una adquisición histórica

de la experiencia chilena".

Complejidad y problemas abiertos

No se nos ocultaban entonces ni se nos ocultan ahora las dificultades para establecer una clara línea de separación entre la competencia de los partidos y las funciones del movimiento. Siendo esta cuestión compleja, aunque posible en teoría, una tal definición debe alcanzarse sólo con una alta dosis de pragmatismo. Como en muchos problemas políticos, son las respuestas concretas a los acontecimientos las que, a la larga, confirman o configuran una línea de validez teórica. Hasta nociones utilizadas sin reservas en el actual discurso político se tornan equívocas bajo un examen más exigente. Pasa así con los conceptos de "pluralismo" y "autonomía". Necesariamente el pluralismo en el interior de una agrupación partidista que reclama un rol de conducción no puede tener la misma amplitud del pluralismo en el seno de una organización social. En uno y en otro caso será la función específica que se asigna al organismo la que sugerirá las fronteras legítimas del debate interno; pero sólo en el curso de la acción esas fronteras adquirirán consistencia y carácter imperativo.

Como en otros fenómenos, es la dialéctica de la conservación y el cambio la que da su fisonomía a las fuerzas políticas y este ha sido un proceso particularmente agudo en las variadas tentativas de reconstrucción del PS histórico. En el curso de su existencia de medio siglo adquirió un perfil excepcionalmente nítido, admitiendo una amplia y, a veces, áspera confrontación de opiniones, pero rechazando sin términos medios tanto las concepciones social-demócratas como las del marxismo-leninismo de la tradición staliniana. Como concesión al pluralismo hay quienes intentan introducir y legitimar en su interior esas tendencias, ensamblándolas artificialmente con un pasado que las rechazó siempre o con un proyecto de renovación que desnaturalizaría su presencia

política. No faltan tampoco los que consideran la legitimación de las fracciones o corrientes en el partido como condición inseparable del pluralismo. La convergencia, en Europa, no abordó sistemáticamente el tema, estimándolo prematuro.

Algo parecido ocurre con la noción de "autonomía". Mientras el pluralismo se invoca a veces para diluir el contenido original del socialismo, la manipulación del concepto de autonomía se emplea con una connotación estrecha y formalista. Se la quisiera reducir al simple rechazo de vínculos explícitos de subordinación a alguna potestad internacional, aceptando, en cambio, en los hechos, una autoridad externa que condiciona severamente las opciones políticas. Es, por ejemplo, la interpretación que sugiere el razonamiento del compañero Almeyda cuando sostiene en sus "Propuestas de unidad"(2). "Desde el punto de vista de fondo creo que la puesta en marcha de un proceso unitario serio y consistente, supone el consenso sobre los siguientes puntos: primero, la contradicción principal que afecta a nuestra sociedad es actualmente la que opone la democracia a la dictadura, y es a través de ella que se manifiesta, aquí y ahora, la contradicción fundamental es nuestra época entre capitalismo y socialismo".

Una autonomía verdadera

Ya señalábamos en otro trabajo las implicaciones inevitables de una tal simplificación de la realidad internacional o, mejor dicho, de la caracterización estrechamente ideológica de la contradicción estimada fundamental en nuestra época, que deja sin explicación una multitud de conflictos en desarrollo, de carácter religioso, nacionalista, racial, limítrofe, o de otra naturaleza, des-

(2) *Análisis*, Santiago de Chile, 13 de julio de 1987.

de la guerra vietnamita-camboyana a la guerra entre Irán e Irak; desde la rebelión palestina contra Israel al enfrentamiento Angola-Sudáfrica. Pero, sobre todo, la aseveración comentada —a la que se le asigna una jerarquía de principio— subordina los conflictos específicos en el ámbito nacional, los minimiza y los deforma, al considerarlos meras derivaciones de la contienda principal, con una doble consecuencia negativa: (a) desplaza la línea de confrontación de las fuerzas en lucha, al insertarlas en un dilema distinto del que generó el enfrentamiento, y (b) lleva al reconocimiento de que el elemento dominante en el frente socialista en las condiciones contemporáneas de la realidad mundial es el poder económico, político y militar de la URSS. La primera está implícita en la afirmación de que a través de la contradicción principal de la sociedad chilena "que opone la democracia a la dictadura" se manifiesta aquí y ahora, "la contradicción fundamental en nuestra época entre capitalismo y socialismo". Los chilenos sabemos que ciertamente la alternativa planteada es democracia o dictadura, pero también es evidente que identificar la oposición al gobierno militar con el socialismo es forzar los hechos y tergiversar sus objetivos. La aceptación de tal planteamiento estrecharía severamente el campo de la resistencia y constituiría un servicio gratuito para Pinochet. Es claro que la tesis de Almeyda está fuertemente condicionada por la posición subjetiva del autor y por el horizonte intelectual en que se mueve; no obstante, el planeta en que nos toca vivir pasa por trastornos extraordinariamente complejos y, si bien continúan siendo cierto que son los conflictos de clase los que mueven la historia, sería imposible demostrar que todos ellos están contenidos en una visión maniquea de los acontecimientos.

El papel rector de la URSS y la necesidad política de compartir, incondicionalmente, su conducta dentro y fuera de sus fronteras, se desprende naturalmente del carácter ecuménico, global, que otorga a la contradicción socialismo-capitalismo, pero,

más que nada, de su proyección dominante en todo conflicto local, al que transmitiría, inevitablemente, sus propias alternativas, sustituyendo así la naturaleza misma de la disputa. La opción, entonces, de los protagonistas menores estaría circunscrita a reiterar su lealtad al poder central del campo socialista, al Estado soviético, a su modelo de sociedad, a sus orientaciones estratégicas. Obviamente tal actitud no es otra cosa que la virtual renuncia a una verdadera autonomía, aunque no se hayan contraído expresos vínculos de obediencia.

Estaría pendiente, en consecuencia, definir el contenido real de la autonomía referida a una formación política que no renuncie a las alianzas y acepte, en principio, ciertos lazos de interdependencia contratada entre iguales, así como al deber moral que implica la solidaridad más amplia con todos los pueblos que luchan por su liberación social y nacional.

Diría que las tesis surgidas en los coloquios de Ariccia y que llegaron a cristalizar en un órgano de coordinación europeo, tuvieron en el país un eco notable, como un renovado enfoque de la política popular en la lucha contra el poder militar. Desgraciadamente los tropiezos encontrados por el proceso de unidad socialista y las rivalidades por alcanzar mezquinas hegemonías frustraron su implantación en Chile mismo. Un análisis abierto de sus aportes debería servir para replantearlas con nuevo optimismo en un futuro cargado de positivos presagios como consecuencia de la reanimación de la política chilena en la perspectiva de la democracia.

LA SEGUNDA RENOVACION

Eugenio Tironi

I

Hasta ahora la renovación del pensamiento socialista en Chile se ha alimentado principalmente de la crítica al "leninismo" (esto es, la codificación soviética del marxismo) y de la crítica externa a los "socialismos reales". Esta renovación —la primera— ha cumplido exitosamente su ciclo. La fe en las vanguardias y en los cielos tomados por asalto se ha desfondado casi por completo.

Cuando se trata de entrar al terreno histórico de las afirmaciones, sin embargo, aquel avance se revela todavía elemental: está lejos de ofrecer alternativas frente al orden vigente y frente a la ortodoxia ideal, conceptual y operativa del marxismo histórico.

Es preciso dar un nuevo aire a la renovación en curso; impedir que paulatinamente se amolde a rutinas institucionales; e insistir en el desarrollo de un pensamiento libre, crítico y creador.

Se requiere de algo así como una segunda renovación.

II

Un replanteamiento sustantivo del pensamiento socialista sólo es posible si éste logra superar el desafío neoliberal.

El mundo contemporáneo se caracteriza por la crisis del Estado, por la inadecuación creciente entre la economía y la política. Es la crisis del "Estado democrático de bienestar" y del "Estado socialista de planificación central" en todas sus versiones; es la crisis de los paradigmas keynesianos y marxista, que dominaron la imaginación y las políticas del mundo entero en los últimos

cuarenta años.

Las teorías liberales actuales (Hayek, Friedman, Buchanan, Tullock, etc.) constituyen un esfuerzo serio, global y radical por dar respuesta a este gran problema contemporáneo. Se presentan como un proyecto nuevo frente al agotamiento histórico o ideal de las otras alternativas. De ahí su sorprendente atractivo, tanto en las sociedades del capitalismo desarrollado como en las del llamado periférico.

Como siempre, en todo esto Chile no ha sido la excepción; ha sido más bien la regla. Nuestra nación parece que fuera el campo de pruebas de los procesos sociales del mundo entero.

III

Otro de los grandes fenómenos intelectuales de nuestro tiempo es el de la disidencia progresista en las sociedades del "socialismo real". Una segunda renovación debe también dar cuenta del juicio histórico que cada día, y con tonos dramáticos, allí se desarrolla contra la utopía que inspiró un cuarto de siglo de luchas sociales en el mundo.

En estos tiempos es difícil encontrar una producción crítica e ideal que tenga la energía, la hondura y la honestidad de aquella que nace de los pueblos de la Europa del Este. Ella ha ejercido —por lo demás— una significativa influencia sobre la intelectualidad socialista, especialmente en la Europa capitalista.

Entre la problemática que preside la producción actual en el socialismo y los temas relevados por el neoliberalismo existen nexos profundos. No es una exageración afirmar que se trata de dos pensamientos que se ubican en un mismo campo de interlocución. Esto explica el enorme poder de interpelación del discurso neoliberal para aquellos que por la experiencia han llegado a una idea libertaria y democrática del socialismo.

IV

Ya se dijo: el proyecto neoliberal funda su atractivo en la respuesta nueva y radical que parece ofrecer frente al gran problema de las sociedades contemporáneas: la crisis del Estado. Por eso nos interpela.

Son cuatro —cuando menos— los puntos de su discurso que suscitan inmediatamente la interlocución:

1. Su planteamiento a favor de la reducción del tamaño y del poder del Estado. (Las "limitaciones del radio de acción del Estado", en lenguaje de Buchanan.)

Esta tesis tiene amplia resonancia en las sociedades modernas saturadas por la (sobre) politización de la actividad social, la opresión de las burocracias, la masificación y la dependencia de los grupos e individuos. Es una tesis fuerte en un mundo que parece perder la fe en el Estado y en la política, dando lugar —cuando no a la simple apatía— a todo tipo de búsquedas, desde lo privado, de "otra civilización".

2. Su tesis sobre la dimensión y valor irreductibles del individuo y su libertad. La defensa celosa de esta libertad ante la intromisión del Estado. La concepción de un orden donde las distintas esferas y entidades sociales gocen de una autonomía efectiva frente a la acción político-gubernativa.

3. La tesis del mercado libre, autónomo de toda intervención política ajena a aquella destinado a preservarlo.

La fuerza de este planteamiento está en que operacionaliza la separación entre el poder político y el económico. La tesis de que los consumidores a través de sus opciones en el mercado juzgan, orientan y estimulan cotidianamente la economía es ciertamente atractiva. El mercado "disminuye el poder coercitivo del Estado" (Buchanan); desconcentra y descentraliza (socializa) el poder; efectivamente, disuelve las bases potenciales de un sistema totalitario.

Por otra parte, la tesis del mercado como la base de un orden económico (y social) libre se presenta perfectamente consecuente con el fundamento epistemológico de que el conocimiento humano es siempre fragmentado y limitado. La economía, como el conocimiento, resulta, así, la obra parcial del "ensayo y error" de "millones de individuos".

4. La búsqueda de principios de racionalidad para la sociedad que sean resultado de múltiples opciones individuales, no de verdades universales (científicas) que se aplican sobre la sociedad.

Esta tesis implica una crítica radical al "totalismo" o utopismo. Siguiendo a Popper, se afirma que "el único ideal regulador debe ser eliminar el sufrimiento, sin una idea preconcebida de la "felicidad" de los individuos. Tenemos necesidad de esperanza para obrar, para vivir. Pero no tenemos necesidad de más: no tenemos necesidad de certidumbre" (*The Open Society*, Routledge, 1945, p. 279, en A. Boyer, "La tyrannie de la Certitude", *Esprit* N° 53, París, 1981).

Popper y Hayck coinciden en que el reconocimiento de la falibilidad del saber humano es la base de la libertad política; y en que su negación es la base de todas las dictaduras contemporáneas: la experiencia de este siglo otorga a esta proposición un enorme peso histórico.

V

Pero así como se habla de un "socialismo real" puede hablarse también de un "neoliberalismo real". El neoliberalismo, así como el socialismo, han traspasado las fronteras de la crítica y la invocación, para inspirar experiencias históricas concretas que enarbolan sus banderas.

En uno y otro caso se cuenta ya con "la prueba de la experiencia". Y entre quienes los han vivido queda una actitud, que el escritor Milosz expresa notablemente:

"El intelectual del Este es un crítico severo de todo lo que le llega desde el Oeste. Tantas veces se ha engañado que no quiere aceptar consuelos baratos. La guerra le hizo suspicaz y muy experto para desenmascarar lo falso y lo simulado. Ha rechazado gran número de libros a los que le tenía afecto antes de la guerra, así como gran número de escuelas de pintura o de música, porque no superaron la prueba de la experiencia. La creación del pensamiento humano debe resistir la prueba de la realidad brutal y desnuda. Si no puede no vale nada. Posiblemente las únicas cosas de verdadero valor son las que continúan existiendo para el hombre en el momento en que corre inminente peligro de muerte.

En una calle de una ciudad en que se combate, un hombre se halla sometido al fuego de las ametralladoras. Mira el pavimento y ve un espectáculo realmente curioso: los adoquines se yerguen como las púas de un puerco espín. Son las balas que al dar contra sus bordes los desplazan y los ponen en posición oblicua. Momentos así en "la conciencia de un hombre juzgan a todos los poetas y filósofos. Un poeta puede haber sido adorado por el público de las tertulias literarias (...). Sus poemas, en cambio, recordados en un momento así, parecen de pronto raquíticos y pedantescos. Por el contrario, la visión de los adoquines es indiscutiblemente real y la poesía que se basara en una experiencia igualmente desnuda podría sobrevivir triunfante en el día del juicio de las ilusiones humanas. Entre los intelectuales que pasaron por las atrocidades de la guerra en Europa oriental se produjo lo que sería lícito llamar una restricción de lujos emocionales (...). Tienen hambre; pero quieren pan, no dulces". (C. Milosz, *El Pensamiento Cautivo*, Tusquets Editores, Barcelona, 1981, pp. 71-72).

A los que han pasado por el "neoliberalismo real" no puede decirseles que de orden es el reino de la libertad: "quieren pan, no dulces".

El Estado en vez de reducirse, adquiere una figura omnipotente que ocupa todos los resquicios de la sociedad: por la vía

de la omisión.

Intervine para liberar el mercado hasta puntos ética y socialmente insostenibles. Por la vía policial, el Estado actúa desnudamente para ahogar los intentos de la sociedad —y particularmente de los desheredados—, de organizarse contra los estragos del mercado libre. La libertad individual de los neoliberales no es más que una caricatura para los oprimidos por el mercado y para los perseguidos por el Estado.

Los neoliberales ocupan el poder del Estado para moldear desde allí la sociedad al mejor estilo jacobino. Le asignan a sus recetas un carácter "científico", sacándolas así del dominio de la discusión y decisión públicas. El resultado es una tiranía recubierta apenas por el ropaje retórico de la libertad.

El neoliberalismo debiera dar explicaciones por su propia experiencia histórica; así como el pensamiento socialista actual se esfuerza por ajustar cuenta con las sociedades concretas que se reclaman de su tradición. Esto no ocurre, sin embargo; por lo tanto, el discurso neoliberal debe cargar con la desconfianza radical que despierta inadmisible indiferencia ética y moral.

VI

El neoliberalismo pone de relieve grandes problemas de las sociedades contemporáneas. Su práctica histórica —ya se dijo— está lejos de ofrecer una solución. Esto obedece a premisas falsas y simplificaciones que se encuentran al interior de su propio discurso. Estas pueden ordenarse en cuatro críticas fundamentales:

1. El discurso neoliberal no ofrece ninguna alternativa específica de régimen político. Se contenta básicamente con indicar, por la vía de la negación, los límites del radio de acción del Estado y de la política, con el fin de liberar cuanto sea posible el campo de acción del mercado.

En el planteamiento neoliberal la democracia (así como

cualquier régimen político) es la "hermana gemela de la economía de mercado", el régimen político es un subproducto de la economía. Este enfoque es definido por Tullock —no sin cierto orgullo— como "imperialismo económico". Se trata pues de un pensamiento que reduce el comportamiento humano a la dimensión de la producción y el consumo. Las pautas del progreso y modernización que de aquí resultan son evidentemente productivistas, economicistas; y las libertades "no-económicas" (de pensamiento, opinión, asociación...) terminan cuando mucho relegadas al plano ideal.

El planteamiento neoliberal sobre la política elude, por otra parte, los problemas reales de los Estados contemporáneos que trascienden con mucho el de su tamaño o "radio de acción". De partida su expansión es el resultado de un fenómeno histórico complejo, que debe enfrentar positivamente el deseo voluntarista de detenerlo. Problemas tales como la función económica y burocrática del Estado, su responsabilidad inevitable ante las desigualdades sociales, su función protectora del entorno natural, su carácter nacional en el contexto de una civilización crecientemente internacionalizada, son realidades que el neoliberalismo no asume. Su respuesta frente al problema que releva peca, pues, de una simplificadora a-historicidad.

2. El planteamiento neoliberal postula que la libertad individual tiene su origen en la libre iniciativa económica, y en la libertad de los mercados. Los regímenes políticos y entre ellos la propia democracia pierden automáticamente su legitimidad desde el momento en que intervienen más allá de lo necesario para la preservación de estos. Este es el límite de la democracia; ella se subordina al mercado.

El razonamiento anterior elude, sin embargo, un hecho histórico fundamental: la conformación no democrática del mercado. En efecto, en las sociedades capitalistas los individuos sujetos de iniciativa económica son una minoría que se reduce a los propie-

tarios del capital. La inmensa mayoría de la población está obligada a vender su fuerza de trabajo, en calidad de masa subordinada e indiferenciada. Toda la construcción teórica neoliberal no logra resolver adecuadamente este punto crucial: su edificio se levanta sobre la arena.

La incapacidad del neoliberalismo para dar cuenta de las deformaciones intrínsecas del mercado —y que éste reproduce ampliamente con su libre funcionamiento— le lleva a una posición frente al Estado moderno que ataca el síntoma (su tamaño), pero no la enfermedad.

Según su razonamiento, en efecto, el crecimiento del Estado obedece exclusivamente a conductas políticas perversas. La realidad, sin embargo, muestra que la tendencia a la extensión de la política y del Estado obedece precisamente a la desigual distribución del capital y de la propiedad, es decir a la naturaleza no democrática del mercado. Paradojalmente la presión por una ampliación del radio de acción del Estado proviene precisamente de la aspiración a márgenes mayores de iniciativa y libertad individual de la población subordinada: como ello es negado por el mercado, se apela a la intervención política para alcanzar por su intermedio una ampliación social de la economía.

La extensión del Estado puede tener consecuencias negativas para la libertad individual, pero el deseo neoliberal por reducirlo, si no actúa a la par sobre las desigualdades que reproduce el mercado, no puede realizarse sino por medios autoritarios.

3. El planteamiento neoliberal entraña una profunda desvalorización de la democracia. Esto aun cuando sus sostenedores señalen que, entre los regímenes políticos conocidos, éste es el mejor por cuanto permite un "debate amplio de los asuntos públicos, la participación de los ciudadanos en la fijación de los impuestos y el traspaso pacífico del poder".

Para el neoliberalismo la democracia es un medio. Su fin es resguardar la "paz interior" y la "libertad individual". Si un Esta-

do democrático pone a esta última en peligro interviniendo sobre la economía (el mercado), es preciso "salvar" la libertad individual no importa a qué costo para la democracia. Del mismo modo, si se trata de imponer mercados libres, resulta perfectamente legítimo usar métodos antidemocráticos para vencer las resistencias de "la mentalidad estatista" de la población.

En el discurso neoliberal, por otra parte, se subordina expresamente la vigencia de los preceptos democráticos al objetivo superior de reducir el radio de acción político-gubernamental. ¿Quiénes y a través de qué medios determinan el radio de acción óptimo del Estado? Esta pregunta no encuentra una respuesta en sus planteamientos.

Lo anterior se suma a la deslegitimación del principio de mayoría por parte del discurso neoliberal. Como una mayoría, a través de mecanismos perfectamente democráticos, puede llegar a lesionar la libertad individual, entonces se desconfía de ese principio. Lo que ocurre —como señala U. Müller—, es que "los poderosos, económica y socialmente, pueden renunciar al principio de mayoría. La lucha de todos contra todos es siempre una lucha de los poderosos contra los débiles en la cual no cabe duda sobre quién triunfa. Y en el mercado (...) ellos son los grandes en todos los casos. Los económica y socialmente débiles, los jóvenes y aún no nacidos, en cambio, perderían con el principio de mayoría su mejor arma para luchar por un mundo mejor".

Por último, la premisa hayckiana de "que no podemos crear deliberadamente el futuro", en sí misma, revela un escepticismo que explica por qué a los ojos del neoliberalismo la democracia es —en el fondo— una conquista irrelevante: la sociedad, según ellos, carece de un sentido colectivo que puede ser construido por la acción mancomunada de sus miembros.

4. La desconfianza del neoliberalismo en las mayorías y en la propia democracia revela, paradojalmente, el espíritu "cientista" e "ilustrado" que lo inunda.

En efecto, las políticas que se alimentan del discurso neoliberal pueden perfectamente clasificarse —desde el punto de vista popperiano— como utópicas y totalistas. Intervienen utópicamente sobre la sociedad (intervienen "no actuando" o reduciendo y amputando órganos, pero siempre se trata de una acción) sin detenerse en las consecuencias inesperadas ni en las resistencias sociales. De allí que sus políticas sean difíciles de conciliar con la democracia política (A. Boyer, op. cit.).

A lo anterior se suma la obnubilación del neoliberalismo por la racionalidad científica de la economía, la que proyectan hacia la política sin percatarse del salto que existe entre el dominio de los hechos y el de las decisiones (A. Boyer, op. cit.). De aquí nace su dogmatismo que refuerza —y legitima internamente— el carácter autoritario de sus conductas.

El neoliberalismo es preso de la "pretensión del conocimiento", la misma contra la que Hayek dice rebelarse. El advierte que no hay que "actuar en la creencia de que poseemos el conocimiento y el poder necesario para moldear los procesos sociales a nuestro antojo, cuando en realidad no podemos hacerlo". Recomienda, en cambio, usar el conocimiento "no para moldear los resultados en la forma que el artesano construye su obra, sino como el jardinero actúa con las plantas; ayudando al crecimiento proporcionando un entorno adecuado"; en caso contrario, aquel se convertirá en "cómplice del funesto esfuerzo del hombre por controlar la sociedad", convirtiéndolo "en un tirano de los demás". El fenómeno neoliberal sigue exactamente este proceso, y deviene precisamente en este resultado.

VII

Las críticas al discurso neoliberal son seguramente más y de mayor peso y relevancia. Lo que interesa subrayar aquí, sin embargo, es que sus respuestas corresponden en muchos casos a

preguntas que se formulan desde experiencias y tradiciones de pensamiento totalmente diferentes —y que corrientemente no se reconocen entre sí—. Es el caso de las corrientes socialistas libertarias, que levantaron desde sus orígenes la bandera de la extinción del Estado; de los movimientos autogestionarios, que enfatizan la democratización de la vida económica; de los "single issue groups", grupos de presión que se organizan temporalmente sobre una materia predeterminada, prescindiendo de otras consideraciones (antinucleares, pacifistas, feministas, regionales), y las ya mencionadas corrientes críticas en los "socialismos reales", con sus efectos sobre gran parte del pensamiento socialista actual.

Son muchas pues las pistas en esta búsqueda contemporánea de una "organización social de la libertad" —como la definen los liberales—. El neoliberalismo no es la única, ni mucho menos la mejor propuesta frente al desafío moderno de la libertad.

En efecto, la alternativa no es necesariamente la que ellos formulan: estatización o privatización, colectivismo o individualismo, totalitarismo o mercado. Porque la cuestión puede replantearse radicalmente, y concluir que la crisis de los Estados Modernos no es resultado de los controles políticos y las expectativas sociales excesivas que han terminado por ahogar el crecimiento económico y la libertad individual, sino —por el contrario— resultado de las restricciones, parcialidad e insuficiencia de las libertades, que no han logrado modos efectivos para realizarse en el campo de la economía.

Desde el segundo punto de vista —el de los subordinados, precisamente— los mismos problemas pueden ser acometidos más radicalmente y de un modo diferente surgen alternativas que tienden por ejemplo a:

— Democratizar la vida económica, reconociendo el mercado como espacio donde puede expresarse en toda su diversidad determinada esfera de las necesidades humanas. Experimentar formas cooperativas y autogestionarias que expandan en la sociedad

el poder de iniciativa en la vida económica.

— Ampliar el espacio de tiempo libre, autónomo frente a las leyes de la economía y del mercado. Esto implica aceptar que el trabajo necesario para crear la riqueza social toma siempre —más allá de la democratización de su gestión— una forma alienada por las normas tecnológicas a las que está sujeto. De allí se concluye que la realización humana no puede efectuarse en ese trabajo, sino fuera del "espacio de la necesidad", en la "esfera autónoma", donde los individuos producen bienes y servicios "conforme a los deseos, a los gustos y a la fantasía de cada uno".

— Reforzar y vitalizar el carácter representativo del Estado, y por otra parte, fortalecer y democratizar la sociedad civil. La autonomía de esta última en gran medida está determinada por la existencia de un Estado que regula la "esfera de la necesidad" bajo el control de una sociedad liberada de sus imperativos.

— Reducir el tamaño del Estado y contener el poder político. Esto supone disminuir las demandas sociales que pesan sobre aquél. La propia sociedad civil debe hacerse cargo de la función solidaria (compensatoria) que cumple el Estado, y organizarse para dirigir por sí misma parte de los servicios públicos que éste proporciona. La reducción del Estado no implica —como en la propuesta neoliberal— dejar campo libre a la reproducción de las desigualdades sociales a través del mercado, sino la devolución a la sociedad organizada de las funciones apropiadas por el Estado.

VIII

Lo que se desprende de todo esto es que el neoliberalismo es parte de una corriente cultural más amplia que se plantea con prioridad el problema de la libertad ante el agotamiento de las formas estatales que conocemos. En esta corriente se ubican también los esfuerzos actuales de renovación socialista tanto dentro como fuera de los "socialismos" y "neoliberalismos" reales. For-

man ambos parte de un mismo campo cultural; acometen con la misma radicalidad —aunque desde parámetros diferentes— el desafío de encontrar un nuevo orden social.

Existe otra corriente cultural, compuesta por las tendencias que intelectual y políticamente siguen apegadas a las formas estatales en crisis. De este campo forman parte destacada la socialdemocracia, sectores conservadores y nacional-populista, de una parte; y los comunistas en sus variadas especies, de otra. Todos comparten la misma nostalgia por sistemas sociales estatistas, productivistas y de inclinaciones nacionalistas.

El socialismo libertario es, sin embargo un fenómeno en gestación. Recién termina de ajustar cuentas con su propia tradición y experiencia histórica. Debe vérselas ahora con el desafío intelectual y político neoliberal, que representa el otro gran esfuerzo de renovación del pensamiento político moderno; y la propia resistencia a los "neoliberalismos reales" le proporciona una rica base ética y política.

El socialismo libertario alcanzará su madurez en la interlocución teórica y práctica con el neoliberalismo, mirando al frente las profundas transformaciones del mundo contemporáneo. Este es el escenario de la segunda renovación.

HACIA UNA CRITICA DE LA INTERPRETACION HISTORICA DE IZQUIERDA EN CHILE

Marcelo Schilling*

Este trabajo fue realizado en México en 1980. Por lo mismo tuvo la dificultad del acceso a las fuentes y ello explica, en parte, el hecho de limitar el análisis a la producción histórica que resultó políticamente significativa para el debate de la izquierda en la década de los sesenta y comienzos de los setenta. De ahí entonces que no se consideren obras e investigaciones que, escapando al esquema de las aquí revisadas, no lograron trascender las fronteras académicas relacionándose con las opciones políticas en debate durante la época. Por cierto, mucho menos recoge —este trabajo— la nueva y prolífica producción histórica hecha dentro y fuera del país, que progresivamente configura una nueva corriente interpretativa de izquierda de la historia nacional.

Siempre que el movimiento democrático, popular y revolucionario necesitó asumir la historia nacional y su propia historia para a partir de ello elaborar una estrategia de transformación económica, social, política y cultural del país, hubo de recurrir a interpretaciones ideológicas de la misma.

Primero, estas fuentes prejuiciadas de la historia de Chile fueron proporcionadas por la intelectualidad de los sectores sociales dominantes(1) y el común denominador de todas ellas se

* Cientista político. Investigador de Vector.

(1) Entre estos intelectuales destacan don Diego Barros Arana, don Miguel L. Amunátegui, don Jaime Eyzaguirre, don Francisco A. Encina y don Alberto Edwards. Francisco Frías Valenzuela, como autor del texto oficial para el estudio de la historia de Chile en las escuelas, es el principal divulgador del punto de vista burgués de la historia nacional.

encuentra en el intento de hacer de la historia de esos sectores (de sus objetivos, proyectos, conquistas y desenvolvimiento) la historia nacional, convirtiendo, así, un interés particular en general y a una clase, y sus empresas especiales, en nacionales(2). Por otra parte, la interpretación histórica contestataria, surgida de los sectores sociales encontrados con el orden históricamente establecido, se hizo por lo general desde la óptica de una línea política de antemano definida.

En relación a esto último es particularmente significativa la polémica que se llevó a cabo en la izquierda durante la década de los años sesenta. Este debate apuntaba a dilucidar el carácter de la formación social chilena en cuanto a si ésta era ya predominantemente capitalista e irremisiblemente dependiente o si en su seno aún subsistía un importante componente feudal, o semifeudal, y una posibilidad de desarrollo capitalista relativamente autónomo y nacional. El propósito último de la investigación histórica a que obligaba la discusión, se orientó, más que a obtener resultados teóricos que contribuirían a precisar los fundamentos históricos de una estrategia de cambio radical en el país, a otorgarle sustento científico y certificado de corrección estratégico táctica las dos líneas políticas ya acabadas (e inmutables) que se confrontaban al interior del movimiento revolucionario.

La estrategia avalada por la interpretación histórica que sostenía el carácter eminentemente capitalista del país, haciendo extensiva esta característica a la época de la conquista y la colonia españolas, postulaba el contenido directamente socialista de la revolución chilena y cuestionaba la potencialidad progresista, democrática y antiimperialista del conjunto de la burguesía interna,

(2) Que un interés "especial" acceda a la calidad de "nacional" depende en lo fundamental de la capacidad objetiva de cada sector social para convocar a la sociedad en su conjunto a realizarlo, consiguiendo para ese fin la adhesión generalizada y voluntaria. Tal cuestión fue lograda en múltiples ocasiones por la oligarquía y la burguesía chilenas.

al entender ese curso de desarrollo capitalista como dependiente. Consecuente con tales deducciones, proponía una alianza restringida a los trabajadores asalariados para impulsar, bajo la hegemonía de éstos, las tareas de liberación nacional (pendientes) y social, en un proceso de carácter único e ininterrumpido. Por último, en el plano de las formas de lucha, privilegiaba el uso de la violencia revolucionaria (más específicamente, de la lucha armada) para la conquista del poder, en vista de la calidad reaccionaria de las instituciones y de la imposibilidad de contar con aliados al interior del Estado que pusieran a éste —parcial o globalmente— al servicio de la transformación socialista.

El Partido Socialista fue la expresión política principal de esta línea, que también compartieron el MAPU, la Izquierda Cristiana, el MIR y un sector del Partido Radical (su organización juvenil). André G. Frank y Luis Vitale, entre otros, desarrollaron las tesis históricas de donde se nutriría.(3)

De otro lado, la estrategia a la cual buscaba sostener teóricamente la interpretación histórica que reconocía la subsistencia de un poderoso sector feudal o semifeudal en el país —coexistiendo desde una condición subordinada con el sector capitalista moderno—, defendía el carácter democrático, popular y antiimperialista de la revolución chilena. Complementariamente, esta línea política sostenía la posibilidad de una alianza con sectores de la burguesía objetivamente interesados en un desarrollo capitalista nacional y autónomo, al cual se oponían tanto el remanente feudal de Chile, cuanto el capital extranjero. Esta alianza hacía viables el uso de la institucionalidad, a la que sí tenían acceso esos sectores burgueses "nacionalistas", como principal herramienta de lucha por la transformación del país.

(3) André G. Frank: "Chile: el desarrollo del subdesarrollo" y Luis Vitale: "Interpretación marxista de la historia de Chile".

El Partido Comunista fue el más importante sostenedor de estas tesis, que secundaron el Partido Radical y el MAPU-OC, y los exponentes principales de su fundamentación histórica a posteriori son José Cademártori y Hernán Ramírez Necochea.(4)

El devenir social revelaría a la línea hegemónica por el PS más acertada que la otra, particularmente en lo referido a la caracterización política de la burguesía interna, a la definición del vínculo de ésta con el imperialismo y a la interpretación del desarrollo material del país como capitalista dependiente, así como en que la opción que enfrentaba Chile era: socialismo o fascismo. Por otra parte, ese mismo devenir evidenciaría la mayor corrección de la política postulada por el PC en lo relativo a la posibilidad de apoyarse en la institucionalidad vigente para impulsar desde mejores posiciones dentro de ella y del Estado, las luchas del movimiento popular.

Con independencia, de esto, ambas estrategias e interpretaciones evidenciaron también insuficiencias comunes, las cuales a la postre resultarían fatales para el movimiento popular. En efecto, estos afanes teóricos tienen como característica común, además de sus prejuicios originados en la subordinación irrestricta a tal o cual línea, el que buscan exclusivamente en el desarrollo de la estructura económica del país la explicación a la conformación de su estructura social y a la razón de la opción política (en favor del cambio o de la conservación) de los diversos estamentos sociales que la componen.

En consecuencia, ambas vertientes interpretativas y políticas prescindían del análisis concreto de la historia del Estado en Chile y de un análisis concreto de este mismo Estado en las condiciones de un gobierno popular, como asimismo de una valoración de la influencia que el rasgo distintivo de la historia estatal chile-

(4) José Cademártori: "La economía chilena" y Hernán Ramírez Necochea: "Historia del Imperialismo en Chile" y "Balmaceda y la contrarrevolución de 1891".

na (la prolongada estabilidad institucional, democrático representativa) ejerció sobre la estructura social. En su calidad de valor ideológico de aceptación general este rasgo principal de la historia del Estado era, y tal vez aún lo es, determinante para la definición de la conducta de los diversos actores sociales en la lucha política y, consiguientemente, en la configuración de la correlación de fuerzas.

Al hacer abstracción de la historia institucional del país y su incidencia en la conformación del aparato estatal, y de los valores del cuerpo social, el análisis de la contestación de izquierda sentaba las bases para la construcción de proyectos de transformación del estado y de acumulación o aislamiento de fuerzas, de corte voluntarista.

En lo referido al problema del Estado, estas aproximaciones ideológicas y deterministas dieron sustento histórico a dos posiciones, en apariencia tajantemente contradictorias. Una, la del PS, postulaba erigir un "Estado paralelo" al Estado democrático representativo y la destrucción de este último para reemplazarlo, durante el transcurso del gobierno de Allende, por uno conformado bajo el principio de la dictadura del proletariado y cuyo germen era el "Estado paralelo". La otra, del PC, entendiendo la necesidad de transitar una etapa histórica previa al socialismo —comprensiva del período de gobierno de Allende— sostenía la intangibilidad táctica del Estado democrático representativo, en todos sus compartimentos, aunque dejaba planteada la, a la larga, inevitable necesidad de destruirlo para dar paso a un nuevo Estado, también constituido bajo el principio de la dictadura del proletariado. En realidad, ambas proposiciones sólo coyunturalmente (más precisamente en lo de si entendían el proceso como "único e ininterrumpido" o "por etapas") discrepaban entre sí y eran coincidentes en la concepción del Estado burgués y del socialista, en lo del Estado de transición y en la táctica para el reemplazo del Estado burgués, todas ellas ajustadas a los cánones

del marxismo-leninismo.

La responsabilidad de estas interpretaciones históricas dogmáticas, ideologizantes y reduccionistas en la derrota sufrida por el movimiento popular el 11 de septiembre de 1973 es obvia. Ellas afectaron los planos de la política de alianzas, la política hacia el Estado en su conjunto, la política militar, la lucha ideológica y otros aspectos involucrados por todo proyecto de transformación radical del orden establecido.

Las concepciones y actitudes de la izquierda chilena en relación a la cuestión militar son especialmente ilustrativas del sentido de la afirmación anterior. En este asunto, para unos porque las fuerzas armadas eran monolíticamente "burguesas y enemigas", y para otros porque eran "patrióticas, constitucionalistas y, en consecuencia, aliadas"; sin embargo, todos concluían al unísono en proponer la intangibilidad de la institución militar del Estado, renunciando con eso a acumular fuerzas propias de la revolución en su interior.(5)

La dificultad para asumir con una actitud de "crítica

(5) Quiénes sostenían el "monolitismo burgués" de las FF.AA. deducían que la única forma viable de atraer algunos sectores de las tropas a la revolución era la del enfrentamiento armado directo con ellas, pues en virtud del mismo se revelaría la superioridad moral y militar de los destacamentos militares populares, la que serviría para descomponer el ejército y para aglutinar sus restos. Por cierto, además esta postulación concebía los "destacamentos armados del pueblo" como cuerpos de élite y prescindía de la participación popular en la conformación y ejecución de una política militar. Por otra parte, quienes sostenían el "constitucionalismo de las FF.AA." argüían que bastaba el compromiso de los altos mandos en la lealtad al gobierno constituido para, apoyándose en el verticalismo del mando, conseguir la simpatía o neutralidad de la institución militar como tal frente al conflicto social. En consecuencia, agregaba la relación con los militares era tarea privativa de las autoridades gubernamentales pertinentes (Presidente, Ministro de Defensa, etc.) y con ello también excluía al pueblo de la solución del problema.

En ambas proposiciones las FF.AA. salían finalmente incólumes pues de facto se renunciaba, aunque sólo por parte de la izquierda, a una política tendiente a atravesarlas con las contradicciones de la sociedad real.

despiadada", sin prejuicios ni temor a sus resultados, la historia nacional estribaba —en el caso de estas interpretaciones contestatarias a la dominante— en que reconocer como meritoria continuidad y estabilidad de las instituciones democrático representativas (en cuanto a su permeabilidad y ductibilidad, su calidad de herramienta de profundización democrática de marco jurídico político más favorable al desarrollo de las luchas populares) era automáticamente asociado al reconocimiento de virtudes (liberales, democrática, etc.) en los agentes sociales que se atribuían la paternidad exclusiva del Estado chileno: la oligarquía y, más tarde, la burguesía.

Ya sin problemas de conciencia, la izquierda deducía de lo anterior que la historia de Chile era sólo la historia de su clase obrera y, por lo tanto, que aquella prácticamente comenzaba en 1890. Mientras la derecha y su intelectualidad reducían la historia nacional a la crónica del nacimiento y de la ejecutoria de las clases sucesivamente dominantes (o sea, a sí mismas).

Asimismo, definida a priori la institucionalidad como el "orden de la clase dominante" —aunque fuera democrático representativa y, sobre todo, aunque en su constitución y profundización haya sido copartícipe decisivo el movimiento popular, en especial de 1925 en adelante—, valorarla positivamente era sinónimo de claudicación frente al enemigo y hecho negativo para los efectos de la política contingente.

Atrapada la izquierda y sus intelectuales en el callejón sin salida de la aproximación ideológica y, en consecuencia, anticrítica y antidialéctica a su realidad, en el curso de la experiencia comprendida entre 1970 y 1973 no es extraño que falte la "conducción única", una política militar y de alianzas correctas, y una perspectiva justa para encarar la lucha ideológica. Sin embargo, estas cuestiones a las cuales hoy se pretende investir de la calidad de causas de fondo de la derrota popular no son más que la manifestación superficial de un problema mayor: la aprehensión

sesgada de la realidad. Esta forma ideológica de acceder al conocimiento, que condena de antemano al fracaso a todo proyecto transformador, es en último término la herencia estalinista recogida, consciente o inconscientemente, por el conjunto de los partidos del movimiento revolucionario chileno y se expresa en la definición "marxista-leninista" que hacen suya.

En definitiva, la ausencia del "análisis concreto de la situación concreta" impidió la tamización por la realidad de los proyectos de cambio e interpretaciones históricas opuestas, debatidas en la izquierda. En esas circunstancias, la síntesis de tales proyectos e interpretaciones, la dirección única y lo demás son sólo una quimera.

La tercera postulación, respecto del problema del Estado, que se debatió en el movimiento revolucionario y que sí era en esencia opuesta en lo táctico y estratégico respectivamente a las del PS y PC, fue expuesta y sostenida por el presidente Allende. Esta tesis, condensada en la llamada "vía chilena al socialismo", sostenía la posibilidad de la transformación directamente socialista —sin etapas intermedias desde que era "al socialismo" y no a otra cosa— en las condiciones del Chile de entonces, a través de la profundización y concreción del contenido democrático formal del estado burgués y apoyándose en la movilización social de masas, y en los propios mecanismos institucionales existentes.

En esta concepción no se entendía la ruptura con el orden estatal precedente por medio de la táctica del "Estado Paralelo", sino por medio de la concreción de la democracia formal hasta un grado tal que ésta, ya realizada práctica e institucionalmente, en un momento dado (que significa precisamente la ruptura) se convertía en un Estado antagónico a la mantención y reproducción del orden capitalista en Chile. Así, el reemplazo del Estado burgués se concebía más que como un proceso de destrucción, como uno de construcción democrática cuya consumación es, en esencia aunque no necesariamente en apariencia, la desarticulación de la

dominación capitalista.

PS y PC, desde distinta óptica, asumían el dato de la institucionalidad democrático representativa como una especie de fetiche. Satanizada por el primero, sólo postulaba para con ella una relación de enfrentamiento y destrucción. Canonizada por el segundo, no permitía que se la tocara ni con un pétalo de rosa. Por el contrario, en Allende no había reticencias en cuanto a insertarse plenamente dentro de ella y a apoyarse en la misma para desde ahí impulsar el desarrollo de la revolución, así como para defender lo que de valor permanente representaba: el ejercicio democrático del poder. Asimismo, en Allende la defensa de la institucionalidad no significaba automáticamente un fin en sí mismo, sino que un fin para algo más: la realización práctica de la formalidad de aquella en la lucha por el socialismo.

La valoración no fetichista de Allende respecto de la institucionalidad fue evidente con ocasión el "Tancazo" (el 29 de junio de 1973) cuando, frente al alzamiento del regimiento Blindados 2, llamó a pueblo a mantenerse alerta, concentrándose en las industrias, y ofreció que, en caso de ser necesario, habría armas para los trabajadores.⁽⁶⁾ Por cierto, lo determinante en esta convocatoria —tan distinta de la realizada el 11 de septiembre de 1973 por el mismo Allende— era la conciencia presidencial de contar en la oportunidad con una correlación de fuerzas militares favorables a la causa popular (para entonces el general Prats aún era el comandante en jefe del Ejército y en el alto mando eran fuertes generales con mando de tropas, también leales a Allende).

En Allende, tal vez, la preeminencia del político sobre el teórico, su realismo ("la muñeca" de que se preciaba) derivado de

décadas de actividad como dirigente popular, actuó como antidoto a las interpretaciones ideologizantes y le permitió aproximarse más profunda y certeramente a la historia y a las circunstancias nacionales, así pudo constatar tanto la permeabilidad y ductibilidad de la institucionalidad democrático representativa, como sus limitaciones. Sin embargo, ese mismo realismo —que en el sentido de su percepción de Chile fue meritorio— redundó en la debilidad teórica de sus tesis sobre el cambio radical en el país, las cuales no fueron acompañadas por una reinterpretación explícita y global de la historia nacional, ni por un análisis teórico del Estado que pusiera masivamente en claro la maleabilidad y permeabilidad del mismo (características en las cuales Allende se apoyó de hecho para diseñar su "vía chilena al socialismo"), y sus límites clasistas. Esta última insuficiencia impidió el desarrollo y la conquista de la hegemonía para tal proyecto al interior de la izquierda, y, más todavía, redujo la capacidad de convocatoria del proyecto allendista al punto que sólo fue secundado con cierto entusiasmo por el pragmatismo político de la Unidad Popular, el que terminó por desvirtuarlo y teñirlo de "reformismos".⁽⁷⁾

El Estado como problema histórico, teórico y político, en su peculiar forma de realización en Chile, comenzó a ser abordado por la izquierda recién luego de la conmoción que significó para el conjunto del movimiento popular y revolucionario la derrota de 1973.

La valoración positiva, que hoy, la izquierda hace de la característica principal del desarrollo histórico de Chile hasta 1973

⁽⁷⁾ Joan Garcés intentó proporcionarle sostén teórico e histórico a la tesis de la "vía chilena al socialismo". Sin embargo, su interpretación histórica "*Desarrollo económico y desarrollo político. Los casos de Chile y Colombia*" y sus trabajos teóricos sobre el Estado "*El caso Tohá*" y "*Chile. El camino político al socialismo*", tal vez por recurrir al instrumental estructural-funcionalista de la ciencia política norteamericana, encontraron poco eco en la izquierda chilena pese a que planteaba cuestiones dignas de una mayor discusión.

⁽⁶⁾ Este llamamiento fue hecho por Allende en alocución radial alrededor de las 8.00 A.M. del día 29 de junio de 1973. Posteriormente la prensa de derecha criticaría duramente esta convocatoria y la utilizaría para avalar su acusación de que Allende había transgredido la Constitución.

—su prolongada estabilidad y continuidad institucional,(8) así como la persistencia en la profundización de formas democrático representativas de organización estatal— llega demasiado tarde (cuando ese tipo de desarrollo se ha interrumpido violenta y radicalmente) y para dar lugar, de nueva cuenta, a ideologizaciones que no por novedosas dejan de ser tales. Si antes se hizo ya una sobrevaloración pragmatista de la institucionalidad y de los valores, conciencia social y culturas expandidas bajo su amparo al conjunto de la sociedad chilena; ya una subvaloración extremista de ella o simplemente se prescindió de un mayor análisis al respecto, hoy se hace una sobrevaloración ideologizante de dicha institucionalidad y del sistema de valores cívicos que conlleva, poniendo el acento en la "tradición democrática" nacional, en la "fortaleza de la sociedad civil" del país (como si en Chile nada hubiera pasado) o una subvaloración mecánicamente deducida de los acontecimientos de 1973. De bandazo en bandazo, el rasgo distintivo de la evolución de la historia nacional termina por opacar el carácter y la frecuencia de las interrupciones de esa línea fundamental de desarrollo evolutivo del país, que son el rasgo característico de la conformación del Estado en cada momento histórico concreto.

Estas rupturas de la institucionalidad vigente por lo general fueron animadas de propósitos de reafirmación o redefinición de

(8) De 1817 a 1972 los presidentes constitucionalmente elegidos permanecieron en sus cargos 136 años de un total de 155, o sea el 88% del tiempo total; el 74% de los cambios de presidente se hizo conforme a la regla vigente y el 83% de los presidentes electos según esas normas dejó su mandato al término regular del mismo. Por otra parte, en 163 años de vida como nación independiente y soberana (de 1817 a 1980 el desarrollo político y social de Chile se encuadró primero en una Constitución cuya vigencia fue de 92 años (de 1833 a 1925) y luego en otra que rigió por 48 años de 1925 a 1973). Si se considera que en ambas se expresa un mismo principio constitucional, resulta que Chile fue normado por aquel único fundamento durante 150 años de sus 155 años de vida nacional (calculados entre 1818 y 1973).

la hegemonía al interior del bloque en el poder(9) y son, en última instancia, el reflejo de las alteraciones que en la estructura social, política e ideológica del país introducía el sentido capitalista de su desarrollo económico.

A diferencia de lo sucedido en igual período histórico, en casi todo el resto de América Latina, en Chile las disputas internas de los sectores sociales dominantes tendieron a resolverse en el marco del Estado constituido. Sin embargo, el hecho de que en Chile esas diferencias se resuelvan en el parlamento, dentro de la legalidad existente, con apego al marco estatal preestablecido y con relativa prescindencia de los militares, no explica por sí mismo el fenómeno de la prolongada estabilidad y permanencia de su institucionalidad, aunque a la larga se le deba incluir como factor que contribuye a tal estabilidad en tanto forja y reproduce una cultura política parlamentarista e institucionalista, dominante.

Algunos analistas e historiadores de Chile han creído encontrar en el aislamiento geográfico del país, en la homogeneidad social y de intereses de sus clases dominantes, en su "raza", en la pronta integración de la sociedad chilena en un todo orgánico, en el "peso de la noche" y hasta en su clima templado, las causas de su dilatada estabilidad institucional.(10) Otros autores, disconformes con las razones anteriores, han visto en la formación social chilena una especie de corte en su desarrollo, por

(9) Las excepciones son la insurrección de la escuadra en 1931 y el golpe de estado del 4 de junio de 1932 que dio origen a la República Socialista de los 12 días. Ambos ensayos se proponían traspasar el poder político a los sectores populares. El intento de la Unidad Popular, en 1970, de igual finalidad, no constituye excepción desde que se gestó y desarrolló dentro de los marcos institucionales vigentes.

(10) Este tipo de tesis son, sobre todo, sostenidas por la historiografía de las clases dominantes chilenas (v.gr.: Encina y Eyzaguirre). Algunas de ellas —como la de la pronta integración de la sociedad chilena en un todo orgánico y la de la homogeneidad de sus clases dominantes— son compartidas por intelectuales de izquierda. Es el caso de los bolivianos René Zavaleta y Cayetano Llobet. "El golpe de Estado en Chile", varios autores.

cuanto estiman que la base material de aquélla (capitalista dependiente, atrasada) no se corresponde con su cuerpo ideal, cultural, jurídico y político (avanzado). Aunque estos autores no abundan en la explicación del porqué de este corte, habría que deducir de su constatación (y enfatizamos que la deducción es nuestra) que el background ideológico del país no es resultado de un desarrollo natural y armónico del conjunto de la formación social, sino que más bien las ideas y la política en Chile se importaron de algún lugar y se superpusieron artificialmente a su base material.(11)

Se trata en general de intentos explicativos insuficientes, cuya limitación teórica está determinada por concepciones positivistas como la defensa y apología del orden social dominante, en el caso de la historiografía oligárquico-burguesa, o por una comprensión esquemática de la historia y/o de las categorías de análisis a que recurren para interpretar el desarrollo nacional, en el caso de la interpretación histórica de la contestación de izquierda.

Es, tal vez, en el análisis histórico concreto de la conformación y evolución del Estado chileno donde se pueden encontrar las causas de la prolongada estabilidad y continuidad de su institucionalidad. Análisis que, necesariamente, reconociendo la "determinación en última instancia" de la economía, reconoce también la autonomía relativa de la política y la cultura; y que parte del entendimiento del Estado, fundamentalmente, como expresión de síntesis del bloque social históricamente dominante y del conjunto de relaciones sociales establecidas y expandidas al amparo del modo de producción hegemónico (cuestiones ambas que lo influyen en su conformación y evolución, y a las cuales

(11) Esta tesis del "corte" o falta de correspondencia entre el desarrollo material y político cultural de Chile ha sido expuesta por Aníbal Pinto "*Chile, un caso de desarrollo frustrado*" y por Carlos Altamirano "*Dialéctica de una derrota*". Este último graficó ese corte con su metáfora "Chile: país centauro".

articula y da coherencia). Todo ello, por cierto, sin renegar de la calidad de instrumento al servicio del sostén y reproducción del orden establecido, de aparato y conjunto de aparatos, y de estructura jurídico institucional, que son propias a todo Estado.

Revisada así la historia del Estado nacional encontramos a primera vista fenómenos que, por tratarse de características consustanciales a sus formas de organización o por su reiterada presencia en la evolución de esas formas, le imprimen ciertas cualidades intrínsecas y perdurables, las cuales parecen ser las claves explicativas del peculiar desarrollo institucional de Chile:

1. Realizada la independencia para conquistar la libertad de comercio y, por tanto, bajo banderas antimonarquistas, el Estado en Chile sólo podía constituirse conforme a principios republicanos y democrático representativos aunque censitarios. De hecho, la democracia que se practicó en el país fue "censitaria de derecho" hasta mediados del último cuarto del siglo XIX y "de facto" hasta la primera mitad del siglo XX pues el "sufragio universal" fue limitado a las personas que sabían leer y escribir. Por un largo período histórico esta calidad censitaria de la democracia chilena facilitó la resolución de las disputas al interior de los sectores sociales dominantes, ya que éstos pudieron hacerlo con prescindencia de actores políticos extraños a la dominación y, por lo mismo, dislocadores del orden institucional existente.

2. Los partidos políticos como medios privilegiados de expresión y realización de las diversas corrientes, intereses y demandas de la sociedad chilena, se encuentran presentes a todo lo largo de la historia de Chile. De esta presencia ininterrumpida de los partidos en el quehacer histórico nacional dan cuenta desde los antiguos "pipiolos" y "pelucones" hasta el actual espectro partidista en redefinición, pasando por la gama partidaria intermedia a ambos extremos históricos. Ello permitió que las luchas por el poder se resolvieran fundamentalmente entre la "civilidad" y que el conjunto del cuerpo social chileno contara con vehículos de

representación real de sus intereses contradictorios, dentro del Estado constituido.

3. La conformación y constante refundación del Estado como expresión sintética de los intereses, de las alianzas de clase y de las ideas, en cada instante hegemónicas.

Así, el Estado oligárquico presidencialista (propriadamente "portaliano") —vigente de 1831 a 1891— se erige y reproduce sobre: a) el sostén social que le brindan la oligarquía, la estructura de la hacienda, la institución eclesiástica de la época y los amplios sectores de la población descontentos con la anarquía y la guerrilla civil permanente que se desarrolla entre 1823 y 1830; b) el fundamento ideológico de la cultura colonial aún dominante, las ideas religiosas y la aspiración al "orden" y "jerarquización", que se genera, como reacción a la "anarquía"; y c) el respaldo material de la propia hacienda, del descubrimiento del rico yacimiento de plata de Chañarcillo y, luego, sucesivamente del mercado triguero de California, del cobre y del guano.

Por su parte, el Estado oligárquico parlamentarista (1891-1925) expresa la alianza que, siempre bajo la hegemonía oligárquica y apoyándose en las ideas del liberalismo económico (el "laissez faire") y político (el parlamentarismo inglés), integra al bloque dominante a las nacientes burguesías internas (ya resignada a no realizarse como clase nacional, para lo cual medió la guerra civil de 1891) y capas medias, con el fin de acompañar armónicamente el sentido capitalista dependiente del desarrollo económico chileno.

Finalmente, el moderno Estado burgués, democrático representativo (1925-1970), encuentra su sustento social en la alianza que configuran, ahora bajo hegemonía de la burguesía interna —definitivamente subordinada al capital extranjero—, esta misma, la decadente oligarquía y las pujantes capas medias, de explosivo crecimiento como resultado del nuevo papel reconocido al Estado y del desarrollo hipertrofiado del sector servicios. El proceso

de industrialización por "sustitución de importaciones", alentado por el Estado de acuerdo con las ideas keynesianas en boga, hace de soporte material de esta nueva forma estatal y las ideas derivadas de la guerra contra el nazi-fascismo, y luego de la "guerra fría", le otorgarán el fundamento ideológico necesario para su sostenimiento y reproducción.

4. La progresiva transformación de la oligarquía en burguesía (no exenta de rupturas), hace innecesarias para la clase capitalista chilena las convulsiones políticas (revoluciones democrático-burguesas clásicas) que abrieron paso al capitalismo como el modo de producción dominante en Europa. A esta capacidad de autotransformación de los sectores más dinámicos de la oligarquía —forzada por el sentido capitalista del desarrollo del país— se agrega el hecho que la juridicidad propia al capitalismo (el Estado republicano, democrático representativo) se instituyó en Chile con la conquista de la independencia, aún cuando en ese entonces la formación social no fuera plenamente capitalista. Para ganar esta juridicidad y forma de organización estatal, que consagra como dominantes a las relaciones sociales capitalistas de producción, la burguesía europea hubo de recorrer un largo camino de desarrollo endógeno del capitalismo y, además, de hacer revoluciones políticas. En Chile, por el contrario, la autotransformación de la oligarquía en burguesía y la preservación de la letra (no así del espíritu e interpretación) de la primera Constitución estable del país (de 1833) crean la imagen —parcialmente cierta— de continuidad y estabilidad de la dominación y del Estado, pese a las modificaciones de la estructura económico social.

5. Aunque la violencia siempre hizo de "gran partera" (conformadora) de los sucesivamente "nuevos" Estados nacionales (la guerra civil y la batalla de Lircay en relación al Estado "portaliano"; la guerra civil de 1891 y Concón y Placilla respecto del Estado oligárquico parlamentarista; los golpes y contragolpes de Estado e insurrecciones entre 1924 y 1932 con relación al Esta-

do burgués, democrático representativo; el golpe de Estado de 1973 que da origen al estado de la actual "revolución burguesa"), el ejercicio de la dominación por cada bloque histórico en el poder (la evolución de cada forma estatal) privilegió el uso de mecanismos consensuales (de hegemonía), por sobre los coercitivos, para obtener la obediencia de los dominados. Ciertamente, respecto del actual Estado chileno no se puede afirmar que ejercite la dominación principalmente por el recurso del consenso y la hegemonía, pero —aunque en lo inmediato no es así— no se puede descartar la posibilidad de que termine por evolucionar como ocurrió con sus predecesores.(12)

Tal forma principal de ejercicio de la dominación —con privilegio del consenso— fue posible, fundamentalmente, por la capacidad de las clases dominantes para, constante y reiterativamente, legitimar su mejor derecho a gobernar (dominar) al país, a través del planteamiento de innumerables empresas "especiales" a la nación que, culminadas exitosamente todas ellas, accedieron a la calidad de "nacionales" y le permitieron ganar para sí el reconocimiento de "clase nacional" por antonomasia frente al conjunto de la sociedad (v.gr.: la guerra de independencia, la expedición libertadora del Perú, la pacificación de la Araucanía, la reivindicación de la soberanía chilena sobre Chiloé e Isla de Pascua con la consiguiente expansión al Pacífico Sur, la colonización alemana de Valdivia, Osorno y Llanquihue, la industrialización —dependiente y limitada, pero industrialización al fin—, la

(12) En el caso del Estado actual y de su respectivo bloque dominante todo parece indicar que el "gran objetivo nacional" que está en condiciones de plantear y realizar es de orden interno (¿la "modernización" de Chile, tal vez?), puesto que en materia exterior sólo ha conquistado fracasos (como la "expansión al Pacífico Sur" que se derrumba en las islas Fidji y Filipinas, y la reafirmación de la soberanía chilena sobre el canal Beagle —conquistada jurídicamente por el gobierno de Allende con arreglo al derecho internacional— impugnada exitosamente por la Junta Militar argentina).

conformación del Estado democrático representativo moderno, etc.).

6. El Estado chileno, por el carácter republicano y democrático representativo que tuvo desde la independencia (aunque censitario) siempre fue penetrado por la sociedad y sus conflictos. Hasta su aparato, por definición, más cerrado: el militar, en múltiples ocasiones se hizo eco y agente de la pugna político social. Como es lógico, el sentido de las intervenciones militares fue reaccionario en la mayor parte de las ocasiones, pero también las hubo en sentido progresista y popular.(13)

Esta "sensibilidad" política y social del Estado le permitía, de un lado, morigerar las respuestas de las clases dominantes a las reivindicaciones de los sectores sociales oprimidos y marginados (que pese a todo fueron crueles y sangrientas, principalmente a comienzos del siglo XX), y de otro, asimilar (cooptar) al orden establecido las manifestaciones de inconformismo político y social que no le eran esencialmente antagónicos.

7. Las clases dominantes, ante los reiterados amagos que en contra de su orden surgen desde el propio aparato militar del Estado, crean una doctrina de la civilidad y del constitucionalismo de la que —una vez convertida en tradición— se beneficiarían los intentos de transformación encabezados por Balmaceda y Allen-

(13) Entre las intervenciones militares de orientación progresista y popular destacan: la lealtad del ejército para con Balmaceda durante la guerra civil de 1891; el movimiento de los militares jóvenes que repuso a Arturo Alessandri en el gobierno y que protagonizó el episodio del "ruido de sables" permitiendo así la aprobación de la legislación social obstruida por el Congreso, ambos en la década de los 20; la sublevación de la escuadra en 1931; la experiencia de la República Socialista en 1932; y en la década de los 70, las actitudes de los generales Schneider, Prats y Bachelet, y del Almirante Montero, de lealtad para con la Constitución y el gobierno legal y legítimamente constituido, que en las circunstancias era lealtad para con las causas populares.

de. Esta doctrina de origen portaliano que definía el respeto a la Constitución por las FF.AA. y el sometimiento de éstas al poder civil legal y, en consecuencia, según la idea dominante, legítimamente constituido—, serviría finalmente y pese a la intención original de Portales, al polo social en contra del cual se creó y profundizó.

8. Por último, pero no por eso menos importante, la continuidad y estabilidad institucional del país se explica por la contribución que al respecto hacen el movimiento obrero y otros sectores populares, en cuyo interés inmediato estaba la preservación y perfeccionamiento del Estado democrático representativo. En tanto esta forma de organización estatal era el marco más adecuado al desarrollo y consecución de sus demandas gremiales y políticas, el movimiento obrero y popular y sus partidos lucharon por la defensa y extensión de la democracia representativa convirtiéndose, en especial desde el segundo cuarto del siglo XX en adelante, en su sostén político y social principal.

Este polo del conflicto social, sobre todo en su vertiente obrera, por su forma de aparición (geográficamente aislado en los enclaves mineros del salitre y del carbón) y de desarrollo (en oposición directa al imperialismo inglés, abiertamente respaldado en la represión de los mineros por las clases dominantes chilenas), no pudo ser cooptado de modo extensivo por la dominación vigente y, por el contrario, nació y creció en agudo antagonismo con aquélla. En tales circunstancias, los mineros forjaron sus instrumentos de defensa gremial y política, así como su cultura cívica, con casi absoluta prescindencia del resto del tejido social chileno y un tanto impermeabilizado a las influencias culturales, y políticas de éste.

Será recién cuando se dote de partidos políticos propios, estructurados nacionalmente, y con mayor fuerza aún cuando la industrialización de las décadas de los años 40 y 50 (con la que los mineros encuentran su correlato natural en los trabajadores

industriales, en los cuales se apoyan y a los que influyen con su cultura gremial y política), que el movimiento obrero terminará por insertarse en la vida política nacional acorde con los cánones institucionalistas dominantes. (14) Es también en este período que los obreros llevan su presencia determinante a los centros de decisión política fundamentales del país, gracias a la concentración de la industria en las grandes ciudades.

El antagonismo obrero al orden establecido se expresó, aún en su origen disociado de la sociedad chilena y conforme con las orientaciones de Luis E. Recabarren (15), dentro de la institucionalidad, pero en tensión con la misma, debido a sus crecientes exigencias de democratización política, social y econó-

(14) En la creación de las condiciones ideológicas internas del movimiento obrero y popular chileno, que permitieran consumir el acomodo pleno de éste a la lucha legalista, electoralista e institucionalista, fueron decisivas las vicisitudes del movimiento comunista internacional en la definición de líneas para el enfrentamiento del nazifascismo. Las tácticas de Frente Popular, Frente Nacional, etc., al postular la colaboración de clase, se prestaron —aunque no fuera su intención— para el objeto antes señalado.

(15) Tal como el progreso de la maquinaria ha producido un malestar para los trabajadores y éstos en vez de pensar en destruirla trabajan por conquistarla para someterla a su servicio dentro de la doctrina socialista, así también los poderes políticos en vez de repudiarlos debemos conquistarlos*, porque por ahora no podemos destruirlos.

*Entonces el deber del proletariado organizado es conquistar los poderes políticos, y cuando la burguesía recurra a fraudes, cohecho y otras indecencias para burlar la ley, entonces el proletariado debe recurrir a supremas acciones para impedir que se burlen sus derechos y sus conquistas". Luis E. Recabarren: *El socialismo: ¿qué es y cómo se realizará?*

Del apego de Recabarren a la lucha institucionalista dan fe muchos otros trabajos y discursos. Con él se inaugura una tradición respecto de las formas de lucha que privilegiará el movimiento popular chileno durante casi 70 años y que culminará victoriosamente su curso en septiembre de 1970 con Salvador Allende como su artífice principal. Es significativo que los dos más importantes dirigentes en la historia del movimiento obrero y popular chileno, hayan hecho una valoración similar de la institucionalidad para la lucha por el socialismo. Sin duda la coincidencia se explica por la raigambre verdaderamente nacional de ambos. Ciertamente, Allende es el legítimo heredero de la tradición inaugurada por Recabarren.

*El subrayado es nuestro.

mica (derechos de sus partidos, a la previsión, jornada laboral, salud, educación y seguridad social, por ejemplo). En estos afanes democratizadores fue acompañándose, respaldándose y apoyándose en ellos, de otros sectores sociales oprimidos (campesinos, pobladores, estudiantes, burócratas, etc.) y en conjunto con los cuales fue definiendo cotas de democratización cada vez más profundas y opuestas al orden existente (reformas agraria y universitaria, nacionalizaciones, etc.), hasta culminar en el audaz intento de transformación global de la sociedad chilena que se iniciará con la conquista del gobierno en 1970.

Sin embargo, en este curso de sus luchas los sectores sociales antagonicos al orden establecido, denunciándolo como antidemocrático y clasista, y pugnando por su cambio se integraban a plenitud a las reglas del juego político del mismo, de corte parlamentarista e institucionalista. Esta inserción plena en el juego político del Estado democrático representativo, de una parte, redundaba en la conquista de posiciones dentro del Estado para el movimiento popular y en el subsiguiente fortalecimiento de la institucionalidad (que servía cada vez menos a la dominación capitalista, cuando cada vez más al movimiento popular y revolucionario. De hecho no fue este último el que la desechó y destruyó) y de otra derivó en que, modificando con su acción la cultura política dominante, los sectores populares eran simultáneamente penetrados por esta última.

Así, algunos hábitos y estilos políticos antidemocráticos y antiparticipativos de las clases dominantes comienzan a ser internalizados por la propia fuerza del cambio social y de la democracia, y a ser reproducidos en su seno, principalmente en sus organizaciones instrumentales más politizadas. De ahí que florezcan entre las diversas expresiones orgánicas del movimiento popular fenómenos como el "parlamentarismo", el "caudillismo", el "elitismo", el "clientelismo", las "oligarquías" y "burocracias" partidistas que deciden la política y la conformación de dirigencias

en grupos restringidos y con tendencia a la perpetuación en el poder, y a la autorreproducción.

Con ello, a unas luchas de horizonte democrático y participativo se oponían nuevos obstáculos, esta vez desde los propios instrumentos de lucha de los agentes impulsores de la liberación nacional y social, pues si bien esos fenómenos contribuyen a la estabilidad y continuidad de la institucionalidad burguesa, democrática representativa, son un problema mayor a la construcción democrática del socialismo y a la superación del capitalismo, en tanto se trata de rasgos de carácter conservador e inmovilista.

De modo tácito y práctico, la izquierda chilena atribuyó valor permanente a la democracia política existente en el país. Con ello dio lugar a los fenómenos antes descritos y que obraban poderosamente contra las posibilidades de cambiar radicalmente el orden capitalista chileno. Explícita y teóricamente, minusvaloró la democracia e invistió a la lucha por ella de un carácter meramente instrumental.

Al no ser incorporadas las luchas populares por la profundización democrática, en un diseño estratégico que reivindicara la democracia política como componente esencial, insustituible e irrenunciable del socialismo; se dio pie a la creencia —nunca eficazmente desmentida por la izquierda— de que la conquista del poder por el movimiento popular y sus partidos, era sinónimo de eliminación de toda forma de convivencia democrática.

Como vimos, la propuesta alternativa de Allende fue insuficiente para compensar estas carencias y corregir estos errores de la práctica y la teoría revolucionaria en Chile, los cuales habrían de afectar durante el período de gobierno de la Unidad Popular, las posibilidades de expandir la alianza social, y conformada en torno a la clase obrera, en dicho lapso histórico. Sectores como la pequeña burguesía propietaria y funcionaria, particularmente

sensibles al problema de la democracia, finalmente se inclinaron contra un movimiento popular que ideológicamente renegaba de la democracia formal y que, de facto, por su apego a ella renunciaba también al uso de su fuerza para atraer hacia sí a la capas sociales que vacilaban entre la revolución y la contrarrevolución.

Los ocho factores enunciados y explicativos del rasgo característico de la historia del Estado nacional (su estabilidad institucional y su persistente tendencia a la profundización de la democracia) en su conjugación forjaron una "cultura política chilena" de cuya aprehensión es preciso partir para modelar un proyecto democrático socialista para la nación, que responda a las actuales circunstancias. Tal aprehensión supone indispensable un esfuerzo de interpretación histórica despojado de las limitaciones ideologizantes a que se atuvo en el pasado, o sea, en definitiva requiere de una actitud veraz frente al problema del conocimiento de la historia en particular y del conocimiento a secas en general. Por cierto, asumir la historia nacional y la cultura histórico política a que aquélla de lugar no significa hacerla propia en bloque, sino que sólo en sus aspectos de validez permanente, necesarios de rescatar e incorporar en el propósito democrático y socialista del movimiento popular. En tanto éste no fue capaz de reinterpretar la historia del país en su conjunto y su propia historia dentro de ella, para romper con la cultura política dominante, rescatando así la herencia que esencialmente reivindicaba (el ejercicio democrático del poder), facilitó la instauración de actual régimen militar y la tarea ideológica que éste se ha propuesto consumir.

Asimismo, el nuevo proyecto democrático socialista debe asumir la drástica ruptura que para el país significan el 11 de septiembre de 1973 y los años subsiguientes, en relación a una modalidad predominante de desarrollo social, cultural, político y económico. Ello implica hacerse cargo del ambicioso esfuerzo orientado a revolucionar globalmente a la nación, en sentido ca-

pitalista, conducido por el gran capital interno y extranjero en asociación con la tecnocracia militar y civil del Estado, y que, en muchos aspectos, se encuentra ya realizado.⁽¹⁶⁾

Problema fundamental de este proyecto democrático socialista para la nación es, sin duda, la definición del modelo de "acumulación originaria socialista" del cual se hace cargo. Al respecto, y para meditar, cabe destacar el hecho, por ejemplo, que el total de las exportaciones de bienes de capital de la URSS es apenas superior al total de importaciones que de esos mismos bienes realiza una economía como la brasileña. En esas condiciones, el modelo de acumulación no parece poder prescindir de un sistema de relaciones internacionales diversificado y, casi consiguientemente, de la subsistencia de un área de gestión económica privada relativamente importante en la industria, la agricultura y los servicios.

En lo que toca al movimiento popular, democrático y revolucionario, la elaboración de este proyecto precisa ser acompañada por un esfuerzo de reconstrucción teórica, política y orgánica que supere sus limitaciones pasadas, y cuyos referentes principales son su propia historia y, sobre todo, las presentes manifestaciones de renovación surgidas del seno del movimiento popular, las

(16) El proyecto del actual bloque dominante en lo que hace al movimiento popular en sustancia, se propone la parcelación y diversificación extrema del cuerpo social chileno, de modo tal que la pluralidad objetiva de intereses particulares y sectoriales impida u obstaculice la conformación de un bloque social alternativo con base en una plataforma de transformación anticapitalista capaz de integrar armónicamente los intereses contradictorios existentes entre sus potenciales componentes. La viga maestra de este proyecto es el modelo económico y el plan laboral, la privatización de la salud y la educación (con su variante de "municipalización"), la regionalización y la reducción de las funciones y personales del Estado (excepción hecha de su aparato policial-militar), así como otros planes parciales, son los complementos del primero.

cuales obligadamente redefinen y nutren todo esfuerzo de reconstitución partidaria. Todo parece indicar que en lo referido a la reconfiguración de la vertiente socialista del movimiento obrero y popular chileno, el esfuerzo pasa por la confluencia de su corriente histórica con aquellas de más reciente origen provenientes del cristianismo. Este acercamiento necesario comienza a evidenciarse, con debilidad aún, a través del fluido proceso llamado "de convergencia" y comprende, además de los movimientos de raigambre cristiana, a la mayoría de las expresiones actuales en que se ha escindido el socialismo chileno ¿para coincidir orgánicamente en el "movimiento socialista" tal vez?

Por último, tal proyecto democrático socialista para la nación chilena debe contemplar el imprescindible componente de fuerza que históricamente a abierto paso a los sucesivamente "nuevos" bloques sociales dominantes y dado origen, conformado, su forma estatal correspondiente. Ello sin menoscabo que en su evolución posterior el Estado democrático socialista privilegie las soluciones consensuales al conflicto político social y ejercite el gobierno por hegemonía más que por el recurso de la coerción. Para que tal evolución sea posible el componente de fuerza de proyecto en cuestión debe ser asumido y desarrollado por la totalidad de los agentes sociales y políticos con la necesidad de impulsar un profundo cambio anticapitalista de la sociedad chilena, de modo tal que en el curso de la realización de este componente de fuerza sea imposible que uno solo de los integrantes del nuevo bloque social dominante se alce con el "monopolio del uso de la fuerza legal del Estado" a que den origen, cuestión que comprometería el carácter democrático del proyecto. La interrogante es si se puede esperar contar con la unanimidad de los potenciales componentes del bloque para proceder a la conformación del elemento de fuerza o si tal unanimidad se construye en el proceso de gestación de dicho elemento.

NOTAS SOBRE MARXISMO Y SOCIALISMO, HOY DIA

A propósito del peligro de una renovación a medias

Carlos Ominami*

"Los hombres de antes eran grandes y hermosos (ahora son chicos y enanos), pero ésta es sólo una de las muchas pruebas del estado lamentable en que se encuentra este mundo caduco. La juventud ya no quiere aprender nada, la ciencia está en decadencia, el mundo marcha patas arriba, los ciegos guían a otros ciegos y los despeñan en los abismos (...) María ya no ama la vida contemplativa, Lea es estéril, Raquel está llena de lascivia, Catón frecuenta los lupanares, Lucrecio se convirtió en mujer".

(Umberto Eco, "El nombre de la rosa", pág. 22)

El mundo ha cambiado, el socialismo también. Más de medio siglo de historial real ha hecho perder a la idea de socialismo su capacidad de evocar el paraíso en la tierra. Al perder su virginidad el socialismo ha dejado de ser algo evidente. Frente a ello no cabe más que vivir el socialismo como problema.(1)

De un ya largo debate al interior de la izquierda chilena ha surgido un proceso de renovación ideológica que ha tenido el mérito de poner en cuestión muchas de nuestras viejas certezas.

(*) Artículo escrito en 1982, presentado al Segundo Encuentro de Chantilly, Francia 1983, publicado en *PLURAL* N° 3, primer semestre, 1984.

(1) Título del libro, pionero en América Latina, del dirigente político venezolano Teodoro Petkoff.

Se ha incentivado así la crítica y legitimado la revisión, creándose las condiciones para superar los esquemas fundadores de los proyectos derrotados en 1973.

En el plano teórico los progresos de esta reflexión se vinculan a una doble ruptura. Con el marxismo-leninismo por un lado, con el modelo socialismo real por el otro.⁽²⁾ Sin embargo, como bien se aprecia, estas rupturas, sin lugar a dudas importantes, se refieren a la crítica de variantes específicas —la leninista en el caso del marxismo, la real en lo que respecta al socialismo— manteniendo perfectamente incólumes sus matrices centrales. Determinados avatares de la historia habrían engendrado variantes deformadas cuando no perversas de un sistema de ideas y de un proyecto de sociedad que guardaría todavía toda su pureza.

Por esta vía se puede llegar fácilmente a posiciones no exentas de candidez. Como si la práctica histórica del marxismo y del socialismo fuese una dimensión aislada que opera independientemente de los conceptos centrales, se cree poder exorcisar dichos males a través de la simple adjetivación: marxismo renovado y socialismo democrático.

Muy lejos de nuestro propósito negar la importancia de una reflexión marxista renovada y de afirmar la vocación democrática del socialismo. No obstante, nos interesa llamar la atención sobre

²⁾ Se trata aquí de un punto de consenso entre la mayor parte de las tendencias del socialismo chileno. Desde sus inicios la Convergencia Socialista ha puesto el acento en la necesidad de dichas rupturas. Por su parte, "los acuerdos y conclusiones para la unidad del Partido Socialista de Chile", suscritos el 19 de abril de 1983 en Santiago de Chile, consignan igualmente el abandono de la referencia al marxismo-leninismo y el rechazo del socialismo burocrático. Asimismo esta ruptura aparece claramente explicitada en las Actas del Primer Encuentro de Chantilly (1982). El libro de Jorge Arrate, *El socialismo chileno: rescate y renovación*, constituye un aporte reciente a este debate.

el hecho que tales adjetivos, es cierto sugerentes, no bastan por sí mismos para dar cuenta de los problemas planteados. Más aún, en ausencia de una explicitación de sus contenidos esenciales, se corre el riesgo de caer en una mera alucinación semántica.

Con razón, algunos⁽³⁾ han denunciado las tendencias a la demonización que buscan hacer del marxismo-leninismo y de los socialismos reales los chivos expiatorios de todos nuestros fracasos. Plantear así las cosas puede llevar en efecto a recrear las bases de otra forma de dogmatismo.

"No es inmolando al hijo que satisfeceremos los designios inocentes del padre". Lenin no se definía como leninista, Marx tampoco como marxista. La ruptura con Lenin y el distanciamiento respecto del modelo soviético son pues insuficientes para exorcisar los viejos demonios. Es preciso ir más allá, es preciso interrogar a la realidad sobre el marxismo y el socialismo, a secas, hoy día.

Inevitablemente, las verdaderas transformaciones traen consigo nuevos cuestionamientos a una velocidad que a más de alguno puede darle vértigo. Frente a ello, no cabe más que resignarse. En nuestro caso, la interrupción de las búsquedas a que la renovación ha abierto paso, puede enfrentarnos en el futuro próximo o a la esquizofrenia o al oportunismo.

Nada podría ser peor que una renovación trunca. Quien hace revoluciones a medias, cava su propia sepultura decía Saint Just. Otro tanto puede decirse de las renovaciones ideológicas. En los hechos, una renovación a medias puede ser fuente de graves tensiones entre ideología y realidad, que atentaran contra la coherencia de todo proyecto político.

Pero no se trata por tanto de hacer de la realidad un fetiche. La realidad es opaca, viscosa e infinitamente más imaginativa

³⁾ Véase, por ejemplo, Ernesto Ottone, *Izquierda chilena y teoría marxista: apuntes para un debate*, mimeo, París, 1983.

que el más preclaro de los intelectuales. La equivocación respecto de ella es siempre una alternativa real. Con todo, ella es siempre menos oscura que aquellos hoyos negros completamente desprovistos de luz. Existe pues la posibilidad de discernir tendencias, reconocer desafíos, jerarquizar necesidades y por sobre todo explicitar ambiciones.

Los diez años de dictadura aportan en este sentido referencias esenciales. Chile, el país real, propone desafíos ineludibles para cualquier alternativa de progreso. Democratizar el país, crear fuentes de trabajo para un tercio de la población actualmente desocupada, reconstruir el Estado, son necesidades recurrentemente expresadas por diversos sectores sociales. Diferirán, con toda seguridad, las proposiciones de unos u otros para satisfacerlas de la mejor forma. La redemocratización se alimentará de ese debate. Lo importante es partir del consenso en torno a esos temas y crear las condiciones propias para la competencia entre las alternativas en presencia.

Desde nuestro punto de vista, se trata de pensar en el tipo de socialismo capaz de avanzar respuestas pertinentes. La perspectiva es pues la opuesta a la de una cierta ortodoxia que propone entender la realidad como un terreno de aplicación de un modelo preconcebido.

Definido en tales términos, el problema podría ser abordado directamente. Así hemos venido intentándolo en trabajos anteriores.⁽⁴⁾ Si en esta oportunidad nos ha parecido necesario pasar previamente por una discusión sobre el marxismo, ello no ha sido por un afán escolástico sino más bien para hacer presente algunos de sus principales límites.

⁽⁴⁾ M. Lanzarotti, A. Guardia y C. Ominami, Principios de estrategia económica alternativa. Encuentro de Chantilly I, septiembre de 1982. Revista "Chile-América", N° 84-85, y C. Ominami, *Hacia una economía política de la redemocratización*, contribución al seminario "La renovación del pensamiento socialista", Chile, junio de 1983.

II. Usos y desusos del marxismo

"El orden que imagina nuestra mente es como una red, o una escalera que se construye para llegar hasta algo. Pero después hay que arrojar la escalera porque se descubre que, aunque haya servido carecía de sentido".

(Umberto Eco, *ibid.* pág. 596)

A pesar de todo, la discusión sobre el marxismo continúa en el centro del debate. En cierto sentido, como dijo alguna vez J.P. Sartre, "el marxismo constituye el horizonte insuperable de nuestro tiempo". No fue tampoco un exabrupto la advertencia de J. Schumpeter, un liberal de los más lúcidos, en cuanto a que "los no marxistas no sólo cometen un error sino un pecado".⁽⁵⁾

Los desafíos planteados por el marxismo no admiten una evacuación fácil. Enterrar muertos vivos es una práctica de las más condenables. El abandono del marxismo no puede ser un acto visceral o puramente dictado por conveniencias de orden táctico. No hay pues que confundir la muerte natural con lo que bien podría llegar a ser un asesinato.

La idea que quisiéramos sostener aquí es de que existen dos formas distintas de enfrentar el marxismo, cada una de las cuales conduce a tomas de posición no necesariamente coincidentes.

De un lado es posible una aproximación fundamentalmente teórica en vistas a valorar la pertinencia y validez de la contribución de Marx y el marxismo. Del otro, se puede en cambio entender el marxismo como un sistema de representaciones que estructuran lo que podría llamarse una cultura de oposición. En el

⁽⁵⁾ J. Schumpeter, *Capitalisme, socialisme et démocratie*, segunda edición, Ed. Payot, París, 1973.

primer caso se trata de interrogar al marxismo respecto de su pretensión científica. El segundo corresponde más bien a una evaluación del marxismo en tanto ideología de la emancipación obrera.

En el plano teórico, al marxismo le ocurre algo semejante que a la escalera de U. Eco. Es precisamente porque ha servido para algo que puede ser criticado, revisado o incluso abandonado en tales o cuales puntos más o menos fundamentales. Por el contrario, los conceptos que no se confrontan con la realidad pueden mantenerse eternamente indemnes: son inútiles.

De cierta manera el marxismo ha sido víctima de sus propios éxitos. Algunos de sus principales contribuciones forman en la actualidad parte de una visión que ha tendido a universalizarse. A estas alturas, no se necesita por ejemplo ser marxista para reconocer la existencia de clases sociales ni la importancia del conflicto social en la dinámica histórica. Como se ha dicho más de una vez, Marx es a las ciencias sociales algo así como Newton a la física. Ambos hacen parte del patrimonio de una ciencia que necesariamente los sobrepasa.

Pero el marxismo registra también fracasos, algunos estrepitosos. Los pronósticos sobre la pauperización de las masas o la transitoriedad de la pequeña burguesía, la ineluctabilidad del fin del capitalismo y del advenimiento del socialismo, son algunos de los más bullados.

Desechar el marxismo a causa de sus previsiones no cumplidas constituye, sin embargo, un recurso fácil. Lo esencial no reside por cierto allí. Para ser contundente, la crítica debe referirse a la mayor o menor capacidad del método marxista para dar cuenta de los procesos concretos. Dicho de otro modo, se trata de superar una crítica de orden religioso de acuerdo a la cual "el marxismo es concebido como un sistema de fines últimos que dan sentido a la vida"(6), para aprox-

imarse a una crítica, digamos marxista del propio Marx.

Las limitaciones más importantes del marxismo arrancan del determinismo propio a su método, el cual conduce a menudo a sustituir a la historia de la realidad la historia de un concepto. Un aporte sustantivo de las ciencias sociales contemporáneas ha consistido en poner de manifiesto la multiplicidad de factores que intervienen en la configuración de la realidad social. Frente a esa determinación plural, las categorías modo de producción o lucha de clases resultan en definitiva parciales. En efecto, ellas dejan de lado un conjunto de otros niveles relevantes de la realidad social: las pulsiones, la psiquis, las relaciones interpersonales, la cultura cotidiana, esto es todo lo que forma parte de los universos simbólicos(7) en torno a los cuales también se constituye la sociedad.

Con todo, el reduccionismo del método no ha sido obstáculo para el desarrollo de contribuciones sustanciales por parte del marxismo. A éste le corresponde igualmente el mérito de haber fundado, a partir de la noción de plusvalía, una teoría de la explotación de la clase obrera. Poco hay sin embargo en Marx y los marxistas posteriores que permita desarrollar una teoría de las diversas formas de opresión social, sean éstas raciales, sexuales o culturales.

Como visión apologética de la conflictividad social, el marxismo desemboca de manera paradójica en un impase mayor en tanto no logra dar cuenta de la diversidad de conflictualidades horizontales que se anudan en la sociedad. Igualmente, el marxismo se encuentra teóricamente desarmado para responder a la creciente emergencia de conflictualidades negativas de naturale-

(7) C. Castoriadis, *L'institution imaginaire de la société*, Editions du Seuil, París, 1975.

(6) J. Schumpeter, *ibid.*

za puramente corporativa(8) que no constituyen vectores de ningún cuestionamiento progresivo.

Asimismo, frente a problemas cruciales de nuestra época como el totalitarismo y la destrucción de los equilibrios ecológicos, el método marxista no aparece tampoco en condiciones de aportar una contribución significativa(9) en la medida en que el origen de ambos desborda ampliamente las fronteras de clase. En el caso de los desequilibrios ecológicos, es la propia lógica del desarrollo de las fuerzas productivas la que se encuentra puesta en cuestión.

El campo de lo político constituye por otra parte un terreno cuya complejidad interpela de manera directa a Marx y el marxismo. Y no parece tratarse aquí de un simple desfase de análisis de lo político respecto del estudio del Capital tal cual ha sido sugerido por autores como Althusser. Es por el contrario, de la proposición marxista esencial en este campo —la necesaria extinción del Estado— que surgen sus principales limitaciones y muy particularmente aquella que se refieren a la cuestión, fundamental, de la democracia.

Contrariamente a la tradición marxista, no es la existencia de contradicciones al interior de la sociedad la que invalida la posibilidad de la democracia. Precisamente, es la existencia de múltiples conflictos, reales o potenciales la que justifica la existencia de tal régimen. De hecho, la democracia constituye antes que nada, un modo de regulación política de los conflictos sociales cuya eficiencia superior está por lo demás asegurada por su mayor aptitud para proveer de la información necesaria a una eva-

luación a priori de las correlaciones de fuerza. En condiciones de dictadura, en cambio, los diversos sectores deben tomar sus decisiones en la nebulosa, aumentando de esta forma las posibilidades de que los conflictos deriven en grandes debacles o tragedias.

Al suponer que las contradicciones pueden ser simplemente abolidas, el marxismo introdujo la idea de la extinción del Estado, eliminando con ello toda la problemática del ejercicio democrático del poder. No es pues de extrañar la dificultad manifiesta para pensar, en el cuadro del marxismo, nociones tales como pluralismo y democracia. Ni tampoco el hecho de que históricamente las revoluciones victoriosas que se han reclamado del marxismo terminan fortaleciendo, en ciertos casos hasta límites inimaginables, el poder de ese Estado que se trataba de destruir. Es así como al ser elevado a doctrina de Estado, el marxismo ha llegado a convertirse, a juicio de algunos, en una verdadera "escatología de la revolución".(10)

Desarrollos recientes en terrenos tradicionalmente considerados más seguros por el marxismo, plantean hoy día interrogaciones mayores respecto de categorías centrales del análisis de Marx. No es posible extendernos en ellas aquí. Señalamos simplemente las diversas impugnaciones que se han venido haciendo a la teoría del valor, por parte de autores de origen marxista,(11) así como los debates en torno a la moneda y la imposibilidad que ellos han puesto de manifiesto de teorizarla en términos marxistas.(12)

Todavía en el plano de la economía, existe igualmente la

(10) R. Gallisot, *Les fractures du marxisme: marxisme et histoire*, Colloque International "Marx-marxismes", París, mayo de 1983.

(11) C. Benedetti et Cartelier, *Salariés, marchands et capitalistes*, Maspero, París, 1981.

(12) M. Aglietta et A. Orlean, *La violence de la monnaie*, PUF, París, 1982.

(8) Tema subrayado con fuerza por C. Buci-Gluksmann en su comunicación al coloquio celebrado con ocasión del centenario de la muerte de Marx, *Sur la politique marxiste et sa crise: repenser la politique*, París, mayo de 1983.

(9) P. Rosanvallon y P. Viveret, *Pour une nouvelle culture politique*, Editions du Seuil, París, 1977.

convicción entre muchos autores de origen marxista de que el marxismo no provee del instrumental analítico necesario para asegurar el paso desde el análisis de las relaciones sociales fundamentales (valor, plusvalía, etc.) a las conexiones de superficie que organizan la vida económica cotidiana. Los fracasos de las múltiples tentativas por resolver el problema de la transformación de los valores en precios son ilustrativos a este respecto.

Interrogaciones centrales atraviesan en la actualidad al marxismo. Los llamados a superar simplemente las lecturas manualísticas son en esta perspectiva insuficientes. Todo sugiere en efecto que es la relación misma respecto del aporte de Marx la que debe ser replanteada. Así, en el plano teórico, no parece haber hoy día más cabida que para un marxismo ecléctico que haga suyo un cierto relativismo metodológico y un pragmatismo conceptual. En este terreno, el declararse marxista o no, es en realidad una cuestión a fin de cuentas subalterna.

Pero el marxismo no se agota allí. Existe, también, como cultura de la emancipación, como factor de identidad, a veces, para amplios sectores de las masas trabajadoras que muy probablemente no han leído jamás *El Capital*. Como crítica del viejo mundo, como empresa de cambios, la referencia al marxismo continúa siendo relevante, tanto más en un país como Chile en el cual el marxismo constituye la expresión más acabada del movimiento de la clase obrera en su proceso de organización sindical y política.

El marxismo no admite una aproximación puramente intelectual. Las limitaciones de sus atributos metodológicos y de sus poderes analíticos no puede ser obstáculo al reconocimiento de su vocación de crítica y transformación del capitalismo.

No son principalmente razones de orden intelectual aquellas que impiden romper con el marxismo. En Chile, el marxismo es también movimiento sindical, tradición de lucha, aspiración liberadora... No se rompe, pues, con el marxismo sin romper

paralelamente con componentes esenciales de la cultura popular. Es en estos términos que la referencia al marxismo puede seguir constituyendo una referencia relevante para una izquierda socialista renovada. Ello implica abandonar la pretensión a fundamentar "científicamente" la acción política entendiéndola por el contrario a la manera de L. GOLDMANN como una apuesta que comporta riesgos, posibilidades de fracaso pero también esperanzas de éxito. Tal es la condición primera de una práctica política resueltamente opuesta al sectarismo y a la tentación totalitaria.

III. Por una práctica socialista

"El diablo no es el príncipe de la materia, el diablo es la arrogancia del espíritu, la fe sin sonrisa, la verdad jamás tocada por la duda. El diablo es sombrío porque sabe adonde va, y siempre va hacia el sitio del que procede".

(Umberto Eco, *ibid*, pág. 578)

Marxismo y socialismo no son categorías equivalentes. Es posible ser socialista sin por ello ser marxista. La diferencia es pues capital.

Muchas de las divisiones que surgen a propósito del debate sobre el marxismo son en última instancia secundarias. El socialismo plantea en cambio disyuntivas cruciales frente a las cuales no caben las respuestas ambiguas o alambicadas.

El socialismo ha llegado a ser una palabra sin cara, cuando no una idea asociada a más de una truculencia (purgas, dictaduras, culto a la personalidad, invasiones, etc.). En el inconsciente colectivo, la expresión socialismo no evoca necesariamente todas las virtudes. Como lo hemos dicho el socialismo ha perdido su virginalidad; urge pues darle una nueva cara.

Para ello no basta con reclamarse simplemente de un socialismo democrático. El socialismo ha sido lo que es, menos por la acción de espíritus maléficos (Lenin, Stalin, Mao, etc.) que lo habrían pervertido, que por factores vinculados a su propia definición como modelo a ser aplicado independientemente de las circunstancias. En ausencia de una ruptura con la concepción misma del socialismo como modelo, la postura en favor de un socialismo democrático constituirá una solución, sin lugar a dudas bien intencionada aunque inevitablemente ingenua.

El éxito del socialismo democrático no es solo problema de voluntad; es también cuestión de concepciones. La tarea de los socialistas no puede seguir siendo concebida como la realización de una especie de verdad revelada: el modelo socialista. La razón de ser de una fuerza que se reclama del socialismo radica más bien en el desarrollo de una práctica socialista de transformación⁽¹³⁾, orientada en función de aspiraciones sociales mayoritarias más que por los enunciados atemporales de cierta modelística. Como veremos la oposición entre modelo y práctica socialista no es formal ni arbitraria.

El socialismo como búsqueda

La noción de práctica socialista asume, antes que nada, el hecho de que no existen referentes reales susceptibles de jugar en la actualidad un rol paradigmático. En esta perspectiva, el socialismo es por sobre todo una búsqueda, un proceso abierto que no puede ser reducido a la estatización de los medios de producción ni menos aún a la monopolización del poder por parte de un partido que se proclama el legítimo representante de la clase obrera.

(13) Retomamos esta idea del trabajo de J.A. Viera-Gallo, Perfil y espacio de la Convergencia Socialista, "Chile-América", N° 78-79, 1982.

La vía chilena al socialismo tuvo el mérito de reconocer la importancia de ciertas particularidades del país en el diseño de un proyecto político. Ella tuvo, sin embargo, la gran limitación de dar por supuestos los contenidos y quizá también las formas del socialismo. Desde este punto de vista, la propuesta de vía chilena al socialismo no se apartó de la lógica del modelo, circunscribiendo su elaboración al terreno de los medios para llegar a él.

La idea de práctica socialista, es por el contrario, ajena a todo fundamentalismo y no se reconoce en proyectos de vocación milenaria. Teniendo como norte la satisfacción de las aspiraciones sociales mayoritarias, la práctica socialista puede desarrollarse estrechamente vinculada al movimiento real de las cosas. De él depende y sobre él busca influir a fin de encaminarlo en el sentido de la transformación del orden capitalista.⁽¹⁴⁾

El carácter abierto del socialismo así concebido, constituye el único antídoto contra la principal limitación de los socialismos reales: su incapacidad para autotransformarse.

Socialismo y país real

El neoliberalismo ha devastado el país. Una gran obra de reconstrucción deberá ser emprendida. En ello existe el más amplio consenso entre la gran mayoría de fuerzas sociales y políticas del país.⁽¹⁵⁾

(14) Sobre este punto, una referencia a Marx puede ser ilustrativa. Refiriéndose ya no al socialismo sino al comunismo, éste escribía en la *Ideología alemana* (pp. 50-51): "El comunismo no es para nosotros ni un Estado que debe ser creado ni un ideal sobre el cual la realidad se debiera ajustar. Nosotros llamamos comunismo al movimiento que abole el Estado actual".

(15) A este respecto véase el artículo reciente de A. Pinto, *Notas sobre consensos, disensos y conflictos en el espacio democrático popular*, publicado en "Chile-América", N° 86-87, 1983.

Surge de allí una interpelación directa al conjunto de la izquierda y dentro de ella a las fuerzas que se reclaman del socialismo. En un trabajo anterior hemos evocado los riesgos de argentinización producto de un estallido incontrolado o de una utilización política subalterna del cúmulo de demandas insatisfechas. Insistamos simplemente en el hecho que una actitud maximalista por parte de la izquierda no haría más que facilitar los riesgos de recaída autoritaria.

La situación del país convoca a practicar un socialismo de la responsabilidad. Es decir un socialismo capaz de articular en una propuesta coherente los intereses de su base social con los intereses generales de Chile como nación. Ningún proyecto político de futuro podrá en realidad asentarse en un Chile desintegrado.

Es preciso pues internalizar las condiciones del país real en la definición de una propuesta socialista para el país. Ello puede ser hecho en la perspectiva de una práctica socialista. Una acción orientada, en cambio, por la lógica del modelo difícilmente podrá dar cuenta de este requerimiento esencial.

Las exigencias que plantea el país pondrán, como nunca antes a prueba, la imaginación de las distintas fuerzas políticas que aspiran a gobernar. Respecto, por ejemplo, de una cuestión tan crucial como el problema del empleo, el modelo socialista con sus grandes empresas centralmente planificadas tiene en verdad poco que aportar. No obstante, políticas menos ortodoxas (estímulo de la pequeña empresa, reimpulso del desarrollo cooperativo tanto en el agro como en la ciudad, etc.) pueden ser más adecuadas a la realidad de los recursos y las necesidades del país.

El socialismo no puede ser encasillado en soluciones puramente ideológicas, casi siempre alejadas del país real. La cara humana que se trata de darle al socialismo requiere que éste se afirme como proyecto de imaginación y creatividad social, abier-

ta a las urgencias sin cesar renovadas del movimiento real.

Socialismo aquí y ahora

Entre otras cosas la socialdemocracia introdujo la distinción —nefasta— entre "programa mínimo" y "programa máximo", fundamentando de esta forma una visión esquizofrénica de la política. De un lado, las contingencias grises de la cotidianidad, del otro, la exaltación desenfrenada de la utopía. El socialismo chileno no es enteramente ajeno a esta tradición.

Contrariamente a nuestros hábitos, el radicalismo de la política socialista no debiera ser medido en función de su capacidad de invocación profética. El socialismo debe ser algo más que un discurso para las efemérides de rigor. El socialismo debe ser para hoy, mucho más que para un mañana indeterminado en el cual supuestamente se habrán reunido las condiciones del asalto a un fantasmagórico Palacio de Invierno.

Postular el socialismo aquí y ahora,⁽¹⁶⁾ es la única forma de superar las concepciones esquizofrénicas. Socialismo aquí y ahora, significa asumir la pertinencia del socialismo frente a las exigencias del presente.

Sin embargo, se escucha a menudo argumentar que en las condiciones en que quedará el país luego de la dictadura, "el socialismo tendrá para largo", "que el socialismo no será para mañana ni pasado".

Ese "pesimismo de la inteligencia" es en verdad menos agudo de lo que a primera vista aparece: su sensación de derrota antes de haber librado batalla responde a la lógica de la modelística socialista.

En cierto, en el Chile postdictatorial no existirá ninguna po-

(16) Título de un libro de F. Mitterand, Payard, 1980.

sibilidad de construir el socialismo en los términos en que tradicionalmente éste se concibe: dictadura del proletariado, socialización a ultranza de los medios de producción, etc. Distinto será el caso si pensamos el socialismo ya no como la aplicación de ese modelo preestablecido sino que como un cierto modo de resolución de los conflictos existentes. Todo conflicto admite soluciones alternativas. La política socialista puede encontrar un amplio espacio impulsando soluciones incondicionalmente inspiradas en los principios de justicia social y máxima igualdad en la distribución del poder en todas las esferas.(17)

Más allá de sus características y limitaciones específicas, las tres experiencias recientes de transición a la democracia en Europa (Grecia, España y Portugal) ponen precisamente de manifiesto el vigor de la demanda por socialismo en situación de postdictadura.

Socialismo y juego democrático

El respeto a la democracia supone, forzosamente, el desarrollo del diálogo y la negociación política: ello es lo propio de la democracia.

Si los socialistas han de comportarse como los agentes portadores de una verdad revelada, grande será el riesgo de que su participación en el juego democrático derive rápidamente en un sentimiento de frustración ante la imposibilidad de materializar el modelo.

La democracia supone el sometimiento de sus participantes a las correlaciones reales de fuerza que definen a cada momento el marco de lo posible. El socialismo democrático tiene pues la obligación de aspirar a ser mayoría. Pero no se trata de esperar a

conquistar la mayoría para solo a partir de allí comenzar a construir el socialismo. La práctica socialista debe desplegarse en todos los planos de la sociedad, enfrentando desde ahora y de manera cotidiana lo que M. Foucault ha llamado la microfísica del poder. Desde esta óptica, la práctica socialista puede ser entendida como un proceso de extensión sistemática de la democracia tanto en sus aspectos sustantivos como en aquellos erróneamente designados como formales.

El advenimiento de un poder socialista a los niveles máximos de dirección del Estado, representa cierto, un gran momento del proceso. Pero se trata de eso: de un gran momento cuyas potencialidades serán tanto más significativas cuanto mayor ha sido la intensidad de la acción socialista en el período previo. En este sentido, conviene insistir, muchas de las limitaciones que presentan las experiencias que actualmente protagonizan en Europa fuerzas de inspiración socialista, se explican por la ausencia previa de acción socialista en la base.

Pensar el socialismo como práctica cotidiana de transformación social al interior de un régimen democrático, debiera conducir a superar el antagonismo histórico entre reforma y revolución. En rigor, la escisión del movimiento socialista internacional entre aquellos que sostenían la "estrategia de aniquilamiento" (revolucionario) respecto de los partidos de una "estrategia de usura" (reformistas), no ponía en cuestión la concepción misma del Estado y del socialismo. Antes bien, ambas se refieren a una misma problemática restrictiva del Estado. Unos proponiendo asaltarlo desde afuera, los otros desde el interior de sus instituciones.

Un socialismo que espera agazapado la llegada del "Día D" para solo luego de él intentar imponer su proyecto, no está llamado a mantener una relación orgánica y permanente con la democracia. De esta forma, la emergencia del socialismo democrático, de una tercera vía entre totalitarismo y socialdemocracia, supone crear las condiciones de una reconciliación entre reforma

(17) J. Martínez, El problema de la compensación, "Sur", *Proposiciones*, Nº 8, enero de 1983.

y revolución.

Es en la aceptación de ese desafío y en la búsqueda de respuestas adecuadas a la realidad del país en donde el socialismo democrático podrá construir su propia identidad como proyecto autónomo de naturaleza diversa al socialismo real.

La intuición del Presidente Allende de hacer socialismo en democracia está hoy más viva que nunca. Se trata esta vez de dotar a la política de los medios para llevarla adelante.

La razón de ser del socialismo es la lucha contra el imperio en el capitalismo de las leyes dichas "naturales". De acuerdo a ellas, la mayoría, los débiles son de hecho sometidos a los dictados de una minoría poderosa.

En este sentido el norte del socialismo no puede ser otro que la sociedad. En ella radica su diferencia fundamental con otros proyectos políticos de transformación. Respecto de los autoritarismos en tanto éstos ubican al Estado en el centro de su quehacer, como asimismo de las empresas de corte totalitario que hacen de la nación su referente exclusivo.

En Chile, el tránsito a la democracia presentará dificultades todavía mayores comparativamente, por ejemplo, que el caso español. En este último, es el proceso de desarrollo que tiene lugar bajo el franquismo el que en cierto modo crea las bases materiales de la democratización ulterior.(18)

En nuestro caso, la definición de una propuesta que responda simultáneamente a los imperativos económicos y políticos constituirá una exigencia todavía más fundamental del proceso.

(18) V. Vaccaro, Diálogo con Fernando Claudín, *PLURAL*, N° 1, Instituto para el Nuevo Chile, Rotterdam, abril-junio de 1983.

Frente a esta necesidad de articular dos dimensiones tradicionalmente percibidas como contrapuestas, una fuerza socialista renovada puede hacer una contribución original y quizá decisiva.

En el terreno económico, el socialismo puede jugar un rol de primer orden en el impulso de una estrategia pluralista capaz de incorporar a los diversos agentes de la producción a la gran tarea del desarrollo. En esta perspectiva, la creación de las condiciones de una amplia participación de los trabajadores en la definición de las principales orientaciones del proceso económico deberá constituir un eje esencial de la propuesta socialista.

Asimismo, el socialismo deberá asumir el rol de profundizador del proceso democrático de suerte que éste pueda ir más allá de la simple reconstitución del viejo Estado de compromisos.(19) Vasta tarea que hará necesaria una acción en profundidad hacia el Estado y la sociedad. Hacia el Estado, a fin de racionalizar su estructura, especializar sus cuadros y descentralizar sus funciones. Hacia la sociedad, a fin de socializar responsabilidades y responder a las demandas de autonomía que emanan del movimiento social.

(19) S. Spoerer, Chile, democracia y socialismo: exigencias de una opción estratégica, *PLURAL*, N° 1, op. cit.

CHILE: LOS GRANDES TEMAS Y TAREAS DE LA RECONSTRUCCION(*)

Ricardo Lagos

Entre las tareas que le tocó desarrollar durante su Presidencia de la Alianza Democrática, el economista y representante socialista, Ricardo Lagos, sostuvo una reunión con profesionales en el Teatro La Comedia, donde expuso, desde su propia perspectiva, los grandes temas y tareas que demandará la reconstrucción democrática del país.

Por parecernos de sumo interés su contenido, ofrecemos una versión de dicha exposición, revisada y corregida por su autor.

Introducción

Cuando un grupo de amigos me invitó a conversar, a iniciar un diálogo entre chilenos sobre la reconstrucción de Chile, pensé: ¿de dónde partir?, ¿dónde tomar un hilo conductor que permita reanudar una práctica hace tanto tiempo perdida? Me pareció útil ver si éramos capaces, con un cierto grado de humildad, aun creyendo firmemente en nuestros propios proyectos y en nuestras propias ideas, de contrastarlas con otros que piensan distinto, pero que tienen propósitos similares.

Nuestro pensamiento es el socialismo, el cual ha sido parte del progreso y desarrollo social en Chile durante todo el siglo XX. Durante la dictadura, este pensamiento ha continuado evolucionando, pues era necesario analizar el pasado y extraer las lec-

(*) Publicado por la revista *Apsi*.

cciones necesarias para enfrentar el futuro; ver en qué nos equivocamos y por qué caímos en la oscuridad del autoritarismo. Ha sido necesario distinguir cuáles son los grandes trazos del pensamiento socialista a lo largo de la historia contemporánea de Chile y cómo dichos trazos gruesos se adecúan a las nuevas realidades que emergen con la dictadura. Pensar cómo debería encararse la lucha política y social para lograr primero la democracia y profundizando ésta alcanzar el socialismo, en tanto sólo a través de un sistema socialista puede darse una democracia real y profunda. El socialismo como idea ha sufrido los embates propios de un autoritarismo reaccionario que ha querido descalificarlo a la luz de una caricatura que no es real. Sin embargo, el verdadero socialismo no es dogmático, está alerta a la búsqueda de nuevos enfoques, nuevas maneras de interpretar la realidad, más cercanas al Chile que está emergiendo de esta experiencia dictatorial. En esta búsqueda, muchas veces parece haber una gran dispersión, en tanto toda búsqueda implica, necesariamente, abordar muchos caminos, algunos de los cuales después deben desecharse. Algunos creyeron que esa dispersión era la bancarrota de la idea del socialismo y se equivocaron.

Hoy vemos que dicho pensamiento socialista ha salido fortalecido de la experiencia. Podemos recoger los frutos de una década de reflexiones, tanto de los intelectuales como de los militantes y ver que, a pesar que algunos caminos resultaron errados y no llevaban a parte alguna —o que apuntaban hacia puertos que no eran los del verdadero socialismo—, se ha sido capaz de enriquecer la fuerza del pensamiento socialista en Chile. De ahí que muchos han hablado de una renovación del socialismo en tanto éste es fiel a sí mismo, pero al mismo tiempo es capaz de interpretar los problemas actuales del país. En su larga experiencia política, el Partido Socialista ha valorado al marxismo como un método de análisis de la realidad social que permite distinguir mejor algunos problemas centrales del sistema social y del com-

portamiento de los diversos actores y clases sociales. Así, en el programa de 1947 redactado por Eugenio González, se dice: "El marxismo proporciona un método fecundo de interpretación sociológica", habiéndose dicho con anterioridad que "el socialismo no formula principios absolutos, de abstracta validez universal, ni se afirma tampoco en un concepto metafísico, y por lo mismo interpersonal, de la naturaleza humana; parte de una consideración realista del hombre concreto, sujeto de necesidades siempre cambiantes y portador de valores siempre relativos, del hombre histórico y social que crea las condiciones objetivas de su propia vida y va siendo a la vez condicionado por ellas en el proceso de la existencia", y luego se dice que "no hay instituciones definitivas...".

Por ello, junto a la riqueza del enfoque teórico, han surgido en estos años los "socialismos reales" que florecen a orillas del Mediterráneo en Europa. Las experiencias de España, Portugal, Francia, Italia, Grecia, indudablemente influyen en la forma de entender y de construir regímenes que apuntan al socialismo. Es evidente que la realidad social de Chile no tiene nada que ver con la de aquellos países de Europa; lo que allá se realiza, acá probablemente significaría tan sólo mantener un *statu quo*. Lo que sí es importante, es la idea de un proyecto socialista que aspira a conquistar la mayoría nacional para luego poder volcarse a la construcción del socialismo. Lo que los socialismos mediterráneos han aportado entonces, es la necesidad y viabilidad que el socialismo sea el pensamiento de la mayoría de una sociedad. Lograr aquello —me parece— es un elemento central del socialismo chileno.

Junto con dichas experiencias, el socialismo ha asimilado adecuadamente lo que ha ocurrido en estos diez años en Chile, en el campo de la política, del Estado y de la democracia. Hemos aprendido que los partidos políticos no lo son todo, en tanto han surgido determinados movimientos de jóvenes, mujeres y en el

campo sindical, que hoy tienen un grado de autonomía mayor que la que tuvieron en el pasado. Esto nos enseña que existen campos o ámbitos de la vida en sociedad respecto de los cuales es positivo mantener grados de autonomía, como un elemento democratizador en la sociedad. Si ello es así, quiere decir entonces que nos estamos planteando para el futuro aumentar los grados de participación en los ámbitos del movimiento social, profundizando así una determinada concepción del socialismo en tanto lo estamos definiendo como un sistema que garantiza la participación de todos en el manejo de la sociedad y mayores grados de autonomía en los cuerpos intermedios que la forman.

De igual modo, con respecto a la economía, estamos replanteando la vieja dicotomía entre planificación centralizada y planificación descentralizada y lo relativo a los medios de producción y propiedad. Estamos diciendo que socialismo no es igual a que todos los medios de producción sean propiedad del Estado y que a su vez el Estado sea sinónimo de gobierno y gobierno sea sinónimo de partido. No estamos planteando esa caricatura. Ella es rechazada por los socialistas hoy, y tenemos que rechazarla con fuerza porque esa ha sido la caricatura que el autoritarismo quiere plantearle a Chile. Lo que estamos diciendo, es que las bases materiales de un país deben estar al servicio de toda una sociedad para que la democracia tenga un sentido real. Por tanto, el que la propiedad deba estar al servicio de los chilenos, significará en muchos casos que el "dueño" podrá ser el Estado, pero éste representado no sólo por la autoridad central del gobierno, sino también por los municipios o por entes regionales descentralizados o por un conjunto de trabajadores y/o pequeños empresarios en una determinada área de la actividad. Esto apunta a lograr una mayor igualdad en lo económico, porque sin ello, la democracia y la libertad en lo político, no pasan de ser sino una declaración ritual. Este elemento es muy viejo, pero permanentemente tiende a olvidarse cuando se pretende inventar una in-

compatibilidad entre socialismo y democracia. En nuestra visión, más democracia implica más igualdad, mejorar las bases materiales de la sociedad y, en consecuencia, acercarnos a un sistema socialista.

La dictadura ha dejado de manifiesto, también, la capacidad antidemocrática, o mejor la vocación antidemocrática de los grupos dominantes y su falta de sentido nacional. Nunca en la historia de Chile hemos tenido tal asfixia de las libertades más elementales y nunca en la historia de Chile se ha implementado una política que ha terminado haciendo de cada chileno el habitante de América Latina con la deuda externa per cápita más alta de la región. Esta política no es nueva, y los socialistas pensamos siempre así de los grupos dominantes de Chile. Hoy, esto ha quedado desnudo a la faz del país; por ello que es más indispensable recuperar los valores centrales del socialismo, por cuanto en nuestro concepto, su vocación nacional democrática y popular es la garantía de que el tratamiento que se haga de los problemas nacionales será adecuado.

Lo que sigue, es un esfuerzo para ver los caminos de Chile a la luz de la óptica socialista que se ha descrito. Es un intento muy global y tal vez —por lo mismo— demasiado superficial. Sin embargo, no nos parece posible abordar el tema sin una concepción general. Sólo a partir de ella podemos ir tratando de profundizar las visiones respecto de cada una de dichas áreas.

1. Nuestro punto de partida es un Chile destruido

Institucionalidad destruida

Partimos de un Chile, para iniciar la conversación, que está destruido. Luego de diez años, no tenemos institucionalidad. La institucionalidad fue destrozada el primer día, simbolizada por la destrucción de los registros electorales, por la violación de la

Constitución y de aquello que nunca antes consideramos importante porque nos era dado como el aire: el respeto a los derechos del hombre. En diez años se destruyó lo que como país habíamos construido.

Cuando digo que se comenzó por destruir la institucionalidad, alguien podrá responder que luego de siete años emergió otra. Sin embargo, todos sabemos que la institucionalidad que hoy nos rige, no va a durar más allá que las bayonetas que la sustentan.

En consecuencia, cuando decimos que la institucionalidad nuestra, la chilena, la de 170 años, fue destruida, y queremos iniciar un proceso de reconstrucción, tenemos que pensar cómo lograr un marco en el cual debatir ideas, cómo reconstruir esa institucionalidad.

Economía destruida

En estos diez años —que alguien ha llamado inútiles— también se destruyó la economía, y, sin embargo, se suponía que ésta daba legitimidad a la tortura, a la muerte y a la cárcel: "Hay orden, en Chile progresamos; tenemos libertad para elegir entre un televisor, el whisky y otra baratija de "Taiwán". Esta economía, que parecía legitimar el sistema, también se destruyó.

Hoy tenemos la producción de Chile de 1970; tenemos un ingreso por habitante equivalente al de 20 años atrás; no tenemos el parque industrial que tuvimos; no tenemos agricultura, sino un conjunto de agricultores quebrados a lo largo de Chile; es posible que no tengamos siquiera la riqueza básica, porque una ley, dictada entre cuatro paredes, está lista para entregarla al mejor postor.

Un Chile escindido

Además de esta institucionalidad violentada, de esta economía arrasada, se ha generado un abismo profundo entre dos Chiles; entre el Chile de los ricos y poderosos, ese Chile del gerente que gana 300 ó 400 PEM al mes y el Chile de la gran mayoría. ¿Cómo es posible haber llegado a tener una sociedad en que de dos seres humanos de esta tierra, uno tenga un ingreso 400 veces superior a otro? ¿Qué lo justifica?

Un tejido social atomizado

Y junto con tener dos Chiles, el tejido social que los chilenos fuimos construyendo a lo largo de 170 años, se ha ido atomizando, se ha ido disgregando. El concepto de solidaridad fue reemplazado por la ley de mercado y la ley del más fuerte; y de la solidaridad pasamos a un individualismo exacerbado. Y se quiso hacer de aquello la carne y el motor de la sociedad chilena. Pero claro, no coincidía con el carácter nuestro y sólo ha logrado que ahora tengamos ese enorme abismo.

Cómo reconstruir con un país escindido

Por esto, las posibilidades de reconstruir al país, tienen que partir de preguntarnos qué hacemos con estos dos Chiles; qué hacemos con el Chile que justificó el exilio, ese Chile que calló ante la tortura, que en el fondo, por acción o por omisión, fue cómplice de estos diez años. Es un tema central que tenemos que ser capaces de abordar al margen de nuestras diferencias, porque tampoco queremos construir un país, luego de una guerra civil, en que estos dos Chile se enfrentan y uno destruye al otro. Nadie puede pretender reconstruir este país si no existe una mínima posibilidad de juntar, en alguna medida, esos dos Chiles, pero

juntarlos con justicia, sin venganza.

Restablecer canales de comunicación

Si no se restablecen canales de comunicación, es imposible que podamos reconstruir. Porque en estos diez años han desaparecido los canales de comunicación de la sociedad chilena, y la violación de los derechos humanos ha sido la respuesta de la layoneta ante el deseo de algunos de expresar su inquietud, de querer comunicar su desesperanza ante la situación, de querer protestar.

No a la ira irreflexiva

Ante este Chile oficial, entonces, que no tiene institucionalidad; con su economía destruida, con un abismo profundo entre clases sociales antagónicas y con percepciones tan distintas sobre los derechos del ser humano, la tendencia natural es la ira; la tendencia natural es desarrollar un discurso que quisiera arrasar con lo acaecido.

Y hablo de la ira porque en estos días la he visto en los ojos de muchos chilenos y comprendo esa ira. Cualquiera que se acerque a una población ve el hambre, ve la cesantía, y ¿qué respuesta tiene uno ante esa hambre, ese atropello permanente del ser humano?

Uno puede comprender la ira, pero junto con comprenderla tiene que encauzarla. Hay que entender que la reconstrucción de Chile hay que hacerla sobre la base de planteamientos racionales y no de la ira. Por muy comprensible que ésta sea, no puede conducirnos a reconstruir la sociedad que todos queremos, no puede llevarnos a un Chile real.

Un debate con humildad

Esta reconstrucción de Chile tiene que ser obra de todos. Para ello, hay que plantearse cuáles son los grandes temas de la reconstrucción de este Chile destruido, aniquilado, sin canales de expresión. Pero ¿cómo encontrarnos para debatir y reconstruir la sociedad?

Yo diría, en primer lugar, aprendamos algo del pasado. Abordemos los grandes temas con un grado de humildad. Cada uno cree en sus propias convicciones; yo creo en el socialismo, y me inclino por debatir los grandes temas de Chile desde mi óptica, pero con un cierto grado de humildad, sabiendo que mi verdad tiene que ser enfrentada y contrastada con otras verdades. Y ése debiera ser el gran hilo conductor de este diálogo que queremos iniciar.

Un camino difícil

En síntesis, iniciamos un camino difícil porque lo hacemos a partir de una destrucción que Chile no tiene recuerdo en su historia; porque no estamos acostumbrados a hablar entre nosotros mismos, porque vamos a tener que enfrentar a aquéllos a quienes no reconocemos una jerarquía democrática para participar en el debate. Porque el debate tiene que ser entre aquellos que estamos de acuerdo en un conjunto de principios esenciales que permitan dirimir civilizadamente nuestros conflictos y no puede hacerse con aquellos que callaron durante estos diez años ante tanta miseria humana.

Justicia, no venganza

Frente a ello creo que es legítimo decir: "Vamos a tender puentes", pero también queremos tener justicia. No vamos a ser

capaces de enfrentar y cicatrizar las heridas de estos diez años si no se hace con justicia. Porque una cosa es estar dispuesto a reanudar el camino de todos los chilenos, y otra cosa es decir que aquellos que con su actitud no supieron estar a la altura de Chile, tendrán que tener un castigo justo y no de venganza. Pero no podemos olvidarlo. Si lo hiciéramos, nuestros hijos y nuestros nietos pensarán que no estuvimos a la altura del momento que hoy vivimos.

2. A quiénes corresponde la tarea de la reconstrucción

En esta reconstrucción por todos los que creen en los principios centrales de esta patria nuestra, yo quisiera referirme especialmente a cuatro sectores que me parecen esenciales en la reconstrucción.

Tarea de los jóvenes

En primer lugar, la reconstrucción es tarea de los jóvenes. Ellos, hoy en Chile, significan una generación que no tuvo contacto vivencial con la historia democrática de nuestra patria. Sin idealizar, yo diría que Chile fue capaz de progresar de forma que cada generación joven que se incorporaba a Chile, lo hacía enraizada en lo que dejaba la generación anterior.

Si hoy hubiera elecciones en Chile, un 38 por ciento serían votantes por primera vez. Casi un 40 por ciento no sabe lo que es depositar un voto, pero más importante, no sabe lo que es un debate político abierto. En consecuencia, esos jóvenes que son esenciales para iniciar la reconstrucción, se criaron y se nutrieron en la dictadura y el autoritarismo. No tienen una práctica democrática, salvo la que ellos han sido capaces de construir en sus propias organizaciones, y que han dado testimonio de valentía, como lo hemos constatado en estos tiempos.

Y en las poblaciones esos jóvenes que son la mayoría, están cesantes, esos jóvenes no tienen una sociedad que les pueda ofrecer un destino mejor. Yo me pregunto, ¿cómo podríamos iniciar la reconstrucción del país sin ellos?

— Porque no es una frase retórica decir que los jóvenes tienen que participar en la reconstrucción, no es sólo una parte de un discurso político tradicional de Chile— ¿Cómo los incorporamos a un proceso para reconstruir un Chile que va a tener raíces en el pasado pero simultáneamente un Chile que ellos quieren proyectar al futuro, desde una sociedad que les ha cerrado sistemáticamente todas las puertas? Yo creo que este es un gran debate. Es preciso establecer canales de comunicación para incorporar a los jóvenes a él.

Tarea de las mujeres

Junto con esos jóvenes, y además del símbolo de la juventud, habría que traer acá el símbolo de la mujer. Porque en estos diez años, amén de las cosas que han ocurrido aquí, han ocurrido cosas afuera, y me parece que si ha emergido un elemento importante de comprender, es esta toma de conciencia en cuanto a lo que significa la situación de la mujer, en cuanto a la marginación que ha tenido, en general, del sistema político chileno. La discriminación que ha tenido en el trabajo; la discriminación legal y educacional.

En consecuencia, si estamos queriendo iniciar un proceso de reconstrucción de la sociedad, yo me pregunto ¿por qué no iniciarlo simultáneamente con un proceso de incorporación de este sector que en el pasado ha ocupado un segundo rango? Si estamos de acuerdo con este diagnóstico cuando hablamos del rol de la mujer, su incorporación al proceso de reconstrucción debe ser el reconocimiento de una realidad que queremos tomar desde el inicio.

Tarea de los sectores populares

Junto a los jóvenes y a la mujer, hay un tercer sector que me parece fundamental y que son los sectores populares. En el Chile del pasado los sectores populares eran partícipes de cualquier debate público. Pero en estos diez años, si ha existido un elemento sistemático, éste ha sido la exclusión de estos sectores, la destrucción de sus canales normales de integración a la sociedad; éste ha sido el plan laboral del señor Piñera, cuyo propósito central era atomizar el movimiento sindical, establecer el paralelismo y romper el avance de 50 ó 60 años de historia social de Chile; ha sido la disgregación como resultado de los nuevos esquemas y modelos económicos enfrentados.

También es cierto que han surgido elementos nuevos, es cierto que ha surgido en estos diez años una fuente de solidaridad popular que debe ser la base de su participación en la nueva sociedad. Pero ya no es cuestión de decir como en el pasado: "Incorporamos a los dirigentes sindicales y tenemos garantizada la participación de los sectores populares en la construcción de la sociedad". El tema es mucho más complejo y yo creo que si esos sectores no tienen una presencia real después de lo que les ha acaecido en estos diez años, si están ausentes de la reconstrucción, lo que construyamos no va a tener la fuerza necesaria, porque ese sector es central en la sociedad chilena.

Esto nos obligará a crear canales que hoy no visualizamos con claridad. ¿Cómo establecer su incorporación cuando tenemos un 35% de cesantes, incluidos el PEM y el POJH? ¿Cómo establecer su participación si tenemos un 20 ó 25% de la fuerza de trabajo que son simplemente vendedores ambulantes o cuidadores de autos? ¿Cómo pueden participar esos sectores populares en un proceso de reconstrucción más allá de la retórica? Yo creo que éste es un tema central en el debate.

También es importante, y en el mismo sentido, el tema de los profesionales. Nadie puede dudar de la potencia creativa de ese sector, nadie puede dudar de lo que este sector significó en la construcción del Chile del siglo XX. ¿Cómo se incorpora a los profesionales, luego de esta óptica liberal y se transita con ellos hacia la responsabilidad social que les cabe en cuanto tales? Hace diez, quince o veinte años, esto era un lugar común. Hoy, en cambio, no es fácil porque durante 10 años el discurso ha apuntado en una sola dirección. Por eso, cuando decimos: ¿Cómo incorporarlos? estamos planteando en qué medida pueden insertarse en este proceso de reconstrucción.

3. Los Grandes Temas de la reconstrucción

Ya hemos visto este primer elemento que son los actores sociales que, en mi concepto tienen que tener una participación central en la reconstrucción.

Pero, ¿cómo vamos a reconstruir? Vamos a reconstruir en democracia. ¿Qué vamos a reconstruir? Vamos a reconstruir las bases materiales para que la democracia pueda funcionar. Y la vamos a reconstruir pensando en el largo plazo, de manera de abarcar el desarrollo de la creatividad científica, cultural y artística, porque sin creatividad, las bases materiales que tengamos van a tender a agotarse, y sin esas bases materiales, el sistema democrático que construyamos se va a extinguir.

Quiero, entonces, referirme a los que a mi juicio son los grandes temas de debate y cuáles son los nudos en los cuales debiéramos centrar cualquier conversación: el tema de la democracia, el de la economía y el de la creatividad.

Yo quisiera plantear aquí tres hechos centrales, solamente, sobre el tema de la democracia.

En primer lugar, en estos diez años se ha revalorizado el sistema democrático como respuesta a la experiencia dictatorial, y esta revalorización que hoy todos compartimos ha desarrollado una suerte de pensamiento común, pero también un deseo de enfrentar críticamente el pasado, ya que si bien teníamos un sistema democrático, lo perdimos por errores de todos. En otras palabras, caímos en la dictadura porque hubo inmadurez política, porque existieron deficiencias históricas de muchos sectores y porque hubo un naufragio de nuestra clase dirigente.

Creo que si queremos reconstruir y revalorizar el sistema democrático, tenemos que ser serios en el análisis de las causas de nuestro naufragio. Y la responsabilidad es de todos los que participamos en él y nadie puede excluirse.

Es cierto que hubo muchos elementos externos, que hubo influencias foráneas. También que muchos se negaron a aceptar determinados cambios. Sí, es cierto. Pero también es cierto que tal vez hubo el deseo de otros de realizar cambios sin haber logrado el respaldo social adecuado para llevarlo a cabo.

Yo creo que tenemos que entender la raíz que dio origen a la dictadura, más allá de la retórica fácil. Porque revalorizar la democracia significa, también, examinar el propio sistema para entender por qué naufragamos.

La Democracia Participativa

En segundo lugar, hemos entendido que existe una democracia formal y existe lo que nosotros creemos es una democracia participativa.

Muchos dirán: es preferible lo primero si no tenemos lo

segundo. Pero me parece a mí que si no somos capaces de avanzar rápidamente para terminar con las graves diferencias entre gobernantes y gobernados; de entender que el sistema democrático no se agota con el voto sino que requiere de la participación constante de cada uno de nosotros, difícilmente vamos a poder reconstruir un sistema lo suficientemente sólido. No podemos creer que nuestra responsabilidad individual se ejerce sólo cada seis años.

La responsabilidad personal tiene que ser el principio y fundamento central de un sistema democrático. Responsabilidad personal, tanto de aquel que quiere ejercer sus derechos, como la del que ejerce la autoridad en nombre del pueblo. Si algo hemos aprendido de la dictadura es que la responsabilidad del gobernante tiene que ser compartida permanentemente con los gobernados.

El tema, entonces, es que la democracia no es solamente una técnica para administrar el poder. La democracia tiene que ser también algo mucho más importante: un mecanismo permanente para construir y reconstruir la sociedad en la cual vivimos. En ese sentido, cuando decimos: soberanía y responsabilidad directa del pueblo, estamos también diciendo: democracia en los lugares de trabajo, democracia en cada sector de la sociedad donde exista un grupo de hombres y mujeres que trabajan mancomunadamente, y no sólo como un ejercicio de control sobre un poder político que se encuentra allá lejano, en un Congreso, en un Palacio de La Moneda, en un Poder Judicial.

Una democracia como la que queremos implica, entonces, la necesidad de vastas reformas sociales y modificaciones en la estructura económica. De lo contrario, sería una democracia vacía, construida sobre la base de un sector social que lo tiene todo luego de diez años de dictadura y gracias a la dictadura, y otro sector social que prácticamente lo ha perdido todo.

Reconstrucción a partir del Chile de hoy

La reconstrucción se hará a partir del Chile de hoy. Y en el Chile de hoy existen diferencias entre unos y otros que es menester enfrentar, sin que esto implique demagogia.

El sistema democrático que tuvimos hace diez años era el producto de una evolución no sólo política, sino económica y social de Chile, y si vamos a reconstruir, no podemos olvidarla y partir de la sociedad chilena del grupo de los Cruzat, de los Vial y de los Edwards. La reconstrucción democrática tiene que iniciarse conjuntamente con una modificación radical de la estructura económica que estamos recibiendo. De lo contrario, la estructura democrática en lo formal, sólo reflejaría las diferencias sociales que se han generado al amparo de la dictadura.

Nuestro proyecto como socialista, que obviamente no tiene por qué coincidir totalmente con el de otras fuerzas, debe garantizar a los sectores populares los derechos para que, desde su propia perspectiva, sean capaces de realizar lo que son sus demandas sociales en el proceso de reconstrucción democrática. Esto no es decir nada nuevo. Es intentar restablecer los equilibrios perdidos en la búsqueda de un sistema democrático para todo Chile.

Los Derechos Humanos

Hay un tercer elemento que es esencial en el proceso de la democracia y se refiere a los derechos humanos. Los derechos humanos, yo diría, como fundamento ético de la política.

La reacción de la comunidad chilena ante la violación sistemática de estos derechos, muestra que éstos se han revalorizado. La demanda por derechos humanos es hoy una reivindicación de todos los chilenos frente a la represión y frente al terror del Estado.

Esta demanda tiene que pasar al plano político, sin perder su carácter ético y debe transformarse también en una demanda

hacia todos los que participamos en la política, de tal forma que tengamos un compromiso real y profundo con ellos.

Para definir los derechos humanos como el derecho a la vida, en contraposición a la concepción totalitaria y violenta de la política, implica también definir la política como un medio civilizado de enfrentamiento, y no como una lucha frontal por el poder, en que un sector arrasa con otro sector arrasado. En consecuencia, cuando queremos incorporar los derechos humanos como un fundamento de la política, estamos diciendo algo más que una frase retórica. Estamos planteando lo que en mi concepto eso significa respecto del tipo de debate que queremos tener en Chile. Yo creo que ése es un tema central que tiene que ser analizado y planteado con mucha claridad.

Los derechos humanos van más allá de las tendencias ideológicas. En su defensa, los más diversos sectores han aprendido a cooperar y han evitado que éstos sean el monopolio de una sola tendencia. Creo que nadie puede estar en desacuerdo con esto. Ocurre que la reivindicación de los derechos humanos constituye un cuestionamiento al proyecto autoritario en su conjunto, pero también, diría yo, constituye un cuestionamiento a cualquier intento de construir una sociedad sobre la base de la exclusión y dominación permanente de determinados sectores. Y si ha habido sectores excluidos en estos diez años, son los sectores populares. En consecuencia, cuando se reivindica el tema de los derechos humanos, se está reivindicando también la necesidad —si somos consecuentes— de, junto con respetarlos, permitir mecanismos para la incorporación de todos los sectores sociales. Es por esto que los derechos humanos y la lucha por su perfeccionamiento tienen que continuarse mucho más allá del autoritarismo y de la dictadura. En último término, es la lucha por la creación de una democracia transformadora y participativa, porque la defensa de los derechos humanos llevada a sus últimas consecuencias, implica una democratización de toda forma de poder. En consecuencia,

los derechos del hombre trascienden la mera expresión de un no a la tortura, no al terror y no al exilio.

4. La transición: prefiguración de la democracia

No un interregno

Esta reconstrucción democrática se va a iniciar al interior del impulso democrático dado por la transición.

Visualizo la transición no como un interregno entre dictadura y democracia, sino más bien como el momento crucial de la transformación democrática. Lo que no seamos capaces de hacer durante la transición, durante ese momento cuando se desploma la dictadura, difícilmente lo podremos introducir después, salvo a través de un largo y lento proceso de maduración. Y en consecuencia, la transición para nosotros adquiere una importancia vital, porque ella va a marcar el destino posterior de la sociedad chilena durante largos años.

No sólo cambio en la Institucionalidad

Es por esto, entonces, que para nosotros transición implica no sólo dismantelar el aparato represivo del Estado; no sólo transformar este aparato del Estado y hacerlo conforme a los derechos humanos que visualizamos. Transición también significa modificar las bases de la estructura económica, de los grupos y bancos que en estos diez años se han constituido en el país. No creo que sea posible iniciar la transición si este tema no se aborda frontalmente.

También cambios en estructura económica

Porque no me parece consecuente que si por una parte plan-

teamos derogar el artículo 24 transitorio, decir no a la tortura, no al plan laboral y rechazar un conjunto de elementos heredados de la dictadura; estemos simultáneamente aceptando la herencia que ésta deja respecto de una estructura económica ajena a lo que ha sido el desarrollo histórico de este país. En consecuencia, la transición tiene una connotación política de construcción de la institucionalidad, pero también una connotación económica respecto de la estructura que se hereda.

Nos parece, por lo tanto, que cuando la Alianza dice que frente a la transición y durante ella tiene que haber una Asamblea Constituyente, debiéramos pensar en la posibilidad de agregar algo más.

Durante Transición defensa de algunos derechos de los chilenos

Es posible tener, durante la transición y en tanto esta Asamblea genera la nueva institucionalidad, algún Consejo, algún ente que preserve los derechos de los chilenos durante esa transición: el derecho a opinar, el derecho a tener acceso a los medios de comunicación. Porque se puede hacer una declaración lírica sobre el derecho a opinar, pero en el Chile que recibiremos, ¿quiénes van a poder hacerlo? ¿Quiénes tienen hoy la prensa?

Entonces, si este tema tiene ese grado de importancia, es necesario preguntarse cómo establecer un mecanismo durante la transición que realmente permita que todos podamos decir nuestra verdad. Y lo planteamos los socialistas porque tenemos viva conciencia de esos desequilibrios. La transición tiene que reconocerlos e incorporar estas demandas.

Fuerzas Armadas

En esta institucionalidad que surja hay un tema al cual quie-

no dedicar algunos minutos: Las Fuerzas Armadas.

Quiero destacar un elemento que me parece central: Las Fuerzas Armadas tienen el monopolio de la fuerza. Pero grullo lo dice. Pero ese monopolio de la fuerza es dado por la sociedad. La sociedad las forma y les da recursos. Esto quiere decir que es indispensable que las Fuerzas Armadas dependan de la sociedad civil en todas las decisiones que implican el uso de la fuerza. Me parece que éste es un tema central. La utilización de la fuerza que la sociedad otorga a las Fuerzas Armadas sólo puede ser decidida por la sociedad misma.

En consecuencia, la supuesta institucionalidad que hoy se dice que nos rige, no puede prolongarse más allá del período que rige el gobierno militar. No puede existir un superpoder que, porque tiene la fuerza, esté por sobre la sociedad civil. Una cosa es que las Fuerzas Armadas se integren con la sociedad civil y otra cosa es que la sociedad civil debe tener sobre las grandes decisiones militares —particularmente cuando se usa la fuerza— un claro e incontrastable poder de decisión. Y esto nos parece que tiene que ser lo central, lo esencial. Si esto no es así y se acepta cualquier tipo de tutelaje por parte de las Fuerzas Armadas, creo que no habremos aprendido nada de estos diez años.

La sociedad civil, luego de este gran fracaso, tiene que tener la fortaleza para hacer que las Fuerzas Armadas reconozcan que el monopolio de la fuerza que la sociedad les confiere, implica el monopolio de la sociedad civil para decidir sobre el uso de la fuerza.

Estructura económica

Además de estas bases institucionales, está el gran tema de la economía. ¿Qué vamos a reconstruir? Todo este aparataje institucional se va a desplomar si no tiene una base material de sustentación. El respeto a los derechos humanos, el respeto a la

democracia participativa, esas Fuerzas Armadas que hemos definido, no son suficientes si la sociedad chilena no es capaz de dar acceso a los bienes materiales.

Cuando se plantea reconstruir la economía, yo diría que se plantea hacerlo en torno a tres principios fundamentales: primero, reconstruir para tener una economía al servicio de la mayoría nacional; segundo, reconstruir para tener una economía cuyas grandes decisiones y las más centrales se hagan mediante la participación democrática de todos, especialmente en lo que se refiere a los grandes flujos de inversión; y tercero, reconstruir una economía diversificada e integrada de acuerdo con lo que hoy son las necesidades de las grandes mayorías. Y la sociedad chilena, a diferencia de otras, sí lo puede hacer. No es el caso entrar aquí en detalles, pero diversos estudios indican que si establecemos una línea de pobreza definida como el ingreso indispensable para tener acceso mínimo a los bienes y servicios esenciales desde el punto de vista de la nutrición, con un 4% del producto que se desvía a esos sectores es suficiente. (En días pasados se le dio un 5% del producto a los bancos.) Esas son las prioridades cuando decimos una economía al servicio de la mayoría.

Sobre la base de estos principios, y al igual que con la institucionalidad, tenemos que revisar lo que recibimos, toda la legislación sobre riquezas básicas. Creo que Chile tiene el derecho a decir: No fuimos consultados, y por lo tanto, no lo reconocemos.

En segundo lugar, tenemos que revisar todo lo que se refiere a la deuda externa. En este aspecto, por unos convenios en Nueva York, nos transformaron la deuda privada en pública. Ahora, los 11 mil millones de dólares que fueron a cinco grupos, los pagan todos los chilenos.

El ministro de Hacienda está emplazado a que diga qué firmó y lo muestre al país. Está emplazado a que diga si es efectivo que la República de Chile, no el Banco Central, no el Banco del Estado, no la Caja de Amortización, no la CORFO, no señor,

la República de Chile!, toda, con cordillera, mar, ríos y montañas, está dada como aval de la deuda privada transformada en pública. Y el ministro de Hacienda está emplazado a que diga si es efectivo que es causal de incumplimiento cualquier hecho o condición que —a juicio de la mayoría de los bancos extranjeros— ponga en peligro el cumplimiento del pago de esa deuda.

Esa entrega de la soberanía chilena —lo dije tiempo atrás y no ha sido desmentido— no tiene parangón en la historia de Chile. Esta noche le mando el recado nuevamente al ministro: que diga qué firmó, porque si mañana quiere que la paguemos todos, lo menos que podemos pedir es saber lo que él firmó. Y con toda responsabilidad digo que se va a pagar lo que parezca justo pagar. En tanto Chile no sepa lo que se ha firmado, la sociedad chilena no está obligada al pago de aquello.

El tercer punto que tenemos que revisar son los derechos de propiedad. Todo lo acaecido en este último tiempo, si no fuera trágico, serviría para escribir un sainete. Porque este sistema, cuya base y esencia es la propiedad privada, se ha transformado en un sistema en que no sabemos de quién son las principales empresas y bancos de Chile, porque hay un señor Ibáñez que maneja un gran imperio —del ex Cruzat o de Cruzat, no lo sabemos— con fondos públicos. Que dichas empresas estén dadas en garantía a los bancos; que los bancos estén adeudados con el Estado... y entonces me pregunto: ¿Quién es el dueño? Y el sacrosanto derecho de propiedad, ¿dónde quedó?

Habrá que revisar esos derechos de propiedad. Tenemos que saber quiénes son los dueños de eso que se está manejando sin sujeción a nada, por personas que son nombradas quizá con qué legalidad, y que implica una clarísima contradicción con todo lo que se habló en estos diez años.

Y, en consecuencia, también vamos a revisar qué uso se hace, entre otros, de este último regalo de 120 mil millones (el 5% del producto) que el Banco Central le consolida a la banca privada.

Estos tres elementos son, a mi juicio, componentes de la transición en lo económico.

5. La reconstrucción económica

A partir de los principios que hemos enunciado y luego de haber revisado esto que es lo mínimo a revisar, habrá que iniciar la reconstrucción. En ella el elemento central obviamente será el empleo, porque no puede existir una sociedad con un 35% de los suyos que no tienen una ocupación digna. Y crear empleo quiere decir reactivar; reactivar quiere decir poner en marcha lo que teníamos.

Pero si sólo reactivamos, estaremos reactivando para llegar a la misma sociedad que teníamos, con las diferencias de ingreso que teníamos y con las desigualdades que teníamos. Y en consecuencia, cuando planteamos reactivación, estamos planteando reactivación en un contexto de modificación sustancial de lo que estamos recibiendo.

Esta reactivación —y no es el caso entrar en detalles— tiene que tener ciertos motores centrales, y la base de ella tienen que ser aquellos sectores que producen los bienes y servicios esenciales para esa población que hoy no come, que hoy no se nutre, que hoy no tiene techo y cuyas demandas, decimos, tenemos que satisfacer en primer lugar. Y eso pasa por modificar radicalmente la estructura productiva.

Habrá que entrar de allí al tema de la industria y los grados de apertura. Habrá que entrar al tema de la agricultura y qué significa ésta respecto de la producción de alimentos; qué significa respecto de la seguridad alimentaria de este país, cuando hace un año atrás la mitad del trigo debió ser importado; qué significa la agricultura, respecto de las necesidades esenciales, de los cambios producidos en el agro. Habrá que partir de una economía que está destruida en lo industrial y destruida en lo agrícola.

Creo que tanta destrucción quizá pueda tener como elemento positivo el poder replantear las bases sobre las cuales queremos iniciar este proceso de reconstrucción en la industria y la agricultura como elementos centrales.

Rol del Estado

Entonces tendremos que explorar también cuál va a ser el rol del Estado. En este punto quiero indicar dos cosas centrales: **socialismo no es igual a estatismo**. Socialismo, sí, es igual a un estado grande, controlado por una participación democrática de todos. Y en este sentido y ante tanta destrucción, cualquiera sean las consecuencias y los proyectos que se impongan en el Chile del mañana, el rol del Estado tiene que ser central. Unos vamos a querer atribuirle un rol mayor que otros, pero cualquiera sea la ideología del gobierno, el rol del Estado va a ser esencial.

Si ello es así, entonces el tema es central, dado que el Estado lo va a cruzar todo. El Estado va a cruzar la industria, el Estado va a cruzar la agricultura, el Estado va a decidir el uso del excedente de la minería y de las riquezas básicas, el Estado va a ser el único ente capaz de restablecer los flujos crediticios del exterior. Nunca más será posible que un capitalista privado vaya a conseguir plata al exterior, simplemente porque la situación internacional ya no lo permite.

En consecuencia, el Estado tendrá un rol preponderante en el sistema económico. Si en estos diez años, con todo el flujo financiero externo, el sector privado no fue capaz de llegar a los niveles de inversión históricos de Chile, en el futuro el Estado va a tener que hacer el resto de la inversión, cualquiera sea el sistema que se elija.

En nuestra concepción, hay un conjunto de áreas que son áreas del Estado. El sistema financiero debe ser del Estado. Algunos se escandalizan, pero en 1945 De Gaulle estatizó el 75% del

sistema financiero y ahora Mitterrand sólo el 25% que quedaba. Y que yo sepa, la sociedad francesa no se ha modificado radicalmente, ni es una tiranía. Acostumbrémonos a debatir los temas con un cierto grado de madurez.

Control de la Sociedad Civil sobre el Estado

A mi juicio, más que debatir sobre este rol del Estado, que para unos será mayor y para otros será menor, es más importante que el debate se centre sobre cuáles son los controles de la sociedad civil sobre el Estado y que no confundamos Estado con gobierno, porque Estado es la expresión de una sociedad jurídicamente organizada y va más allá del poder ejecutivo del gobierno. En consecuencia, cuando los socialistas decimos que creemos en un rol central para el Estado, no estamos hablando de un estatismo burocratizado por algunos jefes iluminados en la Oficina de Planificación, diseñando las grandes líneas.

Lo que estamos planteando es que hay determinadas directrices centrales en la economía donde nos parece que el Estado, como representante de esa sociedad, lo hace mejor que el sector privado. Lo importante, una vez más, es debatir qué tipo de controles establecer sobre ese Estado. Aquí me parece que hay un campo muy importante que debiéramos ser capaces de dilucidar. Ello es también más importante que debatir si el Estado puede ser buen empresario. Después de lo acaecido en estos diez años sabemos muy bien quiénes son malos empresarios.

Reconstrucción de un contexto de Crisis

Otro aspecto a considerar es que este proceso de reconstrucción económica lo haremos a partir de una crisis profunda, dentro de Chile, como resultado de la destrucción y, fuera de Chile, como resultado de la crisis en que se debate el sistema internacional.

Aunque no es el momento de entrar en ello, creo que al menos debiéramos tener claro que la crisis internacional está distorsionada por el problema coyuntural del petróleo, del alza de precios. La crisis internacional que ya se venía gestando hacia finales de la década del 60 y comienzos del 70, quedó oculta por la OPEP y los petrodólares. Pero venía de antes en cuanto a cierta incapacidad de mantener ritmos de productividad crecientes de las economías capitalistas.

Y en consecuencia, si esto es así, la reconstrucción económica que hagamos tiene que plantear con mucha claridad cómo se inserta Chile dentro de este cuadro internacional que va a ser de crisis por largo tiempo. Aquí hay un tema extraordinariamente importante que debe ser debatido y enfrentado con distintas voces. Y del mismo modo, tiene que debatirse el tema de la propiedad y de la cuestión económica.

La Creatividad

Quiero, finalmente, señalar un par de temas más. Uno se refiere al más largo plazo. La construcción de un sistema democrático con ciertas bases materiales al servicio de la mayoría, no se sustenta a sí mismo si la sociedad no es capaz de establecer en el largo plazo mecanismos de creatividad en el campo de la inteligencia, de la ciencia, del desarrollo de la cultura y del desarrollo del arte. En ese sentido, no es retórica decir que para que una sociedad tenga viabilidad nacional, tiene que tener una cierta capacidad para desarrollar ciencia y tecnología.

Es absurdo suponer, como se ha hecho en estos diez años, que basta con importar el último computador para creer que estamos en la frontera del conocimiento. Creo que eso solamente es propio de bárbaros de Chicago, que no tienen una conciencia clara de lo que es cultura y creación científica y que han demostrado, en una aplicación mecánica de cuatro ideas de texto y

diagramas de pizarrón, una absoluta ignorancia científica, empezando por la falta de humildad que han tenido. Porque si algo caracteriza a la ciencia es un cierto grado de humildad para aproximarse a los problemas.

Papel de la Universidad

En el caso de Chile, la ciencia y la tecnología, dada las características de nuestro país, han estado íntimamente ligadas a una institución: La Universidad.

A diferencia de los países avanzados, en todos nuestros países, el grueso de la ciencia y la tecnología se desarrolla en la Universidad. Por tanto, el tema de la Universidad no es sólo un tema respecto de la formación de jóvenes y nuevas generaciones; es un tema mucho más central; cómo se desarrolla desde allí una política Científica y Tecnológica. Y cuando el Estado entrega a la Universidad gran parte de esta responsabilidad, es porque ve en ella el enclave natural donde debe desarrollarse.

En este sentido, me parece que es falsa la dicotomía que se establece entre el desarrollo de ciencias básicas y de ciencia aplicada. Es falso decir que los países pobres sólo podemos desarrollar ciencia aplicada. Cualquier científico sabe que si no hay ciertos lineamientos mínimos de ciencia básica, no hay desarrollo de ciencia aplicada.

En ciencia básica tenemos determinadas áreas que aún subsisten; y tanto en el campo de la ciencia aplicada como en el campo tecnológico, son precisamente los objetivos materiales en lo económico los que tienen que indicar cuáles son los lineamientos centrales. Existe todo un campo tecnológico sobre las propiedades nutritivas de los alimentos; sobre su mayor o menor grado de calorías que son centrales para desarrollar.

Pero eso sólo se puede hacer con una política global estatal que permite unir el campo de las bases materiales sobre lo econó-

mico, al plano del desarrollo científico y tecnológico para un país. Y en este sentido, estos diez años han significado la destrucción de gran parte de lo que Chile había avanzado.

De ahí entonces la necesidad de establecer un espacio adecuado para la creación científica que nos lleva necesariamente al campo de la Universidad, campo respecto del cual difícilmente vamos a poder establecer un Chile distinto si no es reestableciendo el camino que ésta tuvo.

La Cultura

El tema de la cultura y también el de la creación artística pasan a tener un carácter muy distinto si se restablece la democracia. El tránsito de esta cultura vigilada y oprimida hacia la cultura que se desarrolla en una creatividad democrática cotidiana, no es fácil, porque la cultura y la vida cotidiana que hemos tenido son básicamente de opresión.

Cuando planteamos la posibilidad de democratizar la cultura, hablamos de desarrollar valores que pueden ser aprehendido y profundizados por la gran mayoría y no, solamente, por algunos pocos. Y en consecuencia, los desafíos que plantea el tránsito de uno a otro tipo de cultura son extraordinariamente difíciles y complejos y me parece que allí la responsabilidad de la "inteligencia" —si me permiten la expresión— es central, porque esa cultura no puede ser impulsada por "el" partido o el grupo en el poder.

6. Una concepción socialista renovada

Manifiesto socialista

Eugenio González escribía hace ya casi 30 años sobre el Estado o la democracia, la economía, la ciencia y la técnica, desde el

punto de vista de la concepción del socialismo: "La técnica, la economía y la política, de simples medios han llegado a convertirse en fines eminentes. El socialismo, y ésa es la raíz de su fuerza ética y de su significado cultural, tiende a restablecer la subordinación de los medios a los fines y a determinar estos últimos de acuerdo con una jerarquía de valores cuyo eje sea la dignidad de la persona. Aprovechar la técnica, organizar la economía y configurar el Estado de modo que sean posibles conjuntamente la libertad política, la justicia económica y el desarrollo espiritual. Podría decirse que el socialismo es una respuesta positiva al desafío de las fuerzas disgregantes del mundo actual".

Creo que lo que Eugenio González quería decir era que cuando planteamos una cierta concepción de la democracia, una determinada visión de la economía y una determinada forma de aprehender la ciencia, la cultura y la creatividad, estamos dando cuenta de fenómenos que son viejos pero que se les quiere aprehender con una óptica nueva.

En ese sentido, lo acaecido en estos diez años ha implicado, también, un grado de renovación de muchos conceptos. Me parece, por ejemplo, que en el campo de la política del Estado y la democracia, hemos aprendido que el partido no lo es todo, que han surgido autonomías de determinados movimientos de jóvenes, de mujeres y sindicales, al margen de las posiciones ideológicas y de la adhesión a partidos de cada uno de sus miembros. Esto nos enseña que existen campos o ámbitos de la vida en sociedad respecto de los cuales es positivo el grado de autonomía que se le reconozca como un elemento democratizador de la sociedad.

Si ello es así, quiere decir que cuando estamos planteando aumentar los grados de participación en esos ámbitos del movimiento social, estamos profundizando una determinada concepción del socialismo, en tanto lo estamos definiendo como un sistema que garantiza la participación de todos en el manejo de la

sociedad.

Esta nueva y renovada óptica de cómo el socialismo quiere aprehender los grandes temas, no tiene por objeto sino alcanzar lo que en último término, es el ideal socialista: el fin de la injusticia.

Son viejos temas, y queremos conversarlos con todos, aun con aquellos que no piensen en el socialismo como el ideal en que nosotros creemos. Pero queremos abordar e iniciar el debate con una cierta humildad; creyendo en nuestra verdad, pero aceptando que tenemos que confrontarla a muchas otras. Ese yo creo, tiene que ser el sentido último del proceso de reconstrucción que queremos iniciar para Chile.

Iniciar el Debate desde ahora

Deliberadamente no he tocado algunos temas que parecen mucho más contingentes, temas que están en la percepción de cada uno de nosotros: ¿Cómo vamos a reconstruir si todavía aquel general está allí? Sin embargo, yo quiero creer que el avance que ha habido en el 83 va a continuar en el 84. Quiero creer que lo importante es, junto con iniciar la lucha cotidiana por cambiar esto que hoy tenemos, iniciar también la lucha cotidiana más difícil, para lograr conversar entre nosotros, con nuestras ópticas, nuestras visiones, pero entendiendo que ellas tienen un propósito final común.

En mi caso, debo decirles, que creo en el socialismo en la forma definida por Eugenio González; creo que el suyo fue un buen ejemplo de socialismo. Ni siquiera estoy seguro de que en mi propio partido todos lo entiendan así, pero creo que, así como ello se debate al interior del partido, tiene que debatirse al interior de la sociedad, y, en ese sentido, creo que el inicio de este debate social va a ser un desmentido, porque diez años de autoritarismo no habrán destruido la esencia del ser humano: la capacidad de conversar y dirimir civilizadamente los conflictos.

Muchas gracias.

EL AMPLIO MARCO DE UNA FUERZA SOCIALISTA COMUN(*)

Enrique Correa

Para los amigos de Jorge Arrate recibirlo y darle la bienvenida en su tierra, es reconfortante. Hay seres humanos cuya cercanía refresca, renueva, reanima. Jorge es uno de ellos. Un intelectual riguroso, un político apasionado, un ser humano apasionante que obligado como muchos a vivir en medio de otras tierras, clima e idioma, tomó el toro por las astas y se resolvió a crecer, a madurar, a construir pensamientos y realidades desde allí, desde tan lejos.

El PS en el que milita tiene mucho de su sello, de su sana obsesión por renovar la política chilena de arriba a abajo, por transformarse en un constructor seguro y certero de la democracia, que acometa sin culpás, sin explicaciones, sin largas justificaciones, el simple y vital trabajo de ganar la democracia, asegurar su estabilidad y luchar porque ella contribuya a generar una sociedad en la que todos podamos vivir como seres humanos que nos aproximamos al siglo XXI.

La asociación entre Jorge Arrate y la renovación resulta fluida, sus propios textos en los que se busca articular de un nuevo modo la democracia y el socialismo, el partido y el movimiento, el socialismo y el cristianismo, el marxismo y la vida concreta, la política y las múltiples dimensiones de la vida, así lo demuestran.

Probablemente, como todo renovado, vivirá también la an-

(*) Discurso pronunciado en el acto de bienvenida ofrecido a Jorge Arrate y extensivo a Jaime Gazmuri y Eric Schnake, con ocasión del retorno a Chile. Publicado en revista *Convergencia*, N° 12, diciembre 1987.

gustia de la incertidumbre, la dificultad para pronunciar y creer en afirmaciones categóricas, la reticencia a mirar el poder como el destino natural del político. Todo ello, sin embargo, creo que se compensa con la gran voluntad de hacer que lo caracteriza y que, por ejemplo, en una obra casi inimaginable, lo hizo traer Rotterdam casi a las puertas de Santiago, en esa gran iniciativa de la Escuela Internacional de Verano Mendoza.

Recibimos a Jorge en esta fiesta democrática y socialista, en la que nos alegramos juntos por tan querido amigo y compañero que regresa.

Todos nos sentimos orgullosos de ser chilenos (y harta falta que eso nos hace de vez en cuando) cuando el coraje de alguien como Erick Schnake impone sus derechos, obliga al régimen a retroceder, nos muestra que éste no es invulnerable y que no es cierto que las armas sean el único recurso del poder y la victoria. El acto de desobediencia de Erick, nos confirma en nuestro camino y debe significar una seria señal de alerta para un régimen que, autoconfiado en su propio poder, se da ínfulas para proyectarse, para prolongarse, para perpetuarse. Los militares, equivocadamente, creen que lo pueden hacer todo por su superioridad militar; el gesto de Erick y el resultado de su apuesta demuestran lo contrario.

Está entre nosotros, también, Jaime Gazmuri, con quien nos trae un pasado y una historia tan significativa y tan valiosa. Ojalá pueda luego estar definitivamente en Chile, dispuesto, como siempre, a entregar su aporte a la causa común. No ha dejado de emocionarnos a todos que haya pisado tierra chilena un 11 de Septiembre, catorce años después que un bando de la Junta Militar, repetido una y otra vez, ordenara su captura junto a la de otros destacados dirigentes de la izquierda.

En esta fiesta deben estar con nosotros Hortensia Bussi, Carlos Altamirano y Clodomiro Almeyda, símbolos del socialismo, de su historia y también de su rica diversidad, de sus duros

conflictos. Dirigentes de una fuerza socialista que quiere desempeñar, sin complejos, su propio papel en la reconstrucción de nuestro país.

Unidad y definiciones

Probablemente esa aspiración generalizada a la unidad del socialismo, es la que nos hace mirar con esperanza la llegada a Chile de un hombre como Arrate. No tengo duda que sabe perfectamente que esperamos mucho de él. No se pueden escribir tan buenas cosas impunemente. No se puede tener tanto sin ponerlo en juego.

Todos esperamos que Jorge, así como Erick, como Jaime, como Clodomiro, como Carlos, como Ricardo Núñez, como Ricardo Lagos, como Oscar Guillermo Garretón, como Pedro Felipe Ramírez, entreguen cada uno lo mejor para construir un socialismo unido que incida con toda su fuerza, en el difícil parto de la transición política a la democracia. No queremos un socialismo que sólo nos sirva para soñar en el futuro. Queremos un socialismo que cumpla ahora su función, que proponga ahora caminos unitarios, que se juegue ahora con todo el cuerpo, por una salida política que permita al país alcanzar la paz, con el menor costo posible, en confrontaciones en las que el más sufre, el que más muere, el que más pierde, es el pueblo.

Para los que, como yo, provenimos de tiendas distintas a las del socialismo histórico y que hemos dedicado más de la mitad de nuestra vida a la lucha política y a la construcción de fuerzas políticas, un socialismo unido adquiere un valor singular, como el punto natural de confluencia de marxistas y cristianos, como lugar de acción, de pensamientos y sueños comunes, para los que fuimos protagonistas de los 60 y para esta nueva generación llena de fuerza y de incertidumbre que crece en esta fascinante década de los 80.

Para los que fundamos el MAPU y tenemos ello como un gran orgullo en nuestras vidas, la contribución de éste al cauce común del socialismo constituye un desafío que debemos asumir con claridad y decisión. La riqueza ganada por estas fuerzas en estos años, sólo tendrá sentido y fecundidad en el amplio marco de una fuerza socialista común.

Ahora bien, coincidimos con Arrate en querer unidad, pero también definiciones, en querer recoger la historia, pero también en impulsar la renovación.

La empresa común

Queremos un socialismo para la democracia. Queremos un socialismo que se vuelque a convertir a esa democracia en la gran ocasión para construir la mayoría progresista que no hicimos en 1973. Queremos un socialismo que se conciba como portavoz del pueblo, con una piel sensible a sus demandas, pero con respeto reverencial a la dignidad, a la autonomía y al destino propio de sus organizaciones.

Queremos un socialismo plural que no juegue a los monolitismos mágicos y que sea capaz de concertar su acción eficazmente.

El alma más profunda de Arrate lo ha de comprender enseguida si decimos que queremos un socialismo que no lo reduzca todo a la política, que pueda admirarse e incluso quedar perplejo ante las nuevas temáticas del feminismo, la ecología, el rock, en fin, los nuevos impulsos que nacen en estos tiempos de tránsito hacia una nueva época. Arrate lo comprende bien y, por eso, es que es tan bueno que esté con nosotros.

Nos alegramos de su cercanía, nos entusiasma la empresa común en que estaremos. Gozamos por anticipado de los buenos momentos que su amistad nos entregará a cada uno de nosotros.

Porque al igual que Tobías, el personaje de García Márquez, Arrate sabe asombrarse de las cosas que ocurren en el mundo mientras la gente duerme.

DEMOCRACIA Y SOCIALISMO(*)

Armando Arancibia

Nunca el problema de la democracia ha estado tan presente como ahora en el debate teórico y el quehacer político de América Latina.

Entre los varios aspectos dignos de destacar, cabe hacer referencia particular a los cambios en la comprensión y el juicio sobre la trascendencia de las aspiraciones democráticas que empieza a penetrar en importantes sectores de la izquierda latinoamericana. Tradicionalmente, en la izquierda prevalecieron concepciones que relegaban las demandas por libertad, pluralismo y elección popular de los gobernantes al plano de las reivindicaciones puramente formales, propias y exclusivas del pensamiento burgués. Cuando más se les atribuía el valor de un expediente puramente táctico en el camino por instaurar la hegemonía proletaria que, a través de su dictadura de clases, establecería "la democracia real". Según este prisma, la vigencia efectiva de un régimen democrático-liberal es cuestión relativamente secundaria, por cuanto sólo se trata de una de las diversas modalidades que asume la dictadura de la burguesía.

Tanto la experiencia propia del movimiento popular latinoamericano como la recibida de otras realidades han estimulado la revisión de las percepciones anteriores. Se ha avanzado en el entendimiento de que la apropiación del ideal democrático por el capitalismo fue resultado de un proceso no exento de contradicciones y dificultades. La historia de este tipo de sociedades, especialmente hasta principios del presente siglo, conoció frecuentes

y agudas tensiones entre las concepciones del liberalismo económico y las de la democracia política. Las evidencias revelan, asimismo, que si bien el capitalismo cedió paso a ordenamientos políticos más abiertos y participativos que los precedentes, no siempre ha conducido al imperio real de las formas democráticas propuestas como ideal. Por el contrario, son muchas las situaciones en las que el sistema se ha desarrollado y mantenido dentro de esquemas autoritarios. Y además, cuando los intereses en que se sustenta el modelo capitalista de dominación entienden estar amenazados, no vacilan en romper la institucionalidad democrática existente. Inclusive, como es sabido, durante el último tiempo han ganado fuerza formulaciones que cuestionan el ideal democrático como el más apropiado para la preservación del capitalismo y proponen, simplemente, sustituirlo por el de mantenimiento del orden necesario para su reproducción.

Los partidos de izquierda y el movimiento popular latinoamericano perciben ya con claridad creciente que no son lo mismo, no ofrecen iguales posibilidades para la defensa de sus intereses, los gobiernos democrático representativos, por formales que sean, y los regímenes brutalmente represivos como los que encabezan Pinochet, Lucas García o Galtieri. Las divergencias entre unos y otros regímenes políticos no son sólo circunstanciales o adjetivas, sino de fondo.

Las libertades personales y públicas, el origen indudablemente popular que debe tener el mandato de los gobernantes y su revocabilidad, la disponibilidad de medios para fiscalizar el ejercicio del poder, el pluralismo y, en suma, los derechos humanos tanto individuales como colectivos, son conquistas de la civilización y no pueden restringirse a un determinado sistema económico social. No son patrimonio del capitalismo ni deben ser conculcadas en ninguna circunstancia ni bajo pretexto alguno. No son garantizados por el capitalismo y, por el contrario, sólo pueden realizarse plenamente en el socialismo. El desconocimiento

(*) Publicado en revista *Convergencia*, 5-6.

de la democracia formal en razón de la necesidad de reemplazarla por la denominada democracia real ha llevado generalmente a renunciar a la democracia misma.

LA PREFERENCIA DEMOCRATICA DEL SOCIALISMO(*)

Angel Flisfish

Ciertamente, se puede hablar del socialismo como si la expresión connotara una única realidad —política, cultural, ideológica—, significativamente homogénea. No obstante, ello constituye una simplificación, que más que ventajas, trae consigo distorsiones que acaban por no hacer justicia a lo que se pretende analizar, conduciendo a conclusiones que, si bien se presentan como provistas de validez general, de hecho poseen una validez mucho más restringida.

Pese a la patente inconveniencia de semejante manera de hablar, derivada de la circunstancia de que no hay un mundo del socialismo, sino un mundo de socialismos —compuestos de ortodoxias y heterodoxias, de posiciones oficiales que reclaman un monopolio de la verdad socialista y herejías que se les oponen, todas históricamente situadas de modo tal que es imposible desentrañar sus significados sin apelar a esas historias y a las oposiciones relevantes que les confieren sus peculiares movimientos—, hay razones de economía de presentación que aconsejan atenerse a ella.

¿Qué oferta de orden político deseable puede hacer el socialismo, de la cual se pueda decir que es específica de él, en el sentido de que ella no sería posible si se adoptara un punto de

(*) El texto ha sido tomado de la primera parte de la ponencia presentada por el autor con el título de *El Socialismo y la preferencia por la democracia* al Simposio Internacional sobre Democracia Contemporánea, que organizó el Instituto de Ciencia Política de la Universidad Católica de Chile en Santiago de Chile, julio de 1986.

vista no socialista? Si el universo de experiencias relevantes se restringe al de los así llamados socialismos reales, esa oferta no podría ser otra que el tipo de orden político que los caracteriza: un orden político cuyo elemento central y determinante del conjunto es la dictadura del partido único. Circunscribiendo el examen a esa clase de orden político, hay a lo menos dos argumentos contradictorios con la idea de que la oferta de ese orden es la oferta peculiar del socialismo del orden político deseable, entendido a la luz de la noción clásica de buen orden político.

Primero, es discutible que esa oferta sea privativa del socialismo. Considerando únicamente la dimensión política de la sociedad, la proposición de un orden político constituido a partir de la dictadura de un partido único también se ha hecho a partir de los fascismos. Lo que distingue la sociedad fascista de la sociedad de los socialismos reales no es la índole del orden político, sino la organización de la economía. En el primer caso, hay apropiación privada de medios de producción. En el segundo, hay nacionalización de medios de producción.

Segundo, es también dudoso que en el socialismo esta clase de órdenes autoritarias aspire al rango del buen orden político. No es del caso proceder a un análisis detallado de este punto. Basta aquí con avanzar la afirmación que la dictadura socialista ha tendido a evaluarse como un mal necesario, es decir, como la consecuencia ineludible del proceso de expropiación de los medios de producción, del cumplimiento de tareas de reorganización económica, y de necesidades de defensa militar, tanto internas como externas. En todo caso, no como un estado de cosas duradero, valioso en sí mismo. Recuérdese la idea leninista acerca de la extinción gradual del Estado, que confiere a la dictadura socialista un carácter eminentemente transitorio. Se trata, entonces, de una modalidad de organización política excepcional, y no de una forma de régimen cuyos méritos intrínsecos la recomiendan como un arreglo permanente.

Por otra parte, es claro que, históricamente, la noción de que el buen orden político se identifica con la operación de un conjunto de formas políticas que posibilitan la presencia efectiva de un grado crítico de competencia política(1) —el criterio que, en última instancia, permite discriminar entre una sociedad política que es democrática y otra que no lo es—, tampoco describe una oferta de orden político que se pueda considerar como propia y característica del socialismo.

Empíricamente, es cierto que la fundamentación normativa de aquello que finalmente ha llegado a ser conocido como democracia schumpeteriana o poliarquía ha corrido por cuenta de visiones intelectuales que sería difícil identificar como socialistas. No se puede decir lo mismo del desarrollo de política y acciones colectivas orientadas a implantarla y procurar su reproducción en el tiempo. En este último punto, hay excepciones y excepciones relevantes. Por ejemplo, la contribución de los movimientos y organizaciones social demócratas europeos a la consolidación de las democracias europeas contemporáneas no sólo es quizás más importante que la de otros, originados en tradiciones y clima intelectuales no socialista, sino también decisiva. Algo similar se puede afirmar de los socialismos mediterráneos de reciente cuño, como el español o el griego.

Sin embargo, en el primer caso, la opción por la democracia fue mucho más el resultado no previsto de decisiones estratégicas prácticas, forzadas por la apertura y expansión de procesos de competencia electoral(2), y mucho menos una conquista política premeditadamente buscada a partir de orientaciones normativas

(1) G. Sartori: *Parties and party systems*, volume I (p. 218); Cambridge University Press, 1976.

(2) Véase A. Przeworski: *Capitalism and social democracy*; Cambridge University Press, 1985.

que hacían de la democracia algo valioso en sí.

En el segundo caso, esa opción ha constituido algo así como la elección de un *second best*. El enjuiciamiento global de las situaciones de dictadura capitalista iniciales y de sus posibilidades condujo a la conclusión de que el despliegue de estrategias revolucionarias tenía como resultado cierto la perpetuación de esa dictadura, y que la única estrategia viable consistía en una de cooperación política amplia para obtener la democratización política de la sociedad. Conseguida la democracia, un cálculo estratégico similar ha llevado a desechar tanto estrategias revolucionarias, como estrategias de reforma profunda que pudieran acercar a una situación de socialismo democrático, a partir de la previsión de que el resultado más probable de esas estrategias sería una regresión autoritaria. Pero hasta hace poco(3), esa opción por la democracia no se ha asociado a un intento por justificarla teóricamente, sobre la base de argumentos específicamente socialistas, o no ha originado ese esfuerzo.

Puede que fenómenos de esta clase constituyan la regla general, es decir, que la institucionalización de formas políticas sea siempre el resultado de interacciones estratégicas, y sólo alcance una justificación secundaria y a posteriori por contenidos normativos, que es justamente lo que cabría inferir utilizando el postulado del materialismo histórico sobre la primacía del ser social respecto de la conciencia social. Aún si se acepta que ello es una regularidad empírica, hay que recordar que la estabilidad de un arreglo institucional así logrado parece descansar, a la vez, en un equilibrio dinámico de intereses y en la difusión de contenidos normativos que le asignan legitimidad. En este sentido, en aquellas situaciones donde el cálculo estratégico lleva al socialismo a pre-

(3) Por ejemplo, un esfuerzo reciente en L. Paramio: "Del socialismo científico al socialismo factible"; *Leviatán* núm. 21, segunda época, otoño 1985.

ferir formas políticas democráticas y el objetivo de hacerlas estables, la ausencia de contenidos normativos específicamente socialistas que justifiquen esa índole del orden político, es susceptible de transformarse en una deficiencia seria en el terreno práctico.

La verdad es que, en general, no hay en el socialismo una oferta propiamente socialista de buen orden político. La explicación de esto reside en dos órdenes de razones.

Primero, está la naturaleza superestructural, y en muchas ocasiones simplemente epifenomenal, atribuida a la política y a los fenómenos políticos. Los desarrollos althusserianos de los años sesenta y parte de los setenta, al afirmar la autonomía relativa de diversos dominios usualmente incluidos en la superestructura, debilitaron esa visión. No obstante, el acento fuertemente instrumental impuesto a esos desarrollos por la perspectiva leninista que los domina, los hizo perfectamente inútiles para un esfuerzo de construcción de argumentos normativos suficientes para responder a cuestiones de legitimidad política. Respecto de la democracia, el resultado más nítido de estos desarrollos es su denuncia, popularizada por las izquierdas y los movimientos contestatarios de la séptima década del siglo, como mecanismo ideológico de ocultamiento y creación de falsa conciencia en las masas —un opio político del pueblo—, estrictamente funcional a la dominación burguesa.

Segundo, hay la primacía conferida por más de un siglo al fenómeno y a la meta de la revolución. Esta auténtica obsesión con la revolución agudizó una sensibilidad respecto de las posibilidades de mutación e inestabilidad presentes en las instituciones políticas, y embotó la sensibilidad referida a las cuestiones de estabilidad institucional y acerca de los méritos y desméritos comparativos de distintas formas de institucionalidad política. En *A theory of justice*(4) John Rawls, identifica

(4) J. Rawls: *A theory of justice* (p.6); The Belknap Press of Harvard University Press, 1971.

como criterios para la evaluación de arreglos institucionales, además de los principios de justicia embebidos en ellos, sus capacidades para responder a los problemas de coordinación, eficiencia y estabilidad. En el enjuiciamiento del capitalismo como orden económico, el socialismo logró asumir los cuatro puntos de vista simultáneamente, produciendo un análisis que sus adversarios no han podido superar. En cambio, el tratamiento de la democracia ha enfatizado unilateralmente su presunta precariedad en un contexto regulado por relaciones económicas capitalistas. La proposición clásica sobre el punto fue avanzada por Marx(5):

"Mediante el sufragio universal, (la democracia) otorga la posesión del poder político a aquellas clases cuya esclavitud social debe eternizar... Y a la clase a cuyo viejo poder social... la priva de las garantías políticas de ese poder. Encierra su dominación política en el marco de unas condiciones democráticas que en todo momento son un factor para la victoria de las clases enemigas y ponen en peligro los fundamentos mismos de la sociedad burguesa. Exige de los unos que no avancen pasando de la emancipación política a la social; y de los otros, que no retrocedan pasando de la restauración social a la política".

A partir de este diagnóstico, se sigue la conclusión de que la democracia, en un contexto capitalista, no es "más que la forma política de la subversión de la sociedad burguesa y no su forma conservadora de vida"(6), o bien, que la combinación entre democracia y capitalismo es "sólo un estado excepcional y espasmódico de las cosas, imposible como forma normal de la

(5) K. Marx: *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850; Obras Escogidas*, tomo I (pp. 240-241), Moscú, s.f.

(6) K. Marx: *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte; Obras Escogidas*, tomo I (p. 416), ed. cit.

sociedad"(7).

Según se advierte, hay en estas proposiciones la atribución de un mérito intrínseco a las formas políticas democráticas. Para las clases dominadas, integradas por el proletariado, los campesinos y la pequeña burguesía, la democracia implica la consumación de su emancipación política. A la vez, esa emancipación trae consigo una redistribución de recursos de poder tal como para aumentar las posibilidades de emancipación social de las clases dominadas. Pero la premisa que, en virtud de la dinámica peculiar al conflicto social bajo condiciones de democracia y capitalismo, esa emancipación social no puede tener lugar en el seno de la misma democracia —de hecho, se supone que si tiene lugar, ello ocurre haciendo explotar la institucionalidad democrática—, hizo que la exploración de las relaciones entre emancipación política, emancipación social y democracia se detuviera en ese tema de la inestabilidad, sin progresos ulteriores.

Ciertamente, ha existido y existe en el socialismo una línea permanente de reflexión, orientada por el concepto de democracia, pero que asigna a éste el significado restringido, no político, de democratización de las condiciones de producción y los procesos de producción, en el sentido de una expansión de las oportunidades de gestión y control directo de esas condiciones y procesos por el trabajador. En este terreno, no sólo hay contribuciones específicamente socialistas. También la fundamentación normativa de las proposiciones aquí avanzadas poseen esa especificidad.

Pero respecto de la democracia entendida como una noción que connota modalidades globales de organización política cuyo

(7) K. Marx; *Writing on the Paris commune* (ed Hal Draper, p. 198; Nueva York, 1972. Este texto y los dos de las citas anteriores los presenta A. Przeworski: "Compromiso de clases y Estado: europa Occidental y América Latina", en *Estado y política en América Latina* (ed Norbert Lechner); Siglo XXI, México DF, 1981.

fundamento primordial es un principio de competencia política abierta, no se puede decir que ella sea una oferta socialista de buen orden político. Ello explica que sus justificaciones normativas, no contengan argumentos específicamente socialistas. ¿Significa esto que el socialismo, en razón de su historia y sus rasgos típicos, no es capaz de apropiarse de la democracia, a partir de consideraciones normativas que le sean inherentes?

La idea que se explora en estas notas es que esa apropiación sí puede ocurrir, esto es, que a partir de elementos de la propia tradición socialista, la democracia se justifica como clase de orden político adecuado, recomendable o valioso. En otras palabras, como el orden político que, con relativa independencia de la índole del orden económico, valdría la pena tener. Obviamente, esta exploración es tentativa y rudimentaria. Aspira meramente a identificar líneas de reflexión que pudiera ser promisorio proseguir.

De una u otra manera, todas las fundamentaciones normativas de la democracia son herederas de la idea de emancipación propuesta por la ilustración, tal como se expresa, por ejemplo, en la figura del hombre ilustrado concebida por Kant, en el opúsculo *Qué es la ilustración*(8). La máxima argumenta cuanto quieras y sobre lo que quieras, pero obedece, propuesta como principio regulador del buen orden político, si bien se emplea por Kant para idealizar un estado de despotismo ilustrado, lleva por su misma lógica a la noción de la legitimidad de la oposición a quien gobierna, del derecho a tener algo que decir en las decisiones públicas y, potencialmente, de la competencia política abierta.

Esa idea de emancipación propone una expansión considerable de los ámbitos de autonomía personal, pero está referida

exclusivamente a las formas de dominación política y culturales que cancelan o pervierten esa autonomía. Según bien se sabe, para el socialismo la carencia de autonomía personal se relaciona no sólo con esa dimensión autoritaria, sino también con una dimensión material o económica.

Esa segunda dimensión presenta dos aspectos. Por una parte, en todo momento pesa sobre la sociedad un conjunto de restricciones, impuestas por el nivel de desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas, que, utilizando una feliz expresión debida a Braudel(9) establecen el límite de lo posible para la sociedad. Por otra parte, dependiendo de la posición de cada miembro de la sociedad, presionan sobre él efectos derivados del tipo de relaciones de producción prevalecientes y de los sistemas de incentivos y coerción inherentes a esas relaciones. En el caso de determinados tipos de posiciones sociales —o bien, de ciertas clases sociales—, estos efectos son efectos de explotación, que afectan negativamente las posibilidades de autonomía personal de quienes las ocupan, comparativamente con las posibilidades abiertas a los miembros de otras clases.

Para el socialismo, emancipación significa aumentar o elevar la calidad de vida prevaleciente en la sociedad, expandiendo progresivamente las oportunidades de autonomía personal. Por lo tanto, emancipación significa también la liquidación o atenuación de las restricciones que entran el despliegue de esa autonomía. Lo peculiar del socialismo reside en el énfasis puesto en el aspecto material o económico de esas restricciones. A partir de este énfasis, el programa del socialismo se define en términos de dos horizontes. Primero, el progresivo desplazamiento del límite de lo que es posible para la sociedad, a través del desarrollo de sus fuerzas

(8) I. Kant "What is enlightenment?", en *The philosophy of Kant* (C.J. Friedrich ed.), P. 132 Modern Library, New York, 1977.

(9) F. Braudel: *Civilización material, economía y capitalismo. Siglos XV-XVIII tomo I: Las Estructuras de lo cotidiano* (pp. 6 y 7 del Prólogo); Alianza Editorial, 1984.

productivas. Segundo, la progresiva eliminación de efectos negativos socialmente innecesarios, causados por la operación de relaciones de producción y el tipo de sistemas de incentivos y coerción que les son peculiares.

Una justificación específicamente socialista de la democracia como buen orden político tiene que apelar a argumentos referidos a esa dimensión material del proceso de emancipación humana y a las orientaciones generales directrices del programa socialista recién indicadas. En estas notas, se avanza la idea que hay por lo menos cuatro aspectos vinculados a esa dimensión material, que hacen de la democracia un orden político deseable.

1) Comparativamente, la democracia es una condición que favorece que, a través de la operación del proceso político, se eliminen modalidades de explotación clasificables como explotación de estatus(10).

2) La democracia es una condición favorable para la eliminación de explotación socialmente innecesaria que acaece en la distribución de ingreso determinada por el tipo de relaciones de producción.

3) La democracia es una condición favorable para la eliminación de explotación socialmente innecesaria que ocurre en el proceso de producción mismo.

4) La democracia es una condición necesaria para la eliminación de explotación socialmente innecesaria originada por la orientación sustantiva general del proceso económico, esto es, determinada por la incapacidad de controlar la composición de la oferta global de bienes y servicios.

Ciertamente, se puede defender la democracia argumentando su necesidad para la atenuación o supresión de formas de

opresión distintas de las indicadas. Hay modalidades de opresión específicamente políticas, y originalmente la democracia es una respuesta o solución propuesta para hacer frente a ellas. Igualmente, hay otras formas de opresión, que no son ni económicas ni políticas —por ejemplo, las opresiones de género—, respecto de las cuales también podría argumentarse que la democracia es a lo menos una condición favorable para su superación.

No obstante, la defensa de la democracia desde el punto de vista de la supresión de estas otras modalidades de opresión no constituye una justificación específicamente socialista. Ello no quiere decir que el socialismo no pueda hacer suya la lucha contra esas otras opresiones, pero al hacerla suya tendría que recurrir a argumentaciones originadas en otras tradiciones. Por ejemplo, a argumentaciones de cuño liberal en el caso de la opresión política, o una teoría de la dominación patriarcal en el de las opresiones de género. A la vez, por lo menos para el autor, que se invoquen argumentos específicamente socialistas, en defensa de la democracia no implica invalidar otras clases de justificaciones. Lo que sí se sigue de esa argumentación es que una justificación que prescinde de ellos es una justificación mucho más pobre en contenidos, y que esa pobreza puede distorsionar considerablemente el tratamiento del tema democrático.

Otro punto que vale la pena destacar es que las cuatro razones brevemente esbozadas más arriba se supone que son válidas tanto bajo condiciones socialistas, como bajo condiciones capitalistas. En otras palabras, como condición de la eliminación de ciertas formas económicas de opresión, la democracia es valiosa en el socialismo y en el capitalismo. Tradicionalmente, en el socialismo se parte de la premisa que una economía organizada en torno al principio de nacionalización de medios de producción suprime la explotación característica de una organización de la economía regulada por la apropiación privada de esos medios, y que si el nuevo tipo de relaciones de producción genera modali-

(10) J. E. Roemer: *A general theory of exploitation and class*: Harvard University Press, 1982.

dades de explotación, estas son menos onerosas que la explotación capitalista. Si la premisa se acepta, habría que concluir que la asociación de democracia y socialismo es más valiosa que aquella entre democracia y capitalismo. Al mismo tiempo, si se confiere validez al conjunto de razones que se explora en estas notas, se impone igualmente la conclusión que la democracia capitalista es superior a la dictadura capitalista, y que la democracia socialista es superior a la dictadura socialista. Sin embargo, estos criterios son insuficientes para comparar ambas clases de dictaduras entre sí, o la dictadura socialista con la democracia capitalista. En ambos casos, el veredicto dependerá tanto del peso que se atribuye a las opresiones políticas resultantes de la ausencia de democracia, como de la manera concreta en que esa ausencia acentúe o agrave las formas de explotación correspondientes a cada tipo de organización económica.

Si hubiera que asumir en una fórmula sintética las cuatro proposiciones que se han avanzado, se podría decir que la democracia es un orden político valioso porque constituye una condición para la eliminación de formas de explotación socialmente innecesarias. Esa fórmula incluye la explotación de status, una clase de fenómenos respecto de los cuales es discutible que puedan alcanzar el rango de efectos sociales necesarios.

Este concepto de explotación socialmente innecesaria sólo adquiere sentido por oposición a la idea de que, en un determinado período, hay formas de explotación socialmente necesarias. En el socialismo, desde Marx en adelante, la denuncia ética de formas de explotación inherentes a un cierto tipo de relaciones de producción y a los sistemas de incentivos y coerción correspondientes ha sido íntimamente asociada por la noción que afirma que muchas de ellas son socialmente necesarias en cuanto su presencia es el único mecanismo social adecuado para conseguir ese desarrollo de fuerzas productivas requerido para desplazar progresivamente el límite de lo que es posible para la sociedad,

levantando el conjunto de restricciones materiales que traban la expansión de dominios de autonomía personal. Puesto de otra manera, la meta de emancipación humana justifica la existencia de explotación como medio históricamente ineludible para acercarse a ella. La siguiente afirmación de Marx, contenida en los *Grundrisse*(11), caracteriza al capitalismo precisamente en esa doble faz suya: como generador de efectos de explotación que a su vez lo dotan de una capacidad emancipatoria:

"El gran sentido histórico del capital es el de crear este trabajo excedente, trabajo superfluo desde el punto de vista... de la mera subsistencia. Su cometido histórico está cumplido... (cuando) por el desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo, a las que azuza continuamente... en su afán ilimitado de enriquecimiento... (se) ha alcanzado un punto tal que la posesión y conservación de la riqueza general... existen... un tiempo de trabajo menor para la sociedad entera, y... la sociedad laboriosa se relaciona científicamente con... su reproducción en plenitud cada vez mayor; por consiguiente, ha cesado de existir el trabajo en el cual el hombre hace lo que puede lograr que las cosas hagan en su lugar... En su aspiración incesante por la forma universal de la riqueza, (léase, el dinero), el capital... impulsa al trabajo más allá de los límites de su necesidad natural y crea así los elementos materiales para el desarrollo de la rica individualidad, tan multilateral en su producción como en su consumo. Por esta razón, el capital es productivo;... es una relación esencial para el desarrollo de las fuerzas productivas sociales. Sólo deja de serlo cuando el desarrollo de (éstas)... halla un límite en el capital mismo".

No obstante, según se advierte, este carácter socialmente necesario de la explotación capitalista puede dejar de serlo. Por

(11) K. Marx: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, (1 pp. 266-7); Siglo XXI, México DF, 1972.

un lado, está la noción clásica que, de marco adecuado para el desarrollo de las fuerzas productivas, el capitalismo pasa en una cierta época a trabar ese desarrollo, época que, teóricamente, sería el preludio de la sustitución de ese modo de producción por otro. Por otro lado, el propio desarrollo capitalista puede ir haciendo superfluos fenómenos de explotación que, durante un período, fueron socialmente necesarios. Por ejemplo el desarrollo científico y la tecnología puede ser ya tal que haga posible jornadas de trabajo mucho más cortas, o que simplemente se pueda prescindir de clases de trabajo particularmente tediosas, fatigosas y embrutecedoras. La mantención de la duración de la jornada de trabajo en esas condiciones, o la no eliminación de esas clases de trabajo, constituyen fenómenos de explotación socialmente innecesarios.

JUVENTUD Y MOVIMIENTO ESTUDIANTIL

Ricardo Solari

PRESENTACION

El objeto de estas notas es presentar algunas reflexiones sobre la juventud chilena, con la intención de contribuir a la discusión de política de la C.S. en esta área.

Lo que a continuación se expresa tiene una modesta pretensión globalizadora. Estamos ciertos de que existen severas limitaciones para el análisis general de la juventud. Esta es, por sobre todo una realidad social, y cultural diversa y diferenciable. Sin embargo, nos interesa intentar una síntesis que haga posible una discusión que contribuya a construir visiones sobre el tema, y modos de aproximación al mismo.

A. EL DIAGNOSTICO

1) Las condiciones materiales(1)

Los jóvenes chilenos enfrentan una situación particular respecto a las generaciones anteriores. Están viviendo su juventud en medio de una generalizada crisis económica y social bajo un régimen político autoritario. El grueso de ella está enfrentada a problemas fundamentales; algunos de los cuales no siempre son

(1) Las afirmaciones que aquí se señalan se fundamentan en las investigaciones realizadas sobre el tema y están basadas en el uso de estadísticas oficiales por los autores de este trabajo.

revelados en nuestros estudios de su realidad, entre ellos observamos como los más importantes:

I.- La marginalidad: Por condiciones familiares o personales de carencia de empleo y/o ingresos, una parte de la juventud chilena se enfrenta a una situación alimentaria, de habitación, educación y salud por debajo de los niveles considerados como adecuados.

II.- Un horizonte laboral oscuro: Los jóvenes egresados del sistema educacional medio y post-medio (universitario y no universitario) se enfrentan a una aguda dificultad para encontrar empleos relacionados con su calificación o nivel educativo. En muchos casos el problema se generaliza y se transforma en una dificultad lisa y llana de emplearse.

Los jóvenes sin calificación o nivel educativo, se insertan en el llamado sector informal (en el caso urbano) o en el Plan de Empleo Mínimo, con niveles mínimos de ingreso y sin previsión.

Estos problemas graves que enfrenta la juventud chilena, entre muchos otros, no son nuevos, aunque es importante señalar que en el actual contexto de crisis han alcanzado magnitudes absolutamente espectaculares.

III. El encarecimiento de las oportunidades de educación post-media: La educación universitaria tradicionalmente gratuita ha pasado a ser pagada y su matrícula restringida. Se ha dado lugar a la formación de un sistema privado compuesto por institutos profesionales y centros de formación técnica, alternativo al universitario, al cual se puede acceder a cambio de un pago mensual. Tal encarecimiento del acceso al sistema educativo post-medio no guarda relación con las posibilidades laborales que enfrentan quienes egresan del mismo.

IV. Una legislación que desprotege a los jóvenes vinculados al mundo laboral: La actual legislación laboral, respecto a temas como el salario mínimo, el contrato de trabajo, las ventajas de la sindicalización han afectado severamente las condiciones de tr-

corporación de los jóvenes al trabajo. Con salarios inferiores al mínimo, con limitaciones para el acceso al sindicato y la negociación colectiva, los jóvenes han pasado de ser privilegiados en la legislación a quedar expuestos a las más duras condiciones de explotación.

V. Estos son entre muchos los graves problemas que enfrentan los jóvenes chilenos. Estos deben llevar la pesada carga de reducir su tiempo de juventud para aproximarse al mundo del trabajo, mal pagado y limitado. Simultáneamente debe estudiar a presión con la amenaza permanente de tener que suspender los estudios.

En resumen: el contexto que envuelve la vida de los jóvenes de hoy es el más lamentable que se ha vivido desde la crisis del 30. Ya no existe un estado que provea empleos, ni educación gratuita, como antes; ahora los jóvenes asumen, muchas veces, solos el peso de su destino.

2) Las condiciones espirituales

El régimen imperante ha realizado en estos años importantes esfuerzos por incitar a los jóvenes a aceptar las reglas del juego. Por la vía de la atracción de los bienes de consumo, por la inhibición de las organizaciones juveniles, a través de la imposición de una fuerte carga de estudios y por último por la más directa de la propaganda o la represión, se persigue un comportamiento funcional a la lógica del mercado y al sistema político de exclusión.

En lo que respecta al vendaval consumista es posible afirmar que esta situación, en medio del fracaso del modelo y sus secuelas de desempleo y caída de los ingresos familiares, desembocó en una extendida sensación de frustración para los jóvenes de clase media la que se refuerza día a día. El joven que pretende acceder a algún bien de consumo sugerido por la propaganda encuentra

incontables obstáculos para hacerse de él. Quien dispone de un título obtenido en un instituto profesional el que originalmente era fuente de status hoy se da cuenta que no puede conseguir empleo con él.

La situación psicosocial en que se encuentra el joven marginal es conocida y se caracteriza por la frustración persistente de todas sus expectativas y por la reducción de su vitalidad a los límites de la subsistencia. No obstante y aún cuando las posibilidades de estos jóvenes de aportar a la constitución de movimientos es muy limitada, su modalidad de reacción espontánea suele alcanzar altos niveles de radicalidad, que se, concreta particularmente, en el recurso de la violencia.

Menguado el consumismo por la vía de la extinción creciente de las posibilidades de consumo ostentoso, el alcoholismo y las drogas se han transformado en dos mecanismos compensatorios altamente extendidos entre los jóvenes que viven los efectos de la crisis. El conflicto económico que se vive en las familias, estimula una actitud evasiva que masivamente representan el consumo de alcohol y drogas entre los jóvenes, particularmente los de estratos bajos. Las carencias afectivas y la magnitud de la incertidumbre del futuro, extiende la utilidad compensatoria a las capas medias.

B. ESTADO DE LA ORGANIZACION JUVENIL

Los problemas que enfrenta la organización de cualquier sector social bajo las condiciones de dictadura se reproducen aunque de manera distinta, también entre los jóvenes. Es preciso señalar que la organización juvenil existente en nuestro país es fundamentalmente estudiantil. De manera más limitada se encuentran organizaciones de pobladores, religiosas y culturales o deportivas.

Ya a diez años de dictadura es posible hacer un balance de

la organización juvenil y observar que los miles de intentos se han perpetuado en escasísimas organizaciones juveniles. A ello ha contribuido muy particularmente la ausencia de principios respecto al sentido de las organizaciones juveniles. Las deficiencias fundamentales dicen relación con su masificación y su autonomía.

Por la vía de la represión, la legislación y una aplanadora ofensiva por el individualismo, se puso en duda la utilidad misma de organizarse para miles de jóvenes que no veían en ella más que una fuente de riesgo inconducente. A esto contribuyó de manera muy especial el hecho de que las organizaciones juveniles oficialistas que tenían algunas posibilidades de servicio fueran incapaces de arrancar del Estado el más mínimo servicio de beneficio para sus afiliados y dedicaron el grueso de su actividad al adormecimiento de la conciencia juvenil.

Las organizaciones juveniles disidentes por lo general siguieron el camino de la lucha reivindicativa sin éxito para pasar, rápidamente, a la sobre-politización, caracterizado por un manejo interno poco democrático y poco eficiente. Un olvido básico ha determinado esta conducta, el carácter específico de las organizaciones juveniles y su naturaleza autónoma para funcionar en cuanto tal. La transformación de entidades artísticas en centros de estudiantes, en instancias políticas ha sido demasiado corriente. Aunque no se sugiere un carácter apolítico de la organización juvenil es crucial no insistir en concebir a estas organizaciones como entidades carentes de todo perfil o pura y simple reproducción de los partidos políticos.

La situación de las organizaciones juveniles en la actualidad no muestra un estado de avance respecto a algunos años atrás, particularmente en el movimiento estudiantil universitario, donde el elitismo partidista y la dispersión de la organización juvenil son importantes para explicar su crisis. La represión que opera sistemáticamente encuentra en estas condiciones grandes facilidades para operar. Los estudiantes opositores han mantenido,

por otra parte, una actitud muy vacilante respecto a la autonomía de las organizaciones, confundiendo un principio histórico con un pragmatismo de corto plazo que resulta altamente ineficaz.

C. ¿EXISTEN MOVIMIENTOS JUVENILES?

La situación de la organización juvenil que presenta un cuadro poco alentador nos conduce a mirar la situación del movimiento juvenil, para señalar con crudeza que no ha habido movimientos juveniles importantes en nuestro país en los últimos años. Esto no significa una desvalorización de los eventos generados en Universidades de Santiago y provincias (Valparaíso fundamentalmente) por distintos motivos, algunos de ellos con significativa intensidad y trascendencia nacional.

Desde el punto de vista político, el único movimiento juvenil ha sido la participación juvenil en el movimiento más general por los derechos humanos. La existencia de sentido, objetivos, la persistencia en el tiempo le dan calidad de intento al movimiento juvenil y un valor superior, por su impacto, en la conciencia generacional, que conatos, o incidentes aislados en algunos campus universitarios.

La expansión de una contra-cultura humanista, simbolizada por la adhesión a cantantes y artistas que tematizan respecto a problemas del hombre de la sociedad contemporánea, que se ubican distantes del mercado y de la propaganda masiva es también una importante dimensión de constitución de una conciencia generacional. Hay allí una combinación de alegato anti-mercado, rechazo al materialismo y nacionalismo no beligerante.

Por último la demanda por participación, que ha cruzado incluso más allá de las fronteras de la disidencia, es una de las cuestiones político-gremiales más aproximadas a la constitución de un masivo movimiento juvenil en nuestro país. Esta demanda por participación apunta a un problema local y general de la

mayor importancia toda vez que es un tema que vincula la totalidad de los problemas locales (de la escuela, comunidad, población) con un esfuerzo general de democratización.

Los movimientos propiamente juveniles tienen su signo diferenciador dado por la radicalidad de sus planteamientos y sus formas de promoción. La retransmisión de consignas políticas generales (adultos) por muy justas que sean no constituyen movimientos juveniles. Desde este punto de vista las organizaciones juveniles de Iglesia aunque educan o estimulan desde una visión crítica, no dejan nunca de transmitir el modo adulto de ver las cosas. Esta visión tiende a articular al movimiento juvenil en la totalidad social, más que a permitir que este busque su rumbo como resultado de su experiencia concreta.

La consideración de que existe una demanda por participación, un conjunto de problemas concretos, en algunos casos de sobrevivencia, una frustración generalizada, un intento de búsqueda de identidad por la vía de una contra-cultura, son afirmaciones que permiten suponer posibilidades reales de existencia de movimientos juveniles con sentido libertario.

1. Constitución de los Movimientos Estudiantiles

Los jóvenes han tenido una importancia social y política indiscutible en nuestro país. Existe una larga historia de rebeldía estudiantil que confirma esto. Usualmente la juventud ha presentado enormes desafíos a la sociedad existente y ha desencadenado procesos de cambio de innegable repercusión.

Es cierto que esta tradición pertenece históricamente a los movimientos estudiantiles, cuya presencia se remonta ya desde comienzos de siglo. El valor histórico de la protesta estudiantil no ha estado solamente en los intereses que defendieron, ni en las ideologías que sustentaron y ni siquiera en la importancia política e institucional que llevaron a cabo. Detrás de la lucha

secular de los estudiantes subsiste, sin embargo, invariablemente, la demanda por libertad (la crítica de los autoritarismos de toda especie, académicos, culturales, morales y políticos), y la solidaridad con el pueblo, con aquellos que han sido tradicionalmente las víctimas de la coacción y de la injusticia social. Este ha sido el impulso constitutivo de la acción estudiantil. Y esto lo que virtualmente entrega su pasado.

La trayectoria de los movimientos estudiantiles, de todos modos, no puede reducirse simplemente de la lucha de clases en nuestra sociedad, como han pretendido algunos, así como tampoco puede reducirse a los límites de lo puramente universitario, como han querido otros. El reduccionismo de clase ha hecho normalmente estragos en las ideologías estudiantiles: casi siempre, ha terminado por subordinar su acción política (generalmente a la dimensión del activismo callejero), por encasillar sus ideologías (exacerbando el politicismo) e inhibir sus posibilidades de crítica y renovación.

Algo peor sucede con la pretensión contraria por confinar la acción estudiantil a las tareas domésticas: tal tentativa siempre termina trágicamente, reprimiendo a los estudiantes y ahogando la vida universitaria en la disciplina, la rutina y el control.

Los movimientos estudiantiles se constituyen en el marco de las relaciones entre Poder, Cultura y Sociedad. Desde luego la acción estudiantil no es nunca primordialmente una acción económica que tenga su origen y su objeto en la modificación de las relaciones sociales de producción. En esto radica su especificidad. La crítica estudiantil normalmente desafía a la sociedad a partir de lo establecido: como ningún otro movimiento cuestiona sus bases ideales de constitución, y es capaz de desplegar por ello con singular eficacia, la crítica de la legitimidad de los poderes y de los fundamentos, en que descansa la opresión y la injusticia. En esto se han destacado los estudiantes: sobre todo cuando han sido capaces de enarbolar una ideología consistentemente

antiautoritaria como horizonte de su acción.

Por supuesto, la lucha estudiantil tiene una dimensión institucional específica: El escenario universitario. La búsqueda permanente por democratizar la universidad y socializar la cultura forma parte de la herencia que han dejado sucesivas generaciones estudiantiles. La defensa de la autonomía universitaria, la libertad académica, la participación y autogobierno de las universidades se ha conjugado con la crítica del monopolio del saber y la demanda por extensión universitaria. El histórico Manifiesto de Córdoba ha resistido los años y aún hoy representa el principal desafío estudiantil. La intervención militar de las universidades chilenas y la privatización de la enseñanza, con su secuela de discriminaciones, validan cada vez más dicho programa.

El movimiento estudiantil chileno tiene, pues, una formidable empresa que realizar: luchar por la democratización de las universidades y proyectarse en el escenario nacional enarblando una ideología y una acción auténticamente antiautoritaria. En parte es una tarea que guarda estrecha correspondencia con su pasado. Pero también exige de renovación y actividades nuevas: sobre todo recuperar las preocupaciones universitarias que, en algún momento, se han dejado en el camino y poner el problema del antiautoritarismo en el centro de su discurso y de su propia práctica.

2. Estudiantes y política

La reivindicación histórica de las luchas estudiantiles obliga a detenerse en el presente. El panorama en estos años no ha sido alentador. La actividad estudiantil fue limitada severamente obligándola a reconstruirse en forma subterránea. La vitalidad de estos esfuerzos ha sido destacada varias veces. Sin embargo, tales esfuerzos se han topado con una enorme masa de estudiantiles indiferentes y alejados de toda preocupación pública. Muchas

interpretaciones se han dado a este fenómeno que es bastante singular si se pone en relación con la historia.

Por una parte, se ha insistido mucho en las alteraciones que la política universitaria del régimen ha provocado en la composición de clase de los estudiantes. Tal apreciación "clasista" adolece, sin embargo, de varios defectos. En primer lugar, el activismo estudiantil nunca ha estado vinculado exactamente con el origen de clase. Como hemos dicho, la naturaleza de la protesta estudiantil no es propiamente corporativa. Al contrario, entre los estudiantes de origen social más bajo suelen prevalecer conductas adaptativas. En segundo lugar, los cambios universitarios en este decenio confirman una tendencia hacia la elitización de la matrícula (mayor proporción de alumnos de estrato alto), pero en ningún caso modifican sustancialmente el origen de clase media que ha caracterizado tradicionalmente nuestras universidades, a lo menos, las universidades estatales.

Por otra parte se ha hecho especial hincapié en la represión universitaria como mecanismo que destruye los esfuerzos de organización estudiantil y disuade a los estudiantes a participar políticamente. Castigo y temor serían los instrumentos que han dificultado la reconstrucción de una oposición estudiantil. Cualquiera observador atento, sin embargo, percibe que la actividad del estudiante común ha sido menos temor que indiferencia. La virulencia y crudeza de la represión universitaria oculta muchas veces este asunto.

Sin duda, en estos años la política perdió su espacio social y cultural de reproducción dentro de las universidades como en el resto del país. La política fue reemplazada drásticamente por la técnica como instrumento de movilidad individual, pero también como instrumento de conocimiento y control del mundo circundante. Todo esto tuvo un impacto enorme en el estilo y carácter de la enseñanza universitaria que retoma las pedagogías tradicionales y profundiza la profesionalización de las disciplinas. A di-

ferencia de la política, que se constituye en el dominio de las tareas colectivas y del conocimiento universal, el tecnocratismo privilegia el esfuerzo individual y la especialización cultural. El auge del tecnocratismo estuvo avalado por la vitalidad modernizadora del régimen y los éxitos que obtuvo en esta materia.

3. Desafíos Actuales del Movimiento Estudiantil

La lucha contra el autoritarismo y la mercantilización de la enseñanza y de la sociedad son tareas claves que deben enfrentar los movimientos estudiantiles. No se trata sólo de una fórmula general aplicable a toda oposición. En el mundo universitario se encuentran capacidades y energías notables para llevar a cabo una tarea de esta naturaleza, a la vez, cultural y política. Por una parte, una crítica que apunte al modo como se organiza y socializa la cultura, y en particular la enseñanza universitaria en estos días (tecnocratismo, censura académica, cultura comercial) y, por otra parte, una crítica de las relaciones autoritarias que se establecen entre Estado, Universidad y Sociedad (intervención militar, represión estudiantil, sectarismo académico).

La actividad estudiantil —a pesar de todo lo que lleva adelantado— debe resguardarse, sin embargo, contra algunos peligros que dificultan su marcha. En primer lugar, contra la tentativa de bolchevizar la acción estudiantil, es decir, de reducirla a un instrumento de la lucha política general sin contenidos ni características propias. El activismo político a secas ha demostrado en estos años su impotencia en la tarea de levantar organizaciones y respuestas estudiantiles frente a los problemas universitarios. Al mismo tiempo, ha profundizado el divorcio entre las vanguardias estudiantiles y los estudiantes en general.

Junto con ello, es necesario precaverse también contra una suerte de tentación populista en la acción estudiantil, que en

nombre de un virtual acercamiento al pueblo (por cierto necesario, aunque muchas veces confuso y episódico) olvida y prescinde del escenario universitario. Hemos tenido en estos años una vanguardia estudiantil con escasa conciencia universitaria y con una dificultad enorme por desafiar el poder dentro de las universidades.

Otra tendencia que se corresponde con las anteriores ha consistido en cifrar esperanzas desmesuradas en una reactivación estudiantil por medio de la lucha reivindicativa.

Por supuesto nada de esto fue posible sin represión, es decir, sin clausurar sistemáticamente todos los espacios institucionales para el ejercicio de la política (autoritarismo) y sin tirar por la borda la tradición humanista liberal que prevaleció en la universidad de antaño (tecnocratismo). La política logró ser reducida a una actividad pretérita, marginal y peligrosa.

Tales condiciones hicieron imposible reproducir y socializar la cultura política preexistente, esta misma puesta en crisis en su capacidad de producir conocimiento verdadero, o al menos, eficaz. Los estudiantes experimentan, pues, una profunda brecha generacional y edifican sus vanguardias en el marco de un enorme vacío cultural e ideológico. Tras esta situación descansan las inclinaciones hacia el activismo (preeminencia de la acción sobre la ideología) y a menudo, la displicencia por los asuntos universitarios que caracterizan a la actual oposición estudiantil.

¿Cómo reconstituir la política en este contexto? Como hemos dicho, la política ha perdido su densidad ideológica y cultural (su función de conocimiento si se quiere), como también su eficacia social (su capacidad de articular y representar intereses e intervenir en la disputa por posiciones institucionales de poder). En este caso, la política requiere —como ha venido sucediendo en parte— una apelación ético-cultural, que lleva consigo la crítica del autoritarismo y del tecnocratismo imperante. Los estudiantes deben ser portadores de una contracultura que permita elevar la consistencia de su acción.

CONVERGENCIA Y PORVENIR*

Ernesto Benado

En la segunda mitad de 1980 y principios de 1981 se publicaron una serie de artículos que, ya sea previendo los resultados del plebiscito de septiembre, o sacando conclusiones después, reconocen que el golpe militar no fue un acontecimiento más en la historia política chilena, un obstáculo artificial puesto en el recto camino hacia el progreso y el socialismo, sino un acontecimiento singular que ha cambiado nuestro devenir como nación y que debe ser analizado en profundidad.⁽¹⁾ No se trata entonces de remover un obstáculo para reemprender el camino, sino de trazar un camino nuevo que hasta ahora no existe, y que parecería que nunca existió realmente.

Una de las características de estos artículos es que provienen de militantes de organizaciones que no jugaron un papel clave en los acontecimientos de 1970-1973. No se conocen artículos provenientes del Partido Socialista que asuman esa tesis, pues en realidad esos partidos no han efectuado un verdadero balance del papel y responsabilidad que les correspondió en el proceso.

Los artículos de Luis Maira y de Manuel Antonio Garretón afirman que el sistema político social chileno había llegado a un

(*) Publicado en revista *Convergencia* num. 5-6, noviembre de 1981-enero de 1982.

1 Me refiero aquí a los siguientes artículos: Luis Maira: "La lucha contra la dictadura y los problemas actuales de la izquierda chilena", *Chile América* 64-65, Roma, junio-sept. 1980; Fernando Mires: "Chile: la izquierda y el Estado militar", mimeo., octubre 1980; Manuel Antonio Garretón: "Problemas y perspectivas de la oposición en Chile", *Mensaje* 296, Santiago de Chile, febrero 1981.

punto crítico antes que la Unidad Popular fuera gobierno y que la ruptura del sistema se habría producido de todas maneras. El artículo de Fernando Mires da también por sentado este hecho, y analiza los cambios ya ocurridos en la estructura y relaciones entre el Estado y las clases en el nuevo contexto. Pero además su análisis se centra en la problemática actual de la izquierda chilena y en las condiciones que debería cumplir cualquiera nueva convergencia hacia el socialismo.

Coincidiendo con estos análisis, creo que es indispensable expresar con claridad en qué sentido y debido a qué el sistema económico y político chileno había periclitado. No hacerlo podría llevarnos a proponer alternativas que no serán aceptables para la vieja generación chilena que vivió el pasado y el golpe, ni tampoco para la nueva generación que se está forjando en el Chile del Estado militar.

¿Qué hizo crisis?

La gran mayoría de los análisis del proceso chileno han sido explicaciones sobre el fracaso del gobierno de la Unidad Popular que se centran en el proceso político mismo y en las alternativas que pudieron haberlo evitado.

Tal vez la tesis más extrema al respecto ha sido la expuesta por Bob Rowthorn en *Marxism Today*, de enero de 1981, a propósito de lo que en Gran Bretaña se llama "la política de una estrategia económica alternativa". Allí se afirma: "Si Allende hubiera renunciado, el país todavía sería una democracia burguesa y la izquierda (chilena) sería más fuerte que lo que es hoy día".

Es realmente difícil para quien piense en términos dialécticos aceptar esa interpretación de un desarrollo histórico lineal y continuo en nuestro país, en que sólo errores de su conducción política habrían provocado la ruptura de la "normalidad" democrática. Aún más difícil resulta entender por qué, si una actitud distinta

de Allende pudo haber evitado el golpe en Chile, también hay dictaduras militares en el resto del cono sur, aparte de las aún más antiguas dictaduras paraguayas, brasileñas y de la perenne dictadura boliviana. Y también es sugestivo que prácticamente sólo los países del área que cuentan con ingresos petroleros importantes son los que mantienen ciertas formas democráticas (Venezuela, Colombia, Perú, Ecuador y México).

La opinión de Rowthorn contrasta con la de Maira, para quien el golpe de 1973 fue la culminación de un proceso político y social que ya había hecho crisis antes que el Gobierno Popular se estableciera. La crisis del sistema político y social no habría sido percibida por los partidos de izquierda, quienes insistieron en usar ese mismo sistema en crisis para una transición al socialismo.

El problema central parece ser entonces descubrir qué es lo que hizo crisis en el sistema chileno.

Estado regulador

Fernando Mires caracteriza lo que existía en Chile hasta 1973 como un Estado populista, que articulaba la sociedad por medio de una suerte de corporativismo informal, del cual el gobierno de Allende fue la última expresión. El papel del Estado en Chile no habría sido impuesto por el Estado mismo, sino que sería el producto de un largo y no planeado proceso de lucha y alianzas de clase.

El Estado era el vínculo entre las distintas clases y el regulador de la participación de cada clase en el Estado mismo. En esta forma, el Estado asumía los siguientes papeles: árbitro entre las clases, eje político en un sistema populista, centralizador del capital (especialmente a través de CORFO), repartidor de los ingresos a través de corporaciones informales (sindicatos, gremios, asociaciones, mutuales, etcétera).

Ya en 1969 James Petras, en su libro *Política y fuerzas sociales en el desarrollo chileno*, llegaba a una caracterización parecida: "Chile ha tenido un sistema de negociación. En la esfera política esto se traduce así: la actividad parlamentaria ha dominado la vida política; a menudo diferentes grupos, aparentemente heterogéneos, se coligaron para obtener resultados inmediatos; se resolvieron con frecuencia los conflictos mediante acuerdos y negociaciones entre elites; los intentos de promover cambios se limitaron a las elecciones, únicas ocasiones en general en que la masa es activada, y los cambios han sido progresivos. En este sistema, la sociedad y la economía se caracterizaron por un estancamiento económico crónico, rigidez y desigualdad social, una elite gobernante firmemente unida, y la fusión de estilos de vida modernos y tradicionales. La estabilidad de las instituciones socioeconómicas derivaron de la existencia de un número limitado de grupos de interés que se protegían mutuamente".

Acumulación insuficiente

Quien lea estas caracterizaciones del sistema chileno vigente antes de 1973 debiera asombrarse que esta compleja sincronización de intereses y mecanismos negociadores haya hecho crisis y que la crisis haya arrasado con todo el laborioso mecanismo amortiguador. En ninguna de las dos caracterizaciones se encuentra una explicación del por qué de la crisis y uno bien puede pensar que las palabras de Maira ("nuestra incapacidad para percibir el agotamiento del propio sistema que enmarcaba nuestra conducta") bien pueden aplicarse al presente.

Es mi opinión que, entre todos los factores que condicionan el funcionamiento y la estabilidad de un sistema capitalista, resulta determinante la posibilidad de acumulación de capital, la generación y regeneración del mismo o, en otros términos, lo que llama-

mos tasa de utilidad o de beneficio. Dada la estructura productiva chilena a fines de los años 60 y el sistema de "negociación" antes descrito, la acumulación de capital se había hecho, si no imposible, muy difícil o absolutamente insuficiente. Por lo menos en lo que se refiere al sector industrial de la economía.

Lamentablemente no conozco ningún estudio serio que haya medido el comportamiento de la tasa de utilidad en las décadas anteriores al golpe y en los años posteriores. Es un hecho en la vida de la izquierda chilena que políticos, economistas y científicos sociales trabajan en compartimentos casi estancos. Nuestros políticos en general han carecido de los más elementales conocimientos económicos y los economistas —la mayor parte de las veces funcionarios internacionales— dirigen sus trabajos ya sea hacia áreas que no son de inmediato interés nacional o en que se evita tesis conflictivas. En el medio de los dos, están los científicos sociales, que elaboran teorías y dan consejos y críticas a diestra y siniestra, sin ser mayormente escuchados aparte de los círculos académicos. Y decimos que esto es una lástima, pues sin una base económica científica será imposible replantear una política de izquierda con capacidad de convocatoria.

Algo casi pecaminoso

Entre los mitos de la izquierda chilena estaba el exagerar el tamaño de los capitales nacionales, ya sea de individuos o de grupos económicos. Es cierto que había grandes diferencias de riqueza, pero en términos absolutos la acumulación de capital era, a escala internacional, con excepción de la gran minería del cobre, simplemente insignificante. Era además insuficiente para generar o financiar proyectos modernos orientados al mercado internacional, y aún para abordar proyectos con tecnología moderna para el solo mercado interno.

En casi todos los países, incluidos los países de socialismo

real, se considera importante que el sector industrial tenga utilidades o excedentes, y que ellos sean reinvertidos a objeto de producir una realimentación del proceso productivo y construir una sociedad moderna. Eso no sucedía en Chile, donde las utilidades del sector industrial eran observadas y criticadas como algo casi pecaminoso. Objetivamente, las luchas de los trabajadores tendían a reducir a cero las utilidades del sector manufacturero, y la sola y triste excepción se daba en las industrias monopólicas, en que muchas veces una alianza entre sindicatos amarillos y patronos permitía superutilidades a costa de los consumidores.

Es claro que el que la burguesía aumente su riqueza no es sinónimo de que haya aumentado la del país. Para ello es necesario que se invierta lo acumulado y tradicionalmente nuestra burguesía sacó hacia el extranjero o consumió y no reinvertió.

Plantas delicadas

El capitalismo y el desarrollo industrial son plantas de difícil crecimiento y delicadas de cuidar. Requieren de numerosos factores y, a veces, si sólo uno no está disponible, el capitalismo industrial no florece. En el caso chileno existían numerosas condiciones para un desarrollo industrial acelerado, pero por distintas razones —históricas o coyunturales— el capital no estaba disponible para el despegue.

El gobierno demócratacristiano de los años 1964 a 1970 trató de remediar esta falencia sin alterar el delicado balance de intereses que mantenían el equilibrio democrático. Trató de captar parte del excedente en la exportación de cobre mediante las sociedades mixtas; posteriormente trató de reducir el gasto en Defensa (lo que fue el detonante para el alzamiento de Viaux); y finalmente propuso el proyecto de los bonos de ahorro forzoso que fue derrotado por una masiva movilización popular.

Por su parte, el gobierno de la Unidad Popular pensó que la nacionalización del cobre y los excedentes que generaría eran suficientes para financiar el desarrollo nacional. En cuanto al consumo inmediato, se estimó que podía ser cubierto con la capacidad instalada y no ocupada de la industria nacional más las reservas en dólares, que en ese momento se estimaron suculentos, pero que miradas en la perspectiva actual eran insignificantes.

Tarea formidable

La tarea que enfrenta la convergencia socialista en Chile es formidable. Debe ganar la confianza de las masas trabajadoras, ser capaz de atraer a la mayoría de la población, incluida buena parte de las capas medias, derrocar la dictadura y restablecer un gobierno democrático.

Mi opinión es que esos objetivos no se lograrán actuando sólo en el plano político o en el de la resistencia a la dictadura. Será necesario sumar a todo eso una profunda elaboración económica, una política económica alternativa que tendrá muy poco en común con lo que se predicó en las décadas pasadas.

Quizás la primera condición para que una nueva política de izquierda resulte atractiva y aceptable es que sea coherente con las cifras. Si las sumas y las restas andan mal es muy difícil que una política basada en esa economía pueda tener éxito. Y esto incide en uno de los temas básicos que desarrolla Mires.

Si lo que se propone es un socialismo democrático —y la esencia del socialismo es ser democrático—, no se pueden proponer modelos en que las masas sean reprimidas o limitadas en su capacidad de crítica, a objeto que los errores de conducción o de planificación no conduzcan al derrocamiento del gobierno. Precisamente, en lo que se llama ahora socialismo realmente existente, las dictaduras burocráticas se eternizan por décadas, tratando de obligar al pueblo trabajador a aumentar la producción, sin tomar

en cuenta que los trabajadores no producen eficientemente en un régimen no capitalista si no controlan los aspectos fundamentales del proceso, es decir, la planificación económica, el trabajo a nivel de las plantas industriales, la distribución de los bienes y la asignación de las funciones no directamente productivas.

Debemos admitir claramente que aún no se ha encontrado una fórmula o modelo eficiente para una economía de transición del capitalismo hacia el socialismo. Pareciera que el aspecto crucial en la transición es mantener cierto equilibrio entre la absoluta soberanía popular sobre las decisiones fundamentales y la muy importante decisión de cuánto hay que asignar al consumo inmediato en la economía.

Hechos y cifras

Aun cuando en ninguna etapa anterior de la economía chilena se puede hablar de transición, es conveniente terminar recordando algunos hechos y cifras.

Durante los 40 años de gobiernos democráticos que precedieron a la dictadura, el aumento del producto nacional —que figuró en todos los programas de gobierno— se cumplió a un ritmo global promedio de 4% bruto y de sólo un 2% neto (si se toma en cuenta el aumento de la población).

Para alcanzar ese crecimiento, el Estado intervino activamente en todos los sectores económicos y rodeó a la burguesía industrial de un sistema de protección casi único a escala mundial. Durante ese mismo período, los trabajadores chilenos obtuvieron una serie de reivindicaciones o "conquistas sociales" como las llamábamos, que aún hoy serían la envidia de muchos países ricos. El hecho que muchas de esas conquistas (como las previsionales) existieran sólo en el papel, no resta fuerza a la argumentación, pues aún en el papel tenían un alto costo para la sociedad. Por su

parte, las llamadas capas medias llegaron a tener una situación de absoluto privilegio comparadas con cualquier otro país moderno.

Si a los *status* de estos tres sectores sociales sumamos la forma en que funcionó la democracia parlamentaria y la clientela electoral de los partidos políticos, más la forma en que se negociaban legalmente los pliegos de peticiones laborales, llegaremos muy pronto a comprender por qué se agotó la capacidad de acumulación del sistema económico chileno.

Ninguna cifra muestra en forma más clara el fin de la acumulación en términos absolutos que la forma como creció el gasto social por habitante durante los años del gobierno de la Unidad Popular, o sea, el gasto en salud, educación, vivienda y previsión social. Entre los años 1965 a 1970, se gastaron en esos rubros 80 dólares por habitante al año. En los años 1971 a 1973 ese mismo gasto subió a 120 dólares por habitante al año, o sea, un aumento de 40 dólares anuales; en circunstancia que, en los años anteriores la totalidad de acumulación de la economía había sido de 20 dólares por habitante. La acumulación se hizo por consiguiente negativa.

La Unidad Popular, al repartir la totalidad del excedente económico entre los trabajadores, redujo a cero (o bien hizo negativa) la tasa de utilidad del sector capitalista. A partir de entonces, ya no hubo que negociar, y los antiguos negociadores burgueses se hicieron contrarrevolucionarios.

Es la búsqueda de un nuevo modelo de acumulación — nuevo en la forma de producir el excedente y nuevo en la forma de distribuirlo— lo que los condujo a la dictadura militar y a la alianza entre militares, tecnócratas y financistas con que hoy se gobierna en Chile. Sin embargo, el fracaso de sus planes económicos está produciendo no sólo un gran endeudamiento externo y la virtual destrucción de la industria y agricultura nacionales sin que, en la práctica, se produjera la más grande evasión de

capitales y desacumulación de la historia nacional.

Bases nuevas

La historia nos enseña que países que han pasado por traumas similares o mayores que el nuestro (incluyendo derrotas en guerras externas, guerras civiles y dictaduras prolongadas) han podido reconstruir su economía y han llegado a organizar sociedades prósperas y democráticas. En todos esos casos el nuevo modelo social ha tomado en cuenta lo que condujo a la crisis, a la derrota y al colapso del sistema anterior, y se ha construido sobre bases nuevas, métodos nuevos y hombres nuevos.

Es lo que Chile merece y lo que la convergencia socialista debiera ser capaz de darle.

LA DIFÍCIL TAREA DE LOS SOCIALISTAS HOY(*)

Ricardo Núñez

Hace dieciséis años se acallaron las voces de los parlamentarios socialistas. Un cruento golpe de Estado persiguió, encarceló y exilió a todos los representantes de nuestra corriente política en el parlamento.

Uno de ellos, el joven diputado Carlos Lorca, aún permanece desaparecido. Otro, el diputado Luis Espinoza, fue fusilado sin juicio previo.

¿Por qué tanta insania con un partido que hoy cumple 57 años?

¿Cuál es la razón de que se nos haya intentado hacer desaparecer del cuadro político nacional?

Al conmemorar un nuevo aniversario de nuestro partido y recordar con ello a nuestros fundadores, como el Comodoro del Aire, Marmaduke Grove, el político Oscar Schnake o el intelectual Eugenio Matte Hurtado, afirmo que la historia política y social de los últimos 50 años difícilmente se explica marginando de ella al Partido Socialista de Chile.

Al fundarse el 19 de abril de 1933, el Partido Socialista (PS) dio respuesta a la profunda crisis que la sociedad chilena vivía en los años 30, luego de la bancarrota del sistema oligárquico, y encauzó la presencia de la clase media y de la clase obrera, así como el impulso libertario que caracterizara a la llamada generación del año 20.

(*) Texto del discurso pronunciado por el autor en el Senado de la República. Publicado en la revista *Convergencia*, núm. 18.

Desde el punto de vista internacional, fuimos protagonistas fundamentales en la construcción del movimiento popular y progresista latinoamericano, y no dudamos en combatir en nuestro país a las fuerzas del nazismo y del fascismo que, a semejanza de lo que sucedía en Europa, pretendían avasallar la democracia chilena.

De ahí nuestra intransigente voluntad de apoyo a las fuerzas republicanas españolas, que hasta su último aliento intentaron impedir los cuarenta años de oscurantismo que viviera España bajo la dictadura del general Franco.

Firmemente dispuestos

Asimismo, por esos años fuimos actores del proceso que llevó al gobierno del Frente Popular, que encabezara el insigne profesor radical Pedro Aguirre Cerda.

Bajo su mandato los socialistas ayudamos a la creación de la Corporación de Fomento y, con ello, al vigoroso proceso de industrialización del país, al tiempo que mejoramos los derechos de los trabajadores dignificando su papel en el proceso productivo de la economía nacional.

Desde esa época, hasta hoy, el socialismo chileno ha sufrido divisiones, momentos de extrema dogmatización de sus ideas pero siempre, más allá de nuestros errores, nos hemos mantenido ineludibles junto a aquellos que luchan por el progreso, el cambio social y la soberanía nacional. Más aún: seguimos fieles a la idea de representar a los trabajadores manuales e intelectuales en sus aspiraciones y ansias de justicia social.

Este 19 de abril de 1990 encuentra a los socialistas firmemente dispuestos a contribuir al reencuentro democrático, a la reconciliación nacional y a la enorme tarea de reconstruir una institucionalidad verdadera y efectivamente democrática, donde el Parlamento juegue un rol primordial.

Pensar el futuro

En ese mismo espíritu, nos disponemos a conferir a los partidos políticos un cuerpo de ideas comunes que les permita a éstos asumir sus verdaderas responsabilidades con estilos y métodos que den respuesta a las exigencias de hacer política que demandan las nuevas generaciones de chilenos.

En este marco, asumimos los desafíos mundiales que le están planteado al socialismo, luego del derrumbe del dogmatismo y del sistema conservador totalitario que caracterizara a los países de Europa Oriental, teniendo presente que en la sociedad moderna se mantienen las esperanzas de cambios en la vida económica, política y social, en gran parte de la humanidad, en instantes en que una profunda revolución científico-tecnológica sacude al mundo e impone nuevos modos de vida y desafíos antes impensados.

En la tarea de pensar el futuro de Chile y de la humanidad, los socialistas no excluimos a nadie, pues en el cambio social y en la creación de condiciones para una democracia avanzada y progresista ningún chileno, ningún ser humano puede quedar marginado.

Jamás antes imaginado

Los socialistas chilenos seguimos pensando que todo proceso de transformación, como el que actualmente vive el país, no puede hacerse en el interés de una minoría y con criterios tecnocráticos, fríos y deshumanizantes.

El progreso material de nuestra nación no puede ser sustentado al precio de la marginación de los trabajadores, es decir, de aquellos más directamente ligados a la creación de la riqueza. Toda sociedad que margine a un tercio de sus habitantes, o que institucionalice la pobreza como algo natural al progreso de al-

gunos pocos o que no valore la dignidad del trabajo humano, entendiéndolo a éste como un componente permanente de creación, corre el riesgo de su desintegración y de la pérdida de su identidad.

Resolver estos problemas no es sólo tarea de los socialistas. Hemos dejado atrás las visiones mesiánicas que le conferían a un partido o a una clase social el rol exclusivo del protagonismo en la tarea de la transformación social.

La profunda visión humanista que nos inspira, sustentada en la razón que se construyó al ritmo de los procesos históricos, nos lleva a entender que estos desafíos, así como aquellos que afectan al conjunto de la humanidad, requieren del concurso de todas las voluntades.

La degradación de la biósfera; la explotación irracional de recursos vitales; la comunicación de ríos, valles y montañas; la superación de la enorme brecha entre países ricos y países pobres, requieren de un esfuerzo de superación humana jamás antes imaginado.

El mejor de nosotros

Por ello es que luego de esta larga dictadura los socialistas hemos renacido en Chile con tanto vigor. Superando querrelas inconducentes, nos hemos unidos para seguir siendo parte decisiva en la historia de nuestro tiempo.

Algunas de nuestras verdades han quedado en el camino. Otras, las construimos en un esfuerzo honesto de renovación de nuestros idearios básicos. En este esfuerzo, cobra particular validez la figura y el ejemplo del mejor de nosotros: el presidente mártir, Salvador Allende.

El fue la síntesis mejor lograda de los valores fundamentales del socialismo. Es decir, en Allende se materializó la idea de la libertad como realización plena de la persona; la idea de la justicia,

como fin de toda discriminación de raza, sexo o condición social; la idea de la igualdad, como un valor que dignifica la condición humana; la idea de la solidaridad, que nos identifica con las víctimas de la injusticia y pone en práctica la aspiración de una humanidad mejor; todos ellos principios y valores por los que el socialismo considera que el sentido histórico y moral de la democracia es la plena realización de los derechos humanos.

La gran herramienta

La realidad de nuestro tiempo es una realidad planetaria y el Partido Socialista no puede estar ajeno a ella. No obstante, una preocupación especial nos cabe en relación a América Latina.

Si bien somos conscientes y respetuosos de la diversidad de nuestros países, también somos conscientes de que conformamos una comunidad, y existen entre otros lazos históricos, culturales y económicos. Tenemos problemas comunes en nuestras relaciones internacionales: el problema de la deuda externa es su expresión más dramática y mantiene comprometido el futuro de la mayor parte de nuestros países.

Por ello, los socialistas chilenos queremos contribuir a una convergencia latinoamericana que nos permita alcanzar grandes objetivos. Y en esto deseamos proceder con criterios profundamente realistas. Los países latinoamericanos tienen que enfrentar el perfeccionamiento del sistema institucional democrático y con ello ahuyentar al fantasma del golpismo autoritario; deben incorporar a los inmensos sectores marginados de la actividad cultural y política y deben encarar las tareas del desarrollo que los saquen de su pasividad y dependencia, para así poder ser sujetos activos del momento histórico que vive el mundo.

La gran herramienta para el logro de estos objetivos es el impulso a la integración económica y política de la región, asumiendo las diversidades estructurales que existen. Esto es posi-

ble. Lo demuestra la experiencia europea, en donde la común voluntad política unió a personas de los más distintos signos políticos, ideológicos y religiosos.

Reafirmamos nuestro compromiso

Este nuevo aniversario del PS nos encuentra comprometidos en la enorme y difícil tarea de reconstruir la convivencia democrática de los chilenos, hacer posible que se materialice el programa de la Concertación de Partidos por la Democracia y el éxito del gobierno que encabeza el presidente Aylwin.

A ellos hemos de contribuir con toda nuestra energía y capacidad.

Compartimos y hacemos nuestros los objetivos de atacar la extrema pobreza, de traer la verdad y justicia a los crímenes y violaciones a los derechos humanos, de provocar las reformas político-institucionales necesarias a los objetivos de la plena democracia que nos anima, y de hacer posible una sociedad donde la plena participación de los ciudadanos, en el quehacer público, sea una realidad.

Junto con estos principios y valores, que han afirmado nuestra presencia en la vida nacional, los socialistas hemos reafirmado nuestro compromiso con la democracia y los derechos humanos.

En términos de la democracia expresada en el ámbito de la política, las elecciones libres, los cambios pacíficos de gobierno, la alternancia en el poder, la elección periódica de los gobernantes, las garantías de los derechos individuales y de las minorías, corresponden a la esencia misma de nuestra identidad como partido.

Asimismo, la democracia en el ámbito de la sociedad nos lleva a entenderla como un cuerpo de principios que impregna el conjunto de la vida social, que debe ser irradiada incluso en la vida familiar, a los lugares de trabajo, a la vida cultural.

La creciente institucionalización de los derechos humanos,

por su parte, es un logro que los socialistas sentimos como nuestro. Luego de dieciséis años de dictadura, en que fueron sistemáticamente violados, en nuestro país, el derecho a la vida y a la integridad física, la libertad de expresión y de conciencia, la libertad de asociación, la protección ante la tortura y cualquier trato degradante, han adquirido un valor fundamental y, por nuestra parte, reafirmamos nuestro compromiso de defenderlos y promoverlos.

Una respuesta positiva

Para ello, enfrentamos esta transición no exigiéndole nada más de lo que es posible. Tenemos conciencia de las limitaciones estructurales que hemos heredado de la dictadura. Sabemos de los obstáculos institucionales que existen en este camino.

Somos portadores de la impaciencia, pero al mismo tiempo del realismo.

Nos animan los anhelos libertarios de la mayoría de nuestro pueblo. Pero conocemos lo poderoso que son aquellos que siempre se opondrán a esta superior visión de la vida y la sociedad.

Nuestro compromiso es con la recuperación de las instituciones y las estructuras básicas que le dan sentido a nuestra existencia como Nación.

No es el momento de acciones aisladas o que importen sólo a un sector de la sociedad, por bien inspirado que esté.

Chile necesita de la coordinación de propósitos, de esfuerzos mancomunados y de la solidaridad de sacrificios de todos los que influye en la sociedad.

Una patria justa y buena, como dijo el presidente Aylwin, es también un objetivo de los socialistas.

De esta manera, materializamos lo que dijera el senador socialista Eugenio González Rojas, en mayo de 1957, en este honorable Senado: "El socialismo es una respuesta positiva al desafío de las fuerzas disgregantes del mundo actual".

DEMOCRACIA Y SOCIALIZACION(*)

Gonzalo D. Martner

En el debate nacional reciente sobre el futuro institucional ha aparecido repetidamente el tema de la propiedad privada cuya garantía parece contar antes que cualquier otra consideración para la derecha y los empresarios. Pero también estos debates han obligado a los socialistas y a la izquierda a definir sus posturas al respecto, lo que para algunos no pasa sino por la reiteración del paradigma socialismo = Estado propietario, mientras para otros constituye un problema abierto al debate y a la reflexión.

El término socialismo evoca a estas alturas del siglo XX realidades muy diversas, pero vale la pena subrayar que antes que una concepción del mundo nace como formulación emancipadora respecto a las explotaciones y operaciones del capitalismo. El socialismo es pues, antes que nada, una aspiración radical de cambio.

Sabido es que en la tradición marxiana el socialismo-comunismo es superación de la sociedad capitalista por el proletariado (constituido en sujeto universal), a partir de la propia evolución endógena de ésta y en una peculiar mezcla de negación de la utopía en nombre del análisis científico de la evolución social y de simultánea construcción utópica de la sociedad comunista. A esa dificultad teórica se agrega el manifiesto divorcio entre la idea de una sociedad emancipada ("la antigua sociedad burguesa con sus clases y sus conflictos de clase, será sustituida progresivamente por una sociedad fundada en la asociación, en la cual el libre desarrollo de cada uno es una condición para el libre desarrollo

* Publicado en *Convergencia* núm. 10, diciembre 1986.

rollo de todos") y la realidad de las sociedades existentes que se proclaman socialistas, con sus burocracias opresoras y su ahogo de las libertades ciudadanas, configurándose la necesidad de una redefinición de aquella identidad socialista contemporánea que no renuncia a los valores libertarios y democráticos.

Sin embargo, siendo el socialismo la representación colectiva de las aspiraciones de las clases subordinadas, es difícil que remita a una nueva identidad centrada sólo en la idea de proceso de cambios, y no también a un orden social en el que esas aspiraciones estén recogidas. Sólo que proponer un tipo de sociedad-proyecto que dé "sentido" al proceso de cambios parciales que las fuerzas socialistas impulsan a partir de las contradicciones y evoluciones concretas de la sociedad, supone buscar una articulación no esquizofrénica entre la dimensión de lo deseable y la dimensión de lo posible.

Socialismo libertario

Se puede partir de la afirmación gruesa según la cual lo que debe sustituirse es la explotación económica y el despotismo; y sus consecuencias, la discriminación y la ausencia de libertad. En el capitalismo, se ejercen a partir de la economía y en las sociedades burocráticas a partir del sistema político. La posición de los individuos en la sociedad —y por tanto su situación de clase— deriva en un caso del rango que se ocupa en la jerarquía económica y en el otro del rango en la jerarquía política. En ambos existe una barrera estructural entre lo que los individuos son y lo que pueden legítimamente aspirar a ser, alienando la condición humana. Esto remite a la búsqueda de construir un orden social que permita hacer efectivas las aspiraciones de cada quien a vivir libremente, ser objeto de un trato igualitario institucionalizado en materia de derechos y de oportunidades y beneficiarse de un entorno en el que prevalezca la cooperación y se extienda la reci-

prociudad. Esta búsqueda debe realizarse, para no desmentirse a sí misma, a través de medios que estén en consonancia con el objetivo buscado.

Se puede entonces postular la vigencia de la necesidad de construir un **socialismo libertario** como sociedad en la que, a partir de la voluntad colectiva de cambio que emerge de las contradicciones de la sociedad existente, tiende a superarse la inequidad y la falta de libertad mediante transformaciones sucesivas de las relaciones sociales, que terminan siendo "revolucionadas". El tema de la revolución deja de ser aquel del asalto al poder y pasa a ser el de la transformación social ininterrumpida, en que primero se anticipa, se experimenta y luego se extiende la capacidad individual, grupal o colectiva de vivir y de organizarse de manera alternativa.

Siendo cada individuo, ciudadano, productor y consumidor, las transformaciones equitativas que puedan conformar un nuevo orden social deben ocurrir en cada uno de esos planos y tender a aminorar la escisión existente entre ellos en las sociedades inequitativas y por tanto afianza la superación de la dominación sobre el conjunto de la sociedad de cualquier clase minoritaria.

Equidad entre ciudadanos

Esta supone una **participación igualitaria** en la generación del poder y en el control de la toma de decisiones públicas. Los mecanismos de la **democracia representativa y pluralista** extendidos a los diversos ámbitos de una función gubernamental decididamente descentralizada, son los únicos que pueden permitir el ejercicio de la libertad política y la protección de los ciudadanos frente a la arbitrariedad del poder estatal, al ser la mejor forma conocida de expresión de la soberanía popular y de gobierno de las mayorías con protección de las minorías. Sin embargo, dicha participación requiere para hacerse efectiva del acceso equitativo

al capital productivo como condición para el ejercicio pleno de la condición humana. La inexistencia del derecho de propiedad para las mayorías las enfrenta a una situación de desmedro no sólo en términos de ingresos y de subordinación en la división del trabajo, sino también en términos de influencia relativa sobre la esfera política.

Teóricamente, la centralización de la propiedad en el Estado democrático, en tanto representante de la voluntad general, podría asegurar dicho acceso equitativo, pero son tales las mediaciones concomitantes a este mecanismo que es inevitable que termine depositándose el derecho colectivo de propiedad en la burocracia gobernante. Privilegiar una democratización real de la propiedad requiere explorar otras vías.

Equidad entre productores

Así como en el sistema político democrático el principio de la separación y control mutuo de los poderes es esencial, se trata aquí de establecer el principio de la **multiplicidad de los derechos de propiedad sobre el capital**, que impida tanto la apropiación por unos pocos del capital social como su administración burocrática por el Estado.

En el largo plazo, la sustitución microeconómica del régimen salarial —que consagra la separación de los productores respecto de los medios de producción y de los frutos de su trabajo, así como de todo poder de decisión— puede realizarse mediante la **redistribución y combinación de los derechos de propiedad tradicionales**. En el seno de cada agrupación que pone en común su trabajo para obtener un ingreso, la redefinición de los derechos de propiedad debiera privilegiar una gestión de la empresa sujeta al ejercicio de un conjunto de derechos complementarios ejercidos por distintos agentes, procurando su democratización y dinamización interna (otorgándose un derecho parcial de propie-

dad a los trabajadores, dando lugar a la participación en la producción y en la distribución de los beneficios), la existencia de estímulos a la iniciativa empresarial individual (asegurada por la participación de aportantes privados de capital) y "internalización de externalidades" sociales (impidiendo la monopolización, en particular) y medioambientales (regulando la intervención humana sobre los ecosistemas) aseguradas por la participación de entes públicos o colectivos.

Sociedades mixtas de este tipo debieran sustituir eficazmente la propiedad privada capitalista y coexistir en un reducido número de empresas estatales y numerosas empresas autogestionadas y de propiedad individual y familiar. La transición progresiva y a largo plazo a un régimen de propiedad socializada de este tipo, habida cuenta del prolongado período necesario de experimentación y aprendizaje colectivo de nuevas formas de gestión, no tiene por qué hacerse por la vía expropiatoria. El mecanismo privilegiado debiera ser la creación de fondos salariales como los que hoy día están en manos de las AFP y que debieran permitir en breve plazo cambios sustantivos en la estructura de la propiedad. Otro mecanismo puede ser la opción para los herederos de capital de una exoneración parcial del impuesto a la herencia a cambio de aceptar acciones que pierden progresivamente todo derecho de gestión y se transforman en renta no amortizable transfiriéndose el derecho de gestión a los trabajadores.

Disponer equitativamente del capital productivo tiene también una dimensión macroeconómica, fundada en el control social del excedente económico generado por las empresas. Esto supone una orientación por la colectividad de las proporciones globales en la economía (básicamente de los factores determinantes del consumo y la inversión) a través de una planificación democrática, vale decir concertada y contractualizada.

El mercado capitalista está ligado a la explotación mediante la validación de la distribución entre salarios y ganancias que

deriva del predominio de los proletarios capitalistas, pero es también un mecanismo de transmisión descentralizada de información sobre las preferencias y las escaseces, coordinando unas y otras. Eliminar lo primero no supone sustraerse a los beneficios de lo segundo. La planificación debe operar según criterios definidos por la concertación social y sancionados por la representación nacional, orientando el proceso de ahorro-inversión y ciertos precios y cantidades claves. Sus instrumentos debieran ser administrativos, fiscales y monetarios y la orientación de las empresas estratégicas mediante el establecimiento de "contratos de plan", en donde se combina la búsqueda de una coordinación general del proceso económico y la autonomía de gestión de las empresas en un marco de mercado democratizado.

Equidad entre consumidores

No tiene sentido buscar una igualdad mecánica en la distribución de los ingresos que desmotivaría y bloquearía el dinamismo económico. Se trata más bien de aproximarse —mediante la atenuación de las diferencias en la escala de las remuneraciones— al principio de "a cada cual según su trabajo", hecho posible en el plano microeconómico por la redistribución de la propiedad antes descrita y globalmente por la aplicación de un sistema tributario redistributivo y penalizador del consumidor suntuario. Así, los ingresos distintos de los provenientes del trabajo (incluido el trabajo de gestión empresarial) debieran limitarse a la remuneración del ahorro (interés) y la remuneración del riesgo de empleo de ahorro en nuevas iniciativas productivas (beneficio empresarial) en asociación con colectivos de trabajadores o entidades públicas.

Por otro lado, la cobertura de necesidades que no pueden asociarse a la productividad, como el derecho a la educación, a la salud, a la cultura, a la alimentación, lleva a plantearse —en la medida de las posibilidades de financiamiento social— un área

del consumo no ligado a ingresos del trabajo, en la que prevalece el principio "a cada uno según sus necesidades". En el largo plazo, la elevación de la productividad social debiera permitir un ingreso mínimo asegurado y la ampliación del ámbito de prevalencia de este principio.

Factor de consensos

Entender el **socialismo** como una sociedad cuyo modelo político supone la **democracia representativa** y cuyas bases de funcionamiento económico son la **redistribución de la propiedad** y la **socialización del control del excedente**, en vistas a alcanzar grados crecientes de **libertad individual**, de **equidad distributiva** y de **participación en las decisiones económicas**, es una proposición que se postula como no contradictoria con la articulación de diversos intereses presentes en la sociedad chilena. El debate nacional sobre lo deseable que se construye a partir de lo posible y de la voluntad de las mayorías, puede acaso transformarse en un factor constructor de consensos y de tolerancias más que de nuevas planificaciones globales excluyentes y polarizantes. Simultáneamente, reafirmar la **actualidad del socialismo** como **práctica transformadora** en función de un **proyecto de sociedad** colaborará a canalizar aspiraciones que de otro modo reforzarían la desintegración de la sociedad chilena y harían inviable todo proyecto nacional para la consolidación democrática.

SOCIALISMO Y CRISTIANISMO(*)

José A. Viera-Gallo

El proceso de renovación política que ha llevado a cabo el socialismo chileno implica importantes cambios en su posición frente a la religión y, en particular, al cristianismo.

El Partido Socialista (PS) no adhiere a una inspiración religiosa. Las ideas socialistas tienen su origen en la Ilustración y, posteriormente, en la crítica al capitalismo industrial europeo. Al comienzo estuvieron cargadas de una fuerte crítica a la Iglesia Católica, que aparecía vinculada al antiguo régimen, y ésta reaccionó condenando en diversos documentos tanto al liberalismo como al socialismo. Con el correr del tiempo el socialismo fue perdiendo su carácter laicista y la Iglesia, especialmente luego del Concilio Vaticano II, se reconcilió con el mundo moderno, admitiendo la legitimidad de la opción socialista. Así lo reconoció Pablo VI motivado por la orientación de los movimientos de liberación existentes en numerosos países del tercer mundo.

En la actualidad se puede expresar con mayor facilidad el pluralismo dentro del PS: en sus filas participan creyentes y no creyentes, católicos y evangélicos. Lo hacen con igual derecho. El hecho de ser creyente ha dejado de ser una causa de discriminación dentro del socialismo. Por el contrario, en el último período fueron muchos los cristianos que optaron por el PS y éste les ha abierto sus puertas; la integración de la Izquierda Cristiana (IC) marca en ese sentido un nuevo y significativo hito.

Consecuente con su origen, el PS respeta la libertad de conciencia y las creencias de todos los ciudadanos y, ciertamente, de

(*) Revista *Convergencia*, núm. 19/20.

sus miembros. Esa libertad forma parte esencial de los derechos humanos. El PS ha evolucionado. Ha dejado de ser un partido "ideológico" o "doctrinario" caracterizado por la adscripción a una determinada escuela filosófica, para convertirse cada vez más en un partido que se define por un programa que se va elaborando a partir de los desafíos de la realidad en contraste con un conjunto de ideales a los cuales se puede llegar a través de diferentes corrientes de pensamiento.

Dentro de ese conjunto de ideales socialistas la mención del método marxista en los términos que lo hace el programa elaborado por Eugenio González en 1947 es perfectamente actual. No se puede desconocer la importancia que el pensamiento de Carlos Marx ha tenido para el socialismo. Pero su principal aporte es la forma crítica de percibir y comprender la realidad social. Esa óptica puede ser concebida como un "método" cuyas reglas lógicas no implican el materialismo dialéctico.

Ciertas interpretaciones del materialismo histórico que hacen depender la cultura, la política y la religión de la economía son reduccionistas y colocan serias dificultades al cristianismo. Si bien el factor económico es esencial para el análisis de la sociedad, una visión esquemática entre infraestructura (fuerzas productivas y relaciones de producción) y el resto de la formación social, constituye un obstáculo serio para la participación de los cristianos.

Ningún dogmatismo

A su vez un cristiano puede utilizar en sus análisis de la realidad elementos del método marxista, a condición que no caiga en una negación metafísica de la trascendencia. Por lo demás, nadie puede desconocer a estas alturas que ese método no puede ser el único, que existen aportes permanentes de las ciencias y que la misma realización de los postulados socialistas entrega un

conjunto de experiencia que es preciso tener en cuenta. No cabe ningún dogmatismo respecto al enfoque científico de la realidad que se busca transformar.

El PS no es ni ateo ni teísta. Deja entregado ese problema a la conciencia de cada cual. A la política no le compete pronunciarse sobre esa materia, como tampoco cual sea la escuela filosófica o la teoría científica verdadera. Lo que no implica caer en un pragmatismo carente de proyecto o perspectiva de futuro. Lo que se rechaza es el dogmatismo y la visión totalitaria de la realidad. La opción religiosa es, por tanto, plenamente legítima, hoy y mañana.

El partido no aspira a una sociedad donde la religión esté excluida. No la considera una alienación y, por tanto, no se pronuncia sobre la relación con la estructura de la sociedad. La evolución social es plenamente abierta. Sin duda traerá cambios en el modo de pensar y creer en la gente, como ha ocurrido siempre en la historia, especialmente en los períodos de acelerado cambio.

Incluso más. Es fácil advertir que allí donde el poder ha pretendido imponer ya sea una religión o el ateísmo, se ha conculcado la libertad del hombre y se han violado sus derechos en forma grave. Eugenio González sostenía que "todo régimen que implique el propósito de reglamentar las conciencias conforme a cánones oficiales, siendo contrario a la dignidad del hombre, es también incompatible con el espíritu del socialismo. Ningún fin puede obtenerse a través de medios que lo niegan". La mejor garantía de que el PS asume los valores de tolerancia y libertad cultural es que en su seno conviven y colaboran personas de distintas creencias o ateas. Y que esas diferencias no son un obstáculo para su lucha por una sociedad mejor.

Libertades efectivamente ejercidas

De lo anterior se deduce que el PS está en favor de la liber-

tad de culto, es decir, de la expresión pública de las creencias, y de enseñanza. Los padres tienen perfecto derecho a transmitir a sus hijos las ideas que estimen convenientes, dentro de los límites de la moral y del bien común. Es preciso establecer una organización social donde esas libertades puedan ser efectivamente ejercidas por todos los miembros de la sociedad.

Además el PS reconoce que la conciencia religiosa cristiana puede ser un impulso eficaz para el compromiso político en favor de los cambios que Chile necesita. Así ha quedado demostrado en estos años. La mayoría del pueblo chileno es cristiana y ese pueblo ha demostrado una vocación indomable por la libertad. En horas difíciles de fe religiosa le sirvió de estímulo para mantener la esperanza en días mejores.

Pero no se trata sólo de un hecho individual. El PS reconoce el papel de las Iglesias cristianas, en particular de la Iglesia Católica, en la defensa de los derechos humanos, los principios libertarios y la justicia social durante el período dictatorial. Ellas expresaron los anhelos más profundos del pueblo, siendo voz de los sin voz, crearon espacios de encuentro y solidaridad, pusieron su acervo moral al servicio de la convivencia social y buscaron formas pacíficas para resolver nuestra profunda crisis política.

Es evidente que tanto dentro del mundo evangélico como del católico hay distintas posiciones y puntos de vista. En algunos casos la presencia pública de quienes respaldaron a la dictadura ha tenido un impacto negativo. Pero el balance es altamente positivo. No podía ser de otra manera en instituciones tan arraigadas en nuestro pueblo y nuestras tradiciones.

El socialismo reconoce el valor libertador del mensaje cristiano. Pese a las distorsiones culturales históricas, conserva su carga utópica y crítica respecto de todas las formas de opresión y discriminación. Sin ser Chile una sociedad cristiana, dado el pluralismo cultural que la ha caracterizado desde el siglo pasado, todos aceptan el valor que tiene el evangelio.

Un énfasis nuevo

El PS se encuentra inmerso en un mundo en que la componente cristiana está presente. Ella se manifiesta, entonces, en su interior. El tiempo de las separaciones tajantes entre lo laico y lo religioso pasó. Con lo cual no se postula una visión "integrista" de la política, sino la comprensión que ésta se mueve en una cultura pluralista, donde el cristianismo existe con renovada fuerza. Una reflexión especial debe merecer el fenómeno pentecostal, cuyas prácticas religiosas acompañan la sobrevivencia material y simbólica del pueblo, especialmente en ciertas zonas del país.

En cuanto a la Iglesia Católica, especial importancia tiene el compromiso con la democracia. En un comienzo la Iglesia se opuso a las corrientes democráticas europeas. Pero uno de los signos de cambio fue el reconocimiento de los nuevos gobiernos republicanos de América. Desde ese momento, la Iglesia admitió que la democracia era una de las formas posibles de gobierno. Con posterioridad a la segunda guerra mundial, derrotado el totalitarismo nazi, la Iglesia afirma que la democracia es el tipo de régimen político que mejor se aviene con la dignidad de la persona humana, Juan XXIII recoge la Declaración Universal de los Derechos Humanos y Pablo VI hace extensivo los principios democráticos al orden internacional y asegura que la Iglesia es favorable a las normas de la democracia moderna caracterizada por la participación de los ciudadanos en la elección periódica de los gobernantes y en la gestión de los asuntos públicos en los diversos niveles.

Juan Pablo II ha reafirmado esta línea de pensamiento poniendo un énfasis nuevo en el valor de los derechos humanos, que vendrían a ser la medida del desarrollo auténtico. Las principales amenazas a la dignidad humana son el totalitarismo, el neocolonialismo y el imperialismo.

La Iglesia chilena se ha movido en forma anticipada en esta dirección. El cardenal Silva Henríquez favoreció el diálogo entre Allende y la Democracia Cristiana para evitar la crisis institucional que luego provocó el golpe militar. Desde el comienzo del régimen militar, la Iglesia se esforzó por buscar formas de entendimiento que permitieran un retorno a la normalidad democrática.

Dato nuevo

No sólo se trata del esfuerzo en favor de la democracia política, sino de un vasto movimiento democratizador de toda la sociedad. Se trata que el pueblo y los trabajadores cada vez tengan un mayor peso en las decisiones que los afectan y en el destino del país.

El impulso democratizador de la Iglesia Católica se da en la actualidad dentro del respeto al pluralismo político, lo que nos parece especialmente importante. La opción por el partido confesional terminó en los años 30 y la preferencia por un determinado partido de inspiración cristiana en los años 60. A estas alturas, si bien algunos sectores de la Iglesia pueden ser más sensibles a la idea de la unidad de los católicos en política, en la práctica y en la doctrina la Iglesia acepta la opción pluralista. En algunos documentos se ha referido expresamente a los "cristianos por el capitalismo" y a los "cristianos por el socialismo" o ha usado expresiones como "católicos de derecha, de centro y de izquierda". Este es un dato nuevo de la mayor importancia.

El PS está abierto a todos los cristianos. Pero recoge críticamente la experiencia de los llamados "cristianos por el socialismo" en Chile. Ellos han dado una importante contribución en las comunidades de base y en la renovación del pensamiento teológico. La teología de la liberación, en sus diversas corrientes, representa uno de los aportes culturales más importantes de América Latina. Los "cristianos por el socialismo" surgidos a

finés de los 60 han tenido también una profunda evolución, han criticado algunas de sus posiciones cargadas de un cierto milenarismo e integrismo y se han abierto hacia una opción popular, democrática y socialista que el PS valora y quisiera interpretar políticamente.

Crítica natural

No le compete al PS pronunciarse, sin embargo, sobre los debates teológicos y pastorales que se dan en el seno de la Iglesia ni hoy ni mañana. Sus miembros creyentes pueden participar en ellos. Pero al hacerlo no comprometen una opinión partidaria. Incluso es muy posible que sobre esos temas existan diversas posiciones entre ellos. Por eso nos parece negativo que la polémica eclesial se transforme en disputa política, como ocurre en algunos países centroamericanos.

Sin embargo, es natural que el PS critique las ideas políticas conservadoras y también las posiciones religiosas de esa índole que pretendan determinar actuaciones en el campo político. Algunas afirmaciones de la llamada corriente restauradora en la Iglesia Católica ponen en cuestión los presupuestos que han hecho posible la legitimidad de la opción socialista para los cristianos. Ciertamente es una actitud que rechazamos.

Otro tanto ocurre con los intentos por establecer un nexo indisoluble entre la doctrina social de la Iglesia y la opción neoliberal, las prácticas de mercado autónomo y la legitimidad de todos los mecanismos de lucro; proyecto difícil, ya que la propia doctrina social de la Iglesia se ha orientado en un sentido diverso. La última encíclica social de Juan Pablo II es importante en este sentido al reafirmar la línea de la *Populorum Progressio* de Pablo VI.

Más negativos nos parecen las actuaciones de algunas sectas protestantes fundamentalistas, provenientes de EE.UU., que

socavan los valores democráticos y predicán un tipo de religión completamente contrario a cualquier avance social. Esta nueva forma de integrismo moralizante, ajeno a nuestra realidad, es sin duda negativo.

Creyentes y no creyentes

Las nuevas condiciones creadas en Chile y en el mundo posibilitan una estrecha colaboración entre creyentes y no creyentes en favor de los grandes valores humanistas. La novedad es que esa colaboración puede darse dentro de un mismo partido. La renovación del socialismo ha hecho posible que ello ocurra dentro del PS. Con lo cual no queremos decir que sea el único lugar de encuentro posible. Pero lo importante es que por su vocación el PS está llamado a interpretar a las grandes masas populares y que ellas, con todas sus características, deben sentirse en su propia casa en el PS.

Asistimos al término de una etapa histórica de incompreensión y dogmatismo. Su costo ha sido alto y todos estamos conscientes de ello. Los socialistas queremos dar nuestro aporte a la construcción de un país libre y solidario, donde terminen las discriminaciones sociales y la explotación económica, y donde todos podamos participar en la definición del futuro.

CULTURA Y SOCIALISMO: NUESTRA PROPIA AVENTURA(*)

Eduardo Carrasco

"Nuestro partido representa en Chile el impulso histórico del verdadero socialismo y la auténtica doctrina socialista que recoge para superarlos —y no para destruirlos— todos los valores de la herencia cultural como un positivo aporte a la nueva sociedad que debe erigirse sobre el mundo capitalista en bancarrota" (Eugenio González: *Fundamentación teórica del programa del Partido Socialista*, 1947).

Durante largo tiempo, debido a múltiples condicionamientos históricos de nuestra época, lo único que se leyó de esta frase fue su última parte, la que se refiere a la nueva sociedad que deberá construirse sobre la bancarrota del mundo capitalista. Esto fue así porque parecía urgente manifestar la confianza en que el triunfo de los ideales socialistas estaba *ad portas* y porque además se había acentuado la polarización en la confrontación de clases, cargándose el propio mensaje socialista de un contenido marxista ortodoxo hoy día difícil de defender y sin lugar a dudas, muy alejado de las intenciones del redactor del texto citado.

Dejando de lado si esta doctrina escatológica deberá o no cumplirse, y sin pronunciarnos sobre el estado actual del mundo capitalista, leamos con atención la primera parte de la frase. De esta lectura extraemos las siguientes enseñanzas: primero, que al autor le parece indispensable delimitar exactamente lo que él llama el "verdadero socialismo", y segundo, que este "verdadero

* El texto es parte de un amplio documento preparado por su autor con el título de *Socialismo y cultura: vuelta al origen, la Fundamentación de Eugenio González*. Publicado en *Revista Convergencia*, núm. 15.

socialismo" hay que diferenciarlo de lo que podría ser un "falso socialismo". El primero está determinado a su vez por una "auténtica doctrina socialista" la cual por supuesto tendría que diferenciarse a su vez de otra que sería falsa.

Según el escrito, la "auténtica doctrina socialista" es aquella que recoge todos los valores de la herencia cultural. ¿Cuál es esta herencia cultural? Respondemos: la cultura misma, es decir, el saber y los valores que brotan de la reflexión autónoma del hombre sobre los problemas fundamentales de su vida y de su historia. Estos valores se asientan en la tradición histórica humanista que atraviesa los siglos y culmina en una cierta idea libertaria del hombre y de la sociedad. El verdadero socialismo se define entonces como la doctrina heredera de todos los valores culturales, la que asume esta herencia cultural y la supera sin destruirla. La superación de la herencia cultural consiste en nuestra instalación dentro de ella y en la respuesta a partir de ella sin salir de ella, respuesta que es acorde con la esencia misma de la cultura. El socialismo se presenta de este modo como el partido de la cultura, la fuerza que se asienta en la tradición de la cultura y que fiel a su impulso propio es capaz de superarla.

Lo que está en juego

Superar la cultura no es ponerse por encima de ella en un terreno que ya no sería cultural. Superar la cultura es introducirse en ella para llegar con mayor profundidad a su esencia más íntima. Superar la cultura es hacerla todavía más cultural, entregarle todavía más fuerzas para que ésta se desarrolle, e inclusive protagonizar este mismo desarrollo. Por otra parte, este desarrollo no sólo es cualitativo como hasta ahora lo hemos señalado, sino también cuantitativa, es decir, expansivo. Por este motivo se dice antes de este párrafo que leemos, que el "socialismo tiene un alcance universal, tanto por el valor humano de sus postulados

esenciales como por el hecho de que el sistema capitalista, dotado de extraordinario dinamismo expansivo, llevó sus formas de vida a todas las regiones de la tierra, suscitando en todos los pueblos parecidas necesidades".

Según esto, el capitalismo sería una fuerza que ha cumplido su rol, en cuanto el proceso de expansión cultural ha alcanzado ya la universalidad contenida en sus posibilidades. Lograr esta universalidad era la misión, por decirlo así, del régimen capitalista. La diferencia a este respecto es que el socialismo, en cuanto defiende postulados más humanistas, contiene mayores posibilidades de desarrollo de lo humano. Este desarrollo ya no se consume más en el sentido de lo puramente cuantitativo de la existencia, sino que conlleva ahora la profundización de los propósitos más importantes y decisivos de la herencia cultural. El socialismo supera al capitalismo por sus postulados humanistas y porque además camina en el sentido de la "evolución general de la sociedad".

El socialismo no se opone al capitalismo como se oponen dos fuerzas antagónicas que actuasen en sentidos simplemente opuestos; el socialismo en realidad camina en el mismo sentido del capitalismo, sólo que sus fuerzas de expansión lo llevan más lejos. En ese sentido el socialismo supera al capitalismo y lo supera precisamente porque va por su mismo camino. El camino por el que ambos van es el del desarrollo de la cultura. Este desarrollo está marcado entre otras cosas por eso que podemos todavía vagamente llamar "humanismo". En cuanto lucha por el "humanismo", la confrontación entre capitalismo y socialismo es fundamentalmente una confrontación cultural en la cual lo que está en juego son los valores humanistas.

Cada cual es hijo

Es importante que en la frase que comentamos reparemos en la expresión: "todos los valores de la herencia cultural". Esta

frase es una clara demarcación con respecto a la teoría clasista sustentada por el estalinismo, según la cual la "herencia cultural" estaría dividida según el esquema de las clases.

La clase burguesa se inscribiría en una tradición de clases explotadoras en las cuales encontraríamos a los esclavistas de la antigüedad (tiranos griegos, patricios romanos, etcétera), a los señores feudales de la Edad Media y a la nobleza del Antiguo Régimen. De todos ellos vendrían todas las taras ideológicas de una cultura cuyo fundamento sería la explotación del hombre por el hombre. Frente a este línea de evolución habría otra, la de la cultura de los desposeídos, representada actualmente por la clase obrera industrial, sector de donde vendrían todas las conquistas humanistas de las que los sustentadores de esta teoría deberían sentirse herederos. De este cuadro maniqueo surgiría la necesidad de que los partidarios consecuentes del socialismo se ubiquen claramente en la barricada de la cultura proletaria y combatan sin cuartel a la cultura burguesa.

La frase "todos los valores de la herencia cultural" significa por el contrario que aquí no debe hacerse este tipo de oposiciones. La herencia cultural es la herencia de la humanidad, no la herencia de una clase. El socialismo no rechaza los valores de la cultura burguesa, por el contrario, se ve a sí mismo como continuador de ellos. En cuanto movimiento continuador de "todos los valores de la herencia cultural" el socialismo realiza lo que que la burguesía no ha sabido o no ha podido realizar. Son los propios valores de la burguesía (libertad, igualdad, fraternidad) los que el socialismo asume como impulsor de la evolución general de la sociedad. Pero si bien la idea revolucionaria implica un cambio brusco en el desarrollo de lo humano, la historia de la humanidad no tiene rupturas, es la evolución "orgánica" de sus posibilidades y en ella no hay nada que no quede profundamente enraizado en los períodos anteriores. Estos se ligan unos con otros por leyes de necesidad, de donde la exigencia de una "solidaridad" entre ellos.

Cada cual es hijo del anterior, en él nace sus realizaciones y sus sueños, de sus fracasos provienen sus nuevos impulsos y de sus conquistas las bases en que se asientan sus posibilidades.

Una nueva construcción

En el terreno de confrontaciones que es la historia de la humanidad, las oposiciones no logran jamás derruir un terreno común de solidaridad humana, una especie de conciencia planetaria ubicada por encima de cualquier desgarramiento, que es eso que llamamos "cultura". La cultura asegura que exista propiamente una historia humana y reúne en sí los valores que el hombre como hombre va asentando en su camino. El que una época determinada realice o no sus sueños no los invalida como sueños del hombre en un momento determinado de su historia. La corrupción de los ideales genera por sí misma otros ideales, precisa la puntería, delimita más perfectamente lo que todos los hombres debieran alcanzar. Así, toda destrucción no es definitiva, le abre paso a una nueva construcción por donde transitarán los hombres de mañana. Si la historia fuera un constante recomenzar no habría ninguna posibilidad de ganancia, de memoria, de conciencia humanista. Es porque cada época pertenece en su específica manera a la cultura humana que podemos asumir nuestra propia aventura como parte de la aventura de todos los demás hombres.

Arturo Martínez, "LA CENTRAL UNITARIA VA A NACER AHI, PELEANDO POR LA DEMOCRACIA"(*)

entrevista por Fernando Echeverría

Arturo Martínez inició su vida laboral en 1964, en el sector del plástico. En 1966 pasó a trabajar en la industria gráfica, llegando a ser presidente de la Confederación Nacional de Trabajadores Gráficos (CONAGRA) en 1980. Desde este cargo contribuyó a crear el Comando Nacional de Trabajadores (CNT), del que es actualmente secretario general. Socialista, detenido y procesado en varias ocasiones por encabezar protestas y huelgas en defensa de los intereses de los trabajadores, Arturo Martínez, a los 43 años, se esfuerza hoy por forjar la Central Unitaria de Trabajadores (CUT), instrumento decisivo para su defensa permanente en la lucha por la democracia y el cambio social.

Fue en medio de su febril actividad organizativa y de educación sindical por erigir una entidad capaz de ponerse de pie y hacer frente a las centrales patronales, como la Sociedad de Fomento Fabril (SOFOFA) o la Sociedad Nacional de Agricultura (SNA), que respondió a esta entrevista.

—Arturo, ¿en qué está el proceso de constitución de la Central Unitaria de Trabajadores?

Primero, ya tenemos acuerdo en términos del reglamento por el cual participarían los delegados en el congreso constituyente. El reglamento habla de tres o cuatro cosas que tienen im-

(*) Revista *Convergencia*, núm. 13, julio 1988.

portancia. Una primera es que define para qué es el congreso constituyente: es para aprobar una declaración de principios de la Central, una plataforma de lucha, el estatuto y elegir las autoridades de la Central. El reglamento es también para decidir cómo participan los trabajadores en la Central. Es decir, primero se acuerda que no es el Comando Nacional de Trabajadores el que se transforma en Central, sino que son las confederaciones y las federaciones que hoy día están ligadas al Comando las que van a convocar y se autoconvocan para el congreso constituyente.

—¿Quiénes participan en el congreso?

Van a participar las confederaciones, las federaciones, las asociaciones y los sindicatos nacionales, de acuerdo a una tabla de delegados conforme a la cantidad de afiliados que tenga cada uno.

—Entonces, no participan todos los sindicatos del país...

Participan todos los sindicatos del país en la medida que estén reunidos en una organización de segundo grado, ya sea sindicato nacional, federación, confederación, asociación. Pero un sindicato como tal, directamente, no puede venir; salvo que ese sindicato no tenga una rama de actividad o una confederación o afiliación de sector. Ningún sindicato que pueda estar afiliado a una organización de segundo grado puede venir por sí mismo al congreso constituyente: sólo aquellos que no tengan rama ni sector de la producción a que estar afiliados. Pueden venir también los sindicatos interempresas que tengan carácter regionales, que no estén afiliados a una confederación o federación y que cuenten con un número no inferior a trescientos trabajadores. Esos son los sindicatos que pueden venir en cuanto tales.

—¿Cuándo se haría el congreso?

El congreso constituyente se hará a fines de la primera quincena de agosto. En este momento estamos conformando la comisión organizadora, la que va a hacer la convocatoria. Cuarenta y cinco días antes —a lo menos— del congreso, todas las confede-

raciones y todas las organizaciones que concurren, que están convocadas, deberían acreditar su vigencia y su número de afiliados, con un certificado que entrega la Dirección del Trabajo. Es la única forma que tenemos como para saber que legalmente existen y el número de sus afiliados. No obstante, este certificado la Dirección del Trabajo lo entrega con vigencia al 31 de diciembre; por tanto, hay muchas organizaciones que han afiliado nuevos sindicatos de esta fecha hasta acá. En este caso, la confederación que se sienta perjudicada en el número de afiliados, porque no le aparecen los que ha afiliado últimamente, puede mostrar a la comisión organizadora los certificados de los sindicatos afiliados recientemente, con su número de trabajadores y se le sumarán.

—¿Cuántos trabajadores esperan que estén representados en el congreso constituyente?

Tal cual está siendo recibida la idea de la Central, nosotros creemos que vamos a llegar a un mínimo de 290 mil trabajadores y a un máximo de 310 mil trabajadores. Esas son, más o menos, las cifras que nosotros barajamos.

—Podría decirse que es una Central pequeña...

Es pequeña en tanto el número de trabajadores sindicalizados en el país también es bajo y, además, porque hay muchos sindicatos pequeños que hoy día están muy encerrados en sí mismos y no están afiliados a una confederación, a una federación. También porque existen organizaciones de trabajadores que están ligadas a otros organismos y que podrían estar en la Central. Pero aún así, este número claramente estaría representando casi el 80% de los trabajadores sindicalizados en el país.

—Se habla de aproximadamente 400 mil trabajadores organizados en sindicatos y ustedes esperan reunir entre 290 y 310 mil...

No creo que sean 400 mil; creo que no hay más de 380 mil trabajadores organizados en el país. Esto no se puede medir por la cantidad de sindicatos. La cantidad de sindicatos es grande ya

pero hay que ver que el tamaño del sindicato ha bajado bastante y creo que no hay esa cantidad de trabajadores organizados. Es muy baja la cantidad de trabajadores organizados; sería bueno, en algún momento, saber la cantidad real. En el Comando Nacional de Trabajadores se agrupan, en este momento, diría que más del 80% de las organizaciones presentes en el país. Sin embargo, el número de trabajadores no alcanza la cifra de sindicalizados que algunos sectores dan. O sea, no hay esa cantidad.

—Siendo cierto que hay un número pequeño de trabajadores organizados sindicalmente, ¿qué esfuerzo paralelo a la constitución de la Central está haciendo el Comando para incorporar más trabajadores al movimiento sindical?

Bueno, el Comando en sí no está haciendo como estructura un esfuerzo. Lo que ocurre es que, cuando el Comando plantea la idea de la Central, las confederaciones y las federaciones, por el hecho de tener una mejor representación en la Central, se lanzan a la campañas de sindicalización. Hoy día, casi toda la gente anda tratando de formar sindicatos y crear confederaciones; o sea, el Comando ha hecho un aporte a la campaña de sindicalización con solamente lanzar la idea de que va a haber Central, porque todas las confederaciones y federaciones están tratando de crecer y, en los sectores donde no había organización de segundo grado, se están constituyendo federaciones. Entonces, el Comando claramente no está haciendo en la práctica el trabajo de sindicalización, pero al haber impulsado esta idea lanzó a todo el mundo a formar sindicatos y, en estos meses, desde enero para acá, estamos presenciando un crecimiento real en términos de la cantidad de trabajadores sindicalizados.

—Volviendo atrás. Junto al Comando ha subsistido otra organización: la Central Democrática de Trabajadores (CDT). ¿Cuál va a ser su participación en el congreso constituyente?

Ninguna. La CDT fue convocada para participar en la organización de la Central Unitaria de Trabajadores. Han respondido

con un documento bastante amplio, en donde ponen primero todas las cuestiones ideológicas y no los problemas reales que tienen los trabajadores, para manifestar después que no tienen voluntad de participar en la Central. No obstante, hemos recibido información de algunas organizaciones ligadas a la CDT que tendrían mucha disposición de participar activamente e incluso dentro de la comisión organizadora de la Central. Me refiero, por ejemplo, a la Confederación Nacional Campesina, que estuvo ligada a la CDT y ahora justamente se ha desafiliado por el deseo de estar junto a otros trabajadores en la Central. La Confederación de Trabajadores Electrometalúrgicos (CONFRENTEMA), por ejemplo, también va a tener una definición concreta a favor de la Central. En el caso de los plásticos, por ejemplo, es claramente la dirección de la Confederación del Plástico —ligada a la CDT— la que no tiene voluntad de participar en la Central, pero ya tomaron la iniciativa algunos sindicatos de la misma confederación y formaron una federación para participar en la Central. Entonces, es claro, la CDT no tenía voluntad unitaria, pero algunas organizaciones que estaban ahí, de las pocas que estaban, han mostrado voluntad unitaria. Creo que va a ocurrir un fenómeno: la CDT se va a achicar bastante, porque sus organizaciones van a venir a aumentar el número de trabajadores de la Central Unitaria.

—En la medida que la CDT no participa en el congreso constituyente, ¿ustedes sienten que se cumple el objetivo de crear una Central efectivamente unitaria?

El problema de la unidad no es una cuestión de estar todos juntos. A nosotros nos une esta Central Unitaria porque queremos estar unidos en base a objetivos concretos. Nos une la idea de fortalecer el sindicato de base, que la Central haga un aporte real a los sindicatos en su desarrollo y en su lucha permanente por mejorar las condiciones de vida de los trabajadores. O sea, que la Central busque cambiar la legislación que nos afecta hoy día, que busque rescatar la democracia para el país, porque en democracia

los trabajadores podemos tener mejores condiciones para luchar por nuestros derechos. Que busque ensanchar esa democracia, para que los trabajadores y sus familias puedan satisfacer sus necesidades básicas. Que busque ir con los cambios económicos, políticos, estructurales que necesita el país para ser una sociedad más justa y más humana. Todo aquel que esté de acuerdo con esos objetivos podrá venir a unirse a la Central. Esto es lo que nos une: podemos pensar diferente en cosas distintas, pero siempre cuando estemos unidos en esas cuestiones básicas. Creo que la gente que se queda en la CDT, en verdad puede estar de acuerdo en parte de lo que estamos planteando; pero en lo concreto, en rescatar la democracia y ensancharla, hacer una sociedad más justa y más humana para este país, creo que ahí ellos no estarían de acuerdo y por eso no quieren estar.

Lo que nos planteamos no es una central única, sino una central unitaria y la unidad se hace con base en principios concretos y no en ideologías. Lo que está dificultando que ellos vengan son los principios que tiene la Central. No se puede decir que un sector quedó fuera; se puede decir que algunos dirigentes sindicales y algunos ex dirigentes sindicales no quisieron venir, acercarse a los trabajadores que se organizan en torno a la Central Unitaria. Pero no le quita ni le pone en cantidad de trabajadores. Creo que es mejor el aporte que pueden hacer quedándose fuera que metiéndose dentro, porque claramente si hubieran venido ya estarían discutiendo un puesto en la directiva de la Central.

—Pero, entonces ¿unitaria? ¿Por qué unitaria?

Unitaria, porque nos unimos en torno a principios y a objetivos concretos; y le repito, no es única, es unitaria, porque estamos unidos en torno a las cuestiones de interés común.

—Justamente se ha acusado al Comando de tratar de revivir la Central Unica de Trabajadores (CUT)...

Esta acusación de revivir la CUT la usan todos aquellos que en realidad no les gustaría que hubiera Central. Nosotros no es-

tamos reviviendo la CUT, estamos creando una nueva organización, que recoja los legados históricos de la Federación Obrera de Chile (FOCh), de la Federación de Trabajadores de Chile (FTCh) y de la CUT, pero muy capaz de entender y reconocer los errores que se cometieron en el pasado para no volver a repetirlos, que sea capaz de adaptar la organización nacional de los trabajadores al momento político, social y económico que vive el país hoy día; y el futuro del país. No se trata de revivir la CUT. Esta es una nueva organización que se proyecta al futuro y entonces no aceptamos que se nos diga que estamos reviviendo la CUT; eso no es verdad: estamos recogiendo los legados históricos de la CUT y eso sí es cierto.

—¿Cuáles fueron los errores en el pasado y cómo se podrían evitar hoy día?

Creo que uno de los grandes errores de la CUT es que le faltó el rasgo permanente de autonomía. En algún momento la CUT pudo ser un mayor aporte al movimiento político de transformaciones que venía viviendo el país, si hubiera tenido autonomía y no se hubiese comprometido directamente con el proceso. Creo que con autonomía habríamos trabajado mucho mejor, ensanchando la base social del cambio. Pero la CUT fue pasando progresivamente de ser una organización de trabajadores a ser básicamente funcional a los objetivos políticos de los partidos. No de un partido determinado: de los partidos. Cada partido quiso aprovechar la CUT para un objetivo. No sólo uno u otros todos. Entonces, creo que le faltó autonomía frente al gobierno, le faltó autonomía frente a los partidos. Para nosotros, hay que ser mucho más sindicalista que miembro y militante de un partido y eso es lo que defendemos: es necesario entender que la organización que vamos a constituir es una organización que fundamentalmente se constituye para los trabajadores y por los trabajadores.

—Pero usted y prácticamente todos los dirigentes del Comando son militantes de partido; ¿cómo se va a salvaguardar

en adelante la autonomía, cuando cada uno milita en un partido?

Sí, efectivamente, nosotros somos la mayoría militantes de partido; y eso es bueno, porque ése es un derecho que tenemos. A veces se nos quiere excluir, como en la actual ley de partidos políticos; y ponemos de ciudadanos de segunda clase. Nosotros no aceptamos que se nos niegue el derecho de ser militantes de un partido. Pero cuando somos dirigentes sindicales, primero está el sindicato. A mí los trabajadores no me preguntan de qué partido soy para elegirme. Me preguntan qué queremos hacer, me ven actuar, eligen al que les parece mejor. Ningún trabajador vota por corrientes políticas. Nosotros, entonces, somos militantes de los partidos, pero hemos sido elegidos por los trabajadores y nos debemos primero a los trabajadores. Por lo menos en mi concepción, yo soy primero militante del movimiento sindical y después soy militante de un partido. Incluso cuando mi partido no coincide con los intereses de los trabajadores, yo coincido con los intereses de los trabajadores.

—De acuerdo como declaración de principios o declaración de intenciones. Pero si el día de mañana su partido estuviese en el gobierno y dictara políticas que desde el punto de vista de los trabajadores parecieran contrarias y el partido ordena a todos sus militantes adecuarse a esas políticas, ¿cómo se resuelve el problema?

Asumo mi postura como trabajador. Si el partido y su gobierno no están respondiendo a los verdaderos intereses de los trabajadores, yo primero soy trabajador y me pongo al lado de los trabajadores. Pero también el partido va a tener posiciones favorables a los trabajadores, en cuanto los trabajadores seamos parte del partido e impulsemos nuestra propuesta al interior del partido. Entonces, primero soy dirigente sindical, representante de los trabajadores, después soy militante y cuando el partido a mí me pudiera dar una orden, aunque eso no se usa en los partidos, por lo menos en mi partido, renuncio a esa orden, porque

primero veo si apunta o no a los intereses de los que yo represento.

—Volviendo a la Central: otra de las críticas es que se está creando como un trampolín para el Partido Comunista (PC). Se ha dicho en más de alguna ocasión.

Creo que esa es otra crítica de aquellos que no se tienen confianza. En el movimiento sindical existen los partidos, porque en el movimiento sindical existen distintas corrientes, como también hay muchos trabajadores que no tienen ninguna definición. Primero hay que reconocer eso y luego hay que reconocer que el PC existe dentro del movimiento sindical y que va a tener presencia, querámoslo o no. Y pienso que cuando uno tiene confianza en su política, cuando se siente capaz de plantear alternativas y hacerlo, no tiene por qué aislarse, estando solamente con quienes lo aplauden. Hay que ir a la confrontación de ideas. Yo no le tengo miedo a confrontar mis ideas con cualquier partido, con cualquier militante de partido alguno. Ni con los comunistas, ni con los demócratacristianos ni con ninguno, pero tengo confianza y sé que mi proposición tiene validez. Ahora, pienso que cuando uno se retira del campo sindical por no juntarse con el PC, justamente está favoreciendo la política comunista, al dejarles el terreno del movimiento sindical. Nosotros, los socialistas, en estos últimos años hemos estado creciendo en el movimiento sindical, justamente porque hemos estado ahí donde los trabajadores tienen problemas y donde están todos los partidos planteando y luchando junto con ellos. Hemos dado testimonio de consecuencia al lado de los trabajadores y los trabajadores no tienen entonces solamente una alternativa, tienen también la opción de ser socialistas.

—Pongámonos en la situación que el día de mañana el PC gana la Central y reproduce el mismo tipo de conducción del pasado, ¿qué pasa con el movimiento sindical, qué pasa con la Central Unitaria?

Si en algún momento el PC gana la Central, significa que ha tenido una mejor política que todos nosotros, primera cosa; y si la ganó es porque los trabajadores votaron por ellos y todos nosotros tenemos que aceptar ese hecho, aceptar la derrota. Y yo no me voy a retirar de esa Central, aunque la gane el PC: voy a seguir luchando. Pero seguir luchando significa rectificar errores. Entonces, no me preocupa lo que se diga, me preocupa lo que hago para que eso no sea cierto; y en este momento estoy trabajando para que nuestra representación como socialista sea buena y porque la Central sea hecha desde los trabajadores.

Si mañana el PC saca una mayoría, que la saque, pero eso va a ser producto del fracaso incluso de los que no quieren juntarse con el PC y que habrían regalado la Central. Yo estoy en esa actitud de disputar política, ideológica y sindicalmente el movimiento popular chileno, porque no se lo podemos regalar a uno u otro partido determinado, aunque se autoproclame "partido de la clase obrera" y pretenda arrogarse las ideas de izquierda. Ser izquierdista significa tener políticas concretas, específicas para el movimiento sindical, y esas políticas concretas izquierdistas no pueden ser siempre funcionales a la política de un partido determinado. Hay otras alternativas de izquierda, hay otras cosas que se pueden hacer. Aquí hay que sacar ese complejo de que, cuando usted no está de acuerdo con la política del PC, entonces no es de izquierda, no es revolucionario y es antirrevolucionario. Eso es mentira, el revolucionario es aquel que conduce lo mejor posible al movimiento sindical a sus éxitos, a sus victorias y en este país, por muchos años, al movimiento sindical no lo han conducido a la victoria, más bien a la derrota. Y cuando hemos tenido la victoria cerca, se ha cometido el error de poner la intención y los intereses de partido por sobre el movimiento sindical y hemos conocido entonces la derrota.

—Volviendo a la constitución de la Central. ¿Qué consecuencia puede tener el que se convoque a su constitución en

una fecha que probablemente esté próxima al plebiscito? ¿No cree que distrae la atención de los trabajadores, de la dirigencia sindical, frente a una tarea política de primer orden?

Habría que explicar esto de una manera distinta. Es cierto que en este país va a haber, querámoslo o no, plebiscito. Yo quiero elecciones libres, pero voy a tener que ir al plebiscito. Si nos ubicamos en el momento político que vive el país, tenemos que tener claro que necesitamos una mejor estructura para enfrentarlo. El CNT es una organización de hecho que no obliga a nadie, que no tiene estructura muy definida y que más bien es un acuerdo político-sindical de tener esa estructura. Hay que dar un paso importante y constituir una organización sindical capaz justamente de enfrentar ese momento político que se nos viene encima. Si no logramos hacer la Central antes del plebiscito y si nos imponen el fraude, es decir se nos impone el sí, claramente no tendríamos opción para hacer la Central, porque el gobierno de dictadura del general Pinochet se institucionalizaría hasta 1997 y en ese momento, entonces, puede reprimir cualquier iniciativa de organizar el movimiento sindical que no esté dentro de su marco legal. Sería muy difícil hacer una central de trabajadores fuera del marco legal que nos impongan si se consolida el fraude y se declara ganador el sí. Si por el contrario, gana el no, o se reconoce el triunfo del no, toda la gente se va a meter en las elecciones de un año después, las elecciones presidenciales, y nadie va a estar preocupado de la Central. Si pasa lo que uno cree que va a pasar, que se va a declarar ganador el sí y el no, este país se va a meter en un momento político bastante complicado. Y los trabajadores necesitamos una estructura mejor para enfrentar esos momentos para enfrentar el plebiscito o para enfrentar las elecciones que vienen después y para exigir que el nuevo gobierno que viene después cumpla, por lo menos, con lo que hemos venido pidiendo a través del pliego que hemos entregado hace algunos años, que tiene 21 puntos. Entonces se justifica hacer la Central hoy, no

después del plebiscito. Después del plebiscito va a ser muy difícil hacer Central y si el movimiento sindical no hace Central antes del plebiscito va a seguir anarquizado, dividido, desarticulado y no va a jugar ningún rol ni en el plebiscito ni después del plebiscito.

—Estando de acuerdo con ese argumento, entonces ¿cómo compatibiliza el movimiento sindical hoy día, por un lado, organizar una central y, por otro lado, trabajar para la efectiva derrota de Pinochet?

La compatibilidad es la misma que hemos venido sosteniendo desde hace algunos años respecto a la reorganización del movimiento sindical y la movilización social. Cuando decidimos hacer la Central en abril de 1986, en la primera conferencia del Comando, dijimos que la Central no significaba sacarnos de la movilización social y hemos venido haciendo movilización social. Muchas veces hemos quedado solos en la movilización social; pero hemos sido consecuentes con ese camino diseñado y hemos también venido trabajando en la Central. Hoy día la constitución de la Central no puede sacarnos de los objetivos que tenemos. La movilización y la lucha hoy día para que los trabajadores se inscriban en los registros electorales, para que los trabajadores vayan a votar por el no y seamos capaces en algún momento de salir a expresar nuestra defensa del no. O sea, estamos trabajando por la Central y estamos trabajando por las elecciones libres; estamos trabajando en la inscripción de los trabajadores en los registros electorales y estamos trabajando por el no. Muchas veces se cree que cuando se habla de la Central estamos abandonando todo lo otro. No, estamos haciendo todo junto. La Central tiene que nacer movilizándose por recuperar la democracia y lo está haciendo dentro del camino que se ha propuesto mayoritariamente el país.

—Si gana Pinochet, entonces ¿qué pasa?

Lo que decíamos es que el camino de constitución de la Central pasa hoy día por la movilización, por el camino de las

elecciones libres, que significa ganar a Pinochet en el plebiscito, que el momento político que estamos viviendo exige ir a inscribirse en los registros electorales y todo esto no es incompatible. La Central va a nacer ahí, peleando por la democracia. Va a nacer exigiendo respuesta a los problemas graves que tienen los trabajadores y va a nacer comprometida con el proceso de cambios que va a tener obligadamente que emprender el país. Es todo un conjunto de cosas el que hace necesaria la Central. No sería necesaria si no queremos recuperar nuestros derechos. No sería necesaria si no queremos jugar un rol en el proceso que va a vivir este país en democracia.

—Tú decías "peleando por recuperar la democracia"; pero hay quienes relacionan la democracia con huelgas, desorden, caos...

Bueno, la huelga, el desorden y el caos, creo que eso es retrospectivamente mirar al país para atrás en vez de a futuro. O sea, creo que aquí hay que ser muy claro. Los trabajadores hemos hecho huelgas cuando no se nos responde a nuestros derechos. Aquí en este país ha habido desorden cuando se reprime a quienes buscan respuesta a sus derechos. Y caos ha habido cuando los empresarios han logrado esconder las mercaderías para que el pueblo no tenga qué comer. Porque no me vengan a decir que es consecuencia sólo del proceso de cambio que estaba viviendo el país en el gobierno popular el problema del caos, en que había colas y todo eso. Eso es una maniobra, burda pero muy eficaz del empresariado chileno, que prefería quemar las mercaderías y bajar la producción y pagar a los trabajadores para que no produjeran con el fin de que aquí en este país hubiera caos, hubiera desabastecimiento. Entonces, no nos pueden cargar a nosotros eso. Aquí los que tienen que dar cuenta de la situación del país no son los trabajadores, no es el pueblo. Los que tienen que dar cuenta de la situación del país son aquellos que crearon las condiciones para que hubiera caos, aquellos que se la jugaron por el

golpe y aquellos que han sometido al pueblo a sangre y fuego durante todos estos años.

—Pero ustedes, en más de algún documento como Comando Nacional de Trabajadores han planteado, incluso en el petitorio de los 21 puntos, la necesidad de un salario mínimo muy por encima de lo que hay hoy en día, devolución de empresas privatizadas al sector público, en fin, un conjunto de medidas que podrían producir trastornos en la economía nacional.

Si la economía nacional no es capaz de dar respuesta a un salario mínimo que le alcance a la gente para vivir, en verdad la economía nacional no sería economía. El país tiene que responderle a sus habitantes por lo menos en sus necesidades básicas. Tenemos que hablar de un salario mínimo que dé al trabajador la posibilidad de alimentar a su familia y con once mil pesos no la alimenta. Tampoco aquí se trata de presionar por grandes cosas. Nosotros hemos dicho que tenemos aspiraciones mínimas y esas aspiraciones mínimas no estamos dispuestos a transarlas. Ni con este gobierno, ni con el gobierno que venga. Los partidos políticos que logren llegar a gobernar tienen que tener claro que a los trabajadores deben responderle por las necesidades mínimas y básicas que hemos planteado. No estamos pidiendo todo al tiro, pero tienen que tener una preocupación por los que más han sufrido en estos años.

Y con respecto a las empresas del Estado, nosotros estamos planteando claramente que no puede haber venta de empresas del Estado sin que hubiera un Parlamento que decidiera vender esas empresas del Estado. Este gobierno no tiene autoridad moral para vender las empresas del Estado. No le ha preguntado a nadie. Eso es expropiación. Eso realmente es expropiación, expropian a los chilenos el patrimonio nacional. Cuando ellos hablan de expropiación, hablan de la empresa privada, pero aquí los accionistas, los capitalistas, están expropiando al país y este go-

bierno se presta para expropiar al país. Nosotros decimos que esta cuestión tiene que resolverse, porque todos estos negociados que se han hecho en estos tiempos tienen que tener claridad y nosotros creemos que hay empresas que no pueden pasar a poder de la empresa privada porque el país necesita controlar, necesita que su economía básica sea controlada por el Estado. Cada vez que un servicio como la electricidad, como el agua, pasa a poder de la empresa privada, tiene alzas y es el pueblo el que sufre las consecuencias de esa alza. Se puede argumentar mala administración, todo lo que quieran, pero lo cierto es que inmediatamente que la empresa privada se hace cargo de la empresa de servicios en este país, las consecuencias son graves para el pueblo. Estamos pues oponiéndonos al traspaso de las empresas del Estado a los accionistas privados chilenos y extranjeros. Pensamos que cualquier decisión como éstas debe tomarse por el Parlamento y por el pueblo mayoritariamente. Ningún gobierno, por mucha fuerza que tenga en las armas, puede expropiar al país lo que es su patrimonio.

—Pero aquí entramos en un problema concreto. Ustedes han dicho que como trabajadores no transarán derechos básicos y, por lo tanto, si el gobierno no cumple, tendrán que confrontarse ya sea con éste como con otro. A su vez, probablemente los empresarios tampoco estén dispuestos a transar lo que han ganado en estos años, como es, por ejemplo, la conquista de un conjunto de empresas que eran del Estado y que hoy día son propiedad privada. Entonces, nos vamos a encontrar en una situación de democracia con dos sectores, uno de los trabajadores y, por otro lado, los empresarios; y probablemente esto genere una situación de inestabilidad en el proceso democrático.

Todo lo mal habido por los empresarios, que tengan claro que nosotros vamos a tratar de recuperarlo. Los procesos poco claros, poco limpios en el traspaso de las empresas, van a tener que ser revisados y no nos vengán a decir a nosotros que vamos

a poner en peligro la democracia, porque nosotros creemos que la democracia significa derechos. No sacamos nada con tener un gobierno constitucional elegido por el pueblo si este gobierno constitucional no es capaz de resolver el problema del empleo, no es capaz de tener un salario digno para los trabajadores y no es capaz de defender el patrimonio de todos los chilenos. Para nosotros la democracia es eso, la posibilidad de ejercer nuestros derechos; y estamos muy claros en que, si no hay voluntad en el nuevo gobierno por lo menos de discutir estos temas, conjuntamente con la legislación laboral y la cuestión previsional, vamos a tener diferencias como movimiento sindical con el nuevo gobierno. Hay que tener voluntad de resolver estos problemas. Los trabajadores hemos sido postergados y el sector empresarial ha ganado plata; son privilegiados, pero no pueden seguir ganando tanta plata a costillas del hombre de este pueblo. Y no estamos hablando de expropiación: queremos claridad, queremos transparencia, queremos respuestas a nuestros problemas. Y así como hemos luchado contra esta dictadura, vamos a luchar en cualquier gobierno democrático. ¿Que por esta razón puede venir otra dictadura? Esa es la amenaza que vamos a recibir. Pero nosotros, en verdad, no tenemos vacilaciones al respecto: mientras no se responda a nuestros derechos, vamos a seguir impulsando la lucha.

—En definitiva, si suponemos un marco democrático, si triunfa el no y es posible iniciar un proceso de transición, ¿cuáles son las principales demandas que va a plantear el movimiento sindical a ese gobierno de transición?

Hay cuatro cosas muy importantes para nosotros. Primero, queremos ver desde el punto de vista de los trabajadores, cuál va a ser la propuesta económica que para este país le dé empleo a los miles de compañeros que no lo tienen y que están trabajando en programas de emergencia. Queremos respuesta al problema del salario. Queremos saber si hay voluntad para reformar la legislación actual en términos de la negociación colectiva. Y que-

remos ver si hay voluntad para revisar la cuestión de la previsión social. Estas son cuestiones intransables para nosotros, porque a través de todos estos años hemos pagado un tremendo costo con gente desempleada, con bajos salarios, con una legislación que no permite que los trabajadores que tienen salarios alcancen conquistas, con una previsión social que le ha cargado todo el costo a los trabajadores. Entonces, éstas son las cuestiones fundamentales más urgentes.

—Pero sobre esos puntos no es necesario esperar que volvamos a la democracia para saber lo que se piensa... ¿Cuál es la respuesta de los partidos hoy día frente a estos planteamientos de los trabajadores?

Muchos partidos no han tenido respuesta, no se pronuncian y los otros hablan de temas generales. Nosotros quisiéramos una respuesta específica de los partidos hoy día que postulan a ser gobierno o coalición de gobierno con respecto a nuestro memorando que hemos pasado últimamente. En pocos meses más el país tiene que confirmar que el señor Pinochet termina como gobernante. Y asume, debe asumir, otro gobierno y ese otro gobierno estará compuesto por partidos políticos, querámoslo o no. Cuál más, cuál menos, va a estar sentado en la mesa de discusión y quisiéramos que nos respondieran con respecto a lo que hemos señalado; un salario mínimo de 26.200 pesos; un reajuste del 100% del IPC del año pasado, de 1987, el 26%; un bono de locomoción y el alza de la asignación familiar. Quisiéramos que nos respondieran sobre eso, pero no nos han respondido. Entonces, si no hay claridad sobre eso, nosotros en realidad, después de esta dictadura, vamos a tener que seguir impulsando la lucha, porque no sabemos cuál es la voluntad de los partidos. Nos gustaría que nos respondieran ahora los partidos. Sería muy bueno y clarificaría muchas cosas y a lo mejor ahorraríamos un tremendo costo peleando contra esta dictadura si supiéramos que hay voluntad de los partidos en cuanto lleguen al poder de hacerse

cargo al menos de este memorando de aspiraciones mínimas.
—¿Cómo explicas el hecho que hasta el día de hoy los partidos no se han pronunciado claramente frente a estos puntos concretos de los trabajadores? ¿Falta de voluntad política, no saben qué van a hacer cuándo sean gobierno?

Creo que hay un problema mayor, porque parece que se quisiera dar un certificado de buena conducta por parte de los partidos más a los empresarios y a las FF.AA. que a los trabajadores. A los empresarios se les dice que no les van a tocar su propiedad privada, se los trata con guante blanco y se les prometen muchas cosas para el futuro. En el fondo, se está tratando de decirles que sus intereses no van a ser tocados. Hay mucha más preocupación por darle explicaciones a los empresarios de lo que va a ser el futuro del país que a los trabajadores, que hemos sido los que hemos pagado el costo de estos años. Creo que los partidos deben preocuparse de dar respuesta hoy día a los trabajadores y no a los empresarios ni a las FF.AA. A eso atribuyo la falta de respuesta. ¿Quieren dar certificado de buena conducta para allá? Sepan que en democracia los trabajadores tenemos algo que decir, tenemos votos, somos capaces de movilizarnos de mucha mejor manera y tienen que preocuparse más del sector mayoritario, mucho más de los sectores que sufren y han sufrido las consecuencias de esta situación; y no estar preocupados de darles certificados a los que tienen y menos a los ricos y a los empresarios.

—En la prensa ha aparecido que la Central se va a llamar CUT, la misma sigla de la Central Unica. Te reitero una pregunta: ¿no es la misma CUT la que están formando, incluso con el mismo nombre?

Esa es una casualidad: le pusimos Central Unitaria y resultó la misma sigla. La CUT era la Central Unica de Trabajadores y ahora se va a llamar Central Unitaria de Trabajadores y nos da la misma sigla. Es un problema, porque aquí en este país se llaman centrales y somos trabajadores, así es que salió la misma sigla. Lo

que importa es que no se trata de reeditar la antigua CUT, porque surge de una manera distinta. Surge hoy en momentos de dictadura, tiene en su seno sectores de trabajadores que en el pasado no estuvieron, su constitución tiene un rasgo de autonomía e independencia del movimiento sindical mucho mayor y no tiene influencia alguna de sectores que quieran maniobrar dentro de la Central. Entonces es una central distinta, a pesar de que tiene la misma sigla. Ni siquiera en la elaboración de los estatutos y la declaración de principios nadie ha llegado con lo que tuvo la antigua CUT a ponerlos en la mesa. No hemos siquiera hablado nunca de reeditar la vieja CUT. Estamos conscientes que es un proceso distinto, que son condiciones distintas, la central se proyecta para jugar un rol en la sociedad de manera distinta a lo que hizo antes la CUT. No va a jugar el mismo rol protagónico dentro de lo partidario: va a buscar darle a los trabajadores presencia, espacio. Para los trabajadores va a tener tanta importancia ser dirigente de la Central como ser senador de la República, porque los trabajadores van a tener peso en esta sociedad del futuro. Quiéranlo o no, los trabajadores hemos mostrado en estos casi 15 años de dictadura que hemos sido los más consecuentes con la democracia, los que más hemos defendido y hemos luchado por la democracia y siendo así la Central va a tener un peso específico propio y va a ser también diferente a lo que fue la antigua CUT. Porque la vieja CUT tenía una política distinta, en términos que el peso de los trabajadores estaba en cuanto era representada en el Parlamento por los diputados o senadores de tal o cual partido.

—No falta quien haya dicho que la Central que van a constituir se debe a presiones de organizaciones sindicales extranjeras...

No es verdad. No hay presiones de ninguna de las organizaciones sindicales extranjeras. Si bien es cierto que el movimiento sindical chileno está ligado a las distintas corrientes que hay en el

mundo y ha recibido la solidaridad, el respaldo político de estas centrales, el movimiento sindical chileno no obedece a mandato alguno. La Central nace por una necesidad de los trabajadores en el país y desconozco que haya algún tipo de presión y ahí también se da un rasgo de autonomía. En este momento, la Central ni siquiera está pensando ni va a discutir siquiera su afiliación a alguna central internacional. No es un momento para discutir este tema. La Central va a seguir preocupada de los problemas que tenemos acá para la recuperación de la democracia y el tema del alineamiento internacional es un tema que, mientras dure la dictadura, el movimiento sindical no puede darse el lujo de ni siquiera tocarlo, ni siquiera discutirlo. Sabemos que en el interior de nuestro movimiento sindical existen diferentes corrientes y que tocar ese tema significa división. No podemos darnos el lujo de dividir nuestro movimiento sindical. Es un tema que complica y que no estamos dispuestos a poner en el debate del congreso.

—¿Es cierto que las autoridades de la Central ya estarían nombradas?

No pueden estar nombradas en cuanto no ha habido congreso, ni siquiera se conoce quiénes serán todos los presentes y las autoridades serán elegidas por voto secreto. Entonces, no se le puede leer la mente a la gente que va a ir a votar. Ni siquiera sabemos todavía quiénes van a ser los delegados de las federaciones y confederaciones. Eso es falso, absolutamente falso.

—Sin embargo, conversando con algunos dirigentes sindicales de base, han manifestado la preocupación o cierto sentimiento que la Central sería para que se legitimaran los actuales dirigentes del Comando; es decir, para que los dirigentes del Comando sigan como dirigentes sindicales y que no habría una posibilidad real de incorporación de otra gente.

Todos pueden postular a ser dirigentes de la Central, cualquier dirigente que tenga la posibilidad de venir al Congreso. De los 900 delegados que van a venir, los 900 pueden postular a ser

dirigentes de la Central. Ahora, si los dirigentes actuales del Comando sacan mayoría como para ser dirigentes de la Central, sería porque se les ha reconocido su entrega, su sacrificio en todos estos años y porque se los reconocieron los delegados; entonces, no se puede ser tan suspicaz. Aquí va a haber un proceso limpio, democrático de elección de las autoridades de la Central y eso, si da como resultado que algunos dirigentes del Comando puedan ser elegidos, sería como un reconocimiento a su entrega y su sacrificio. Pero cualquier compañero que tenga interés en postular a la dirección de la Central, puede postular; primero, a venir como delegado al congreso constituyente y, luego, presentarse como candidato, porque va a haber una lista de candidatos a la cual todos tendrán opción. Aquí se va a votar por muchos candidatos para elegir. Entonces, no se puede ser tan suspicaz, ni funcional a cierta gente que no quiere la Central. Aquí no faltan los compañeros que quieren ser más papistas que el Papa y ven en todo esto alguna trampa; pero lo cierto es que va a haber un proceso limpio de constitución de la Central.

—Pero el número de dirigentes que se elige sería el mismo de dirigentes actuales que tiene el CNT.

Bueno, en el reglamento se plantea que sean 45 dirigentes nacionales y 15 suplentes. Y en estos momentos hay 32 en el CNT. No sé si los 32 van a postular, pero lo cierto es que va a haber mucha más gente que va a postular. Creo que va a haber más de cien o a lo mejor 200 candidatos. Entonces de esos 200 candidatos la gente puede elegir. Si algún compañero piensa que van a salir elegidos los 32 que hay ahora en el Comando, igual tiene posibilidades de postular si es que desea ser elegido. Postula. Muchos compañeros de la actual directiva nacional también pueden perder; si se piensa que hay dirigentes malos, deshonestos, que son esto o lo otro, o que hay que cambiarlos, entonces no hay que votar por ellos no más...

DEVOLVER A LOS JOVENES LA CONFIANZA RECIBIDA(*)

Carolina Tohá

Cuando llega la democracia, cada sector social, quiéralo o no, reformula el rol que jugó en dictadura. En el caso de los jóvenes, esto resulta especialmente difícil, debido a la dicotomía entre activismo y pacifismo que se ha querido imponer en nuestras mentes. En las fantasías que alientan los medios de comunicación, en la versión caricaturizada de la historia que se nos enseñó y en la experiencia concreta de vivir bajo un régimen militar, se nos ha fijado la imagen de la participación juvenil como lucha estudiantil cargada de una épica bastante romántica y muchas veces belicista; de ahí se salta al individualismo, el consumo y la frivolidad como única alternativa aparente.

El cambio democrático debiera abrir formas mucho más ricas de participación, sumando a lo reivindicativo el poder de tomar decisiones y gestionarlas. Pero transformar estas consignas en hechos nos resulta complicado porque, para hacerlo, volvemos a recurrir a las vías que en otros tiempos se plantearon para una generación distinta de la nuestra.

La oposición poco ha aportado a llenar este vacío, permitiendo que se abra la posibilidad del pasotismo o la indiferencia juvenil (y menos aún los sectores oficialistas, que más bien lo buscan).

Pero las razones de fondo no radican en las culpas de unos y otros, sino en las características de la etapa de la historia que nos ha tocado vivir. La mezcla entre las mentalidades que se

(*) Publicado en Revista *Convergencia*, núm. 15.

abren, integrando ideas y la humanización de criterios que están primando en el mundo, por una parte, con el oscurantismo, la arbitrariedad y la hostilidad que hemos conocido los jóvenes en Chile, por otra, ha creado una cáscara de confusión donde parecen perderse los valores centrales y la posibilidad de un cambio del cual ser actores. Esta cáscara cubre sin embargo una profunda mutación en la mentalidad de los jóvenes chilenos y la manera de entender su propio rol, la que podrá dar su fruto cuando se despejen las vías, hoy tan atochadas, para opinar y actuar.

Nuestra confusión, que mucho tiene de poner en discusión lo presuntamente indiscutible y de atreverse a plantear los temas incómodos aún sin tener respuesta para ellos, no es sólo un factor paralizante, como pareciera, sino también una posibilidad de sintetizar desprejuiciadamente nuestras experiencias y sacar conclusiones, tanto para explicar la historia como también para proponer el futuro. Porque para alcanzarlo, es necesario que hagamos nuestro propio recorrido.

La política está hecha de sueños, proposiciones y proyectos para esos problemas que convencionalmente hemos denominado "políticos". En nuestra forma peculiar de abordarla, hemos desarrollado un tipo de práctica que constituye nuestro quehacer político. En la medida que se la codifique con referencias exclusivamente en el pasado y se vuelva impermeable a la modificación, el conjunto de la actividad política, con sus temáticas, instituciones y propuestas, se vuelve ajena y distante para una franja importante de chilenos que son jóvenes y que, por razones obvias, no han tenido participación en la definición de esas premisas.

Para que la tendencia sea la contraria, el punto de partida requerido es que el mundo político abra sus ojos y sus oídos a los sentimientos y subjetividades de los jóvenes, a sus aspiraciones que no se reducen a las necesidades, a sus temores que van más allá de la represión. Estos no necesariamente se expresan, aunque si se pueden deducir, en la constancia de problemas como la falta

de oportunidad de estudios y de acceso a un trabajo digno, o el abuso permanente de parte de las autoridades. Aunque ahí se encuentra el origen de las restricciones que superar, en su cambio no radica toda la solución: podemos tener una juventud demandante, pero no participativa; podemos construir una democracia que busque soluciones para ofrecer y que sin embargo no abra espacios para la gestión propia de las soluciones.

Para acercarse a los jóvenes, la llave está en la confianza que las nuevas instituciones sean capaces de generar. La confianza no se resuelve con un cambio de imagen ni con la mejor de las campañas publicitarias, sino con la relación verdadera que el sistema democrático proponga a cada persona y grupo social. Para los jóvenes, habrá confianza si se percibe claridad en la definición de prioridades y políticas transparentes que las sustenten; habrá confianza si se genera una actitud sincera para tratar aquellos temas delicados a los que la juventud es especialmente sensible y que suelen evadirse mediante una especie de cinismo pactado, tales como la violencia, el divorcio, el aborto, la drogadicción y la delincuencia. Pero sobre todo, se generará confianza si la nueva democracia invita, propone un lugar para los jóvenes y devuelve así, en esta medida, la confianza que los jóvenes depositan en su realización.

SALVADOR ALLENDE(*)

Marcelo Schilling

En Salvador Allende pareciera dejar de existir el dilema de la tragedia griega, entre el héroe y el coro.

Su significado fue construido por su propia pasión y talento, pero además por las luchas del movimiento obrero y popular, la cultura, la historia y las tradiciones políticas de nuestro país.

Allende no sólo sintetiza la importancia del individuo y del pueblo en la determinación de la historia. También resume en su trayectoria el período histórico nacional encuadrado en la gestación, consolidación, desarrollo y término del sistema político, democrático representativo, expresado por la Constitución de 1925 y en cuyos márgenes se abrió paso al avance económico, social, cultural e internacional del país durante cincuenta años.

Fundador del PS, fuerza política que en dos ocasiones (1932 y 1970) ha demostrado a Chile la posibilidad del socialismo, fue ministro de salud del gobierno del Frente Popular encabezado por Pedro Aguirre Cerda y gestado principalmente por radicales y socialistas para industrializar el país, extender la educación y afianzar el orden institucional democrático. En su lucha, ocupó la secretaría general del PS, de cuya dirección nacional fue varias veces integrante. Diputado, senador, candidato a presidente de la República en 1952, 1958, 1964 y 1970, presidió el Senado durante el gobierno del demócrata cristiano Eduardo Frei y, con tal investidura, simultáneamente dirigió la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), cuyo fin era estimular el apoyo internacional a las luchas nacionales por la liberación social y

(*) Publicado en *Convergencia*, núm. 10, diciembre 1986.

patriótica en nuestro subcontinente. Elegido presidente de la República en 1970, gobernó hasta el 11 de septiembre de 1973, fecha en que su muerte coincide con la de la democracia en Chile.

Salvador Allende simboliza, en la conciencia contemporánea, chilena y universal, al hombre capaz de motivar nuevas esperanzas e ilusiones, y de construir caminos y alternativas para su realización.

Su propuesta para Chile, la "vía chilena al socialismo", con "sabor a vino tinto y empanadas", de conjugación del ideal socialista con el ideal democrático, hoy forma parte de los proyectos programáticos de una importante franja de partidos y movimientos que, de acuerdo a sus particulares realidades nacionales, luchan por el socialismo y la libertad, por el término de la explotación y de la dominación del hombre por el hombre.

Ciertamente, fue su comprensión y su pasión por lo propio, así como su genio para relacionar nuestra singularidad con el sentido general del desarrollo de la humanidad, la clave de sus aciertos teóricos, políticos y organizativos, y de su proyección internacional y de futuro.

El debate teórico y político sobre el vínculo entre democracia y socialismo que ha conmovido a los revolucionarios en los últimos trece años y numerosas definiciones en la realidad contemporánea de todo el mundo, tienen su simiente o su definitivo impulso en la experiencia chilena liderada por Allende.

El 1984, de George Orwell, está entre nosotros. Su más pérfido afán intenta negar la historia y despojar a Allende de su chilenidad; precisamente al Allende que sostenía: "Consecuentes con lo que han sido nuestra historia y tradición, estamos realizando esta transformación revolucionaria profundizando el régimen democrático, respetando el pluralismo de nuestra organización política, dentro del orden legal y con los instrumentos jurídicos que el país se ha dado, no sólo manteniendo sino ampliando las libertades cívicas y sociales, individuales y colectivas".

Aunque les pese a los pretendidos reescribidores de la historia, a los privilegiados y a los poderosos, Allende y el socialismo viven y actúan para edificar una sociedad más justa, solidaria, libre e igualitaria en Chile y en el mundo.

MUJER Y SOCIALISMO

Ma. Antonieta Saa
Ma. de la Luz Silva

I. Introducción

El objetivo de este documento es plantear la relación que, a nuestro juicio, debe existir entre la mujer considerada como sujeto o actor social, es decir, desde la perspectiva de sus intereses específicos y el proyecto de sociedad que encarna el sujeto político denominado Convergencia Socialista. En primer lugar, nos referiremos a dos realidades que hacen referencia a cuestiones fundamentales en relación a la condición de la mujer: primero, la toma de conciencia masiva de su condición de oprimida por la sociedad patriarcal y, en segundo lugar, la constatación de que la contradicción de sexos no se resuelve con la revolución clasista. A continuación abordaremos el tema de la Convergencia Socialista, señalando cuál es, a nuestro juicio, la relación que debe existir entre el feminismo y el proyecto político global de la Convergencia Socialista. Los planteamientos que vienen a continuación son producto de la reflexión como feministas y, al mismo tiempo, como militantes de la revolución socialista. A este lugar, el seno de la Convergencia Socialista, llegamos en calidad de militantes "políticos" pero queremos recordar que es imposible escindirse para ser mujeres en algunas ocasiones y no serlo en otras.

II. Antecedentes Históricos

Nos permitimos una aclaración previa acerca de lo sucedido en este campo en los últimos años con el fin de que se entienda la pertinencia de nuestro planteamiento. En efecto, en las últimas

décadas se han desarrollado dos situaciones que, aunque son completamente diferentes, están marcadas por un mismo signo: el del patriarcado. Nos referimos, en primer lugar, al poderoso movimiento que las mujeres han impulsado en prácticamente todos los países del mundo capitalista desarrollado —con ecos en el Tercer Mundo— tras objetivos e intereses específicos y propios de su condición de mujer. La violenta toma de conciencia de las mujeres de que son discriminadas —al igual que los negros y otras minorías raciales— provoca el descubrimiento de una identidad común al ser mujer, una identidad que trasciende clases, fronteras y culturas y que reside, en último término, en la constatación de que, donde quiera que sea, la relación hombre-mujer estará marcada por la desigualdad. La sociedad patriarcal ha estructurado de tal manera los roles sexuales que la mujer ha quedado oprimida por siglos en beneficio del varón, situación que genera una contradicción entre ambos sexos pues la liberación de las cadenas de esta opresión ancestral implican que el hombre ceda parte del poder que, actualmente, tiene para aceptarla como un igual, con los mismos derechos y deberes. El impacto producido por estas ideas ha sido tal (especialmente en los países desarrollados), que actualmente nadie puede, responsablemente, descalificar al feminismo como carente de importancia o relevancia política.

Otro hecho que, por contraste con lo anterior, ha sido evidente, es la persistencia del patriarcado en los países del socialismo real, lo que vendría a dejar en claro que no basta con las modificaciones en la estructura productiva para resolver la contradicción de sexos. En efecto, se constata de que el socialismo, tal como ha sido realizado, no ha significado la liberación de la mujer en cuanto a su condición de tal; la opresión específica continúa. Se expresa, por ejemplo, en que aun cuando asume responsabilidades en la producción de bienes y servicios en forma compartida, no tiene igual status dentro de ese ámbito. Por ejemplo, a medida

que se sube por la escala social, especialmente en las jerarquías del poder político, encontramos cada vez menos mujeres, hasta llegar a las cúpulas donde la presencia masculina es abrumadora. Si recorremos el camino en sentido inverso, vemos que en las actividades más rechazadas por la sociedad, como es lavar ropas, fregar pisos o limpiar calles, éstas las hacen las mujeres de más edad que ya no participan en el proceso de reproducción.

Ahora bien, en lo que se refiere a la condición de la mujer en el ámbito de lo privado, vemos que existe "ayuda" para cuidar los hijos, alimentarlos, vestirlos, etc., pero, en último término, la responsabilidad es de ella, puesto que ése sigue siendo "su rol" y eso no ha cambiado. Por otra parte, cuestiones de vital importancia para la mujer como es el caso del poder de decisión acerca de políticas de población (control de la natalidad, aborto, etc.), vale decir, poder sobre su propio cuerpo, están en manos del poder político que, a su vez, como hemos dicho, está en manos masculinas. Valga la pena recordar que el decreto de Lenin sobre la abolición de la familia, luego del triunfo de los bolcheviques —cuya principal beneficiaria era la mujer— fue de muy corta vida. Stalin, a su vez, devuelve a las mujeres a sus funciones reproductivas por razones de estado. Ejemplos hay muchos, pero el hecho real es uno solo: las estructuras ancestrales del patriarcado, con su correspondiente ideología, continúan intactas y reproduciéndose ahora bajo un nuevo sistema social.

La magnitud del tema hace prácticamente imposible entrar en mayores detalles sobre la materia. Más aún, no pretendemos abordarlo sino tan sólo aclarar cuestiones que son fundamentales para entender la perspectiva feminista socialista hoy día. Pasamos, por esto, a expresar nuestro pensamiento político al respecto en su relación con el proyecto de la Convergencia Socialista.

III. Feminismo y Convergencia Socialista

Entendiendo que la Convergencia Socialista es un intento de proponer un proyecto político para la gran mayoría de los habitantes de nuestro país, debe recoger, como tal, las demandas de los sectores específicos que conforman nuestra sociedad. Dentro de estos sectores o grupos sociales está la mujer. Entendido, a nuestro juicio, la Convergencia Socialista tiene la responsabilidad, más aún, la obligación —si pretende ser un proyecto democrático— de recoger e intermediar las demandas específicas (el proyecto específico) de las mujeres. Si quiere ser fiel a su propia identidad, la Convergencia Socialista debe asumir este proyecto, independientemente de que haya o no todavía un movimiento feminista fuerte y negociador que sea capaz de exigir y ser escuchado. Debe asumir este proyecto porque si no lo hace atenta en contra de su propia identidad al no atacar la fuente misma del autoritarismo: el patriarcado.

Si la Convergencia Socialista no es capaz de asumir en toda su magnitud la problemática global —y por ende el proyecto feminista—, la mujer, en tanto que mujer, discriminada y oprimida estructuralmente, no tendría cabida allí, pues no se estaría dando una respuesta real a quienes configuran más del 50% de la población.

En efecto, creemos que la Convergencia Socialista tiene que pronunciarse, desde ya, frente a la problemática de la mujer. En primer lugar porque, en tanto que ente político, le es preciso tener una respuesta coherente frente a las demandas que hoy día están planteando las mujeres. Hoy está quedando en evidencia que hay otra realidad y otro nivel en las demandas femeninas. Por ejemplo, ¿qué tiene hoy que decir la Convergencia Socialista frente a las demandas de los grupos de mujeres golpeadas o los hogares para ellas? ¿recoge o no ese tipo de reivindicaciones? Ponemos este ejemplo porque un sí o un no estarán expresando

posiciones radicalmente diferentes y no sería cuestión de matices o casos puntuales. ¿Continuará la Convergencia Socialista con la misma ceguera que ha caracterizado a los partidos de la izquierda tradicional, que en definitiva ha significado que la mujer apoye y haya apoyado en el pasado a las posiciones políticas reaccionarias? La incapacidad de entender el comportamiento político de la mujer, su inmovilismo, por una parte y su garra y capacidad de lucha, por otra, son cuestiones que hoy día ya no son un misterio, pero que requieren una reflexión profunda, seria, abierta de criterio. Esta mitad de la población que son las mujeres necesita urgentemente que sus problemas sean asumidos políticamente en forma renovada desde ya, y la Convergencia Socialista debe decir cuál es su pensamiento al respecto. Para abordar el problema de una propuesta política que intente recoger las verdaderas demandas de las mujeres, es preciso reconocer que la mujer está oprimida por la estructura de roles sexuales del patriarcado, que esta condición traspasa las clases sociales y que es una contradicción que cruza toda la sociedad.

Es evidente que la aceptación de la premisa anterior tiene profundas implicancias en un proyecto político global. Desde el punto de vista estricto de los intereses de la mujer este punto es crucial: al sujeto histórico del proyecto socialista le cabe constituirse con su aliado estratégico, puesto que ambos proyectos son complementarios. Y es precisamente en la Convergencia Socialista donde se encuentra en gestación un proyecto político que considera que el socialismo y la democracia son aspectos indivisibles en la nueva sociedad. Sin embargo, en la medida que hoy día la Convergencia Socialista se mantenga dentro de la lógica del patriarcado, difícilmente puede transformar la utopía en realidad. Es el aporte inmensamente democratizador que la liberación femenina contiene, destronando al patriarcado tanto en la vida privada como pública y al autoritarismo que éste conlleva. Somos los dos sexos, en igualdad de condiciones, los que finalmente

podremos concurrir a construir la igualdad, la solidaridad, la democracia. Sólo considerando la contradicción de los sexos como un aspecto prioritario, esencial, que debe ser asumido integralmente, en conjunto y a un mismo nivel en que en las contradicciones de clases se le estaría asumiendo realmente la tarea liberadora de la sociedad. Algo menos que esto, constituiría de inmediato el punto de partida de una tendencia que derivaría necesariamente en subordinación y por ende a la aceptación de la fórmula patriarcal que no erradicaría el autoritarismo del seno de la sociedad. Si la Convergencia Socialista no reconoce la opresión de la mujer, su proyecto no tendría interés desde una perspectiva feminista, pero además cerraría sus puertas a los elementos constitutivos del carácter democrático del proyecto.

La Convergencia Socialista debe, por lo tanto, reconocer la opresión de la mujer y asumir la lucha de su liberación como un punto de carácter estratégico esencial y no como un movimiento más que canaliza sus demandas a través de este sujeto político. La lucha por la liberación de la mujer no es analógica a la de los jóvenes, a la de los pobladores o a la de los ecologistas. Si bien cada una de estas importantes luchas tienen su especificidad no cruzan a la sociedad en su conjunto, en todas sus relaciones —públicas y privadas— ni son, como en el caso de la contradicción sexista, condición sine qua non para el proyecto socialista de la Convergencia. Por esto, la Convergencia Socialista no tiene otra alternativa que asumir esta problemática y declarar, no sólo retóricamente, en sus principios, la justicia de la liberación de la mujer, vale decir, que luchará contra el sexismo, contra el patriarcado en sus múltiples expresiones. Sólo en esta perspectiva podrá interpretar las demandas profundas de las mujeres y al mismo tiempo será capaz de convertirse en un movimiento político con perfiles que desde hoy anuncian e intentan prefigurar la sociedad del futuro. En definitiva, constituirse en un sujeto político coherente, capaz de proponer un proyecto que efectivamente lo sea para todo el país y no sólo para la mitad de éste.

Santiago, 25 de marzo de 1983.

MUJER E IDENTIDAD POLITICA EN CHILE

Julieta Kirkwood
Marzo, 1983

A la temática y a la emergencia política del feminismo en el Chile de hoy, suele mirárselas como algo insólito, irrelevante o ajeno a las tremendas urgencias de la realidad nacional.

Esta postura parece ignorar que la conciencia feminista emergente tiene orígenes y significados sociales, culturales e históricos más profundos y menos evidentes a una simple mirada desde la ortodoxia política, y que, aún más, la no relevancia otorgada a la participación política de la mujer, estructurada o no, suele acarrear con persistencia, efectos contrarios a la alternativa del cambio democrático, como fue el caso de la movilización política de "las cacerolas vacías".

En esta presentación interesa el feminismo como movimiento político de liberación y recuperación de la identidad de la mujer, y, en cuanto tal, lo encontramos tironeado por las exigencias de dos lógicas aparentemente contradictorias: una, la lógica de la sociedad de clases; la otra, la lógica de la dominación patriarcal. La primera revierte desde la totalidad política evidenciando contradicciones objetivas en los campos políticos, económicos y sociales, en los que inescapablemente, las mujeres están incluidas. La segunda, la lógica de la dominación patriarcal, que es el reconocimiento del antagonista, o del otro término en la relación de opresión genérica, surge desde el interior del movimiento feminista, con las imprecisiones y debilidades inherentes a todos los grupos oprimidos.

Conceptualmente, para que el feminismo realmente se constituya como movimiento de liberación, debiera tener la capacidad de articular la lucha y la consecuente creación ideológica,

simultáneamente, en contra de la opresión de clases y la opresión patriarcal. La experiencia histórica concreta en Chile, respecto de todo el movimiento en sus fases sufragistas y feministas, muestra, como fin de cuentas, que en el movimiento predominó una percepción y un enfoque que privilegiaba la lógica de la dominación de clases, la que, aun cuando acarreó algunos efectos favorables, en definitiva terminó velando otras dimensiones de primera importancia.

De allí la importancia de comprender cómo la percepción de estas dos dimensiones —clase y patriarcado— se han ido constituyendo contradictoriamente en el proceso histórico del movimiento feminista en Chile. Más precisamente, interesa saber qué ha significado esta contradicción en términos de una presencia o ausencia feminista en el campo de lo político, y cómo esta dialéctica ha afectado el sentido del hacer político global. Siempre en la perspectiva de que dar luces sobre la constitución y articulación histórica de una lucha por la recuperación de su identidad y sus derechos, nos dará también luces sobre la historia del poder social, sobre sus carencias y sobre sus excesos.

Si tuviéramos que sintetizar el foco prioritario de interés de nuestra preocupación dentro del tema mujer y política, diríamos que éste pasa por el desarrollo de una idea:

¿Cómo se ha hecho, elaborado históricamente, y cómo es posible hacer, hoy, una política feminista, en consideración con las formas y las razones por la que ha sido recibida, canalizada, desvirtuada, o negada como una opción política válida? ¿Cuáles son, a la luz de la experiencia histórica, las viabilidades de la acogida, confrontación y diálogo al presente?

Ahora bien, dentro del problema planteado de por qué no se asume claramente que para la condición femenina están operando a lo menos dos lógicas de dominación, habría que buscar más específicamente:

— ¿qué incidencia tiene y ha tenido la concepción ideológica

que podríamos llamar patriarcado de izquierda en la dificultad —o imposibilidad— de que las mujeres colectivamente no asuman su reivindicación específica, en relación directa a la lucha de clases?

- ¿cómo es la percepción de la política feminista posible en las mujeres militantes de partidos de izquierda?
- ¿cómo aceptan o asumen —o no aceptan, y qué significa el rechazo— el ser definidas objetos y no sujetos de la política? y, finalmente,
- ¿por qué no se siente desde las mujeres de izquierda el derecho a asumir una lucha propia reivindicativa, no "secundarizada"?

Estas preguntas y su necesidad nos han surgido de una revisión de los problemas y vicisitudes porque ha pasado la formación de la conciencia feminista en Chile, desde los inicios de su constitución, hasta su disolución definitiva en los primeros años de la década del 50, justamente en momentos en que se lograba el voto político para la mujer.

Recuperando la historia invisible

A partir del reconocimiento de que la reflexión del presente no puede enfrentarse, por lo menos, sin tratar de superar la ignorancia del pasado y que, inversamente, todo intento, de conocimiento y explicación del pasado es absurdo si no se ha conocido, reconocido el presente en su vida-viva (Bloch) intentaremos sintetizar, con respecto del movimiento feminista chileno, tres períodos significativos:

- I. Período del primer feminismo sufragista, desde 1913 a 1935. Aparición de los primeros brotes feministas; su desarrollo en expansión desde y hacia distintas vertientes ideológicas; su posterior disolución. Podría distinguirse en él tres momentos sig-

nificativos: 1) El Ascenso: la constitución de organizaciones propias, clubes, centros de estudio y movimientos de emancipación de la mujer. En este período, la fuerza del movimiento se orienta a la consecución de derechos civiles y políticos. Aun cuando hay bastantes inquietudes sociales estructurales es posible observar una fuerte percepción de la dominación patriarcal en el análisis de todos los grupos. 2) Un momento de articulación nacional de todas las organizaciones, donde, junto con los grandes éxitos del movimiento (logro del voto político, 1949) comienza a expresarse prioritariamente el conflicto que se inscribe en la lógica de clases. Esta termina por imponerse. 3) Crisis y caída del movimiento. La primacía absoluta, en la percepción de fuertes grupos de mujeres, de la prioridad del conflicto de clases, termina por negar el progresismo de la reivindicación antipatriarcal. El feminismo es abandonado y asignado a las "demandas burguesas".

II. Un segundo período lo constituye el silencio feminista. Abarca casi treinta años. Se disuelven las organizaciones propias. Las mujeres, ahora "politizadas" acuden a los partidos. Su demanda específica pierde expresión; se confunde con la relación madre-hijo. Pasa a ser reivindicación de salud, previsión social. Las dimensiones de una reivindicación por la opresión sexual están ausentes de todo planteo político, cualquiera sea su ideología, pese a la más que relativa evidencia de la opresión y la discriminación sexual en las estadísticas sociales.

Este período corresponde también a la movilización femenina por el lado del Orden: el conservantismo político de las mujeres se hace público y militante. Culminando su expresión en el período de la Unidad Popular (70-73), en la evidencia de la tremenda fuerza de defensa del orden tradicional contenida en la "pasividad" política femenina.

III. El tercer período que nos interesa es, a partir de 1978, la emergencia de una idea, o el resurgimiento de una conciencia feminista. Se recomienza a plantear la liberación con las dimen-

siones y contradicciones señaladas y controvertidas. Hay grupos funcionando, hay algunas propuestas ideológicas y de acción; pero aún se encuentran muy envueltas en fenómenos difíciles de develar y explicar. Entre otros, y como ejemplo: a) el doble problema de la "temporalidad" y "atemporalidad" del planteo feminista, debido quizá a esa tensión no resuelta a que nos referimos más arriba.

El problema de la "temporalidad" afecta sobre todo a las nociones de participación pública política de las mujeres. El reconocimiento de la lógica patriarcal no se expresa directamente, sino utilizando el lenguaje construido en torno a las contingencias que prescribe la lógica de clases. La dimensión feminista está presente, latente, pero es disfrazada en el lenguaje público reivindicativo.

El problema de la "atemporalidad": los problemas de las mujeres parecen estar ubicados fuera del tiempo, fuera de la historia, fuera del acontecer y la contingencia política; son vagas formulaciones desconectadas de los contenidos reales de la política. Claramente puede percibirse esta atemporalidad en las revistas femeninas y, aún en las publicaciones feministas. Se habla de un tiempo desconectado, abstracto, pero que para las mujeres connota profundas resonancias.

b) el problema de la identidad. Aún luego de la toma de conciencia de la lógica patriarcal, ésta no es asumida y proyectada y transformada en herramienta de lucha; la experiencia de opresión no es "apropiada", hecha arma propia, en el sentido que postula el feminismo.

Nos preocupa en este sentido, conocer cómo es que esta forma de ser feminista —como resultado de una praxis política impuesta— está siendo afectada por la tensión creciente entre "política" y "movimiento", forma ésta que reconoce la no contradicción entre lógica de clases y patriarcal.

c) Un último problema significativo del momento, es el re-

conocimiento de la invisibilidad de la historia de la dominación patriarcal y más aún de la invisibilidad de las luchas colectivas emprendidas por las mujeres contra su opresión. Este problema afecta de modo especial, pues se tiene la impresión de tener que generar todo desde la nada histórica. Es preciso evidenciar dichos ocultamientos.

El debate feminista hoy

La necesidad de profundizar en estas ideas comienza a evidenciarse en las preocupaciones de diversos grupos de mujeres que se ven frente al momento crítico que plantea una probable apertura política. Preocupación que se expresa en preguntarse qué va a suceder con las reivindicaciones feministas que hoy se evidencia con fuerza creciente: ¿volverá a ser tragada, fagocitada la demanda por participación política de las mujeres, por la política partidaria?

En Chile, el movimiento feminista es apenas emergente, y no ha tenido aún el tiempo de teorizar, en el sentido de dar coherencia a los principios y problemas expuestos por las mujeres en su actividad práctica. Tampoco ha tenido el tiempo de elaborar estrategias en torno al problema de la autonomía, de la doble militancia, de la forma de insertarse en el campo político, de iniciar una praxis pública. El momento es delicado porque en él se está resolviendo el futuro y éste dependerá absolutamente de cómo se resuelva la cuestión de la lógica patriarcal, y la lógica de las clases.

Aunque parezca paradójico, hoy se ha hecho más evidente para muchos sectores, que el autoritarismo es algo más que problema económico y algo más que problema político; que tiene raíces y cauces profundos en toda la estructura social; que hay que cuestionar y rechazar muchos elementos y contenidos antes no considerados "políticos" por atribuidos a la vida cotidiana

privada. Se ha comenzado a decir que la familia es autoritaria; que la socialización de los niños es autoritaria y rígida en la asignación de roles sexuales; que la educación, las fábricas, las organizaciones intermedias, los partidos políticos, se hayan constituidos autoritariamente.

También se ha hecho planteo común que las "necesidades reales" sociales no pueden ser atribuidas-definidas desde fuera de los grupos que supuestamente las experimentarían; que esta "atribución" constituiría una nueva y doble enajenación.

En este sentido es explicable la preocupación feminista de hoy. ¿Serán los partidos aptos para la representación de las "necesidades" de las mujeres, reconociéndose las distancias y ambigüedades en las relaciones de cúpula, bases militantes y bases electorales, y las dificultades de la adecuación ideológica a los nuevos temas y a las nuevas exigencias que se presentan? ¿Se constituirá un espacio político donde tengan efectivamente representatividad y expresión los movimientos sociales? y por último, ¿se constituirá una instancia autónoma, política, de expresión feminista?

Obviamente, estos son temas que trascienden, con toda seguridad, al debate del quehacer político concreto y presente en nuestro país, pero constituyen la totalidad donde se inserta el movimiento feminista y, determina su significación dentro del tema de la socialización del poder y la lucha concreta contra el autoritarismo, ya bastante estructurado socialmente.

La realidad del conocimiento en los temas de la mujer y la política en Chile son casi de una absoluta ausencia y vaguedad en el análisis; los trabajos que existen apuntan a perspectivas muy específicas de análisis de la incorporación o presencia de la mujer en la educación, salud, trabajo, en la agricultura, etc.

Afortunadamente, esta situación presenta visos de revertirse si atendemos al creciente interés, dentro y fuera del movimiento feminista, por debatir y develar los significados y expresiones de

las prácticas políticas, reales y virtuales de las mujeres.

Y si esto es así, hoy, en nuestro ámbito es porque hablar de socialismo es, en fuerte medida, hablar de utopías; y hablar de utopías es formular cómo, alternativamente queremos, las mujeres, realizar la vida política.

La realización de la política es algo más que una referencia al poder del Estado, a las organizaciones institucionales, a las organizaciones de las economías y a la dialéctica del ejercicio del poder: es también, y tan fundamentalmente como lo anterior, repensar la organización de la vida cotidiana de mujeres y de hombres; es cuestionar, para negar, o a lo menos empezar a dudar de la afirmación de la necesidad vital de la existencia de dos áreas experienciales tajantemente cortadas de lo público (político) y lo privado (doméstico), que sacraliza estereotipadamente ámbitos de acción excluyentes y rígidos para hombres y mujeres.

ALLENDE ESTADISTA: ¿TEORICO DE LA REVOLUCION? (*)

Jaime Gazmuri

No cabe duda que Salvador Allende se ha convertido en la figura política más universal que ha producido Chile en su historia.

La epopeya de su muerte en La Moneda, ejercicio poco frecuente de coraje y dignidad, bastaría para asegurarle un lugar de privilegio en la galería de los latinoamericanos ilustres de este siglo.

La trascendencia de Allende, sin embargo, tiene que ver principalmente con la importancia del proceso histórico que encabezó —el del gobierno de la unidad popular—, con las esperanzas que despertó en su tiempo la posibilidad de conjugar plenamente el socialismo y la democracia, y con la conmoción de su derrota. Mal que nos pese, su antítesis —Augusto Pinochet— ha logrado simbolizar todo aquello que la civilización repudia en política.

El triunfo de la Unidad Popular en 1970 y la naturaleza del programa de transformaciones que se propuso realizar desde el gobierno sólo se pueden explicar en función de la larga historia de luchas y polémicas de la izquierda chilena —particularmente a partir de su unificación en el Frente de Acción Popular en 1957—, y de las características de la sociedad y la política chilenas en la década de los sesenta. En ese proceso Allende jugó un rol político de primera magnitud: fue el líder indiscutido de las masas que se identificaron con el proyecto histórico de la izquierda chi-

(*) Colaboración especial para el Archivo Salvador Allende.

lena por cerca de veinte años. Fue, asimismo, determinante su protagonismo durante los mil días del gobierno que presidió.

La figura y el mito de Allende tienen, pues, sólidas raíces de la que alimentarse. Toda la izquierda chilena hace suyo su patrimonio ético y político, y con razón, pues fue quien con mayor tesón batalló por su unidad. El período de su gobierno constituyó una empresa común que marcó el punto más alto alcanzado por la izquierda en su historia.

A estas alturas no es, tampoco, aventurado afirmar que la figura del presidente Allende —una vez decantadas las ásperas y dramáticas luchas en las que participó en vida— se convertirá en un patrimonio de la nación chilena, y no sólo de quienes fueron sus seguidores.

La herencia de Allende, sin embargo, tiene también un aspecto más complejo y necesariamente polémico. Porque no fue sólo un hombre de acción y un político práctico, sino también un líder con un definido pensamiento respecto de las principales cuestiones que enfrentaba la revolución chilena. Sin ser un intelectual en el sentido estrecho del término, y compartiendo muchos de los elementos de la cultura política de su partido y de la izquierda de su época, es posible afirmar que Allende elaboró una visión propia y original del proceso que le correspondió encabezar. Visión que en determinados aspectos cruciales contradecía el sentido común dominante en la izquierda, y que —mirada con la perspectiva del tiempo— demostró ser mucho más penetrante y lúcida que la de la mayoría de sus contemporáneos. Fue el caso de un indiscutido liderato político que no logró convertirse en la fuente de una hegemonía cultural respecto del movimiento que representa y que —junto con los partidos— conducía.

Durante los largos años posteriores a la derrota se ha iniciado la recuperación de este aspecto particular de su herencia: la del Allende teórico de una vía original de construcción del socialismo. Para quienes nos formamos en el clima cultural de la iz-

quierda de los sesenta, incluso hoy día la imagen de un Allende teórico nos parece desproporcionada, lindante casi en una apolegética condenable.

Sin embargo, el análisis de los textos de su madurez como político y estadista —los principales de los cuales se presentan en El Archivo Salvador Allende— abruma con la evidencia de un presidente preocupado de dar un estatuto teórico a la vía chilena al socialismo y de medirse —en este plano— tanto con la tradición marxista, cuando con muchas de las concepciones dominantes de la izquierda. Su pensamiento podrá ser compartido o confrontado, pero no eludido. Para bien o para mal se preocupó de dejarlo por escrito en textos que, como sus tres mensajes al congreso pleno o el discurso cuando asumió la presidencia de la República, por su misma naturaleza y trascendencia fueron prolijamente trabajados. Aparece en ellos en primer plano el político y el gobernante, pero es notable en todos la preocupación por fijar una línea de pensamiento sobre las cuestiones más generales y de fondo implicadas en la experiencia inédita de un gobierno como el suyo.

Jorge Arrate, discutiendo las diversas denominaciones con que se intentaba atrapar la singularidad de la experiencia chilena —vía pacífica, no armada, institucional, democrática— ha propuesto con acierto la de "vía allendista al socialismo", significando con ella la existencia de un núcleo de pensamiento original(1).

Como socialista me parece fundamental rescatar ese núcleo original del pensamiento allendista que, aunque no compartimos plenamente en los años cruciales del triunfo y la derrota de la unidad popular, es capaz de iluminar algunos de los dilemas contemporáneos del socialismo en Chile y América Latina. No se trata de sacralizar la herencia teórica de Allende, obviamente discutible y circunscrita a unos tiempos que irremisiblemente no

(1) Jorge Arrate: *La Fuerza Democrática de la Idea Socialista*.

son los nuestros. Largo y penoso ha sido el camino de superar una cultura marxista dogmática, libresca y escolástica. Ya sabemos que no existe el libro en el que se puedan desentrañar los rumbos de la historia. Se trata, simplemente, de avanzar sólidamente apoyados en la experiencia de quienes —como Allende— supieron, en su momento, mirar más largo y mejor que la mayoría de sus contemporáneos.

La revolución indispensable

El diagnóstico de los problemas principales que frenan el desarrollo de la nación y la naturaleza de las soluciones necesarias que realiza Allende, coinciden en lo fundamental con el pensamiento dominante de la izquierda de la época. El elemento propio en este plano es que obvia la discusión que enfrascó durante largos años a socialistas y comunistas, respecto de la cuestión del carácter de la revolución: o democrática nacional o socialista. En su primer mensaje como presidente al congreso pleno ya se afirma directamente que la tarea que está planteada al país es la superación del capitalismo y la construcción de un nuevo régimen social: el socialismo. Más adelante —y en otros textos— se insistirá en que la construcción del socialismo no consiste en un acto único, que supone la maduración de determinadas condiciones, pero el objetivo final está planteado desde el comienzo con claridad. La novedad de su gobierno es el carácter explícitamente revolucionario de sus objetivos desde el mismo día que se ha instalado en el poder.

El concepto de revolución de Allende tiene una nítida filiación en el marxismo clásico: es un proceso de radical sustitución del modo de producción capitalista, de construcción de un nuevo orden jurídico y estatal y de creación de una cultura nueva.

La revolución es indispensable porque la situación de atraso del país obedece a causas estructurales:

Las causas del atraso estuvieron —y están todavía— en el maridaje de las clases dominantes tradicionales con la subordinación externa y con la explotación clasista interna. Ellas lucraban con la apropiación de los excedentes producidos por los trabajadores, no dejando a estos sino un mínimo indispensable para reponer su capacidad de trabajo.

La tarea, entonces, consisten en "deshacer esta estructura constrictiva que genera un crecimiento deformado". De allí que en la visión de Allende —que en este aspecto es compartida por el conjunto de la unidad popular— la realización de profundas reformas estructurales se convierte en el objetivo prioritario del nuevo gobierno, ya que la remoción de "esta estructura constrictiva" es la condición indispensable de todo progreso.

A la distancia, impresiona la insistencia permanentemente en la necesidad de realizar cabalmente el programa de la unidad popular en ese aspecto. Ella va más allá del deseo del gobernante honesto de dar puntual cumplimiento a sus promesas electorales: constituye el núcleo de realizaciones que justifican la existencia misma del gobierno popular. Este es visto —y presentado— como radicalmente distinto de todos los que anteriormente ha tenido el país, tanto por la naturaleza revolucionaria de su programa, cuanto por la firme voluntad de realizarlo. Estas afirmaciones se reiterarán desde el día del triunfo electoral de septiembre:

"...de ninguna manera vamos a claudicar, a comerciar el programa de la Unidad Popular, que fue la bandera del primer gobierno auténticamente democrático, popular, nacional y revolucionario de la historia de Chile".

Son asimismo claras desde el comienzo las transformaciones estructurales que el nuevo gobierno se propone realizar.

"hemos triunfado para derrotar definitivamente la explotación imperialista, para terminar con los monopolios, para hacer una seria y profunda reforma agraria, para controlar el comercio de importación y exportación, para nacionalizar, en fin, el crédito, pilares todos que harán factible el progreso de Chile, creando el capital social que impulsará nuestro desarrollo".

Sobre la base de estas modificaciones sustanciales en la estructura económico-social será necesario implementar un proceso simultáneo de construcción de una nueva economía, de modo que una suceda a la otra sin solución de continuidad, edificarla conservando al máximo la capacidad productiva y técnica que conseguimos pese a las vicisitudes del subdesarrollo. Durante el transcurso del proceso se harán patentes las dificultades para realizar estos propósitos debidas en parte a las resistencias de las clases dominantes, y también a la complejidad mayor de la prevista para generar excedentes mediante meros procedimientos expropiatorios. Con todo, lo medular del programa de la Unidad Popular en el terreno socio-económico se mantendrá como un elenco central —e incontrovertible— del proyecto revolucionario. A lo más surgirá alguna discusión sobre los ritmos de aplicación de las reformas.

Pero la revolución no consiste solamente en la manera a través de la cual Chile puede crear las premisas de su desarrollo: constituye un proceso universal, una característica del mundo contemporáneo, una empresa históricamente posible y que apunta, en definitiva, a "la autosuperación de la propia condición humana, hasta ahora envilecida por la división entre privilegiados y desposeídos".

En el pensamiento de Allende están presente con gran énfasis los elementos utópicos del marxismo clásico, así como su optimismo histórico respecto de las virtualidades de progreso de la sociedad contemporánea:

"Es este un tiempo inverosímil, que provee los medios materiales para realizar las utopías más generosas del pasado. Solo nos impide realizarlas el peso de una herencia de codicias, de miedos y de tradiciones institucionales obsoletas...".

Es en la periferia del mundo capitalista desarrollado donde la revolución adquiere urgencias más gramáticas. Sin embargo se trata de un proceso universal, en el que la lucha de los pueblos atrasados contribuirá también a la liberación de los países poderosos:

"La ordenación interna de todas las sociedades bajo la hegemonía de los desposeídos, la modificación de las relaciones de intercambio internacional exigidas por los pueblos expoliados, tendrán como consecuencia no sólo liquidar la miseria y el atraso de los pobres, sino liberar a los países poderosos de su condena al despotismo. Así como la emancipación del esclavo libera al amo, así la construcción socialista con que se enfrentan los pueblos de nuestro tiempo tiene sentido tanto para las naciones desheredadas como para las privilegiadas, ya que unas y otras arrojarán las cadenas que degradan su sociedad".

El proceso que inicia en Chile la existencia de un gobierno popular se vincula, entonces, a uno mayor, que apunta a escala planetaria a la superación del capitalismo. En este sentido no es casual la alusión a la revolución de octubre que hace Allende en su primer mensaje del Congreso Pleno. Ella le sirve para una doble operación teórica y política: para destacar la profunda originalidad del proyecto socialista que se propone realizar en Chile y al mismo tiempo su parentesco con las revoluciones socialistas contemporáneas. En esta doble afirmación se encuentra, a mi juicio, la clave del internacionalismo que caracterizó el pensa-

miento y la práctica del presidente Allende.

La revolución original: la primacía de la política

Uno de los ejes de la discusión de la izquierda de los años sesenta fue el de las vías de la revolución. A la tesis de que en Chile era posible acceder al gobierno —y luego al poder— por la vía pacífica, utilizando los mecanismos y las instituciones de un estado democrático de base capitalista, se oponían aquellos que sostenían la necesidad estratégica de la vía armada. Se impuso finalmente el primer camino, sostenido en la época principalmente por Allende y los comunistas.

Sin embargo, para éste la originalidad del proceso chileno era más profunda y esencial, tenía no sólo que ver con la cuestión táctico-estratégica de la forma de acceso al poder, sino con el tipo de sociedad socialista que se pretendía construir.

Hay en Allende una ambición de carácter histórico universal: construir un nuevo modelo de socialismo en el mundo, en un país ubicado en un rincón del planeta. Esta conciencia de la naturaleza singular de la experiencia chilena va mucho más allá de la discusión del problema de las "vías nacionales", común al debate de la época del movimiento revolucionario.

Lo característico del modelo socialista de Allende es su régimen político: pluralista, democrático y libertario. Es explícita su referencia a la novedad histórica de esa empresa: "Chile es hoy la primera nación de la tierra llamada a conformar el segundo modelo de transición a la sociedad socialista".

Es también explícita su referencia respecto del aspecto central que lo diferencia del "primer modelo".

"Allí (en la Rusia del año 17) se aceptó el reto y se edificó una de las formas de construcción de la sociedad socialista que es la dictadura del proletariado".

Lo peculiar de la nueva experiencia consiste entonces, esencialmente,

en que la organización política no asumirá las formas estatales de la dictadura del proletariado. Es reiterada la afirmación de este elemento de novedad histórica respecto de toda la experiencia socialista contemporánea:

"¿Sería demasiado sostener que nosotros los chilenos tenemos en las manos antiguos y nobles anhelos de la humanidad para encontrar soluciones nunca antes contempladas?"

"...Es lo menos que se puede admitir al evaluar nuestro intento, en germen todavía, pero más promisorio que cualquier otro, de crear una sociedad socialista en democracia, pluralismo y libertad".

La concepción de Allende sobre la vía chilena entraba en contradicción con la cultura leninista predominante en los principales partidos de la izquierda chilena en la década del sesenta. Esta admitía, a lo más, el carácter singular —nacional— de la forma de acceso al poder.

En lo demás, en Chile no podrían, eludirse las "leyes de la revolución". Una de las cuales —de acuerdo a la codificación del marxismo-leninismo al uso— era la necesidad de establecer la dictadura de las nuevas clases emergentes sobre las minorías desplazadas del poder. Podrían variar las formas de esta nueva dictadura de las mayorías, pero era ineludible su necesidad histórica. Libertad, sí, pero no para los explotadores, era el consenso de la cultura dominante en la izquierda, salvo como una concesión impuesta por las circunstancias y las correlaciones de fuerzas.

La contradicción propia de la izquierda de esos años entre una práctica de permanente y consecuente lucha por afirmar y ampliar la democracia política y una teoría que no terminaba de hacer bien las cuentas con ella, en Allende estuvo enteramente ausente. Recogía una antigua tradición socialista, opacada en esos años pero no muerta, cuyo máximo exponente había sido Eugenio

González y su programa del partido de 1947.

Durante los años de su gobierno, Allende en su polémica muchas veces implícita —otras abierta— con la cultura dominante de la izquierda, se preocupó de fundamentar su visión del proceso en el pensamiento del marxismo clásico. Así, en su primer discurso como presidente en ejercicio se apoyaba en las palabras de Engels:

"Puede concebirse la evolución pacífica de la vieja sociedad hacia la nueva, en los países donde la representación popular concentra todo el poder, donde, de acuerdo con la constitución, se puede hacer lo que se desea, desde el momento en que se tiene tras de sí a la mayoría de la nación".

Sin embargo, la posibilidad de realizar una experiencia revolucionaria inédita se fundamenta básicamente en las características del desarrollo de Chile como nación y al mismo tiempo en una opción política y ética.

Allende realiza una lectura de la historia nacional en la cual rescata como un componente esencial de la personalidad histórica del país el haber resuelto los conflictos sociales y políticos por la vía de la acción política, como norma general:

"Si nos detenemos a meditar un momento y miramos hacia atrás en nuestra historia, los chilenos estamos orgullosos de haber logrado imponernos por la vía política, triunfando sobre la violencia. Esta es una noble tradición. Es una conquista imperecedera. En efecto a lo largo de nuestro permanente combate por la liberación, de la lenta y dura lucha por la igualdad y por la justicia, hemos preferido siempre resolver los conflictos sociales con los recursos de la persuasión, con la acción política".

Rechazamos, nosotros los chilenos, en lo más profundo de

cialmente, en que la organización política no asumirá las formas estatales de la dictadura del proletariado. Es reiterada la afirmación de este elemento de novedad histórica respecto de toda la experiencia socialista contemporánea:

"¿Sería demasiado sostener que nosotros los chilenos tenemos en las manos antiguos y nobles anhelos de la humanidad para encontrar soluciones nunca antes contempladas?".

"...Es lo menos que se puede admitir al evaluar nuestro intento, en germen todavía, pero más promisorio que cualquier otro, de crear una sociedad socialista en democracia, pluralismo y libertad".

La concepción de Allende sobre la vía chilena entraba en contradicción con la cultura leninista predominante en los principales partidos de la izquierda chilena en la década del sesenta. Esta admitía, a lo más, el carácter singular —nacional— de la forma de acceso al poder.

En lo demás, en Chile no podrían, eludirse las "leyes de la revolución". Una de las cuales —de acuerdo a la codificación del marxismo-leninismo al uso— era la necesidad de establecer la dictadura de las nuevas clases emergentes sobre las minorías desplazadas del poder. Podrían variar las formas de esta nueva dictadura de las mayorías, pero era ineludible su necesidad histórica. Libertad, sí, pero no para los explotadores, era el consenso de la cultura dominante en la izquierda, salvo como una concesión impuesta por las circunstancias y las correlaciones de fuerzas.

La contradicción propia de la izquierda de esos años entre una práctica de permanente y consecuente lucha por afirmar y ampliar la democracia política y una teoría que no terminaba de hacer bien las cuentas con ella, en Allende estuvo enteramente ausente. Recogía una antigua tradición socialista, opacada en esos años pero no muerta, cuyo máximo exponente había sido Eugenio

González y su programa del partido de 1947.

Durante los años de su gobierno, Allende en su polémica muchas veces implícita —otras abierta— con la cultura dominante de la izquierda, se preocupó de fundamentar su visión del proceso en el pensamiento del marxismo clásico. Así, en su primer discurso como presidente en ejercicio se apoyaba en las palabras de Engels:

"Puede concebirse la evolución pacífica de la vieja sociedad hacia la nueva, en los países donde la representación popular concentra todo el poder, donde, de acuerdo con la constitución, se puede hacer lo que se desea desde el momento en que se tiene tras de sí a la mayoría de la nación".

Sin embargo, la posibilidad de realizar una experiencia revolucionaria inédita se fundamenta básicamente en las características del desarrollo de Chile como nación y al mismo tiempo en una opción política y ética.

Allende realiza una lectura de la historia nacional en la cual rescata como un componente esencial de la personalidad histórica del país el haber resuelto los conflictos sociales y políticos por la vía de la acción política, como norma general:

"Si nos detenemos a meditar un momento y miramos hacia atrás en nuestra historia, los chilenos estamos orgullosos de haber logrado imponernos por la vía política, triunfando sobre la violencia. Esta es una noble tradición. Es una conquista imperecedera. En efecto a lo largo de nuestro permanente combate por la liberación, de la lenta y dura lucha por la igualdad y por la justicia, hemos preferido siempre resolver los conflictos sociales con los recursos de la persuasión, con la acción política".

Rechazamos, nosotros los chilenos, en lo más profundo de

nuestras conciencias las luchas fratricidas. Pero sin renunciar jamás a reivindicar los derechos del pueblo. Nuestro escudo lo dice: Por la razón o la fuerza. Pero dice primero por la razón.

No se trata de una visión idílica de la historia, no se pinta una República donde ha reinado la armonía. El énfasis es que existe una tradición mediante la cual los antagonismos y las contradicciones de clase tienden a resolverse de manera fundamentalmente política. Esta tradición, por otra parte, es esencialmente popular. "Nunca nuestro pueblo ha roto esta línea histórica... Los pocos quiebres históricos fueron siempre determinadas por las clases dominantes".

El triunfo de la Unidad Popular y la emergencia de un gobierno que se propone alterar drásticamente el orden social forma parte de un largo y complejo proceso histórico, mediante el cual se hace posible el cambio sin una ruptura institucional, en la medida que las instituciones, si bien han servido de soporte al viejo orden, contienen también la acumulación progresiva de muchas conquistas populares. Entre ellas dos se destacan por su carácter permanente las libertades políticas y el principio de legalidad. Respecto de las primeras:

"...las libertades políticas son una conquista en el penoso camino por su emancipación. Son parte de lo que hay de positivo en el período histórico que dejamos atrás. Y, por lo tanto deben permanecer..."

Se trata de fortalecer las libertades políticas, pero al mismo tiempo de asegurar las condiciones materiales de su plena realización: "Las haremos reales, tangibles y concretas, ejercitables en la medida que conquistemos la libertad económica".

La legalidad también es reivindicada como una conquista popular y como un componente esencial del nuevo régimen socialista:

"El principio de legalidad rige hoy en Chile. Ha sido impuesto tras una lucha de muchas generaciones contra el absolutismo y la arbitrariedad en el ejercicio del poder del Estado. Es una conquista irreversible mientras exista diferencia entre gobernantes y gobernados".

La afirmación del principio de legalidad se acompaña de la exigencia de una profunda transformación del régimen jurídico, de manera de adecuarlo a los procesos de cambio económico sociales.

Para Allende la posibilidad de construir un nuevo modelo de socialismo surge del pleno desarrollo de determinadas características de la evolución histórica del país, pero también de una opción de naturaleza ética y política. El objetivo de renunciar a la violencia y rescatar la supremacía de la política para la acción revolucionaria está estrechamente vinculado a la posibilidad de construir una sociedad socialista plenamente democrática:

"La guerra civil, cuando es impuesta al pueblo como única vía a la emancipación, condena a la rigidez política. La intervención foránea, en su afán de mantener a cualquier precio su dominación, hace autoritario el uso del poder. La miseria y el atraso generalizado dificultan el dinamismo de las instituciones políticas y el fortalecimiento de las organizaciones populares".

El esfuerzo en que se compromete como presidente de la República consiste en el ejercicio de una enérgica voluntad política para evitar que en Chile se den esas condiciones de manera de "alcanzar la satisfacción de las aspiraciones populares dentro de nuestras tradiciones".

Las condiciones de la vía allendista

En los textos del Allende presidente se da un permanente

contrapunto entre la certeza de que el país enfrenta un grande y hermoso desafío en términos de construir una sociedad más justa y libre, y la aguda conciencia de los inmensos obstáculos que es necesario enfrentar para ello. Domina finalmente su optimismo histórico, pero aparecen también —y cada vez con más fuerza en la medida que avanza el proceso— observaciones bastantes lúcidas sobre lo que podríamos denominar las condiciones para la viabilidad de la experiencia que encabeza. No se pretende en estas páginas un balance de ella, sino tan sólo una reflexión sobre el pensamiento de su principal protagonista. Nos parece de interés subrayar cómo Allende percibe dichas condiciones.

a) Paz civil, orden público y transformaciones revolucionarias

Es notable cómo Allende es capaz de asumir —en el terreno de las concepciones— la íntima relación entre el rechazo a la violencia como instrumento de transformación y la necesidad de que los conflictos y tensiones sociales agudos que necesariamente provocará la realización del programa de gobierno, se resuelvan mediante procedimientos políticos y en el marco institucional. Ello supone que las principales clases y actores políticos respeten las reglas del juego democrático o —al menos— que quienes intenten sobrepasarlas puedan ser políticamente aislados y sean incapaces de movilizar recursos militares de consideración. En el caso de Chile, ello suponía impedir que los sectores dispuestos al quiebre institucional pudieran contar con apoyos significativos en las fuerzas armadas.

La institucionalidad y el principio de legalidad en las nuevas condiciones creadas por la existencia de un Gobierno Popular juegan un papel fundamentalmente progresista, el Estado de la vieja sociedad no debe ser destruido sino profundamente transformado desde sí mismo, para dar origen a uno nuevo que exprese la nueva hegemonía social y política que realiza la revolu-

ción. En este cuadro las clases desplazadas tenderán a utilizar la violencia para detener el proceso y a crear una situación de guerra civil. Para el movimiento popular la tarea es frustrar ese diseño, garantizar la paz civil y realizar las transformaciones revolucionarias sin quiebre institucional:

"Régimen democrático y paz civil se implican de manera recíproca y lo que atenta contra uno atenta directamente contra el otro. Sólo en la medida que logremos mantener operantes y activos los mecanismos democráticos, podrá Chile vencer a quienes anhelan la violencia para imponer sus propósitos".

En tal situación la mantención del orden público adquiere una connotación nueva para las fuerzas de la transformación y la cultura de la izquierda:

"El gobierno ha cumplido y cumplirá su deber de preservar el orden público, al mismo tiempo que impulsa la transformación de la sociedad. Contrariamente a lo que ocurría en el pasado, el orden público ha dejado de estar al servicio del orden capitalista y es hoy un factor coadyuvante del avance del proceso revolucionario".

No es necesario recalcar los elementos de novedad de esta concepción sobre el rol de un Estado democrático, con un grado importante de desarrollo como el chileno, en el proceso de sustitución del capitalismo respecto de la ortodoxia leninista sobre el particular.

b) Un sistema institucional flexible

Sin perjuicio de las afirmaciones anotadas en el párrafo precedente para Allende es, también, claro que el marco institucional

y el ordenamiento estatal heredados del capitalismo son incapaces de contener las nuevas relaciones económicas, culturales y de poder que se van gestando en el proceso revolucionario. La defensa que hace del principio de legalidad no se confunde con una visión estática ni conservadora de la institucionalidad vigente:

"...al mismo tiempo es necesario adecuar las instituciones políticas a la nueva realidad. Por eso, en el momento oportuno someteremos a la voluntad soberana del pueblo la necesidad de reemplazar la actual Constitución, de fundamento liberal, por una Constitución de orientación socialista".

Para que ello sea posible resulta fundamental que las instituciones no se conviertan en un obstáculo para las transformaciones que van madurando en la sociedad. Para Allende ello es posible:

"Por mi parte declaro, señores miembros del Congreso Nacional, que fundándose esta institución en el voto popular, nada en su naturaleza misma le impide renovarse para convertirse en el parlamento del pueblo. Y afirmo que las Fuerzas Armadas chilenas y el Cuerpo de Carabineros, guardando fidelidad a su deber y a su tradición de no interferir en el proceso político, serán el respaldo de una ordenación social que corresponda a la voluntad expresada en los términos que la Constitución establezca".

Si la naturaleza del sistema institucional no impide su propia transformación, el problema se traslada al terreno directamente político y a la actitud que asuman las diversas fuerzas frente al proceso en marcha. Es la apelación que realiza el Presidente a las fuerzas representadas en el Congreso:

"nuestro sistema legal debe ser modificado. De allí la gran responsabilidad de las cámaras en la hora presente... Del realismo del Congreso depende, en gran medida, que

a la legalidad capitalista suceda la legalidad socialista conforme a las transformaciones socioeconómicas que estamos implantando, sin que una fractura violenta de la juridicidad abra las puertas a arbitrariedades y excesos que, responsablemente, queremos evitar".

No existe, sin embargo, ni en Allende ni en la Unidad Popular una estrategia clara para conquistar una mayoría en el parlamento. Se asume que el proceso revolucionario descansa en el apoyo de los partidos de la coalición popular y se apela a que la democracia cristiana realice una oposición responsable y sea consecuente con sus postulados programáticos de 1970. La estrategia implícita era el crecimiento sostenido de los partidos de izquierda en función de las realizaciones del gobierno y el acuerdo puntual con el centro para determinados aspectos del programa, objetivos difíciles dada la tendencia del sistema de partidos políticos a mantener sus bases sociales de sustentación.

c) Organización popular, participación y poder de los trabajadores.

Para Allende el desarrollo de la democracia va mucho más allá de garantizar las libertades políticas y las reglas del juego de la democracia representativa. Estas no se niegan, al contrario se les atribuye —como hemos visto— el valor de una conquista permanente y de componentes esenciales del orden político socialista al que se aspira.

El objetivo consiste, entonces, en sumar el pleno ejercicio de los derechos sociales a los políticos; en desarrollar la democracia económica y en crear múltiples canales de participación del pueblo —y en particular de los trabajadores— para la gestión y dirección de la vida social. En esta concepción la revolución no es un proceso que se realice, fundamentalmente, desde arriba —desde las alturas del Estado— sino supone una creciente y múltiple partici-

pación de los ciudadanos en la gestión del poder. Se advierte, en este aspecto, la recuperación plena de la utopía de la autogestión de la sociedad tan presente en la tradición marxista original.

La democratización del mundo del trabajo y de la vida económica adquiere en esta visión una importancia primordial:

"La auténtica democracia exige la permanente presencia y participación del ciudadano en los asuntos comunes, la vivencia directa e inmediata de la problemática social de la que es sujeto, que no puede limitarse a la entrega periódica de un mandato representativo. La democracia se vive, no se delega. Hacer vivir la democracia significa imponer las libertades sociales".

Refiriéndose a la nueva realidad que se iba creando en el sector estatizado de la economía e insistiendo que no se trataba solamente de cambiar las relaciones de propiedad sino de la organización y gestión de la producción, en 1972 Allende decía:

"De ese modo la mina, la fábrica, la oficina, la empresa agrícola comercial, irán perdiendo el aspecto inhumano, orientado exclusivamente hacia la búsqueda de ganancias que les confirió la sociedad capitalista, para adquirir la fisonomía de instituciones sociales que anticipen el carácter socialista de la futura sociedad chilena, al volcar sus preocupaciones tanto a la producción y a la productividad, como a llenar las necesidades existenciales de belleza y felicidad de los trabajadores".

Desde el gobierno se promueve la participación popular en todos los ámbitos de la vida social y estatal, a través de múltiples organizaciones: consejos comunales campesinos, juntas de abastecimientos y precios en barrios y poblaciones en diversas estructuras de la administración. El movimiento sindical, asimismo, es

un interlocutor privilegiado en la formulación de las políticas económicas y sociales.

Es claro que este proceso recogía una rica tradición de organización popular desarrollada durante decenios. Lo nuevo era que desde el poder del estado era alentada como un aspecto esencial de su proyecto político. Detrás de este aliento se percibe la fuerza de una concepción socialista libertaria:

"La actividad humana conforma un todo, aunque aparezcan fragmentadas sus manifestaciones concretas. Nuestros conciudadanos deben asumir responsabilidades directas en la toma de decisiones tanto en sus centros de residencia, como en sus centros de trabajo, y en la comunidad nacional".

d) La mantención del nivel de la actividad productiva

Una preocupación central del Allende gobernante es compatibilizar las profundas transformaciones estructurales que su gobierno se propone realizar con la mantención y la ampliación de los niveles de producción y productividad ya alcanzados en la economía. Existe la profunda intuición que la vía elegida para la construcción del socialismo supone evitar también quiebres abruptos en los procesos productivos, y que, al mismo tiempo, que las tensiones sociales tienden a expresarse inevitablemente en la economía. A estas certezas iniciales se suma, luego, la evidencia de que las clases amenazadas por el proceso, como también el gobierno norteamericano, han resuelto convertir el terreno económico en uno de los principales escenarios de la lucha política en curso. Este dato no hace sino reforzar la idea de que existe una estrecha vinculación entre las singularidades políticas de la vía chilena al socialismo, con aquellas que es necesario asegurar en el plano económico:

"El modelo político que mi gobierno está siguiendo para encaminarse al socialismo exige que la revolución socio-económica tenga lugar simultáneamente con la expansión económica ininterrumpida. Esta es una empresa de duras proporciones. Si no somos capaces de llevarla a cabo, el proceso revolucionario proseguirá su curso a través de medios más inciertos y mucho más costosos que los actuales como demuestra elocuentemente la experiencia histórica de las revoluciones en el resto del mundo".

Es conocida la estrategia general seguida en este aspecto por el gobierno. Se pretendió realizar en un plazo relativamente corto, la expropiación de la gran minería, de la banca, de la industria monopólica y del latifundio con el objeto de crear una área de propiedad social dominante capaz de servir de base a una economía planificada democráticamente y generar los excedentes fundamentales para asegurar el desarrollo, y simultáneamente garantizar el pleno funcionamiento de una extensa área privada —subordinada a la anterior— de manera de aprovechar integralmente los recursos productivos de la nación.

En la base de esta estrategia estaba el propósito de romper la subordinación económica —y también política— de los sectores medios y pequeños de la burguesía productiva y comercial respecto de los sectores monopólicos y del capital transnacional. En esta perspectiva Allende hacía la poco ortodoxa afirmación de que:

"la superación del capitalismo y la transición al socialismo, de acuerdo con nuestro camino requiere la presencia y el aporte de la capacidad empresarial de un área activa de medianos y pequeños productores".

e) La preservación de la soberanía nacional

Para Allende la instauración de un gobierno como el que

presidía significaba también una modificación sustancial de la ubicación internacional del país. La ruptura de la dependencia económica y política respecto de los Estados Unidos era un objetivo explícito y declarado desde el comienzo del nuevo régimen. Las evidencias de animosidad del gobierno norteamericano respecto de la experiencia que se iniciaba en Chile se hicieron presentes, asimismo, antes de que este entrara formalmente en funciones. Su política internacional partía de la premisa de que era fundamental evitar el aislamiento del país, proyectar la legitimidad institucional del nuevo gobierno en los diversos organismos de la comunidad mundial, afirmar la inserción de Chile en América Latina, seguir una política de no alineamiento activo y multiplicar las vinculaciones económicas, políticas y culturales mediante el restablecimiento pleno de relaciones con todos los países socialistas y la mantención y ampliación de las existentes con Europa Occidental. Tanto las condiciones de Chile, cuando las opciones políticas del nuevo gobierno no significaban que su traducción en el terreno internacional consistiera en un simple cambio de campo: del capitalista al socialista. En este plano la vía chilena suponía afirmar el carácter latinoamericanista, no alineada y tercermundista de su política internacional. La legitimidad interna del gobierno lo llevaba a afirmar su soberanía en el terreno del derecho internacional.

En la medida que crecía el cerco económico, diplomático y político de los Estados Unidos crece la apelación a la solidaridad de los sectores progresistas del mundo y la conciencia de que en Chile están en juego valores que interesan vitalmente al conjunto de las fuerzas antiimperialistas:

"El mundo ve en nosotros la realización simultánea de algunas de las más trascendentales aspiraciones que interesan a la civilización actual: la lucha de un pueblo por su dignidad, por liberarse del dominio capitalista ex-

tranjero, por acabar con la opresión social de la clase dominante, por avanzar hacia el socialismo con libertades pluralistas y tolerancias de ideas y credos...

En diversos países, no sólo de América Latina, sino también de Europa, estamos presentes en el debate político interno. En ellos, las principales fuerzas en pugna, capitalistas y socialistas, nos toman como un punto de referencia. Los movimientos populares para defendernos y recoger la experiencia de la clase trabajadora chilena; los capitalistas, para detractarnos y lograr su orden social, exagerando las dificultades inherentes a un país subdesarrollado y dependiente que lucha por su liberación".

¿REVOLUCION EN LA REVOLUCION? LA COMUNA DE POLONIA(*)

Marcelo Schilling

Los grandes estallidos sociales aparentan tener su origen en incidentes inmediatos y de "poca monta".

Polonia 1980 no escapó a esta especie de norma. El primer grito que se escuchó en los astilleros Lenin y Comuna de París en Gdansk, cuya huelga terminaría por investir de rasgos políticos y de carácter nacional al movimiento económico reivindicacionista y focalizado que se desarrollaba desde julio de 1980 en el país, fue: "¡Anna! ¡Reintegrad a Anna!". Se exigía así a la dirección del astillero Lenin que Anna Walentynowicz (la libertad parece tener nombre de mujer), antigua y prestigiada luchadora obrera "no oficialista", fuera reincorporada a su trabajo, junto a otros dos de sus camaradas. Poco antes, Anna había sido despedida bajo la acusación de "agitadora". Sin embargo, la Walentynowicz, miembro del comité de huelga en Gdansk 1970 y distribuidora del periódico ilegal *Robotnik* (El obrero) no era más que el detonante de un conflicto mayor, de más remotos antecedentes y vastas proyecciones.

¿Dónde y qué buscar?

¿En las "lagunas" de la teoría de Marx?, ¿o de Lenin? Es el camino sugerido por aquéllos que ponen en duda la existencia de una teoría política y, o del Estado en Marx, Lenin y sus continuadores.

(*) *Convergencia* mayo/julio 1981.

Marx, como crítico de un estudio preciso del capitalismo y testigo de la experiencia de la Comuna de París, y Lenin, en tanto crítico de otro período de su desarrollo y orientador principal de la primera revolución anticapitalista, concluyeron en la necesidad de todo un período histórico para la transición a la sociedad sin clases. Ambos la definen necesaria por cuanto estiman que, aún cuando conquistado el poder por la clase obrera, persiste la lucha de clases. Por lo mismo, postulan que transitoriamente se precisa organizar la nueva dominación, que eliminará toda dominación, en un Estado de dictadura del proletariado.

Producida su teoría revolucionaria en condiciones históricas concretas no podían, Lenin y Marx, sino dejar "lagunas" en sus formulaciones sobre teoría política y del Estado para la organización de la nueva dominación transitoria. Desconociendo la duración del período de tránsito y aún errando en el vaticinio al respecto, así como desconociendo los condicionamientos y la dinámica concreta que anima la transición, mal podían elaborar con base científica una teoría política y del Estado acabada para dicho período.

Ello no obstante, ambos propusieron medidas tendientes a eliminar las diferencias entre dirigentes y dirigidos en el Estado de transición. Para Marx estas medidas eran las de la Comuna (en particular, salario funcionario igual al salario obrero, elegibilidad y revocabilidad de todos los mandatos, el pueblo en armas). Para Lenin eran las propuestas de limitar el poder de la naciente burocracia soviética, sobre cuya peligrosidad alertaba en el documento conocido como su testamento político. En consecuencia, tal vez podamos "disculpar" a Marx y Lenin de los sucesos que actualmente conmueven al movimiento revolucionario mundial: Polonia 1980-1981; el exilio masivo de cubanos al "paraíso" estadounidense en 1980; la guerra chino-vietnamita; Cambodia; Checoeslovaquia 68; Hungría 56; y bastantes más.

Si no es en las "lagunas" de la teoría revolucionaria donde

resulta acertado hurgar para descubrir las causas de la situación actual de Polonia y, en general, del "socialismo realmente existente", podría resultar recomendable investigar en las condiciones históricas específicas y en la dinámica concreta que anima el desenvolvimiento de las sociedades generadas a partir de las revoluciones anticapitalistas triunfantes.

Retraso y coexistencia

Tal vez sea en la cuestión de la apropiación del patrimonio científico cultural de la humanidad, resultante del desarrollo de las fuerzas productivas, por el proletariado y los explotados en general, y en lo lato del período de coexistencia entre los regímenes de transición y el imperialismo, donde se pueda encontrar las claves explicativas de la situación polaca actual.

El primer problema está en la base del surgimiento de la burocracia como fuerza social y política dirigente en la transición, en tanto este conglomerado social proporciona la intermediación necesaria para la superación de la contradicción entre teoría y movimiento. El carácter inicialmente progresista de este grupo político social no puede desconocerse por el hecho de terminar convirtiéndose en una nueva clase dominante que tiende a reproducir y perpetuar su condición de privilegio.

Sin embargo, la realidad demostró que las revoluciones anticapitalistas, en vez de dar lugar a un proceso más o menos acelerado de eliminación de las diferencias entre dominados y dominadores, vieron cristalizar una nueva forma de dominación, ejercida por la burocracia político-tecnocrática a través del partido y del Estado. De ahí que subsistan los "políticos" y los "no políticos", y la "política" como negocio exclusivo de los primeros en los países del "socialismo realmente existente" (Jrushov, por ejemplo, enterado del compromiso del filósofo marxista Georg Lukács con los insurrectos de Budapest, Hungría, en 1956, suspiraba no sin

indignación: "¿Qué necesidad tenía él de ocuparse de política?"). La cuestión de la coexistencia prolongada entre los regímenes de transición al socialismo y el capitalismo, condujo a la incorporación, por los primeros, de criterios de macropolítica o geopolítica en sus diseños de estrategia interna y exterior. El privilegio de estos criterios ha redundado en la imposibilidad de conciliar el carácter obligatoriamente nacional de cada revolución, con el sentido universal del socialismo y de la lucha contra el imperialismo, de tal modo que nacionalismo e internacionalismo se correlacionen armónicamente. Esto es, que la integración internacionalista de los países en transición al socialismo se lleve a cabo en términos de respeto, equidad e igualdad.

Nacionalismo polaco y geopolítica soviética

En el trasfondo del conflicto actual ¡y con qué fuerza!, está el asunto del nacionalismo polaco, sentimiento exacerbado por las vicisitudes históricas que atravesó el pueblo polaco desde 1697 en adelante. Al respecto baste recordar que entre 1697 y 1917, Francia, Austria, Prusia, Alemania y Rusia invadieron, dividieron y se repartieron en varias ocasiones a Polonia.

La URSS, ya como tal, no fue ajena al martirio de la nación polaca. En 1920 los polacos detienen al Ejército Rojo frente a Varsovia; el pacto Molotov-Von Ribentrop, de 1939, prevé en sus cláusulas secretas la partición de Polonia, y en ese mismo año Hitler se anexa las provincias occidentales de aquélla y la URSS de Stalin sus provincias orientales. Junto con esto, Stalin decreta la disolución de todos los partidos políticos polacos, incluido el comunista. Miles de socialistas, socialdemócratas y agraristas son arrestados, y deportados a la URSS. Parte importante desaparecen o son ejecutados (como Erlich y Alter, líderes del Partido Obrero Judío-BUND, que concurría a la fundación del POSDR) por "actividades antisoviéticas". Los mismos comunistas polacos —

como Gomulka, por ejemplo— no fueron inmunes a acciones positivas de los soviéticos, en la medida que interpretaban las reivindicaciones nacionalistas de su pueblo. Los sucesos del bosque de Katyn, donde fueron encontrados 4 mil cadáveres de oficiales y suboficiales polacos, supuestamente asesinados por orden de Stalin o Beria, y de la insurrección antinazi de Varsovia el 1º de agosto de 1944, sangrientamente sofocada por el invasor nazi ante la inmovilidad del Ejército Rojo que ocupaba el barrio Praga de la ciudad, sellarán el antisovietismo del pueblo polaco.

La decisión soviética de sacrificar la insurrección de Varsovia en agosto de 1944 obedeció al hecho que ésta fue lanzada por el "gobierno de Londres", que se proponía restaurar el capitalismo y la democracia burguesa en Polonia, así como enfrentar el "peligro soviético", mientras que a la URSS le interesaba fortalecer al "gobierno de Lublin", hegemonizado por el Partido Obrero Polaco (POP), el Movimiento de los Socialistas de Izquierda y el Ejército del Pueblo; y partidario de la implantación del socialismo en Polonia. En perspectiva histórica, esa decisión geopolítica costaría caro a la URSS y a los propios comunistas polacos, desde que éstos comenzaron a ser vistos por sus compatriotas como agentes soviéticos en el país.

Algo similar ocurriría con la disposición de Stalin de proscribir incluso los partidos socialistas y comunistas. Esta determinación se fundó en que dichos partidos, contrariando lo acordado entre Molotov y Von Ribentrop, no se resignaban a cruzarse de brazos frente a la anexión de Polonia occidental por los alemanes. La resistencia en el terreno cuyo dominio fue concedido a Hitler era un atentado contra el pacto germano soviético y, en última instancia, era resistirse a la defensa de la "patria del socialismo". El decreto de Stalin conduce a la reorganización de los comunistas como POP, bajo la conducción de Gomulka y hasta en contra de la diplomacia soviética, lo cual explica en mucho la solidaridad de Gomulka para con la Yugoslavia de Tito y el fervor naciona-

lista del POP en general.

Tradición autónoma

El socialismo en Polonia cuenta con una larga tradición de lucha, existencia y elaboración teórica autónoma. Buen testimonio de ello es la figura de Rosa Luxemburgo, sus análisis sobre la revolución y la cuestión nacional polaca, y sus polémicas con Lenin; cuestión, esta última, inadmisibles para la URSS de Stalin por cuanto la teoría de Lenin ya había sido codificada como "leninismo" y erigida en alfa y omega de la revolución. La herencia luxemburguiana del primero PC, luego POP y finalmente POUP, siempre sería motivo para la desconfianza del PCUS respecto de los comunistas polacos.

Mucho mito existe en relación a como consiguieron los comunistas de las democracias populares hacerse del poder. Simplonamente se suele atribuir el hecho al papel protagónico de la URSS y el Ejército Rojo. Si bien es cierto que el apoyo soviético fue determinante para resolver la cuestión del poder favorablemente a los comunistas, no es menos verídico que éstos, las más de las veces, hubieron de emprender su camino contradiciendo las consideraciones de macropolítica de la URSS.

Especialmente en el caso polaco, los comunistas pudieron triunfar no sólo gracias a su coherencia programática y orgánica, sino también —y fundamentalmente— debido al arraigado y extendido "sentimiento socialista" de las masas populares polacas, que las llevaba a respaldar el programa de socialización de los medios de producción, reforma agraria, depuración del Estado y participación democrática, postulado por los comunistas. Estos aparecían como el partido de la renovación y de la unidad nacional, del no compromiso ni con los antiguos privilegiados, ni con el ocupante nazi (esto pese al pacto Molotov-Von Ribentrop, por cuanto el POP fue un eficaz y duro resistente antifascista cuya

labor de sabotaje en la retaguardia alemana contribuyó decisivamente a la desarticulación de la logística de las tropas nazis del "frente oriental"). Sin embargo, los comunistas no hubieran resultado victoriosos sin asumir la tradición nacionalista del pueblo polaco y sin ponerse al frente de ella, impulsándola.

Nacionalismo sometido

La imagen de los obreros orando multitudinariamente en los patios de los astilleros de Gdansk, en agosto de 1980, ha recordado a la opinión pública mundial que en Polonia existen comunistas católicos. Pero, esa visión no recordó que también hay, y muchos, comunistas polacos... ¡nacionalistas! Uno de ellos, y por hablar ya sólo de "comunistas en el poder", es Gomulka.

El POP, con Gomulka como primer secretario, y sus partidos aliados, impulsaron eficazmente la reconstrucción de Polonia. Inicialmente, la nacionalización de la industria no fue motivo de conflictos mayores debido a que gran parte de los empresarios expropiados eran alemanes. La reforma agraria, con la expansión de las fronteras polacas hacia el este como producto de los acuerdos de Yalta, realizó un rápido y masivo reparto de tierras entre los campesinos. El nivel de vida de los polacos mejoró sensiblemente. Sin embargo, el POP no lanzó la colectivización forzosa del agro y las aristas nacionalistas de la política exterior de la Polonia socialista se mantuvieron. La Yugoslavia de Tito, que intentaba ser aislada por Stalin, se benefició de la amistad del POP y de Gomulka.

Además, Polonia se interesa en el Plan Marshall. La presión soviética intenta doblegar estas actitudes y ante la inminencia de la participación de los polacos en la reunión convocada en París para explicar el exacto alcance de las propuestas del Plan Marshall, la radio de Moscú informa, sin consulta a los afectados, que polacos y checos "no quieren" participar en dicho Plan pues éste es

una trampa tendiente a aislar a la URSS. Los polacos, finalmente, se subordinan a Moscú.

La URSS, para contrarrestar los "cantos de la sirena" del Plan Marshall, organiza la reunión secreta de Wroclaw, entre el 22 y 27 de septiembre de 1947. Concurren los partidos comunistas en el poder y algunos partidos comunistas de países capitalistas, como el francés e italiano. Ahí se gesta la Kominform, base del frente único entre las democracias populares y la URSS, y principal instrumento de la "bolchevización" de los partidos comunistas y de la generalización del modelo soviético de planificación, y organización estatal en las repúblicas populares. En 1948, Gomulka, ya como secretario del POUP —partido único— será criticado duramente, acusado de oponerse a la colectivización de la agricultura, de "desviacionismo", "derechismo", "nacionalismo" y, finalmente, de "titismo", pecado éste que pasará a ser sancionado con la excomunión. Gomulka y sus partidarios son expulsados del POUP, a lo cual sigue una purga que afectará a cerca del 30% de los militantes comunistas entre junio de 1948 y octubre de 1951. Es la época de los grandes procesos de Stalin. En Budapest, el 22 de septiembre de 1949, Rjak es procesado e inculcado. Entre el 7 y el 14 de diciembre del mismo año, en Sofía, se abre el proceso a Kostov quien se resiste al ritual de la autoinculpación. En Polonia, no hay proceso a Gomulka, pero en noviembre de 1949 el mariscal Rokossowski —soviético de origen polaco— es designado ministro de defensa y comandante en jefe del ejército, lo cual ilustra los alcances en la memoria popular de la liquidación del PC en 1938, del bosque Katyn, del pacto Molotov-Von Ribentrop, de Varsovia abandonada en agosto de 1944, de la invasión soviética consiguiente y de la exclusión de Gomulka del ejército y el POUP.

En 1951 Gomulka es arrestado, pero no procesado, aunque en el proceso a Slansky, en Praga, se le sindicaba como uno de los grandes traidores puestos en evidencia por la contrainteligencia

socialista. En cambio, un grupo de excolaboradores de Gomulka es procesado a partir del 30 de julio de 1951, fecha exacta del arresto de este último.

Muerte de Stalin

El 6 de marzo de 1953, el comité central del PCUS informa de la muerte de Stalin. En el PCUS se forman tres corrientes que aspiran al poder: la de Molotov, partidaria de sostener el modelo estalinista sin reformas; la de Malenkov, favorable a las reformas económicas de fondo y a cierta liberalización; y la de Jrushov, que postula la desestalinización dirigida por el Estado bajo la conducción del partido. Estas tendencias se reeditarán, casi calcaadas, pero con otros nombres, en los partidos en el poder de las democracias populares.

La pugna por el poder en el PCUS se resuelve en favor de Jrushov y éste, en febrero de 1956, durante el XX Congreso del partido, denuncia el "culto a la personalidad" de Stalin dando comienzo al proceso dirigido de "desestalinización" del socialismo. Será a través de la brecha de la lucha de tendencias abierta en el POUP por la "desestalinización" que irrumpirá, en octubre de 1956, el movimiento obrero y popular polaco exigiendo la "democracia socialista" para lo cual crea de facto los consejos de autogestión obrera. El crecimiento desmedido de la burocracia, la política económica agropecuaria y las ofensas al sentimiento nacional de los polacos, conjugados, fueron caldo de cultivo propicio al descontento que hace explosión en 1956 y que arrojaría un balance de 58 muertos entre los insurrectos.

Gomulka, aún encarcelado al inicio de estos sucesos, era por completo ajeno a la lucha de tendencias dentro del POUP. Sin embargo, contaba con su origen campesino, su imagen nacionalista, su calidad de fundador del POUP, y sus rasgos de líder populista para irrumpir en la contienda. Liberado, no es reincor-

porado al POUP. Pese a esto lanza su programa, en muchos aspectos inaceptable para los soviéticos, toda vez que proponía la "nacionalización" del ejército (esto es, la expulsión de los oficiales soviéticos), un plan de "descolectivización" del agro, libertad religiosa y democratización del socialismo. El programa gomulkista terminará por imponerse, así como Gomulka, en compañía de Gierck, Moczar y otros, regresará al poder en gloria y majestad. El pronunciamiento de Chou En-lai en favor de los modelos nacionales de socialismo, el frente militar soviético abierto con la invasión de Hungría el mismo año 1956 y la adhesión de la base social a su programa, serán los factores decisivos de la victoria de Gomulka, quien es aceptado por el PCUS y por los "duros" del POUP como el "mal menor", puesto que aparecía como el único capaz de contener y encauzar la efervescencia social en aumento.

La "soberanía limitada"

El intransigente programa original de Gomulka no será llevado a término. Haciendo pie en los consejos de autogestión obrera, economistas como Oscar Lange impulsan desde el gobierno un nuevo modelo de planificación democrática, tras cuyo fracaso se restablece la planificación centralizada. En el POUP las tendencias estalinistas y "liberal estalinista" (partidaria de la "reforma controlada") consiguen llegar a compromisos con Gomulka, lo cual le enajena a éste el apoyo de las fuerzas políticas que lucharon por su regreso. Así, en relación al movimiento obrero, la política gomulkista se tiñe de ambigüedad, particularmente en lo referido a las demandas democráticas de éstos. Mientras los consejos de autogestión obrera languidecen o son cooptadas por el poder, el surgimiento y desarrollo de los "kulaks" polacos, y de ciertas actividades económicas privadas en el comercio y la producción manufacturera artesanal hacen de contrapunto a la situación obrera.

Internacionalmente, Gomulka busca contrarrestar la influencia de la URSS. Intenta mediar en el conflicto chino-soviético, gerará y no polemiza con los chinos ni con los albaneses cuando estos denuncian su política de privatización del agro, y los privilegios otorgados a la Iglesia. No encontrará eco en sus esfuerzos y, peor todavía, la era de los Gomulka fenecía. Jrushov es desplazado del PCUS y con él la política de "desestalinización".

Dubcek, en Checoslovaquia, en el último y más radical flujo de la ola de "desestalinización" por arriba, ya extemporánea, daba espacio a través del propio PC checo a la democratización del socialismo en el país. En 1968 la experiencia checa es aplastada por la URSS, inaugurándose la doctrina de la "soberanía limitada" de los Estados nacionales socialistas. Gomulka, fracasado en su apertura a Occidente y en su afán de diversificar las relaciones exteriores de Polonia, respalda la invasión de Checoslovaquia por las tropas del Pacto de Varsovia, disdiciéndose de su acentuado nacionalismo. Con ello podía conquistar simpatías entre los soviéticos, pero sólo antipatía en su pueblo.

En 1970, los obreros —que no así los campesinos, satisfechos con la gestión de Gomulka— reaccionan con levantamientos en las ciudades industriales del Báltico, al anuncio de un alza de precios en los alimentos. Es la gota que desborda el vaso. En Gdansk se produce un enfrentamiento entre los obreros del astillero Comuna de París —que pretendían reincorporarse a su trabajo— y el ejército, a resueltas de lo cual mueren 27 obreros. Aún hoy no se sabe a ciencia cierta si el hecho obedeció a una provocación o a irresponsabilidad. En Zopot y Szczecin los obreros se sublevan, queman el correo mayor, la casa del secretario local del POUP, atacan la milicia (policía) con cocteles Molotov, saquean tiendas y ocupan las calles. El movimiento se expande a Katowice, Poznan y Varsovia. El grupo de Gierek, el de los "partisanos" de Moczar, los jefes del ejército y de la policía deciden remover a

Gomulka. Este se niega tenazmente a reunir al politburó. Finalmente, "hospitalizado", dimite.

A rey muerto, reyes puestos

La lucha de clases en Polonia, a falta de otro vehículo que la exprese, se desarrolla al interior del POUP. De hecho Gierek —de origen obrero, conocido como el "rey de Silesia" por su implantación entre los miembros de la zona, ingeniero de minas, buen técnico y gran administrador— aparentemente representaba el triunfo de la clase obrera en 1970. Más allá de las imágenes, Gierek encarnaba el ascenso de las mismas capas técnicas y burocráticas (militares profesionales, economistas, aparatchicks y tecnócratas pragmáticos) que en la URSS se habían impuesto con Brejnev.

La alianza Gierek-Moczar que permitió desplazar a Gomulka del poder, pronto sería desahuciada. El grupo de los "partisanos" —xenófobo, antisemita, antiintelectual y apologista del verticalismo y la jerarquía militar— resultaba disfuncional respecto del proyecto modernizante de Gierek, del estilo de diálogo directo con las masas con que este último pretendía sustituir la democracia exigida por los obreros y de las buenas relaciones con la URSS. Kania, actual Primer Secretario del POUP, como hombre de confianza de Gierek, sería el encargado de "limpiar" el ejército y la policía de los hombres de Moczar, tarea cumplida eficientemente.

La modernización de Polonia tuvo un alto costo, especialmente en el plano de la deuda externa polaca, y en el crecimiento y diferenciación de la burocracia respecto del resto del cuerpo social, como clase privilegiada.

Actualmente Polonia debe al exterior 20 mil millones de dólares, el doble que la URSS y lo mismo que la suma de las deudas de Hungría, Bulgaria, Rumania y Checoslovaquia. Este

adeudamiento con el exterior, canalizado fundamentalmente a la industria pesada, consiguió parcialmente la finalidad de modernizar la base industrial polaca, pero a costa de graves desequilibrios, especialmente en relación con la agricultura y la industria de bienes de consumo. Por otra parte, la estructura directiva de la gestión económica —jerarquizada de arriba a abajo, rígidamente vertical, prescindente de la participación obrera y eminentemente tecnocrática— acarrió la baja global de la productividad y el trabajo lento y a desgano, ya que los trabajadores identifican en el Estado y sus agentes económicos a un "nuevo patrón".

A todo esto se agregó que la modernización y la apertura al exterior de la economía "dispararon" las diferencias entre "ricos" y "pobres", al acelerar la gestación y desarrollo de una capa tecnoburocrática dirigente, inmune a todo control social, proclive a la corrupción y con una capacidad de consumo ostentoso simplemente insultante. Al respecto, es significativo el resultado de una encuesta a niños hecha por el semanario del POUP *Polityka*. Consultado sobre sus aspiraciones para cuando adultos, una niña dijo: "... yo querría trabajar en la policía y tener un Rolls Royce" y un muchacho respondió que "... querría ser militar de comando, comprarme una villa y un Mercedes". La intención de la revista era ridiculizar la influencia de la IV Occidental de los niños, pero estaba metiendo el dedo en la llaga al revelar por boca infantil los privilegios de la policía y los militares, únicos estamentos —junto a los funcionarios del aparato partidario y estatal— en condiciones de acceder a ese consumo de Mercedes, villas y demás.

La cambiante oposición

La historia del poder en Polonia, tiene su contraparte: una larga tradición de oposición obrera intelectual. Por cierto, esta última conoce de continuidades y rupturas. En 1956, 1970, 1976 y

1980, ni los nombres son los mismos, ni tampoco la calidad de las reivindicaciones del movimiento social.

En 1956, la idea dominante en la oposición política al régimen era la de caracterizar el sistema polaco como "socialista con una desviación burocrática" y en consecuencia la tarea era corregir tal desviación. De ahí la proposición y gestación de los "consejos obreros" como remedio de la enfermedad burocrática. Andrzej Stawar, marxista polaco, de la tradición de Lenin, crítico de las realidades a que dio lugar la revolución de octubre y por lo mismo perseguido, vio popularizarse sus ensayos con ocasión de los acontecimientos de 1956 entre amplios sectores obreros, intelectuales y militantes de Polonia. En 1964 Jacek Kuron y Karol Modzelewski, dirigentes de la juventud comunista y, el segundo, hijo del ministro de Relaciones Exteriores, dirigirán una "Carta del partido obrero polaco" en que centran las demandas de la oposición intelectual en la restauración de los derechos civiles e individuales en Polonia.

Es la transición a la confusión que terminará de manifestarse plenamente en 1970. En efecto, el movimiento social opositor desatado este año se caracteriza por la ambigüedad de sus planteamientos. No se exige la autogestión, como en 1956, y tampoco se pide sindicatos libres. La fortaleza de la idea de la propiedad colectiva de los medios de producción y del carácter de "poder obrero" del régimen, aún condicionan y morigeran fuertemente las demandas de la base social. Es por ello que al fin de las huelgas de Szczecin, Baluka, antiguo dirigente trotskista polaco, afirmará: "Sabemos ya hacer la huelga, aún no sabemos ganarla"; lo cual es sugerente en cuanto a la incapacidad del movimiento, en esas fechas, para definir y organizar las condiciones de su éxito.

En 1976, antes de los acontecimientos de las ciudades Ursus y Radom, que arrojaron un saldo de 17 obreros muertos por la represión, se expresó por última vez la confianza en la posibilidad

de la "reforma del partido". En efecto, Modzelewski al iniciarse las huelgas, Modzelewski envió una carta a Gierek sosteniendo: "...es de vuestro interés permitir a la clase obrera organizarse, pues de otro modo usted no tendrá a nadie para negociar. Usted tiene una multitud hostil y eso es todo. Esto es un peligro real para el país".

Ursus y Radom 76, con su secuela de muertos y represión, es el hito de ruptura definitiva con las visiones anteriores, sobre todo en relación a la creencia en la "reforma" del POUN. Ya no habrá nuevos consejos como "amigo" del régimen. Kuron y otros crean el Comité de Autodefensa (KOR) cuyo fin inicial era asumir la defensa de los obreros perseguidos, para posteriormente ampliar su acción a toda la sociedad, instante en que el KOR pasa a denominarse Comité de Autodefensa Social (KSS).

Fin de la ilusión

La "guerra de clases" se había declarado. Walesa, técnico electricista, uno de los dirigentes en la huelga de Gdansk en 1970, será encarcelado 18 veces entre 1970 y 1980, y acosado al punto que se verá compelido a trasladar su familia al campo para poder alimentarla. Se convertirá en activista no remunerado de la oposición obrera. Con Kuron sucede otro tanto, lo cual lo lleva a vivir en condiciones materiales miserables. Muchos más seguirán suertes similares. Se templaban así los "jefes" de 1980. En la variopinta oposición —que comprende diversos grupos católicos como el KIK, el Znak, el Wiesz y el Pax; de intelectuales progresistas como los grupos Joven Polonia (cercano a Walesa) y Experiencia y Porvenir; de defensa de los derechos humanos como el ROPCIO; los trotskistas de El Abejorro, con los cuales sigue Baluka; y hasta nacionalistas anticomunistas como la Confederación de Polonia Independiente —el KOR destaca marcando el ritmo y el sentido del movimiento.

Además, casi todos estos grupos cuentan con militantes del POUN, críticos de su partido, siendo la "doble militancia" un fenómeno extendido. Por ello Adam Michnik —historiador varias veces encarcelado, militante del KOR— sostenía ya en 1977: "El cuadro oponiendo a un aparato monolítico del poder un campo unificado de partidarios de la autogestión sería erróneo. Muy por el contrario, un poder heterogéneo e interiormente dividido coexiste con un movimiento de resistencia social profundamente diferenciado". Sin embargo, la ilusión de la reforma del partido como primer paso de la reforma social, muy arraigada hasta 1976, cede terreno a la idea de supeditada estructura partidaria, al menos en el movimiento opositor de los intelectuales.

El estallido obrero de Gdansk, en agosto de 1980, hace posible lo utópico, destroza cábalas e impone la realidad, galvaniza la unidad de la oposición prácticamente en torno al proyecto del KOR, corrige a los intelectuales en su apreciación sobre las posibilidades de reforma del POUN y estalla las contradicciones al interior de éste al extremo que algunas regiones —como Cracovia— testimoniarán la reforma de facto del partido en el poder. La conciencia del peligro que se cierne sobre la "seguridad nacional" limita el proyecto del movimiento opositor.

En palabras de Kuron, ese proyecto se plantea así: "En el proceso de democratización, la sociedad prepara su porvenir sin sobrepasar los límites impuestos por la seguridad nacional. Pero ellos no permanecen rígidos, retroceden con el deterioro de la situación internacional de la URSS, con el desarrollo de fuerzas que pueden explotar en este país, así como en la zona de su influencia, con la dependencia económica del bloque soviético frente a Occidente, etcétera. La democracia parlamentaria y la independencia constituyente la realización de las aspiraciones de los polacos. No podemos fijarnos esta tarea hoy, sin embargo ella permanece como la meta hacia la cual tienden todas nuestras acciones". En consecuencia, el programa actual se reduce a exigir,

el control social sobre el Estado o, más precisamente, a reconstruir el tejido de la sociedad civil polaca.

Opción moral

Para comprender la influencia de la Iglesia Católica en Polonia hay que estar enterados que entre 1975 y 1919, cuando los polacos fueron "borrados del mapa" como Estado y como nación, aquella institución mantuvo no sólo la "fe romana" —frente al protestantismo prusiano y la ortodoxia rusa— sino también su lengua y su sentimiento nacional. Es preciso, además, saber que, mientras en Croacia monseñor Stepinac y en Hungría el cardenal Mindszenty conducían a la Iglesia al compromiso con el ocupante nazi, en Polonia aquella resistía al costo de sus dos mil curas exterminados por el nazifascismo. También se debe conocer la trayectoria de Karol Wojtyla o Juan Pablo II, y que la Iglesia en Polonia ha prestado amparo a las luchas obreras y servido de contrapeso al poder del partido y del Estado desde 1944 en adelante.

Pero tal vez más importante que todo lo anterior sea tener presente el hecho que el catolicismo, a través de su código moral, presta una concepción espiritual del hombre superadora de la crisis de valores de la sociedad polaca contemporánea. Como vimos, la lucha de masas no fue ajena a la instauración del Estado de transición en Polonia al fin de la segunda Guerra Mundial. Sin embargo, esta lucha no llegó a convertirse en una revolución propiamente tal, en términos que comprendiera una real renovación moral del poder y de la sociedad en el país. Al contrario, lo tradicional en la lucha por el poder en Polonia es que ésta se concentra en torno a los aparatos represivos, casi limitándose a ellos; cuestión visible incluso en las luchas por el poder en el POUP ya como partido de gobierno. En tales circunstancias, los cambios en la cúpula son sólo eso y, peor todavía, combatido el

poder represivo con los mismos métodos que le son propios, éstos terminan por permear al "renovador" que los hace suyos para ejercer el poder. El apego del pueblo polaco al código de la moralidad cristiana y en consecuencia a la Iglesia, refleja la fuerza del rechazo social a los métodos predominantes, amorales y prescindentes de las masas en la lucha y el ejercicio del poder.

El marxismo, pese a su esencia humanista, para los polacos no constituye opción moral, toda vez que se les presenta como la ideología oficial del poder por ellos cuestionado. Incluso quienes en Polonia se definen marxistas asumen el marxismo problematizándolo a tal grado que sus reflexiones resultan exóticas —por avanzadas— a quienes aún realizan una lectura del mismo sesgada por interpretaciones dogmáticas o ideologizantes.

Crisis y seguridad

La crisis económica —que parece haber dejado de ser un "fenómeno intrínseco y exclusivo del capitalismo"— en Polonia se expresa en datos tales como: la baja tasa de crecimiento económico —que en 1978 alcanzó apenas el 2,3% mientras el conjunto del área socialista creció ese año en un promedio de 4,6%—, el aumento drástico del precio de la carne y de otros bienes de consumo básico debido al retiro de la subvención gubernamental a los precios, la que equivalía al 40% del gasto estatal. Esta política que el ex Primer Ministro Babiuch llamó de "verdad en los precios", tendiente a restringir el ingreso y el consumo popular, contrasta con hechos como el aumento, en 1979, del aporte polaco a los gastos militares del pacto de Varsovia (el 5% de su PNB es dedicado por Polonia al armamentismo) y con el nivel de vida superior de los miembros de la "nomenklatura". En el origen de las huelgas parciales de julio del año pasado está este tipo de consideraciones.

Como telón de fondo figura la pertenencia de Polonia al

Pacto de Varsovia, su calidad de parte del "área socialista", la hegemonía soviética o, como eufemísticamente lo denomina la oposición, la cuestión de la "seguridad nacional" del país. Situación está que, de una parte, conduce al movimiento social a autolimitar sus aspiraciones y, de otra, a sectores del POUP y de la Iglesia a apoyarse en ella para exigir moderación a Solidaridad, para fortalecerse al interior del partido en el poder o para conservar el espacio ganado al Estado, respectivamente.

Así, el difunto cardenal Wyszyński, durante la huelga de Gdansk, dijo en privado que "se consigue más por medio de la oración que por la huelga" y en público, en agosto de 1980, llamó a los creyentes "a colaborar con todas sus fuerzas en la cosecha", mientras Juan Pablo II en Roma hacía invitaciones similares. Los curas jóvenes, por el contrario, se comprometían decididamente con las luchas de los obreros. Babiuch, en tanto, advertía: "Polonia tiene amigos fiables, que se preocupan por nuestra situación. Ellos creen que podremos superar las dificultades solos y lo desean de todo corazón". Gierek, aún en funciones, o sea antes de enfermarse, sentenció al respecto: "Nuestro régimen social tiene una gran influencia internacional. Es un elemento fundamental del orden instaurado en Europa después de la segunda Guerra Mundial. Hay límites que no se pueden pasar: es la razón de Estado polaca".

Las diversas fuerzas

Este trasfondo explica la calidad y sentido de las maniobras de las diversas fuerzas en liza. La actual alta jerarquía del POUP —o sea, Kania, Kazimierz, Barcikowski y Jaruzelski (general de ejército, opuesto al uso de la fuerza para aplacar las huelgas en agosto de 1980)—, hoy erigida en el centro político partidario, se acercará a la Iglesia para que ésta mediatice el movimiento. A su vez la Iglesia, en defensa de lo ya conquistado discriminará entre opositores "buenos y malos" —Kuron, Michnik y en general la

"disidencia marxista", serán encasillados en la última categoría— y se esforzará por rodear a Walesa, católico fervoroso, de consejeros intelectuales, fieles a la fe romana. En el POUP, opositores a la "renovación", jugarán a montar una provocación y a entorpecer las reformas con el fin de apurar planteamientos de descontento de la URSS, cansar a la población, generar una imagen de caos que atraiga hacia sus posiciones a la jerarquía militar y, eventualmente, detonar un golpe de Estado con apoyo soviético.

La oposición restringirá sus demandas, especialmente en lo relativo a la cuestión del poder y de la "seguridad nacional", pero agudizando al extremo de la intransigencia sus reivindicaciones de carácter interno —es decir, los 21 puntos de Gdansk: libertades de discusión, organización, expresión, prensa; derecho a huelga; participación en las decisiones sobre distribución de inversiones para acumulación y consumo, término de los privilegios de los aparatchiks, la milicia (policía) y el ejército; etcétera— en la perspectiva de agudizar las contradicciones al interior del POUP y del ejército. En igual sentido, la oposición privilegia interlocutores del ala reformista (por lo de partidaria de las reformas democráticas del sistema) del POUP, en la cual especialmente destacan personas como Tadeusz Fiszbach —secretario del POUP en Gdansk, que se opuso a la represión policial del movimiento—, Rakowski, actual vice primer ministro y desde hace mucho director de la revista *Polityka*, y otros. Esta "ala reformista" también hace su propio juego y se apoya en el movimiento social para aislar a los "duros" del partido e impulsar la "renovación", y en ese sentido propicia el encuentro con los "hijos pródigos" del POUP —Kuron, Modzelewski, y otros, cuya raíz marxista los hace más aceptables para la militancia comunista.

Apolíticos políticos

Si bien el contenido ético del movimiento social polaco es

un ingrediente del que ningún intento interpretativo puede prescindir, no se puede encarar el problema y su solución sólo con tal criterio. En este tipo de error han incurrido "observadores" de izquierda, militantes revolucionarios y hasta partidos en su conjunto que se limitan a resaltar el carácter espontáneo de la protesta obrera, su sentido autogestionario extremo, que se trata de la primera ocasión en que se realiza el aserto marxista de que la revolución o es obra de las mismas masas o no es tal revolución, en fin.

El idealismo derivado de los deseos apremiantes o nacido de las frustraciones revolucionarias intenta así suplantar la realidad de que toda revolución comprende un problema de fuerza y de su organización. Con ello, se olvida por ejemplo que para hacer posible la revolución como obra del pueblo mismo, y para hacer posible la discusión de igual a igual entre los obreros polacos y Jagielski, en agosto de 1980 en Gdansk, medió la acción de gobierno del POUP permisiva del acceso generalizado del pueblo polaco a la cultura. Así también, se omite el reconocimiento a la actitud mayoritaria del POUP en favor de declinar el uso de la sola fuerza para contener el movimiento, la cual por cierto no "cayó del cielo". Por último, tales idealizaciones desconocen la función de organizaciones —como el KOR, fundamentalmente— que aún cuando no se definen como partido en sentido estricto, jugaron ese papel al definir el proyecto político del movimiento social, alimentar la llamita (chispa, la llamada Lenin) del fuego revolucionario cuando el horizonte era un páramo y, sobre todo, al permitir —por medio de su periódico Robotnik y de su organización— la articulación nacional del movimiento social y la generalización de las experiencias de lucha parciales del mismo.

La polvorienta tradición

Para Marx y Lenin, el socialismo es el período histórico de

transición a la sociedad sin clases. Sin embargo, Polonia y en general los países del llamado "socialismo realmente existente" parecen obligar a una reflexión al respecto. En ese sentido es oportuno recordar una opinión de Rosa Luxemburgo sobre las "verdades reveladas": "Toda ideología se distingue por su conservadurismo, y la ideología del movimiento obrero está sometida a esas mismas leyes a pesar del carácter revolucionario de su concepción del mundo (...) Ciertos puntos de vista constituyen un saber (...) conservado intacto en el baúl de la socialdemocracia, aunque las condiciones sociales correspondientes hayan desaparecido hace mucho tiempo de la escena. Y es precisamente en el momento en que nuevas necesidades vitales del movimiento, nacidas del desarrollo, entran en contradicción flagrante, en conflicto, con las polvorientas tradiciones, cuando la opinión pública las saca a relucir nuevamente y las somete a una crítica fundamental".

Polonia hoy ha sacado a relucir la polvorienta tradición consistente en la idea que las sociedades resultantes de revoluciones anticapitalistas son "el socialismo", desde la conquista del poder político por la clase obrera hasta la extinción de las clases y del Estado.

Pero, las revoluciones triunfantes se han dado en aquellos países que no consumaron las tareas de la revolución democrático-burguesa. Consiguientemente, la "revolución proletaria" se ve forzada a llevar a términos dichos áreas inconclusas— de hecho bajo la conducción de la tecnoburocracia estatal y partidaria—, entre las cuales se cuentan: el facilitar el acceso general a la cultura, crear la necesaria disciplina laboral, industrializar, democratizar, dignificar el trabajo y al trabajador como fuente de toda riqueza, y pregonar, en consecuencia, el necesario respeto e inmundad del mismo.

Simultáneamente con las tareas anteriores la revolución proletaria se aboca al desarrollo de las tareas propiamente socialistas: la socialización de los medios de producción y del poder.

Más sin embargo, aunque las revoluciones anticapitalistas victoriosas han abordado y, en parte, realizado ambos tipos de tareas la socialización de los medios de producción se limitó a la estatización y la del poder a su ejercicio por el partido. Así, actualmente, en los países del "socialismo realmente existente" la dinámica que conduce al socialismo se haya detenida en la culminación de las tareas democrático burguesas.

En la medida que por la necesidad de legitimar el poder revolucionario se presenta esta forma de sociedad como "el socialismo" —en una ideologización de éste—, se cancela el carácter único e ininterrumpido del proceso conducente al socialismo, y la realización de este último se ve forzada a realizarse por medio de convulsiones y sobresaltos (verdadera revolución en la revolución), como en Polonia. Asimismo, en estas sociedades la estructura de la economía, de la planificación del Estado y del partido, y la organización de la sociedad —aparentemente bajo una forma de la democracia directa— al obstaculizar de facto el control y la participación social en el ejercicio del poder, propicia la separación y autonomía de la tecnoburocracia como clase dirigente, alienta su tendencia a reproducir su dominio y a perpetuar sus privilegios, así como impulsa la necesidad de su "derrocamiento" por la fuerza.

Transitoriedad dudosa: cómo ayudar

Polonia hoy, presenta la primera posibilidad seria —desde que las masas son partícipes y protagonistas de ella, y desde que se proponen restablecer el control social sobre el poder y los medios de producción— de superar este tipo de sociedades, cuya transitoriedad, así como su supuesta tendencia intrínseca a la autoeliminación, es cada vez más dudosa. De ahí que no sea aventurado afirmar que Polonia 1980-1981 es a estos regímenes posrevolucionarios, lo que la Comuna de París al capitalismo.

Ciertamente es de desear que sus suertes no sean idénticas, pero para que la actual revolución del pueblo polaco triunfe es preciso convertir las buenas intenciones y las consideraciones ético políticas conducentes a simpatizar con ella en fuerza de apoyo real, en solidaridad internacionalista efectiva.

Polemizando sobre la cuestión nacional polaca entre 1893 y 1918 —con Kautski, Adler y otros—, Rosa Luxemburgo, militante del Partido Social Demócrata del Reino de Polonia, sostenía que el programa nacionalista del Partido Socialista Polaco iba a contrapelo del sentido general del desarrollo social, pues en su país aquél pasaba por la revolución en el imperio ruso y no por la restauración de Polonia como Estado independiente, aunque agregaba: "en cada país la cuestión de las nacionalidades varía con el tiempo, y ello debe obligar a una consecuente modificación en la valoración de estos fenómenos".

Ahora, sin duda, el sentido del desarrollo social exige la existencia y defensa del Estado, y la nación polaca, de su soberanía y autonomía.

En su tiempo, Lenin y los bolcheviques fueron acusados —por el poder establecido, y por sus adversarios— de agentes alemanes; los revolucionarios salvadoreños hoy son tildados de "marionetas de Moscú" y otras lindezas alusivas a Cuba y a Nicaragua. Estas adjetivaciones son propias de los defensores de mezuquinos de privilegios, que con ellas pretenden desacreditar las fuerzas políticas y sociales que luchan por el progreso. Algunos, en Polonia quieren ver sólo la "mano negra" de la CIA, el dinero de la AFL-CIO, jesuíticas maniobras eclesiásticas y la conspiración imperialista. La agencia *Tass*, por ejemplo, en cable fechado el 27 de agosto de 1980 afirma que "La crisis polaca es resultado de la acción de elementos antisocialistas sostenidos desde el exterior por enemigos de Polonia". Es atribuirle al oscurantismo una capacidad de convocatoria que por su propia naturaleza no tiene, ni poseerá. Simplemente se trata de un pueblo que ha resuelto

ponerse en acción y en movimiento atrae y combate la presencia de esos factores, los sopesa y esquiva, asumiéndolos como lo que son: un obstáculo más a superar.

Así, la "Comuna" de Polonia procede a desempolvar —paciente, cuidadosa y rigurosamente— el pesado baúl de añejas ideas que hoy por hoy llevan auestas quienes intentan transformar al mundo en sentido socialista. Se puede ayudar... a condición de hacer de la emoción, ilusiones y esperanzas que despierta Polonia 1980, fuerza política.

Bibliografía principal:

Autogestions núm. 5 (revista trimestral del Centro Internacional de Investigaciones sobre la Autogestión, CICRA), París, primavera 1981.

Bohdan Cywinsky: "La sangre de Polonia y el polaco de Roma", en *Nexos*, núm. 43, México DF, abril de 1981.

Le Nouvel Observateur núms. 818 al 864, París del 12 de julio de 1980 al 1º de junio de 1981.

Le Point núms. 413 al 455, París, del 18 de agosto de 1980 al 6 de junio de 1981.

Georges Haupt: "Rosa Luxemburgo y la cuestión nacional"; en *Cuadernos Políticos* núm. 21, México DF, julio-septiembre de 1979.

Antonio Moscato: "Polonia: las redes de la fe"; en *Nexos*, núm. 42, México DF, junio de 1981.

Palos de la crítica núm. 2-3, México DF, octubre 1980-marzo 1981.

Andrzej Stawar: *Libres ensayos marxistas*; ERA, México DF, 1977.

¿POLONIA COMO CHILE? (*)

José Miguel Insulza

Un reciente artículo de Luis Corvalán en la revista soviética *Tiempos Nuevos*, busca comparar la situación de Polonia en los últimos meses del año pasado con la de Chile en 1973. Los dirigentes de Solidaridad son presentados haciendo preparativos para una sangrienta contrarrevolución, para formar milicias obreras, para asesinar comunistas, "poner horcas y colgarlos" según la cita que Corvalán reproduce. "Todo esto nos hace recordar a nosotros, los chilenos —prosigue Corvalán—, lo que sucedió en nuestro país. En el último período del gobierno del presidente Allende y en vísperas del golpe fascista, con otras palabras se decían las mismas cosas."

A esta amenaza habrían respondido el gobierno y el pueblo de Polonia, contando con "la lealtad y el patriotismo de su ejército". Por eso, termina el razonamiento, debemos "alegrarnos profundamente del nuevo giro que toman los acontecimientos en Polonia".

Con nada de esto podemos estar de acuerdo. Polonia no se parece a Chile y la comparación resulta peligrosa.

En primer lugar, en Chile hubo un gobierno popular que no alcanzó a cumplir tres años y nunca tuvo el conjunto del poder en el país. En Polonia hay un partido gobernante que ha estado en el poder treinta y cinco años y cuyo papel dirigente se haya consagrado en la constitución. Que en todos estos años no haya sido capaz de construir una sólida hegemonía obrera y, peor aún, que al cabo de todo este período se haya creado, en cambio, una oposición popular muy grande, constituye para la causa del so-

(*) Revista *Convergencia* 5-6.

cialismo, o al menos para un modelo determinado, una derrota de proporciones.

En segundo lugar, por más que se hagan esfuerzos para ocultarlo, la característica principal de la crisis polaca es su origen obrero. Podrá argumentarse que había asesores intelectuales o que la Iglesia jugó un papel importante; pero lo fundamental es que Solidaridad logró contar en su seno con lo principal de la clase obrera organizada, la mayoría miembros de los antiguos sindicatos que fueron dejados de lado, y muchos militantes del partido. Esto no tiene nada que ver con Chile, con la oligarquía chilena o con los sectores obreros equivocados a que Corvalán pretende asimilarlos.

Sin ir al fondo de la cuestión polaca, nos parece aventurado asimilar a los dirigentes obreros de Solidaridad incluso a sus asesores intelectuales con los fascistas chilenos. Ese tipo de asimilaciones lleva a caer en la inconsecuencia de condenar al mismo tiempo la prisión en Chile de los dirigentes de la Coordinadora Nacional Sindical como un crimen fascista y saludar la prisión de los líderes de Solidaridad como una victoria del socialismo. ¿Es esa una posición aceptable?

Menos aceptable aún nos parece que Luis Corvalán termine condenando a todo aquel que no comparta su punto de vista. Según su planteamiento, en el mundo de hoy, "Hay que estar en una u otra barricada". Ergo, el que no acepta lo que ocurrió en Polonia, está en la barricada de Reagan.

Al contrario, lo más lamentable de la "victoria" de Polonia, es la cantidad de argumentos que ha dado a los enemigos del socialismo. Decir que estamos por una salida política a la crisis polaca, con respeto de las mayorías nacionales y sin injerencia externa, no es hacerle el juego de Reagan ni estar contra el socialismo. Es creer, por el contrario, que el verdadero socialismo es capaz de superar los obstáculos que el propio desarrollo de la sociedad le va imponiendo, de construir una verdadera democra-

cia de masas capaz de acompañar los beneficios materiales que proporciona. Sólo así podremos defender realmente el socialismo, y quienes fuimos víctimas directas del tristemente famoso Plan Z, no tendremos que recurrir a argumentos similares para "alegrarnos profundamente" de lo que deberíamos lamentar.

¿DÓNDE VA LA URSS? (*)

Marcelo Schilling

Desde que Mijail Gorbachov asumió la secretaría general del Partido Comunista de la URSS (PCUS) agitando banderas reformistas, desestabilizó y cambió a casi todo el grupo dirigente constituido al amparo de la figura, la política y a la era de Leonid Brejnev. Placidez y seguridad burocráticas, derivadas de la estabilidad brejneviana se convirtieron así en inquietudes y sobresaltos permanentes, los cuales parecen no tener fin. En efecto, en la inauguración del XXVII Congreso General del PCUS, Gorbachov sostuvo: "Debemos alejarnos de todos los que esperan que las cosas se tranquilizarán, y se volverá a los viejos esquemas. Esto no sucederá camaradas". No se detuvo en el enunciado y la guillotina funcionó de nuevo en el momento de la elección de los dirigentes del PCUS por el XXVII Congreso. Mientras la dirigencia soviética de viejo cuño, preocupada por los cambios de personal, se pregunta "¿hasta cuándo?", el resto del mundo —incluido el propio pueblo soviético— dice "¿hacia dónde?".

No es fácil intentar precisar el sentido de la evolución de los acontecimientos en la URSS. Sin embargo, si el propio Gorbachov, criticando a Brejnev y sus amigos, dice que "Durante varios años las palabras y acciones del partido y del gobierno se quedaron atrás de las necesidades impuestas por los tiempos y por la vida... la situación necesitaba de un cambio, pero una psicología peculiar, la de cómo mejorar las cosas sin cambiar nada, primó"; es posible deducir que esta vez no se modificará algo para que todo siga igual y que las transformaciones actuales, al menos en la preten-

(*) Revista *Convergencia*, núm. 11, abril-junio 1987.

sión, son para "mejorar las cosas".

El asunto de fondo es que la URSS enfrenta hoy diversos problemas que, tal vez, aún no constituyen una crisis, pero que de persistir podrían provocarla.

Economía y alimentos

En la economía, los resultados de 1984 —el año inmediatamente anterior a la asunción de Gorbachov— fueron malos: apenas un crecimiento de 2,6%; reconocido por el Consejo de Ministros. Las relaciones internacionales conducidas por Gromyko no estaba bien: tensiones entre los países socialistas, carrera armamentista desenfrenada con los EE.UU., casi nula influencia en el Medio Oriente, empantanamiento en Afganistán y prolongación de la ocupación de Camboya por Vietnam, problemas de cuya solución depende la mejoría de las relaciones con China. En lo interno destacan la corrupción de funcionarios oficiales y el desinterés de los jóvenes y de los trabajadores hacia el PCUS y al sistema, reclamos públicos contra los procedimientos judiciales, apatía ideológica y aumento de la penetración de valores culturales "occidentales".

Vadim Belotserkovski, opositor soviético, de impronta socialista democrática, sostenía en 1976 que la extrema estatización de la economía complementada con el privilegio constante de la industria pesada condujeron a su hipertrofia, haciendo a toda la economía servidora de esta última. Así, más del 95% de la producción de máquinas está destinada a dicha industria y más del 50% de la producción de bienes de consumo industriales va a alimentar esa misma industria pesada, con las consecuencias de penuria previsible para el pueblo soviético.

De ahí que no extrañe escuchar a Gorbachov cuando, en su discurso inaugural del XXVII Congreso, dice: "Camaradas, un problema que tendremos que resolver en el menor tiempo posible

es el de alcanzar a satisfacer completamente las necesidades de alimento de nuestro país".

Juicios críticos

En entrevista concedida por Gorbachov al *Time*, en septiembre de 1985, explicaba los instrumentos disponibles para la nueva tarea soviética: "Para mejorar el funcionamiento de la economía nacional será necesario fortalecer la centralización de áreas estratégicas de esa economía mediante la organización de ramas de actividad, regiones y elementos que respondan mejor a las necesidades del desarrollo. Pero, al mismo tiempo, estamos buscando fortalecer principios democráticos en la dirección, para ensanchar la autonomía de las asociaciones de producción, de empresas, de granjas colectivas y del Estado, para desarrollar la conducción económica local y para estimular la iniciativa y el espíritu de la empresa".

Mientras llegan los "principios democráticos en la dirección" se han puesto a trabajar sucedáneos instantáneos. El periódico *Pravda*, órgano oficial, publicó el 14 de febrero de 1986, en su sección cartas de los lectores, una nota firmada por N. Nikolaev, residente de la ciudad de Kazan, en la cual dice que "No hay que cerrar los ojos al hecho de que dirigentes del partido, el Estado, los sindicatos, la economía e incluso la *Komsomol* (Juventud Comunista) a veces profundizan la desigualdad social utilizando diferentes almacenes, comercios y clínicas especiales". La carta de Nikolaev fue acompañada el mismo día por otras dos, también críticas, de lectores de Moscú y de Orel. Este tipo de juicios críticos aumentó al conocer la sociedad soviética que el comité central del PCUS amonestó a altos funcionarios de los ministerios de aviación y de las flotas marítimas y fluvial, por perseguir a periodistas críticos de sus gestiones.

Después de esto, *Pravda* dejó de dar cabida en sus páginas a

este tipo de críticas. La pausa más o menos prolongada llevó a pensar que la resistencia a Gorbachov y a sus cambios había conseguido frenar en algo al reformismo gorbachoviano. Sin embargo, el 19 de enero pasado *Pravda* volvió a sus andanzas críticas publicitando un comentario de Viktor Afanaseyev —director de dicho periódico y miembro del CC del PCUS— en el cual éste sostiene: "La actitud burocrática campea también en este terreno (de la emigración de los judíos soviéticos). Los problemas no siempre son resueltos en este ámbito en forma expedita "y con ello" .. damos pie a la siguiente ronda de campaña antisoviética".

Mayor iniciativa ciudadana

Gorbachov sabe que el aguijón de la crítica y el reforzamiento de la disciplina y del orden en el trabajo pueden no ser suficiente motor para impulsar el crecimiento económico sano ya equilibrado de la URSS. En la citada entrevista al *Time* al respecto agregaba: "En el breve plazo, buscamos el método más racional de manejar la economía. Experimentos económicos en gran escala están en camino. Nuestro objetivo es que para solucionar esa tarea todos los niveles de incentivo material y moral y armas tales como utilidad, precios, créditos y autosuficiencias deben ponerse a trabajar". Si todo lo anterior —centralización, disciplina, democracia y ganancia— no basta, también está la búsqueda de una nueva mística para reforzar el programa, por medio de exigir como objetivo el aseguramiento de una "gran justicia social y a través de toda la sociedad".

Estos anunciados cambios en la orientación de la economía, cuyo más reciente producto es la legalización de la actividad de pequeñas empresas familiares, de carácter artesanal y principalmente dedicadas a prestar servicios, son precedidos o acompañados por algunas medidas de liberalización cultural —como la puesta en circulación del proscrito Boris Pasternak— y política,

entre las que destaca el término del exilio interno de Andrei Sajarov.

Por cierto, estas decisiones favorecen una mayor iniciativa ciudadana, contra la cual atenta un sistema esclerotizado que alienta incondicionalidades, indiferencia y conformismos, en vez de la creatividad, la crítica real y el mérito como motores del desarrollo. Dichas medidas de liberalización cultural y política, a la larga debieran repercutir en el aumento de la productividad y, además, ayudar a la unidad nacional que amenaza con moverse con la desmoralización cívica y militar derivada de un eventual retiro poco honroso de Afganistán.

Tres tendencias

En menos de un año Gorbachov y su equipo pusieron a la URSS en tensión. Pero, ¿hacia dónde marchan en los hechos los nuevos dirigentes y la sociedad soviética?, ¿quiénes son estos reformadores y qué se puede esperar de ellos?

La mayoría de los opositores soviéticos —de signo socialista, cristiano, nacionalista, liberal o reaccionario— hace mucho abandonó la idea de la posibilidad de cambiar el régimen "desde dentro", o sea desde el seno del PCUS. El fracaso y desplazamiento de Jrushev fueron decisivos en la ruptura de esa esperanza. Roy Medvedev, historiador, ex militante del PCUS y de la corriente de los "demócratas del partido", junto a su hermano Jaurés, fue uno de los pocos que persistió en la hipótesis de la posibilidad de cambiar las cosas "desde dentro". Fundada la idea en el supuesto de que, en 1975, eran percibibles tres tendencias en la dirección soviética: la de Suslov —dura, de restauración estalinista— la de Brejnev, Gromyko, Kossyguin y otros —moderada, que buscaba la estabilidad— y la de los tecnócratas —"formada por dirigentes jóvenes que se esfuerzan en modernizar la gestión de la economía y de la ciencia soviéticas, en establecer lazos más diversificados

con Occidente e instaurar una política interior más tolerante". Según Medvedev, los tecnócratas eran numerosos, incluso en el entorno directo de Brejnev, entre los dirigentes de algunas repúblicas federadas y comités regionales del partido, entre los secretarios del comité central, los ministros y sus adjuntos, y en ellos reside la posibilidad de cambios limitados que "abrirán una vía más amplia a un progreso ulterior, particularmente en el sentido de la democratización".

Gorbachov pertenecía al "entorno directo de Brejnev, Igor Ligachev —segunda jerarquía del sistema soviético— perteneció a la dirección del PCUS en Tomsk, Nikolai Ryjkov —actual relacionador del PCUS con los partidos comunistas en el poder— hasta 1981 fue vicepresidente del ministerio de planificación y Eduard Chevornadze —ahora ministro de Relaciones Exteriores— fue primer secretario del partido en Georgia. ¿Son estos los hombres esperados por Medvedev? Y si lo son, ¿cuáles son sus posibilidades?

Señales del talante

La trayectoria de Chevornadze, por ejemplo, puede dar señales acerca del talante del nuevo equipo dirigente de la URSS, de sus potencialidades y límites.

En 1972 se agrava la crisis que opone a la nacionalidad georgiana con el poder central de Moscú. Crecen los estallidos de cólera popular y el terrorismo. El comité central del PCUS cambia el primer secretario del partido en Georgia, Mjavanadze, por Chevornadze, hasta entonces responsable del aparato policíaco. Este último impulsa una fuerte purga en los cuadros políticos y económicos, arguyendo que es parte de una campaña contra la corrupción y las prácticas ilegales en la economía. Pero al parecer, Mjavanadze fue removido por su tolerancia o complacencia con la disidencia defensora de la nacionalidad georgiana

(la existencia de este tipo de dirigentes en el PCUS explica la larga sobrevivencia del propio Medvedev en el partido). La agitación crece en Georgia y, en 1978, a raíz de la desaparición del artículo constitucional que establecía al georgiano y (sólo al georgiano) como "lengua oficial de la república socialista de Georgia", en el centro de Tibilisi —la capital— se concentran veinte a treinta mil manifestantes descontentos. Ante la inminencia de una masacre, Chevornadze habla y promete a la multitud tener en cuenta su protesta. La concentración se disuelve y un mes más tarde se publica la nueva constitución con el artículo "la lengua de Estado en Georgia es el georgiano". Chevornadze evitó la masacre y, de hecho con ello, permitió la mantención del georgiano como la lengua oficial de Georgia. Pero, junto a esa flexibilidad y sensibilidad nacionalista está el hecho que desplazó a un auspiciador en el poder de la causa georgiana.

Otro caso ilustrativo de las tendencias en juego es el de Boris Ponomarev, recién removido de la dirección del PCUS por el XXVII Congreso. Ponomarev, en 1956, para el "octubre polaco", era el embajador soviético en Polonia ya firme opositor al ascenso de Gomulka, titista y antiestalinista. Más tarde Ponomarev pasó a ser secretario del PCUS encargado de las relaciones con el movimiento comunista internacional y en ese cargo, a la luz de las experiencias de Chile (1973) y de Portugal (1974), en la última conferencia de partidos comunistas de Europa (1976), formuló por primera vez oficialmente la tesis de la caducidad de la "vía pacífica" y de la vigencia de la lucha insurreccional, que han terminado haciendo suyas los partidos comunistas salvadoreño, dominicano, parte del costarricense y chileno.

El espíritu reformista no siempre va de la mano con la pertenencia al aparato por reformar. Por ello, quienes esperan progresos tranquilos y linealmente acumulativos en la URSS pueden ver frustrados sus ilusiones. Está visto, con Jruschev, que el aflojamiento del control incita la aparición explosiva de aspira-

ciones contenidas y la oposición soviética está viva. Esta manifestación exasperada de demandas largamente postergadas ya ha comenzado, al menos en el ámbito de la lucha de las nacionalidades oprimidas. De ahí que Gorbachov liberalice y acentúe el control, simultáneamente, para no incurrir en las debilidades jruschovianas. Pero, centralización y ganancia, y democracia y disciplina, pueden ser antinómicos. Ahí, tal vez, residen los límites y las brechas democratizadoras del intento de Gorbachov y su equipo.

El 22 de julio de 1986, el periódico inglés *The Guardian* publicó un documento de circulación clandestina en la URSS, fechado el 21 de noviembre de 1985 y firmado por el "Movimiento de Renovación Socialista" el cual estaría integrado por "funcionarios de alto rango del partido y del Gobierno, incluido el comité central". En él se exigen reformas económicas como las ya impulsadas por Gorbachov y reformas políticas que "van mucho más lejos de los cambios" que en ese plano el mismo Gorbachov ha llevado a cabo, pues incluyen la demanda de un sistema político democrático, pluripartidista y con libertad de prensa. El hecho de que el documento tipo samizdat haya sido remitido a *The Guardian*, conocido por su izquierdismo y responsabilidad periodística, avala la idea de su suscripción por altos funcionarios del PCUS y del gobierno soviético. Sin embargo, su radicalidad política permite pensar, como lo hace *The Guardian*, en una "provocación deliberada" de sectores opuestos a los cambios de Gorbachov, que intentan así desacreditarlos, y con ellos al secretario general, entre los militantes del PCUS que se benefician del monopolio del poder del Estado por ese partido.

¿Muchas o pocas?

Al parecer, las iniciativas gorbachovianas han desatado una dinámica conflictiva al interior del PCUS, similar a la desencade-

nada por Jrushev en su época. Esta vez la diferencia reside en que Gorbachov ha hecho sentir su autoridad, en que cuenta con un programa claro y un equipo para realizarlo, y en que la hegemonía del PCUS en el movimiento comunista internacional y de la URSS respecto a los Estados socialistas se ha debilitado, mientras se fortalecen las disidencias. En consecuencia, los restauradores del pasado llevan las de perder, salvo que Gorbachov suelte el timón porque las cosas —como él quiere— no se tranquilizan y, más bien, se le escapan. Roy Medvedev, ¿puso muchas o pocas esperanzas en los tecnócratas gorbachovianos? Lo que sí se puede anticipar es que la "vía más amplia a un progreso ulterior", particularmente en el sentido de la democratización (de la URSS) sigue dependiendo en lo fundamental de los Belotserkovski, de los Pliutch y de los Sajarov, más que de los actuales hombres en el poder, aunque estos ya hayan hecho suyo el programa de "la primavera de Praga", proponiendo la elección con voto secreto de los principales dirigentes del PCUS y el sistema de varias candidaturas para elegir dirigentes locales, regionales de las repúblicas y de los soviets de los grandes distritos.

GORBACHOV, SOCIALISMO Y RELIGIÓN(*)

Alejandro Witker

Al filo del milenio de la instalación en suelo ruso del cristianismo, se ha realizado en la Sala Catalina del Gran Palacio del Kremlin, una reunión que puede ser histórica, entre el patriarca Pimen, de la Iglesia de Moscú, de credo ortodoxo y el nuevo líder del comunismo soviético Mijail Gorbachov.

"Los creyentes, dijo Gorbachov, son ciudadanos soviéticos trabajadores, patriotas y tienen pleno derecho a expresar dignamente sus convicciones. La perestroika, la democratización y la glasnot afectan también a ellos, en plena medida y sin ninguna clase de limitaciones".

Que los creyentes son también ciudadanos no tiene nada de raro en una democracia; sin embargo, este reconocimiento es sencillamente insólito cuando se hace en un sistema político autoritario, fundado en el ateísmo militante, que condujo desde la tristemente célebre "guerra de Dios" de los bolcheviques hasta, antes de ayer, a una virtual asfixia de la vida religiosa en todas sus expresiones. Esa asfixia se vivió incluso en el período "liberal" de Krushev, bajo cuyo liderazgo, entre 1959 y 1964, se cerraron diez mil templos religiosos y se encarcelaron centenares de sacerdotes, monjas, incluidos obispos y otros dignatarios de diversos credos.

Como se sabe, las pretensiones "científicas" del marxismo-leninismo han devenido en un integralismo tan intolerante como

(*) Revista *Convergencia*, núm. 15.

el integralismo católico, con la diferencia que éste se reduce hoy a pequeños grupos nostálgicos, mientras aquel, el "científico", recién empieza su crisis de **aggiornamento**, en medio de fuertes tensiones entre los "creyentes" de adentro y fuera del bloque soviético.

Al proclamarse el marxismo-leninismo como la "teoría científica del proletariado", su confrontación con la religión adquirió un carácter total: fue la verdad frente al error; la visión moderna del mundo y de la vida frente al arcaísmo de mentalidades atrasadas que aún no han tenido la novísima "visión de Damasco", esto es, el encuentro con la luz del proletariado.

Con este esquema, las relaciones del socialismo real con la religión han sufrido tropiezos; como también los ha habido por la obstinación reaccionaria de algunos jerarcas eclesiásticos que convirtieron los altares en trincheras del antiguo régimen.

Realización concreta del pluralismo

La reformulación de nuevas relaciones entre el socialismo y la religión constituye uno de los terrenos más complejos sobre los que deberá transitar la **perestroika** y el **glasnot**.

¿Cómo democratizar la sociedad si la religión es confinada al interior de templos que se abren y se cierran bajo mandato de los jefes políticos de turno; de cuya voluntad depende también la libertad o la cárcel de los sacerdotes y monjas?

¿Cómo democratizar la sociedad si la Iglesia no tiene acceso a los medios de comunicación masiva; si en muchas partes no puede hacer procesiones en calles y plazas o si se le reduce a piezas de arqueología en los textos escolares oficiales?

La suerte del proceso iniciado por Gorbachov sobre las relaciones del Estado con la Iglesia en la URSS tiene un enorme importancia para las luchas por la democracia en América Latina.

Aquí es ya lugar común oír en los círculos de izquierda

tradicional el reconocimiento del pluralismo como un componente de la democracia, aún de la "democracia avanzada" que algunos prometen. Con la misma recurrencia se habla de la "alianza estratégica" entre marxistas y cristianos.

Sin embargo, no existe la menor claridad acerca de la realización concreta del pluralismo, que no puede agotarse en el derecho a orar en voz baja al interior de los templos, sino al derecho a salir a la calle, a tener colegios, a disponer de radios, TV, editoriales, etcétera, sin otras limitaciones que las que imponga una constitución verdaderamente democrática en la que sean pilares los derechos universales del hombre.

Viajes sospechosos

En cuanto a la "alianza estratégica", no está claro si implica la renuncia de algunos a su pretensión de ser la vanguardia que agrupa, con "flexibilidad táctica" al mayor número de "aliados" o si se acepta efectivamente como una **concertación democrática** entre iguales para impulsar la construcción de una sociedad más próspera, más libre y más justa.

Estas aclaraciones responden a inquietudes muy legítimas de quienes conocen la suerte de los cristianos y de sus iglesias en el socialismo real. Más aún, como ha reconocido Fidel Castro en su diálogo con Frey Betto, saben que en el país donde se convoca a esta "alianza estratégica" los católicos no pueden ser militantes del Partido Comunista de Cuba.

En América Latina, donde la Iglesia Católica juega un papel cultural fundamental, el socialismo, si quiere salir de sus trincheras testimoniales y doctrinarias para concertarse con las grandes mayorías, necesita esclarecer en amplitud y profundidad sus relaciones con esta institución de secular arraigo en el alma popular. Las frases efectistas sobre la "unidad de los oprimidos" ya no bastan. El conocido viaje a Puerto Montt al que alguien convocara,

con la opción de irse bajando los pasajeros por el camino, "hasta donde quieran llegar", no atraerá a las grandes masas cristianas, que saben o sospechan que hay viajes que no deben hacerse por que conocen la suerte de otros viajeros, voluntarios o no.

En voz alta

A casi 70 años de socialismo, Gorbachov descubrió que los creyentes eran también ciudadanos, notable prodigio de la "teoría científica del proletariado"; el artículo 10 de la Declaración Universal de los Derechos del Ciudadano, que trajo al mundo hace casi dos siglos la revolución francesa, así lo estableció y así lo asumió la humanidad civilizada.

Estos comentarios sobre la batalla por la libertad de conciencia en la URSS hacia fines del siglo XX no pretenden restar mérito alguno a Gorbachov y sus audaces reformas, que sólo los fascistas podrían ver con temor; pretenden llamar la atención sobre ciertas realidades del socialismo autoritario y sobre la necesidad de saldar cuentas entre nosotros sobre un modelo que la izquierda leninista ha defendido sin reparar en la violencia con que un poder despótico ha oprimido a millones de seres humanos en nombre de la redención del proletariado.

En este punto, como en otros, el socialismo democrático recoge la sentencia con que Rosa Luxemburgo alertó en voz alta al naciente Estado bolchevique en 1919, cuando ya germinaba la yerba autoritaria que terminó cubriéndolo todo:

"La libertad que se concede únicamente a los partidarios del gobierno y a los miembros del partido, por numerosos que sean éstos, no es libertad. La libertad es solamente libertad para los que piensan de otro modo".

CUBA: EL ESPEJO DEL PASADO(*)

José M. Insulza

Durante treinta años la revolución cubana ha sido de referencia permanente en los debates y la acción de la izquierda latinoamericana. Ningún otro proceso en la historia reciente del continente ha tenido la trascendencia que el encabezado por Fidel Castro. A partir de su desarrollo el cuadro político de las fuerzas revolucionarias varió sustancialmente y cambió también el marco internacional; la política estadounidense hacia América Latina en la posguerra reconoce dos fases fundamentales: antes y después de la revolución cubana.

En los primeros años, el tema obligado que Cuba planteaba era el de las formas de lucha y acceso al poder. Hasta entonces, gran parte de la izquierda del continente se movía en la dirección de la lucha política de masas. El éxito de la experiencia guerrillera y la disposición de los revolucionarios triunfantes a promoverla tuvo amplia acogida. Además, a medida que Cuba enfrentaba exitosamente los intentos de EE.UU. por interrumpir su proceso se iba también destruyendo el axioma de que una revolución antimperialista en el "patio trasero" no era posible. Con el tiempo, este segundo aspecto pasaría a ser predominante. El fracaso de los "focos" guerrilleros en los años 60 aquietó la fiebre por seguir el ejemplo cubano, pero no por ello disminuyó la admiración hacia su experiencia independentista. Cuba seguía siendo "la primera revolución triunfante en América Latina", cuyo ejemplo abría la puerta a otras, aunque llegaran al poder por medios distintos.

El respeto por las difíciles condiciones en que Cuba debía

(*) Revista *Convergencia*, núm. 16.

desarrollar su proceso revolucionario convirtió la crítica hacia ese proceso en un tabú dentro de la izquierda. Criticar a Cuba era sinónimo de ayudar al imperialismo; poner el acento en su dudoso éxito económico era pasar por alto el bloqueo imperialista y la herencia de muchos años de miseria y dependencia, que eran los verdaderos responsables de los problemas; aludir a la creciente falta de democracia interna era olvidar que la cuestión primordial para la revolución era sobrevivir y la prioridad de la supervivencia justificaba todo.

Lo más inexplicable de esa actitud es que la revolución cubana estaba cada vez más aparte de nuestras propias utopías. A partir de las experiencias autoritarias de los últimos años, el socialismo latinoamericano se iba renovando y recuperaba los temas del respeto a los derechos humanos, el valor permanente de la democracia y la necesidad de combinar flexiblemente formas de gestión económica; en ese contexto, el modelo de un país con dictadura de partido único, sin elecciones, libertad de prensa ni libertad de organización, con presos políticos y restricciones a la migración y con una economía totalmente estatizada parecía cada vez más distante de nuestra concepción del socialismo. Y sin embargo estas diferencias nunca eran discutidas abiertamente, ni siquiera en momentos de crisis, como si sólo existieran discrepancias menores y no diferencias ideológicas profundas.

Los recientes acontecimientos en Cuba abren de nuevo la posibilidad de efectuar ese debate, ya excesivamente postergado. Ella no sólo por la gravedad de hechos de los cuales, esta vez, no se puede responsabilizar a nadie; ni por un afán de asumir posiciones moralistas o idealistas y afirmar que "esas cosas no deberían ocurrir en el socialismo". Nos interesa más, en cambio, mostrar como, a nuestro juicio, el desarrollo de los hechos tiene relación muy directa con determinadas concepciones políticas e institucionales. En términos más simples: que exista corrupción puede ser común a todas las sociedades; la forma en que se ma-

nifiesta y organiza, los medios a través de los cuales se enfrenta y el dramático desenlace se vinculan, en cambio, a un modelo político-institucional autoritario.

Juicio de transparencia

No interesa aquí analizar si los hechos son exactamente como el gobierno cubano los ha informado. Pero si es interesante que esa información provoque tantas dudas, no sólo entre los enemigos de la revolución, sino también entre sus aliados. Se escuchan en estos días en boca de los "iniciados" en el tema las más diversas interpretaciones; pugnas de poder en el ejército, de conflictos entre Fidel, Raúl y otros sectores del partido, disputas por la sucesión, etcétera. Si esas interpretaciones son posibles, es porque el sistema político cubano tiene una forma secreta de operar. En otros términos, la ausencia de libertad de prensa, información y organización impide que se presenten ante la sociedad las pugnas o discusiones. Nadie sabe si hay posturas distintas en el Partido, nadie puede juzgar si las posiciones del grupo a se confrontaron con las del grupo b. De allí las conjeturas, los rumores y las dudas.

Hay quienes dicen que el gobierno cubano cambió eso al decidir informar ampliamente a la opinión pública. Ciertamente en un país poco acostumbrado a este tipo de informaciones ello tuvo un impacto y *Granma* debe haber sido leído con mayor atención que en otros momentos. Pero la información todavía era oficial y también era oficial la interpretación. Lo que sabemos es lo que se decidió políticamente que era conveniente informar. Puede ser que coincida exactamente con la verdad; pero eso no es suficiente, porque carece de la transparencia democrática para poder juzgarlo.

En suma, libertad de prensa y libertad de información no significa que se informe a los ciudadanos a través de órganos oficiales. Significa que puedan entregarse versiones e interpreta-

ciones distintas. En una crisis como esta es útil, en una democracia, que el que piensa que hay un trasfondo político puede decirlo, que el que está en contra o a favor de la pena de muerte pueda argumentar; que el que opina que el gobierno en su conjunto es responsable de los actos de funcionarios de confianza lo manifieste. Cuando hubo el Watergate se pidió en medios de prensa la renuncia de Nixon; cuando hubo el Irancontra se pidió la de Reagan; el escándalo Lock-heed llevó a la caída del gobierno de Italia; el escándalo Recruit surgió en la prensa japonesa y liquidó al gobierno; en otros casos el gobierno ha resistido. Pero el tema de las responsabilidades políticas se ha podido ventilar. ¿Hubo alguien que lo planteara en este caso? Nadie de modo público, salvo los afectados, "autocríticamente", pero sin ofrecer jamás sus cargos al juicio de la soberanía popular.

Una forma realista

En las confesiones de los implicados surge recurrentemente la pregunta de cómo pudieron hacer por tanto tiempo lo que hacían, en circunstancias de que existían muchas denuncias acerca de narcotráfico a través de Cuba y de que es muy difícil que cargamentos que van de Cuba a EE.UU. o cualquier otra parte traspasaran el aparato de seguridad. No es imaginable que un cargamento de cualquier cosa pase por controles que son vitales para la seguridad cubana.

La respuesta a esta pregunta es creíble, pero ilustra de modo dramático las insuficiencias de una institucionalidad que no se funda en la ley o en el control democrático, sino que opera sobre la base del verticalismo y los funcionarios de "confianza". Si los cargamentos pasaban era porque los responsables eran funcionarios (el más connotado era el coronel Antonio La Guardia) que estaban autorizados para abrir los controles y hacer cosas que legalmente no se podían hacer. Este hecho no es privativo de

Cuba o del socialismo real; recordemos que para vender armas a Irán, el coronel Oliver North las sacaba de los arsenales del Pentágono sin informar a nadie de lo que iba a hacer con ellas. El fenómeno es propio de toda institucionalidad que se funda en el secreto y tiene desprecio por el control democrático, sobre la base de la alusión a "los intereses superiores de la nación". Nadie resuelve el problema que se presenta, en éste y muchos otros casos, cuando el "hombre de confianza" es el que comete el delito. Lo que ocurre entonces es que su impunidad dura mucho tiempo porque nadie lo controla ni le pide cuentas.

La democracia no parte de la base de que los gobernantes y los burócratas son siempre honestos. Al contrario, supone que en toda sociedad existen las tendencias a confundir el interés público con el privado o a abusar del poder o simplemente a la corrupción. Por ello existen instituciones como la división de poderes, el control sobre los que toman las decisiones, el papel fiscalizador del Parlamento, la revisión de cuentas, etcétera. La democracia es una forma de gobierno realista, que intenta corregir los defectos individuales sobre la base del control colectivo. Y si eso falla, el mandatario responsable de la designación de los "ciudadanos sobre toda sospecha" debe asumir las consecuencias.

Discusión sobre la vida

Al incurrir en los delitos que cometieron, los oficiales cubanos causaron grave daño a su país y a muchas personas. Por ello debían ser castigados, después de un proceso realizado con todas las garantías que permitieran comprobar su responsabilidad más allá de toda duda y tras agotar los recursos legales para su defensa.

En este punto radica tal vez la mayor discrepancia entre sectores de izquierda sobre lo ocurrido. Porque todos vimos las confesiones en televisión, los procesos, el discurso de Fidel y la

condena del Consejo de Estado. Para unos esto es "proceso debido". Para otros, entre quienes me cuento, es un proceso de dudosa validez, sin garantías, demasiado parecido a otros momentos que hemos vivido, que no podemos aceptar. En la sociedad democrática, todos tienen derechos, sean narcotraficantes, asesinos o disidentes. En este proceso no había defensa independiente, ni investigación en profundidad de los hechos, ni posibilidades reales de apelación. A veces en las sociedades democráticas se escuchan quejas justas por la demora de los procesos; pero de ahí a cocinarlo todo en una semana hay una gran diferencia. Hacerlo, además, sobre la base de confesiones de acusados que se autoculpan de sus crímenes y se ponen a merced de la corte recuerda —por desgracia— otros procesos en la historia del socialismo de hace medio siglo.

Y por último, está el hecho terrible, dramático, del Consejo de Estado, con su voto unánime, a mano alzada, después de una declaración de Fidel Castro de varias horas de duración. ¿Es que estamos demasiado acostumbrados a los rituales de la revolución cubana y ya no producen el mismo efecto sobre nosotros?, ¿o es que hemos aprendido que no es justo que la discusión sobre la vida de cinco seres humanos se transforme en una escenografía política?

La misma Cuba

Sin embargo, esta última escena nos lleva a la principal conclusión: aquella revolución cubana que tanto hemos admirado y amado se quedó anclada en la historia: los que hemos evolucionado somos nosotros. No sería legítimo decir que la revolución se ha "degradado" como dicen algunos. La corrupción de Ochoa en los años 80 es equivalente al sectarismo que Fidel condenó a comienzos de los 60. También allí hubo fusilados, discursos de varias horas y pocas garantías procesales. Entonces eso se justifi-

caba —¡todo se justificaba!— en la defensa de una revolución joven que tenía que consolidarse.

Pero la revolución llegó a su madurez y se envejeció sin cambiar sus prácticas. Trajo para Cuba redistribución y algún crecimiento. Ha dado ejemplo de independencia y dignidad en su enfrentamiento con un enemigo mucho más poderoso. Pero no ha sido capaz de confiar en la fuerza de la democracia y, en lugar de sacar conclusiones de sus errores para cambiar de línea o de política, prefiere de vez en cuando someterse al ritual de la autocrítica sin cambiar nada en el fondo.

Cuba es la misma de hace veinticinco años. Somos nosotros los que hemos cambiado. Entonces dábamos menos importancia a la democracia porque nunca habíamos conocido la dictadura y las violaciones de los derechos humanos eran sólo hechos muy esporádicos en nuestra vida cotidiana. Como es natural, nos preocupaban de manera central los problemas del cambio social y económico, asumiendo casi sin pensarlo las fórmulas políticas que nos prestaba la ortodoxia.

Seguimos siendo hoy partidarios del cambio, pero nuestra valoración de la democracia y los derechos humanos se ha ligado de modo indisoluble a él. No hay democracia verdadera sin justicia social y el derecho a la salud, la educación, la vivienda y las condiciones de una vida digna son también para nosotros derechos humanos fundamentales. Pero su logro progresivo no justifica el atropello a la vida ni a la libertad de nadie. Democracia representativa y socialismo se integran en nuestro discurso; en el viejo discurso de la ortodoxia son términos antagónicos.

Hemos aprendido también que una sociedad no puede transformar su rumbo —ser efectivamente revolucionaria o al menos reformista— si quienes la gobiernan permanecen en el poder sin crítica ni revisión de su mandato, no por un organismo de fachada sino por el ejercicio de la soberanía popular. Hemos visto finalmente como los modelos centralizados de socialismo

van cayendo en crisis y abriéndose hacia formas más flexibles y descentralizadas de gestión productiva. Nada de esto parece llegar a Cuba: si algo no funciona, no es culpa del modelo sino de sus aplicadores; ello lleva a la crítica, la "autocrítica" y a la remoción de los responsables. Puede ser cómodo, pero no es muy revolucionario.

Somos nosotros los que hemos cambiado y no nos gusta demasiado contemplarnos en el espejo del pasado.

PS Y LA INTERNACIONAL SOCIALISTA: PARTICIPAR DEL ENCUENTRO HISTORICO DEL SOCIALISMO MUNDIAL(*)

José M. Insulza

En junio de 1989 el Partido Socialista (sector Arrate), acordó en su último congreso solicitar su ingreso como miembro consultivo a la Internacional Socialista (IS). Cumpliendo con ese mandato, el secretario general hizo llegar al presidente de la IS, Willy Brandt, la solicitud formal para iniciar las discusiones que condujeran a esa incorporación.

Cabe aclarar que la IS tiene tres categorías de participantes: miembros plenos, miembros consultivos y observadores. La diferencia entre los primeros y los segundos está en el derecho a voto y, por ende, su compromiso con las resoluciones de la Internacional. En cuanto a los observadores, no son miembros propiamente tales, sino invitados opcionalmente a cada evento que realiza la IS. Desde este punto de vista, la solicitud de una categoría de miembros consultivo parecía la más adecuada para una vinculación estable.

La unificación del partido dejó pendiente el tema: por una parte, su debate habría requerido más tiempo del disponible para la unidad; por otra parte, la pertenencia a este tipo de organizaciones nunca ha sido un tema fácil para los socialistas chilenos, como lo demostró la áspera discusión en el congreso de junio.

Sin embargo, es necesario retomar el asunto y decidir a la

(*) Revista *Convergencia*, núm. 18.

brevedad, a la luz de los hechos que se están desarrollando en el plano mundial. Existe además la urgencia formal de que la solicitud está presentada por el secretario general del partido y, por lo tanto, sometida ya a trámite regular. Al margen de ello, los hechos más recientes demuestran la sabiduría de la decisión adoptada en junio de 1989 y la necesidad de impulsarla ante los organismos de la IS y los partidos socialistas miembros.

La crisis del socialismo se ha profundizado en los últimos meses dramatizada por los acontecimientos de Europa Oriental, que no sólo presencian la caída de las antiguas "democracias populares", sino también su reemplazo por coaliciones o fuerzas de centro o conservadoras, mientras la izquierda, ligada o no a los antiguos regímenes, queda relegada a posiciones de minoría. Este aparente retroceso tiene, sin embargo, un elemento positivo de importancia: el esfuerzo sistemático y serio por renovar los programas y el pensamiento socialista, a fin de descartar definitivamente los rasgos autoritarios que caracterizaron a una de sus vertientes. Dicho proceso alcanza no sólo a los partidos antiguos y nuevos de Europa Oriental (y en alguna medida al propio Partido Comunista de la URSS, PCUS), sino también a los más importantes partidos europeos-occidentales, comenzando por el PC italiano. Al mismo tiempo, también los partidos socialistas occidentales están en proceso de revisión para ajustar su política a la cambiante realidad y, sobre todo, para buscar puntos de contacto que refuercen las nuevas tendencias libertarias, renovadoras y unitarias del socialismo. Por último, también en América Latina los partidos socialistas realizan un esfuerzo simultáneo por recuperar su historia y renovar su política, a la luz de la nueva realidad de la región. Dichos procesos se reflejan de modo múltiple en los lugares de encuentro internacional del movimiento socialista, el principal de los cuales es hoy la IS.

Factor desaparecido

La principal objeción al ingreso del partido a la IS se centra en una supuesta pérdida de autonomía, que sería supuestamente sometidas a las decisiones de un órgano internacional. Esta objeción podía ser válida hace treinta años, cuando las internacionales todavía eran concebidas como partidos supranacionales, cuyas resoluciones debían ser aplicadas de modo obligatorio por los partidos miembros. La última Declaración de Principios de la IS, aprobada en su reciente Congreso de Estocolmo (20 a 22 de junio de 1989) dice textualmente: "Aunque reúne en su seno a movimientos nacionales que tienen una larga historia, la Internacional Socialista no es una organización centralizada, supranacional. Es una asociación de partidos independientes, cuyos representantes quieren aprender de las experiencias de los demás, promover conjuntamente las ideas socialistas y trabajar en común hacia ese objetivo a nivel internacional". La tesis siguiente entrega taxativamente a cada partido la responsabilidad de la aplicación de las resoluciones de la IS a su propia realidad, recordando que "existen diversas maneras de realizar los valores fundamentales de un socialismo democrático pluralista en cada sociedad".

Nadie puede afirmar, de buena fe, que el ingreso a esa organización y la búsqueda en común de esos objetivos significa menoscabar la autonomía partidaria. Sin embargo, no nos parece que este sea el punto central en materia de autonomía. El argumento de la autonomía surgió en el partido en el momento en que la incorporación a la Internacional significaba tomar partido por uno de los bandos en los que se dividía el socialismo mundial. El autonomismo no es aislacionismo; el PS siempre ha tenido una vocación internacionalista. Pero ante la división global del socialismo se negaba a abanderizarse y proclamaba por ello su independencia.

Ese factor ha desaparecido hoy por completo. Si el signo

central de la primera crisis del socialismo mundial, la que tuvo lugar en las primeras décadas del siglo y marcó su historia hasta hoy, fue la división, el signo más positivo y alentador de la actual crisis es la tendencia a la unidad del socialismo mundial.

Un aporte que hacer

El congreso de junio tuvo en cuenta esta tendencia —que recién germinaba— y se adelantó a ella. Se afirmó en él que, si las cosas iban en esa dirección, lo más probable es que la IS, ya mucho más amplia que su tronco original, se consolidara como el principal foro del socialismo mundial. Ello va ocurriendo en la medida en que nuevas fuerzas, provenientes de Europa Oriental y de otras regiones se van acercando e incorporando a la IS. La Internacional es el necesario punto de llegada del socialismo húngaro y polaco renovado, el lugar donde la "demócratas-sociales" (el antiguo PSUA) y el PCUS buscarán el diálogo de modo preponderante, el lugar de encuentro de los comunistas italianos con el socialismo europeo, incluso el destino más probable de Frente Sandinista, que de hecho participa hace bastante tiempo, como otras fuerzas revolucionarias, como observador en la IS.

Estar en la IS ya no sólo significa aproximarnos a aquellos partidos y movimientos con los cuales tenemos las mayores coincidencias; significa también participar del encuentro histórico del socialismo mundial. La ratificación de la política decidida en junio de 1989, antes de que todos estos hechos ocurrieran, tiene el mérito de la política que se adelanta a los acontecimientos y no se limita a seguirlos. El Partido Socialista de Chile tiene un aporte importante que hacer, por su experiencia, su historia y su capacidad de renovación, en el proceso que abrirá camino a una nueva etapa del pensamiento y la acción socialista en el mundo.

CARTA A LOS SOCIALISTAS(*)

Carlos Altamirano Orrego

Estimados compañeros:

En vísperas de celebrarse el Congreso de Unidad "SALVADOR ALLENDE", he decidido dirigirme a los dirigentes y militantes socialistas y, en general, a la izquierda chilena, interrumpiendo así la actitud de absoluta reserva que he guardado en la vida partidaria. Lo hago a sabiendas de que no tendré otro medio de participar en tan importante evento y, además, impulsado por acuciantes preocupaciones de orden político, moral e intelectual, que desearía compartir con ustedes.

Razones de esta carta

Si he roto mi silencio, ha sido motivado por un imperativo ético y político, ajeno a todo interés personal. Me guía, exclusivamente, la voluntad de servicio a mi Partido y, también, a la izquierda chilena. Siento una profunda inquietud en cuanto a las interrogantes que hoy se plantean al socialismo y a las respuestas que éste deberá dar para continuar siendo actor fundamental de la reconstrucción democrática y de la transformación social de Chile.

Dichas preocupaciones tienen que ver, en primer lugar, con lo crucial del momento histórico por el cual transita Chile y las opciones y desafíos planteados.

(*) Pronunciado con ocasión del Congreso de Unidad "Salvador Allende", París, octubre de 1990.

En segundo término, dicen relación con la gigantesca y multifacética remodelación que se está produciendo en las estructuras fundamentales del mundo contemporáneo.

También se refieren a la imprescindible necesidad de continuar la profundización del proceso de renovación teórica y política del socialismo, condición sine qua non para contribuir a una perdurable consolidación de la democracia y para la formulación de un nuevo y ambicioso proyecto de inspiración nacional, democrático y humanista.

Por último, estas preocupaciones se refieren a las perspectivas del socialismo luego del irreversible y catastrófico colapso de los sistemas fundados en el "marxismo-leninismo" y de sus trascendentes implicaciones en el devenir histórico.

Reabrir "Las Grandes Alamedas": tarea para la enorme mayoría de los chilenos

Chile se encuentra en los albores de una nueva y promisoriosa etapa de su historia. Gracias a la lucha y al sabio instinto político del pueblo, se está por concluir un período que, sin lugar a dudas, estará entre los más oscuros y traumáticos de nuestra vida nacional. Durante él, Chile dejó de merecer el respeto de las naciones civilizadas. Respeto que le venía de su original y específica historia democrática, para transformarse en sinónimo de terrorismo de Estado, de opresión, violencia y muerte, de consumismo elitista, de pretencioso modernismo y arrogante tecnocratismo.

Junto con ir concluyendo ese período infausto, se está abriendo un nuevo ciclo histórico y, con él, la posibilidad de reiniciar, dentro del marco de un Estado de Derecho, la senda trazada en el siglo pasado por Portales, Bulnes, Montt y Balmaceda, y profundizada, en este siglo, por Alessandri Palma, Aguirre Cerda, Frei y Allende, en pos de la construcción de un

Estado moderno, basado en la observancia irrestricta de las leyes, en la tolerancia de las ideas, en el pluralismo de las opciones y, por cierto, no sometido a caudillismos mesiánicos ni autocratismos militares desintegradores.

Una cuestión deberá estar fuera de toda duda: con el gobierno de Patricio Aylwin se inicia más que un nuevo período presidencial. Comienza un ciclo de nuestra historia, cuyo sentido profundo reside en coronar, para decirlo con palabras de Francisco Encina, la "poderosa sugestión portaliana".

Chile, debemos recordarlo, fue la única nación del mundo hispanoamericano, y sólo algunas décadas después de la independencia norteamericana, capaz de fundar un Estado y una nación bajo la estricta sumisión del poder militar al poder civil, en el imperio de la ley, en la grandeza y probidad del servicio público.

Hoy debemos dar pasos decisivos hacia la consolidación y la profundización de la democracia, hacia la modernización sustantiva de las estructuras sociales y económicas, hacia la dinamización de la cultura, de la ciencia y de la técnica, hacia la inserción de Chile en los grandes procesos del mundo contemporáneo, hacia la justicia social y la dignificación de las fuerzas de trabajo, de la creación, del arte y, por cierto, de la empresa.

Este es el apasionante desafío que enfrentamos. Para estar a la altura de sus exigentes cometidos, la izquierda, en general, y todas las fuerzas políticas comprometidas con el ideal democrático, incluidas muchas de la derecha, debemos asimilar las lecciones de la historia nacional y mundial.

Esta nos enseña que los pueblos pueden superar sus experiencias más dolorosas, "sus momentos grises y amargos", como habría dicho Salvador Allende, transformándolos en fuente de poderosos impulsos creadores, a condición de no vivir ensimismados en la tragedia y en el odio pasados. Europa nos da al respecto un ejemplo inolvidable. Desgarrada por siglos de con-

flictos nacionales y religiosos, destrozada por dos guerras mundiales y por el horrible holocausto de los judíos, ha sabido levantarse por encima de sus odios y rencores ancestrales y avanzar con paso decidido hacia la unidad económica, cultural y política. Ha asimilado las trágicas lecciones de su historia, poniéndolas al servicio de un gran Proyecto de significación universal: la formación de una nueva nación europea.

¿Serán Chile y nuestra América Latina capaces de superar sus divisiones y los mezquinos resentimientos, plasmando una nueva y generosa empresa de unidad continental?

En otros tiempos, también convulsionados y revueltos, Arturo Alessandri afirmó: "El odio nada engendra, sólo el amor es fecundo". Estas palabras, de ordinario trivializadas, resuenan hoy, con ecos particulares. La construcción de un nuevo Chile, reconciliado consigo mismo y próspero, exige la superación del odio. Pero esta superación no puede tener como base el simple olvido, la amnesia general, un inmoral pragmatismo. Sólo puede ocurrir a través de la búsqueda de la verdad, de la identificación de responsabilidades en la atroz y sistemática violación a los derechos humanos sufridos por nuestro país. No se trata de buscar venganza, sino de hacer justicia.

Si tenemos altura de mira y alguna objetividad, debemos reconocer que todas las partes involucradas en el drama de 1973 tienen una importante cuota de responsabilidad política en el deterioro del clima nacional y en la puesta en marcha del mecanismo que, finalmente, habría de conducir a la ruptura de la institucionalidad. Otra cuestión, muy diferente, por cierto, es la de las responsabilidades morales y penales en la perpetración de crímenes y delitos comunes, cometidos en nombre de supuestas exigencias de "guerra" o de política.

Chile y un nuevo proyecto histórico

Chile exige un nuevo proyecto de sociedad, ajeno a toda perspectiva estrechamente clasista de la realidad social y de su historia. En el pasado, la izquierda chilena fundó sus proyectos de cambio y transformación en visiones restrictivas de clase, lo que, en cierta medida, explica su insuficiente capacidad de convocatoria y, en más de alguna ocasión, la exacerbación artificial de los conflictos sociales.

El énfasis clasista de la izquierda, unido a las viejas intransigencias de la derecha y el afán hegemónico de la Democracia Cristiana, han perpetuado la división de la opinión pública en tres tercios, frustrando con ello muchas de las reformas necesarias y reproduciendo una especie de crisis política crónica. A mi juicio, es hora de terminar con este mal de la democracia chilena que tan caro nos ha costado.

Por lo que a nosotros nos toca, la experiencia debiera enseñarnos que no es ni será tarea de una clase ni de "vanguardias revolucionarias" la de construir la democracia en Chile y la de reiniciar una nueva vida, en paz y progreso.

El desafío que enfrenta el país es y será tarea para la inmensa mayoría de los chilenos, capaces de unirse en torno a los superiores ideales de libertad y de justicia social, en una perspectiva coherentemente democrática y pluralista.

El comienzo de este nuevo, complejo y exigente ciclo histórico, sorprende al Partido Socialista en un doble y simultáneo proceso de renovación y reunificación. Para cumplir su papel de convocador y animador central de esta enorme mayoría de los cambios, el Partido deberá dar término a dichos procesos. Ello no ha ocurrido aún. En mi impresión, el Partido Socialista dista mucho de ser percibido como el referente intelectual y moral indiscutido de la izquierda chilena y de la opinión pública nacional. Esto se relaciona, fundamentalmente, con una desaceleración

del impulso renovador y con las dificultades para transformar dicho impulso en tema central de la reunificación. Volveré sobre ello más adelante. Por el momento, me interesa ante todo destacar la vinculación existente entre las respuestas a ciertas interrogantes cruciales y la suerte de la renovación, entendida ésta como "viga maestra" de una auténtica y orgánica reunificación. He aquí algunas de estas interrogantes:

a.- ¿Qué socialismo es el adecuado para nuestro país, sobre todo a partir del colapso del "socialismo real" y de la crisis del "marxismo-leninismo"?

b.- ¿En qué medida ambos fenómenos han sido vividos y asumidos por hombres y mujeres en toda su trascendencia histórica?

El mundo giró en 180 grados en sólo algunos meses. Hoy, el es cualitativamente diverso al de ayer y, en consecuencia, requiere respuestas cualitativamente distintas. Grandes ideas y enormes procesos que habían caracterizado su evolución simplemente han desaparecido. La contradicción Este-Oeste, por ejemplo, ya no existe. La oposición entre capitalismo y socialismo ha perdido en gran medida su dramatismo. La noción del "Tercer Mundo" no corresponde a la realidad, puesto que no existe un "Segundo Mundo". El "Movimiento No-Alienado" ha perdido su razón de ser. El propio nombre de "Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas", cada día corresponde menos a la realidad. Ni hay tal unión de repúblicas, puesto que cada día una de ellas ha proclamado su independencia y, además, varias de ellas han negado explícitamente su condición de socialistas, y con mayor razón de soviéticas. El mundo dividido en bloques militares está en proceso de disolución.

En consecuencia, deberemos inventar palabras y elaborar nociones para definir las nuevas realidades, deberemos rehacer nuestro edificio conceptual, redefinir nuestros "amigos" y "enemigos" y reformular nuestra estrategia.

c.- ¿En qué medida el fin del colonialismo y, hoy, el colapso del "socialismo real", la tendencia a la conformación de una sociedad planetaria, las transformaciones ocurridas en el seno del propio capitalismo, la transnacionalización acelerada de la economía mundial, la revolución informática, el descubrimiento de la energía nuclear, el imprescindible equilibrio ecológico, las desigualdades crecientes entre Norte y Sur, las reivindicaciones de la mujer, transforman nuestra idea de socialismo?

d.- ¿Cuál es nuestra posición respecto al leninismo? ¿Acaso él es compatible con la idea-fuerza actual de construir el socialismo a través de la profundización democrática y no como producto de la revolución social?

e.- ¿Cuál es nuestra opinión respecto al marxismo como ideología y como método y su vinculación con el socialismo de hoy?

f.- ¿Cuál es nuestra conclusión frente al fracaso del "socialismo real" y sus enormes implicaciones presentes y futuras?

g.- ¿Cuál será la evolución futura de los países de Europa del Este, de la URSS, de China o de Cuba? ¿Transitarán, en definitiva, al capitalismo? ¿O restan aún potencialidades socialistas en algunos de ellos? ¿Lograrán inventar un nuevo socialismo?

h.- ¿Cuál es nuestra percepción del fenómeno imperialista en la presente etapa post-comunista de la historia? ¿Cuál debería ser nuestra política concreta anti-imperialista?

Cada una de estas interrogantes exige una respuesta, aunque ella sólo fuera aproximada. No podemos ni debemos reiniciar nuestro quehacer político pensando que "por el camino se arreglan las cargas". No es así, y la realidad pasada lo demostró suficientemente.

Ruego a ustedes, estimados compañeros, me disculpen por la forma un tanto abrupta de mi planteamiento. Ello se debe a que me resulta muy difícil imaginar la alborada de un Chile nuevo, justo, abierto, pluralista, moderno y secularizado, con una

izquierda y un socialismo que no hayan logrado superar las insuficiencias y las ambigüedades del pasado.

Chile inmerso en un gran viraje de la historia universal

Vivimos en una etapa de cambios radicales. Somos testigos de una de las mayores mutaciones de la historia universal; de transformaciones de magnitud planetaria. Este período iniciado aproximadamente en los finales de la década de los años setenta, constituye un viraje sin precedente de la historia, sólo comparable al que experimentaron los Tiempos Modernos en los siglos quince a dieciocho de la era cristiana. La dinámica del progreso se ha acelerado aún más durante los últimos treinta años, abriendo nuevos y sorprendentes horizontes, pero creando también nuevas y angustiosas incertidumbres.

No ha existido otro período histórico de creación tan fácil y de empresas más temerarias, salvo aquel que comenzó con los grandes descubrimientos hispano-lusitanos, con el renacimiento italiano, con la reforma religiosa alemana, con el siglo de las luces francés y con la revolución industrial inglesa. En síntesis, aquel en que Europa se transformó de una sociedad feudal a una sociedad capitalista.

Un nuevo mapa universal se está diseñando a contar de los últimos seis meses del año 1989. A lo menos diez importantes conflictos regionales fueron resueltos, de común acuerdo, entre Moscú y Washington. Emergió un nuevo gigante en el centro de Europa: Alemania, reunificada por segunda vez en su historia. Irak aparece desafiando al conjunto de las potencias occidentales, con lo cual el conflicto Norte-Sur adquiere una nueva dimensión.

Contradiendo la predicción de Marx, resurgen nuevamente los viejos integrismos religiosos y despiertan nuevos nacionalismos locales. El imperio soviético, asaltado por ambos fantasmas y por la ineficacia de su sistema, se halla en completa descompo-

sición; incluso EE.UU. demuestra claros síntomas de agotamiento, con lo cual resurge el mito de su decadencia con mayor fuerza. El mundo bipolar de ayer, en lo militar e ideológico, ha estallado en mil pedazos, recuperando sus fueros la tricontinental económica: Estados Unidos, Europa y Japón.

Ante este gigantesco sismo cultural, tecnológico y geo-político, debemos reformular nuestras interrogantes y dudas.

Revolución científico-técnica

En el núcleo central de este cambio de época, se encuentra el vertiginoso desarrollo de las ciencias naturales y de la capacidad humana para transformar y dominar el mundo material para reunir, procesar y transmitir información. Esta verdadera revolución en la ciencia y en la tecnología, basada en la electrónica, la informática, la bio-química, la sinérgica, la telemática y la física nuclear, es hoy, si se me permite la analogía, el verdadero "motor de la historia".

Ella constituye el factor decisivo del cambio social y, a la vez, el principal desafío para las naciones y pueblos del mundo aún no desarrollados. El conocimiento y el saber es la principal riqueza de hoy.

Junto con ampliar a una escala sin precedente la capacidad del hombre para fundamentar su acción transformadora sobre bases racionales, este enorme salto cualitativo en el conocimiento y el saber humano ha puesto en jaque los instrumentos intelectuales de que disponíamos hasta ahora para explicar el mundo. La dialéctica entre fuerzas productivas y relaciones sociales, entre naturaleza y sociedad, entre necesidad y libertad, se ha tornado extraordinariamente compleja y no es ya interpelable de manera satisfactoria en el marco conceptual de la sola teoría marxista. Por lo demás, son el conjunto de las ciencias sociales y humanas las que se hallan en seria crisis y exigen un salto proporcional al espectacular desarrollo tecnológico.

El Capitalismo moderno

Estos trascendentales cambios "civilizacionales" han ido de la mano con la transformación del capitalismo como sistema productivo y como orden social. En el centro de esta colosal mutación se encuentra el fenómeno de la internacionalización del desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones sociales capitalistas, protagonizado por las empresas transnacionales.

Tan lejos ha ido este fenómeno que, según estimaciones recientes, trescientas corporaciones transnacionales generan cerca del 30 por ciento del Producto Mundial Bruto y controlan más de la tercera parte del comercio mundial. El capitalismo no sólo no se ha colapsado, como lo venían profetizando desde hace más de un siglo los marxistas, sino que ha demostrado ser el sistema social más dinámico y con mayor capacidad de adaptación. En su forma transnacionalizada, robotizada e informatizada constituye, a no dudarlo, el centro hegemónico del orden económico mundial.

Por el contrario, el sistema social que pretendía erigirse en alternativo, el del "socialismo real", demostró su ineptitud para adaptarse a las nuevas condiciones creadas por la aceleración del progreso científico y técnico y ha concluido desplomándose.

¿Cuáles son nuestras conclusiones acerca de este acontecimiento tan enorme como imprevisible? ¿Ha sido vivido él como una irreparable tragedia histórica, o bien, como una necesaria e imprescindible revolución democrática? Bajo el motor del progreso técnico, el centro de gravedad de las economías capitalistas desarrolladas se ha desplazado desde los sectores de la producción material hacia los sectores de servicios. Junto con ello, el centro de gravedad de la estructura social se ha trasladado desde los sectores obreros —el proletariado industrial clásico— hacia una gran variedad de estratos medios, altamente calificados.

Así, el capitalismo avanzado tiende a reducir velozmente el porcentaje, la cuantía y significación —económica, social y políti-

ca— del viejo proletariado industrial, contrariando de paso uno de los postulados más esenciales de la teoría social marxista.

La aldea planetaria

La internalización de los procesos productivos, estimulada hoy por la nueva revolución informática, refuerza las tendencias a la consolidación de una economía y sociedad planetaria.

En el mundo de hoy, las economías y sociedades fundadas en estados nacionales tienden a desaparecer. El mundo se unifica y la lógica que lo impulsa y rige es la del capitalismo: para unos en transición acelerada a una etapa "post-fordista"; "post-industrial" para otros; o "post-moderna" para terceros.

Más allá de la propiedad en el uso de estos términos, lo importante es destacar la aguda percepción de la mayoría de los científicos sociales, economistas, historiadores, ensayistas y pensadores de que nuestro mundo está tocando a su fin y de que nos encontramos en los inicios de otro, sustancialmente diverso al anterior. Nos hallamos en la cima de un gran cambio histórico. Del nacimiento de una civilización y sociedad global.

Remodelación del mundo en torno a la creación de nuevas y gigantescas estructuras regionales

En este proceso de creciente interdependencia y acelerada mundialización de las economías y culturas, cada vez más sólo cuentan los nuevos y grandes conglomerados demográficos y regionales.

Esto explica la intensificación de los esfuerzos europeos por dar cima a su proyecto histórico de unidad continental y de la viva preocupación de Europa Oriental y de la Unión Soviética, por no quedar excluidos de esta dinámica integradora. Además, da cuenta del empeño de EE.UU. por organizar su propio merca-

do común, incluido Canadá y México y, de ser posible, el mercado común panamericano.

Por último, revela la estrategia de Japón orientada a crear un gran espacio económico en el Asia Sur Oriental y el Pacífico. En este cuadro sólo dos continentes evidencian un marcado retraso: América Latina y África.

El "Estado Nación"

Como consecuencia de los complejos procesos de mundialización de la economía, de la política y de la cultura, las dimensiones del Estado se han visto reducidas y sus funciones modificadas. Esta parece ser una tendencia irreversible y todo indica que las funciones del Estado nacional —creación de la burguesía europea durante los siglos quince y dieciséis— serán asumidas crecientemente por diversas instancias multinacionales o bien mundiales, y por las nuevas organizaciones regionales. El caso más pragmático de esta nueva tendencia lo constituye "La Comunidad Económica Europea".

Paradójicamente, debemos constatar que, contrariando las previsiones de Marx y Engels, ha habido una mayor tendencia hacia la "extinción del Estado" en los últimos veinte años de capitalismo, que en los setenta años de "socialismo real", en la URSS y demás "democracias populares".

Chile no ha escapado a este poderoso movimiento "mundializador" desatado bajo el impulso del capital transnacional. El tiene un indudable aspecto positivo, cual es el de no quedar marginados de los procesos fundamentales de la economía mundial y de los avances tecnológicos. Tiene también aspectos negativos en términos de crecientes disparidades sociales, nacionales y regionales; de un dramático deterioro del medio ambiente; de una fuerte erosión de las identidades y culturas nacionales; de una manifiesta pérdida de soberanía.

La dictadura militar impulsó la nueva orientación a un altísimo costo social, moral, político y ecológico. Al nuevo gobierno y a los que le sucedan, corresponderá la tarea de maximizar las ventajas de dicha orientación y de minimizar sus costos. Desde este punto de vista, adquiere enorme importancia la reformulación de las tareas del Estado, no para una simple vuelta al pasado, sino para reforzar su política social y sus responsabilidades estratégicas.

Para mejorar su forma de inserción en la economía mundial y aumentar su capacidad de negociación frente a las empresas transnacionales, Chile deberá realizar los mayores esfuerzos en pro de la concreción de un mercado común, tal vez, en sus inicios, en el Cono Sur.

Democracia, tendencia universal

El mundo contemporáneo se halla atravesado por un movimiento democratizador de alcances verdaderamente universales. Este impulso, aunque insuficiente y parcial, constituye un buen augurio. Da cabida a la esperanza de que la presente mutación histórica pueda permitir el tránsito a una sociedad más vivible y humana para el ochenta por ciento de la humanidad, hoy excluida del progreso.

Esta revolución democrática de tendencia mundial ha tenido, por el momento, su epicentro en Europa Oriental, URSS y China. Ella asestó un golpe definitivo a los regímenes totalitarios de inspiración marxista-leninista.

Problema crucial: la defensa de los equilibrios ecológicos

Este gran viraje de la historia tiene, sin embargo, dimensiones particularmente grave. Una de ellas dice relación con el deterioro de los eco-sistemas, lo que nos lleva a estar en la dramática pers-

pectiva de un "apocalipsis ecológico". Este problema excede con mucho a una perspectiva exclusiva de luchas de clases o a la consabida contradicción principal, en la presente etapa histórica, entre capitalismo y socialismo. Como lo ha afirmado certeramente Mijail Gorbachov, se trata de un problema de supervivencia y de racionalidad global, de responsabilidad y concertación globales.

El desastre ecológico se ha dado, por lo demás, en los dos sistemas sociales hasta ayer en pugna. Con todo, el del "socialismo real" ha demostrado ser tan depredador como el del capitalismo.

La reivindicación de los derechos de la mujer, otro tema central de la modernidad

Un rasgo sobresaliente de esta enorme transformación en curso reside en el proceso de emancipación de la mujer. Ella constituye un cambio decisivo en la organización y calidad de las sociedades contemporáneas y una de las dimensiones fundamentales de la revolución democrática mundial.

Se trata de un fenómeno multifacético, aún en una temprana fase de su análisis teórico. En todo caso, nadie desconoce que él fue completamente ignorado por los clásicos de la teoría social, incluido Marx, y su estudio exige un abandono de la óptica puramente clasista y economicista.

La bomba nuclear y la paz mundial

El actual cambio histórico se halla también atravesado por agudas paradojas. Una de ellas reside en que el rápido desarrollo científico técnico ha conducido al "empate nuclear" y al equilibrio al borde del holocausto. Este avance gigantesco en el perfeccionamiento de los medios de producir y destruir ha puesto fin a la lógica klausetzviana. En la medida en que los países del "club nuclear" elevaban sus capacidades destructivas y que otros logra-

ban ingresar a él, se ha tornado casi imposible "continuar la política por otros medios", esto es por la guerra. Una vez más ha sido Gorbachov el dirigente político más sensible y responsable en relación con este problema. La síntesis de su mensaje nos dice: no hay objetivo de valor superior que asegurar la paz del mundo. Arriesgar el holocausto nuclear en función de una quimérica empresa de dominación de clase sería tan suicida como insensato.

El colapso del proyecto comunista histórico

Este cambio histórico es, como normalmente ocurre, causa y efecto del hundimiento del "socialismo real" y, con él, del fin del proyecto comunista histórico.

¿Se ha percibido el carácter definitivo y global de este fracaso? ¿Se han sacado las conclusiones acerca de las complejas implicaciones que traerá el derrumbe de un sistema social que hasta ayer era presentado como la "verdadera encarnación del socialismo", como el resultado de un "desarrollo creador de la teoría marxista", como el "único socialismo realmente existente"?

Para proseguir nuestro proceso de renovación, considero de la mayor importancia extraer las múltiples y complejas conclusiones de esta crisis orgánica del "socialismo real" y del sistema inspirado en el "marxismo-leninismo".

Aún cuando está muy lejos de mi ánimo agotar el análisis de materia tan ardua, sólo por la vía del ejemplo me permitiré algunas reflexiones.

a.- La crisis del "socialismo real" es de fondo. De fondo, porque de lo que se trata, en definitiva, es de la transición a un capitalismo de estado, moderno y transnacionalizado. Con ello se pone fin, al menos por un largo período, a la idea prometeica, tan propia de los marxistas y de sus fundadores, Marx y Engels, de transformar la sociedad con arreglo a un plan previamente concebido, basándose para ello en una teoría pretendidamente

científica de la sociedad y de la historia. El fracaso del proyecto comunista es, en parte, el merecido castigo a la soberanía "científica" que le sirviera de "élan" inspirador.

b.- El derrumbe del sistema comunista demostraría también las graves limitaciones de la idea, tanto marxiana-engelsiana como leninista, de que a través de la violencia revolucionaria, "partera de la historia", sería posible "el paso del reino de la necesidad al reino de la libertad". La revolución proletaria, demiurgo de la historia para Lenin, condujo en los hechos a un sistema despótico y opresivo, en que los fines propios del socialismo —igualdad, libertad y solidaridad— fueron sustituidos o postergados por objetivos de dominación social y mundial.

c.- Junto con el ocaso del "proyecto del comunismo histórico" (término acuñado por el comunista Achille Occhetto), han entrado en crisis las ideas estadolátricas asociadas a esta versión del socialismo. La identificación, de clara estirpe estalinista, entre socialización y estatización era, a no dudarlo, falsa. Además, con ello se colapsa la idea de anclar el proyecto socialista en torno al problema exclusivo de la propiedad, reduciéndolo así a la cuestión de ¿cuánto Estado?, en el bien entendido de que cuanto más Estado, tanto más socialista se es.

d.- El modelo soviético ha fracasado, el viejo imperio ruso se encuentra en desmembración y el propio destino de Gorbachov está sumamente comprometido y, muy fundamentalmente, porque lejos de suprimir la explotación y la alienación del trabajo, creó poderosos e inéditos mecanismos de extracción de plusvalía y de enajenación.

e.- Esta crisis orgánica tiene que ver, además, con el intento de sustituir los mecanismos de mercado por la planificación estatal, global y centralizada.

El resultado fue la venganza del mercado a través del surgimiento del "mercado negro", de un profuso trabajo clandestino y de múltiples formas de corrupción. Todo ello ha sido reite-

radamente denunciado por los propios dirigentes del comunismo soviético.

El desprestigio de la planificación centralizada ha alcanzado niveles tan profundos, que muchos de los líderes políticos de los países del Este se han convertido en devotos admiradores del señor Milton Friedman.

f.- Este derrumbe implica, además, la crisis de la idea de un socialismo concebido como un sistema económico alternativo al del capitalismo, iniciado en un país periférico, esto es, no capitalista; y exportado posteriormente a otros países, igualmente retrasados de la periferia. Esta no fue jamás la idea de Marx, para quien el socialismo advendría como producto de las agudas contradicciones de clase surgidas en la fase final de una pujante sociedad capitalista.

g.- Si bien la crisis del proyecto leninista importa, a no dudarlo, la crisis definitiva de la ideología "marxista-leninista", constituiría, a mi juicio, una ingenuidad suponer que el marxismo, a secas, sale indemne de esta gran catástrofe histórica. La razón es simple. Muchas de las ideas que animaron el proyecto comunista tuvieron su origen en el pensamiento de Marx y Engels y, en consecuencia, muchos de sus vicios y defectos se debieron a las insuficiencias y limitaciones del pensamiento original.

De aquí, lo patético de algunas declaraciones de ciertos dirigentes comunistas para quienes, si bien "habrían muerto el socialismo como sistema, no habría ocurrido así con las ideas socialistas de Marx y Engels". Para ellos, al parecer, la crisis en Europa oriental y la URSS constituiría sólo la crisis de una forma específica de aplicación del marxismo y del leninismo, pero no, necesariamente, su refutación total.

Aún cuando podríamos estar de acuerdo con esta argumentación, no deja de parecernos curioso el relativismo de parte de quienes hasta hace poco defendían "la científicidad" del "socialismo realmente existente" y consideraban a la URSS y demás países

del Este como "la materialización creadora de las ideas de Marx, Engels y Lenin".

En este capítulo —Chile y el cambio histórico— sólo he intentado hacer un breve y sintético recuento de algunos de los grandes temas que dan testimonio de la magnitud y trascendencia de los cambios en curso. Y ello, para insistir una vez más, en la fundamentación de una perentoria, impostergable y radical reelaboración de nuestras viejas respuestas, creencias y certidumbres.

Consumar la renovación imperativa e insoslayable

Una reflexión sobre la profunda renovación que está experimentando la idea del socialismo en el mundo y sobre la necesaria renovación de éste en Chile, por somera que sea, supone partir de un interrogante tan básico como elemental: ¿por qué es necesaria la renovación?

Insistimos: no pretendemos agotar el tema, sino tan sólo apuntar a algunos de sus aspectos más resaltantes a fin de suscitar y contribuir a una amplia, profunda e insoslayable reflexión acerca del socialismo hoy.

En lo que se refiere al Partido Socialista de Chile, es de fundamental importancia hacer un poco de historia, remontándose a los orígenes de la "renovación socialista". Esta se inició a fines de los años setenta, con indesmentibles acentos autocríticos. Según ella, los sucesos de 1973 —el golpe militar y la interrupción violenta del proceso de transición al socialismo, por una vía institucional— comportaron no sólo una derrota del pueblo de Chile, sino, también, un importante fracaso de la dirección de los partidos de la "Unidad Popular" y, concretamente del Partido Socialista.

Este fracaso se debió, entre otras causas, a la acumulación de vacíos, insuficiencias y ambigüedades teóricas y doctrinarias,

que impidieron dar coherencia al proyecto, creando en torno a él un vasto consenso nacional, claramente mayoritario.

Entre 1971 y 1973, nuestras certidumbres y concepciones sobre la transición al socialismo se hallaban impregnadas de leninismo y, en no menor medida, de añadidos teóricos surgidos de la revolución cubana. Ello impidió desarrollar un programa de gobierno y un estilo político coherentes con el objetivo estratégico de transformar la sociedad chilena sin solución de continuidad institucional, sin ruptura revolucionaria, sin el clásico asalto al "Palacio de Invierno".

La línea divisoria dentro de la izquierda chilena se planteó en aquella época, 1979, entre quienes sostuvimos la interpretación anterior y quienes vieron, por el contrario, en la falta y carencia de un leninismo consecuente, la razón última y determinante de la derrota. Más allá de esta cuestión, en sí misma fundamental, lo cierto es que 1973 importó una prueba crucial para todo nuestro edificio teórico y para nuestra visión del proceso histórico.

Hoy, los vacíos e insuficiencias de que hemos hablado se han ampliado en un grado sin precedente, como consecuencia de la crisis mundial de las izquierdas y de sus bases conceptuales fundamentales: el marxismo y el leninismo.

No hay forma de proseguir el impulso renovador escabullendo el cuerpo a esta especie de "crepúsculo de los dioses". Pretender que el derrumbe del "socialismo real" deja incólumes los fundamentos teóricos de este fracasado intento de transformar la sociedad según un diseño humano previamente concebido, me parece tan irreal como irresponsable.

El leninismo, como teoría fundamental de "la revolución" y del "partido revolucionario", se ha derrumbado junto con el "socialismo real"; y el marxismo se halla, por decir lo menos, en una grave crisis, sobrepasado por esta situación y por la gran mutación histórica en curso.

La segunda poderosa razón para fundamentar nuestra exi-

gencia de renovación reside en que el Chile de 1990 es diverso al Chile de antes de 1973.

Sólo una radical reformulación de nuestro acervo histórico nos permitirá entender la lógica de los cambios ocurridos en los 16 años de dictadura y, a partir de esa comprensión, fundamentar un nuevo proyecto de cambio social, adecuado al nuevo período histórico por el que transitamos.

El tercer argumento en pro de la renovación reside en los colosales cambios ocurridos en el contexto mundial, bajo los influjos de una verdadera mutación "civilizacional", impulsada como hemos visto por la aceleración vertiginosa de las fuerzas productivas, técnicas y científicas.

Estos cambios (que por cierto incluyen, entre otros, el colapso del "socialismo real", la liberación de la mujer, los peligros del holocausto ecológico, de la apocalipsis nuclear), no son interpretables a la luz de las solas categorías marxistas. No estamos diciendo que éstas no aporten elementos de análisis extraordinariamente útiles y vigentes, pero, a su vez, contienen tantas verdades a medias y tantas falsedades manifiestas, que los elementos útiles deben ser precisados y reformulados en un nuevo cuerpo teórico, en un nuevo paradigma de cambio, en una nueva utopía del socialismo, moderno, humanista, plural y libertario.

El nuevo proyecto histórico del socialismo chileno no puede desconocer ni olvidar estos tres acontecimientos capitales: nuestra derrota, sus razones y sinrazones; el cambio de Chile a contar del Golpe de Estado; y la transformación planetaria.

Por el contrario, debemos enfrentarlos y asumirlos con decisión, sin ambigüedades ni escapismos, so pena de terminar en un fracaso aún mayor.

Pensamos por ello, y lo decimos con abierta franqueza, que los intentos de fundar la renovación del socialismo en pretendidos retornos al "verdadero Lenin" o al "verdadero Marx, constituyen estériles ejercicios escolásticos.

Los cambios ocurridos en Chile, en América Latina y el mundo, exigen de los socialistas un cambio fundamental de óptica y perspectiva. Si recogemos las lecciones de la historia y postulamos un socialismo sin "gulag", sin ideología oficial, sin partido único y de Estado, está claro que debemos realizar ese radical cambio de óptica en la fundación del nuevo proyecto de sociedad. El deberá descansar en la libre adhesión de las mayorías nacionales, en la expansión y enriquecimiento de la sociedad civil, en el desarrollo del pluralismo ideológico, en la permanente aspiración humana al perfeccionamiento moral, individual y colectivo. Este cambio radical de óptica nos exigirá más humanidad en el campo teórico, más debate interno libre, más diálogo con diversas corrientes del pensamiento humanista cristiano y racionalista laico.

Por otra parte, implicará también superar la pretensión de fundamentar el socialismo en una exclusiva teoría, materialista y dialéctica, de la historia y de la sociedad. El socialismo es técnica, es ciencia y es necesidad, pero también, y tal vez en primer lugar, es humanidad, es libertad y es creación. Por ello el socialismo, además de descansar en un conocimiento, cuanto más riguroso y objetivo tanto mejor de la realidad social y de sus mecanismos de cambio, debe estar indisolublemente ligado a un imperativo moral y ético. Este imperativo tendrá diversas expresiones, y cada una de ellas una diferente dinámica histórica: aumentar los grados de igualdad, sin sacrificar las libertades; propugnar el desarrollo económico, sin olvidar la justicia social; impulsar el progreso científico y técnico, sin violar los equilibrios ecológicos; y, en general, compatibilizar los "sagrados" derechos individuales con los también "sagrados" imperativos sociales.

Diversos autores marxistas, entre ellos Lenin, llegaron a jactarse de que "el socialismo científico" no tenía un "átomo de moral", dicho esto en el sentido de no ser necesaria la fundamentación ética, puesto que él se basaba en leyes científicas.

Pensamos que esta jactanciosa afirmación ha sido desmentida

por la historia. Un socialismo que intente definir sus objetivos y medios con prescindencia de principios morales y con exclusiva fundamentación en "leyes científicas", está condenado al fracaso. En su polémica con los "marxistas científicos", Max Adler tenía razón. El advenimiento del socialismo no es ni será una fatalidad de la historia, sino un producto de la lucha del género humano por conquistar nuevos y superiores espacios de libertad y de justicia. Esto es, por ascender a más altos niveles de comprensión ética.

La fundamentación moral del socialismo es, para mí, de esencial importancia.

El sistema capitalista moderno ha demostrado ser extraordinariamente dinámico e innovador. Su problema no ha sido, como pensara Marx, el de necesariamente transformarse en un obstáculo al desarrollo de las fuerzas productivas. En cambio, algunos de sus aspectos más repudiables es su amoralidad y las inicuas desigualdades que ha ido engendrando, tanto dentro de las sociedades nacionales como en el sistema mundial: a lo menos cuatro de los cinco mil millones de seres humanos que pueblan la Tierra están excluidos de los presuntos "beneficios" del capitalismo. Y, si por arte de magia se incorporaran a sus altos niveles de producción y consumo los otros, los "condenados de la tierra" (el 80 por ciento de sus habitantes), las materias primas y las fuentes energéticas del mundo se agotarían en menos de veinte años. A ello debemos agregar los efectos devastadores del "productivismo" y "consumismo" en la ecoesfera y el grado creciente de alienación de enormes masas humanas, amén del uso creciente de drogas, del gigantesco tráfico de armas, del comercio de la pornografía, de la violencia y de la inseguridad.

El capitalismo, librado a su lógica inmanente, conduce a un desastre social, ecológico y moral que amenaza, de paso, la supervivencia misma del género humano.

Los anteriores son sólo algunos aspectos de una reflexión

sobre la renovación del socialismo, que debemos abordar todos los socialistas conjuntamente. A partir de ellos, quisiera expresar mi profunda convicción de que nuestra renovación, la renovación del socialismo chileno, se encuentra en una fase aún temprana de su desarrollo. Iniciada a fines de los años setenta, experimentó una aceleración en la década siguiente. Y fue gracias a ella que el socialismo pudo convertirse en actor decisivo de proceso nacional chileno, haciendo una contribución señera a la cristalización de un vasto consenso democrático y a la derrota política del autoritarismo en los años 88 y 89. El socialismo renovado, junto con otras fuerzas antidictatoriales democráticas, creó la "Concertación de Partidos por la Democracia", contribuyendo, así, al fracaso de la dictadura en el plebiscito de 1988 y a la victoria de Patricio Aylwin en 1989. Gracias a este enfoque renovador, fue posible evitar la marginalización de la izquierda y la muy posible perpetuación del proyecto autoritario.

El mérito recae sobre todos los dirigentes y militantes comprometidos con el impulso renovador de aquellos años, pero muy especialmente sobre los compañeros Jorge Arrate y Ricardo Núñez, quienes fueron sus principales líderes.

Como podrá apreciarse, el cambio del eje central de nuestro enfoque histórico, de la "revolución social" a la "profundización democrática", no está aún consumado y, por lo mismo, es todavía débil y vulnerable.

En mi opinión, la culminación del impulso renovador no tendría por qué amenazar la esencia del socialismo chileno, como algunos lo piensan, así como el de su perfil popular y su definición de fuerza de izquierda. Mi preocupación tiene su origen, más bien, en una causa de signo contrario: esto es, el peligro reside en la ausencia de un radical espíritu renovador. Sin una renovación esencial, el socialismo chileno difícilmente podrá conservar sus enormes potencialidades presentes para devenir en la gran fuerza dirigente de la izquierda chilena y, con ello, influir no sólo en el

cambio del propio centro político del país sino, incluso, en la transformación positiva de los partidos de derecha.

No olvidemos: los partidos comunistas de Europa Central se resistieron empecinadamente a la renovación y, producto precisamente de ese soberbio empecinamiento, concluyeron no sólo por sucumbir, sino además por renegarse.

Por un partido socialista de izquierda, crítico, moderno, plural y coherente

En los momentos cruciales de la historia actual, las colectividades políticas, así como los intelectuales más lúcidos y los individuos más responsables, deben hacer un balance autocrítico, lo más objetivo posible, de su vida, de su trayectoria, de sus virtudes y defectos, de sus logros y fracasos.

El Partido Socialista de Chile se encuentra, a mi juicio, enfrentado a uno de esos momentos de su propia historia. En consecuencia, deberá proceder a un descarnado esfuerzo colectivo y a una definitiva y seria reflexión teórica.

Nadie, o muy pocos, podrán negar el considerable papel desempeñado desde su fundación por el socialismo en la histórica tarea de democratizar y modernizar a Chile. En compañía de otras fuerzas de izquierda hemos dado una larga y dura lucha por la industrialización del país, por transformar sus estructuras arcaicas, por democratizar la vida de Chile, por el control y recuperación de las riquezas básicas. Esa lucha, pese a todo los avatares y adversidades, fue exitosa. Entre los años treinta y los años sesenta Chile experimentó un cambio gigantesco, dando un salto, desde la sociedad agraria, patriarcal y oligárquica, a una sociedad urbana en franco proceso de modernización y semi-industrializada.

Durante todo este período, tanto por su acción como por su pensamiento, el Partido hizo una contribución señera a la incor-

poración de Chile al siglo XX.

Guiados por un auténtico afán de bien público, de grandeza nacional y de justicia, nos esforzamos por hacer de la política una actividad generosa, idealista, sometida a normas éticas, ajena a propósitos espurios de enriquecimiento personal y de búsqueda del poder por el poder mismo. Salvador Allende, entre todos los socialistas, encarnó mejor que nadie estas virtudes y este compromiso. Su vida, al servicio del pueblo y de Chile, así como su muerte, constituyen un testimonio irrefutable de ello.

Por otra parte, también nuestra toma de posiciones frente a los grandes conflictos y movimientos ocurridos en el mundo a contar de la Primera Guerra Mundial, fue sorprendentemente justa y correcta. Estuvimos siempre sosteniendo las causas más nobles y justas de la humanidad. No fuimos jamás vasallos de ningún "vaticano". Conservamos, a pesar muchas veces de nuestra extrema ideologización, una objetividad esencial. En la Guerra Civil española sostuvimos sin desmayo la causa republicana. Nos inscribimos resueltamente en el gran movimiento anti-colonialista universal y, en tal virtud, condenamos las guerras libradas por las grandes potencias capitalistas en India, Argelia o Vietnam.

Y frente a las ocupaciones de Hungría o Checoslovaquia y a la invasión de Afganistán, proclamamos nuestra opción cardinal por la auto-determinación de los pueblos, aun cuando se sostuviera que se trataba de "defender el socialismo".

Denunciamos tanto la "monstruosidad de izquierda", expresada en el estalinismo, como la "perversidad intrínseca" de derecha representada por Hitler y el nazi-fascismo. Con Lázaro Cárdenas en México, y con Nasser en Egipto, testimoniamos nuestra adhesión irrestricta al derecho de los estados a disponer de sus riquezas fundamentales.

Martin Luther King encarnó para nosotros el decidido rechazo a toda forma de racismo o de discriminación racial. Acogimos con entusiasmo las victorias de Fidel Castro en Cuba y de

los sandinistas en Nicaragua, como manifestaciones de una justa ambición a afirmar nuestras identidades de pueblos libres frente a Estados Unidos, y como un logrado intento de hacer justicia a las enormes masas desposeídas del continente.

Por último, no dudamos, desde sus inicios, en considerar como muy positivo los cambios de magnitud histórica protagonizados por Gorbachov en la URSS y los demás países de Europa Central.

Pero, honestidad y objetividad obligan. Necesario es reconocer que, junto a estos notables aciertos históricos, a la lúcida y permanente autonomía de que siempre hizo gala el socialismo chileno, y a su característica esencial de fuerza no conformista y de lucha, debemos, también, contabilizar en el debe las tendencias al sectarismo, al maximalismo, a los análisis maniqueos, a las fórmulas esquemáticas, a un excesivo ideologismo. Al mismo tiempo, con ello, incurrimos en marcadas tendencias caudillistas y en luchas intestinas menores que condujeron a repetidas divisiones, con grave menoscabo del prestigio y seriedad del Partido. Además, nos fue difícil dar precisión, realismo y coherencia a nuestra propuesta estratégica, a nuestro proyecto de transformación y cambio.

Hoy nos encontramos en otro período histórico. El mundo, América Latina y Chile son otros. Se ha desplomado el proyecto histórico comunista y, junto con él, ha perdido vigencia la transición del capitalismo al socialismo por la "vía leninista" y, en cambio, se ha colocado en la orden del día la transición del socialismo al capitalismo por la "vía gorbachoviana". Ha cesado el conflicto Este-Oeste y la bipolaridad mundial se ha convertido en monopolaridad. El Norte, incluidos en esta noción la Unión Soviética y los países de Europa del Este, aparece reorganizado bajo el liderazgo de Estados Unidos, en la guerra "santa" contra Irak. A ello debemos agregar el acontecimiento clave de la post-guerra: la unidad de los dos alemanias. Ha surgido una nueva superpo-

tencia con el beneplácito soviético. Ambos hechos estelares marcan el inicio de este nuevo capítulo de la historia: la del post-comunismo.

Pero, volvamos a nuestro tema. Hace más de diez años iniciamos una dolorosa reflexión autocrítica abriendo con ella las "grandes avenidas" de la renovación.

Es la hora de consumir nuestra autocrítica y de regenerar el impulso renovador.

Lo anterior supone realizar una opción fundamental y definitiva por la democracia. En el pasado hicimos esfuerzos, por desgracia insuficientes, para perfilar una concepción auténticamente democrática de socialismo. Esta, pese a nuestras buenas intenciones, continuó descansando en la idea de una transición al socialismo a través de una ruptura violenta con el capitalismo, inscrita en la lógica leninista, sin percatarnos que con ello incurriamos en una negación flagrante de nuestra profesión de fe democrática; e ignorando que por esa "vía revolucionaria", cuando más, llegaríamos a una nueva forma de totalitarismo y no a un socialismo democrático. Ni siquiera nuestro apoyo a Tito, nuestro rechazo decidido al estalinismo, nuestra condena sin vacilaciones a la ocupación de Hungría en 1956, de Checoslovaquia en 1968, a la invasión de Afganistán en 1981, nos condujeron a un juicio "globalmente negativo" de ese universo y a una opción definitiva y categóricamente diversa.

Pero con todo, lo peor no fueron nuestras inconsistencias en el plano teórico, sino un reiterado divorcio entre nuestro discurso y nuestra práctica política. Cuando, impulsados por el espíritu de la época y la manera de pensar la realidad, adheríamos al "marxismo-leninismo" y a diferentes "formas de lucha", no dejábamos por ello de participar en las elecciones y en el Parlamento "burgués".

Ejemplos como éste podrían multiplicarse, pero tampoco se trata de un acto de auto-expiación. Quisiera ser bien comprendido.

Muy lejos estoy de complacerme en este ejercicio autocrítico. Si lo hago, no es por encontrar temporal alivio en una especie de catarsis personal, ni por una súbita compulsión sado-masoquista. Creo que las mencionadas inconsistencias deben terminar de una vez y para siempre si es que aspiramos a constituirnos en un poderoso referente nacional, de izquierda y democrático, en esta nueva etapa de la historia nacional.

Para ello, pienso que el Partido deberá organizarse en torno a un imprescindible consenso básico, de ideas y propuestas, expresadas en un programa:

donde se precise nuestra nueva visión del mundo y la forma en que hemos asumido nuestra propia experiencia pasada, así como la de los magnos acontecimientos ocurridos;

donde se definan los valores morales y objetivos políticos que deberán guiar nuestro quehacer nacional y mundial en el próximo futuro;

donde se profile la naturaleza e identidad del socialismo que estamos proponiendo a Chile;

donde se fundamente el carácter del socialismo chileno, de gran fuerza nacional, de izquierda, de reforma y de cambio social;

donde se de cuenta de nuestra definitiva y crucial opción democrática;

donde se formule el nuevo proyecto histórico y se precisen las fuerzas sociales, intelectuales, políticas y culturales que lo han de sustentar, esto es, del nuevo bloque histórico a construir para catapultar a Chile en el siglo XXI.

Naturalmente, no creo que el remedio para los males endémicos de que hablamos sea adoptar formas autoritarias fundadas en el "centralismo democrático". Estoy por un Partido Socialista con una vital y dinámica democracia interna. No un Partido monolítico. Sí, un Partido con tendencias, pero que ellas luchan lealmente por definir y precisar sus concepciones, siempre y cuando éstas sean mutuamente comprensibles y se encuentren

insertas en un común marco doctrinario, en un gran consenso de principios y valores.

Pienso que la renovación ha ido suficientemente lejos como para que el consenso se establezca en torno a la adhesión irrestricta a la democracia, a la alternancia en el ejercicio del poder, al respeto de las minorías cualesquiera sea su representación o su ideología, a una vía político-consensual al socialismo, a un socialismo no estatista, democrático, crítico y plural. No podemos ni debemos permitirnos una larga convalecencia en el cumplimiento de esta aspiración común.

Finalmente, me interesa subrayar que una cosa es el pluralismo y la democracia interna, y, otra, muy distinta, es la convivencia de ideas absolutamente opuestas, de vías en esencia diversas. Las primeras son síntomas de vitalidad, condición de creatividad, expresión de coherencia y fe democrática. Las últimas, en cambio, son una enfermedad a superar, un síntoma inequívoco de que "algo huele mal en Dinamarca".

El Socialismo y el Partido por la Democracia (PPD)

Uno de los temas más debatidos entre socialistas, en el último tiempo, es el de las relaciones entre nuestro Partido y el "Partido por la Democracia". Incluyo a continuación algunas someras reflexiones sobre el tema.

Creo que todo análisis serio sobre este tópico debe partir de una constatación elemental y de algunas interrogantes básicas, asociadas a aquella.

La constatación elemental es reconocer que el PPD, nacido como partido instrumental y, en consecuencia, efímero, se ha transformado en una realidad política, cobrando vida más allá de la coyuntura y de sus objetivos iniciales.

A partir de esta constatación, las interrogantes surgen por sí mismas: ¿por qué ha ocurrido así?; ¿por qué un partido, creado

para fines específicos, no sólo sobrevive al plebiscito de 1988 y a las elecciones de 1989, sino también a la reunificación del socialismo?; ¿por qué el PPD, un partido fundado y, en gran medida, dirigido por socialistas, sigue coexistiendo con el PS y, aún más, disputándole una parte de su rol y de la escena?

Para ir derechamente al grano: no creo que la cuestión sea reductible a un problema de pretendidas aspiraciones presidenciales, que encontrarían apoyo en el PPD y oposición en el PS. Este factor tal vez existe, pero no constituye a mi entender la respuesta última. La explicación de fondo tiene que ver, a la vez, con el PPD y con el PS, aunque por razones opuestas. El PPD sobrevive y, según algunos, se refuerza, porque pese a los obstáculos satisface una demanda real, proveniente de sectores de ciudadanos que van desde la derecha democrática hasta la izquierda, pasando por el centro. Esta demanda podría interpretarse, en síntesis, como el deseo de participar en la vida política del país, de entregar su opinión frente a los grandes temas de la actualidad, sin tener que pagar tributo a los "ideologismos" y a los aparatos dirigentes en los viejos partidos clásicos. Dicho de otra manera, por una parte, es expresión de un compromiso con las grandes opciones de la hora presente —entre otras, democratización, modernización sustantiva, justicia social, defensa ecológica, paz— y simultáneamente, por otra, revela una seria desconfianza en los partidos históricos.

Esto, por el lado del PPD. Por el lado del PS, a mi juicio, la razón de fondo de la porfiada y conflictiva supervivencia del PPD reside, ni más ni menos, en el debilitamiento del impulso renovador del socialismo. Ello es explicable. El imperativo de la renovación debió ser postergado frente al imperativo de la reunificación.

Por lo mismo, el PS no ha logrado aún ahuyentar sus viejos fantasmas y entre otras justificadas razones, debido al corto tiempo transcurrido, no ha logrado transformarse en un Partido mo-

derno de masas, con sólida raigambre popular, con creciente poder de convocatoria entre los intelectuales, las mujeres y la juventud; un partido de izquierda, crítico, coherente y pluralista, que en sus propuestas y en su práctica anticipa y prefigura la sociedad por la que dice luchar.

Con esto estamos afirmando algo simple: la existencia del PPD es, en parte significativa, correlato de las debilidades del PS para renovarse. Es decir, para democratizarse y modernizarse. Estas consideraciones, como es fácil advertir, no contestan explícitamente a la pregunta de cómo se resuelven las contradicciones entre el PS y el PPD. Pero sí contienen los gérmenes de una respuesta.

En mi opinión, esta respuesta pasa por la aceptación, al interior del PS, de la realidad de la existencia del PPD. Más aún, pasa por el reconocimiento del carácter positivo de esta colectividad, en tanto la renovación del PS no cobre nuevos bríos. En esta lógica, la renovación se verá impulsada en el marco de una interacción recíproca entre PPD y PS.

Sin lugar a dudas, la renovación del PS no consiste en transformarse en otro PPD, sino en ir cambiando su realidad e imagen, con objeto de constituir un referente viable, coherente y serio de gobierno futuro, ubicado a la izquierda del centro, y con indementida vocación democrática. Si lo lograra, habría resuelto sus dificultades, no sólo con el PPD, sino también con el resto de la izquierda y con Chile.

Palabras finales

Estimados compañeros:

Durante un prolongado período de mi vida, de casi diez años, me he impuesto un receso político, absteniéndome de toda intervención pública, así como en la vida partidaria.

Este receso no ha tenido, por cierto, su origen en una indife-

rencia por la suerte de Chile o del Partido Socialista, ni menos en una pasiva resignación frente a la arbitrariedad del poder dictatorial de ayer o del tribunal militar de hoy. Muy por el contrario, ha provenido de una clara toma de conciencia que mi participación activa y visible, lejos de favorecer, perjudicaba la causa de la renovación partidaria y de la búsqueda de los consensos indispensables para derrotar la dictadura.

Tan intensas han sido las pasiones desatadas en torno a mi persona, alimentadas no sólo por propagandistas interesados del antiguo régimen, sino también por propios militantes del Partido, que todo me aconsejaba guardar silencio, aun cuando más de una vez me fuera difícil dado lo injusto y falso de las imputaciones, o de lo vergonzoso de las insolidaridades.

Si he cedido a esta aprensión, ha sido sólo frente a la relevante importancia que atribuyo al Congreso de Unidad Salvador Allende y a la acuciante necesidad de contribuir a abrir un gran debate interno —de largo aliento— sobre los grandes y fascinantes temas de la contemporaneidad, convencido, como estoy, de que no podremos continuar nuestra marcha "a tientes"; de que no podremos construir la gran fuerza política y moral que Chile reclama, guiándonos sólo por "el sentido común" y por las "tincas", tan propias de nuestra idiosincrasia, o por un menguado pragmatismo de corto alcance.

En relación a ello, quisiera advertir acerca de los peligros que entraña para el socialismo, en Chile y en el mundo, el dejarse influenciar por un pragmatismo de corta vista, la mayor de las veces desprovisto de aliento moral y carente de sustancia política.

Esta *realpolitick*, no me cabe dudas, se verá favorecida por el hecho de haber concluido el período iniciado en 1917 con la revolución rusa, caracterizado en sus inicios por grandes y gloriosas epopeyas, liberadores de hombres y de pueblos. Hoy nos encontramos frente a otra fase histórica, seguramente menos heroica pero que exigirá, en cambio, mayor madurez y reflexión.

Compañeros, os ruego creerme:

A través de estas páginas, no busco asumir una posición de mentor ni dar lecciones de ninguna especie. Menos aún distribuir aprobaciones o condenas.

Como lo advierto al comienzo, estas líneas no están inspiradas en ningún designio político de tipo personal. Cuando pueda retornar al país, lo haré sin duda, pero está muy lejos de mi espíritu y ánimo intentar volver al tránsito de la política contingente.

Por último, me creo en el deber de hacer una pequeña aclaración. Como podrán haberlo advertido leyendo estas líneas y, probablemente, un libro-entrevista de reciente aparición, mi pensamiento e ideas son distintas a lo que lo eran antes de los años 75. Han transcurrido casi 17 años desde que debí abandonar el país. Y he cambiado, porque he intentado asumir con responsabilidad las dramáticas experiencias de mi vida personal —como hombre y como dirigente político— así como asimilar los cambios cruciales ocurridos en Chile, América Latina y el Mundo.

Mi invocación a la renovación del socialismo no es una simple figura retórica ni un maquillaje demagógico, tras el cual se ocultan el viejo dogmatismo y las antiguas verdades totalizadoras. Ella obedece a una convicción profunda, hija de esta dolorosa experiencia personal, pero también, y básicamente, del vertiginoso movimiento de la historia en el cual estamos inmersos. Para mí, la alternativa a la renovación es la fragmentación política y la irrelevancia histórica. Renovarse o morir, es hoy el insoslayable imperativo de las izquierdas en el mundo.

El comunismo italiano, por ejemplo, frente a la dramática disyuntiva, ha escogido la más dura de las opciones posibles. A pesar de su enorme influencia en la sociedad italiana y de su larga y lúcida evolución, ha decidido transformarse en un gran partido de izquierda europeo, abandonando el nombre de comunista. Incluso los comunistas franceses, tan apegados a su ortodo-

xia, se hallan inmersos en un intenso debate ideológico que, por primera vez, promete superar sus dogmatismos y rigideces. El Partido Socialista Italiano también ha cambiado de nombre y ha creado un nuevo tipo de organización política. Y, por cierto, no voy a referirme a la debacle experimentada por los partidos comunistas de Europa del Este, donde ni uno solo de ellos ha conservado su nombre de comunista, ni mucho menos sus anteriores "unanimidades". Tampoco me referiré a la situación del Partido Comunista Soviético, cuya historia está aún escribiéndose. Sólo nos encontramos en los prolegómenos de ese alucinante y aún imprevisible drama histórico.

Sí, he cambiado para seguir siendo socialista. Diríamos, para ser más socialistas que antes. Después de haber vivido durante los 18 años de exilio en los dos extremos ideológicos del mundo, Berlín y París, en el "socialismo real" y en el "capitalismo avanzado"; de haber criticado al primero cuando todavía no era de "buen tono" y aún vivía allá, y de haber tomado aguda conciencia de los defectos y vicios más relevantes del segundo, estoy más convencido que nunca que sólo en la lucha por la construcción del socialismo será posible ir dando cabida a los grandes y nobles objetivos del humanismo racionalista, inscritos en la Carta de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, en los estandartes de la Revolución Francesa, en el pensamiento de los preclaros intelectuales latinoamericanos y en más de algunos de los honrosos principios que inspiraron a la revolución bolchevique.

Estoy plenamente convencido que toda lucha consecuente y exitosa por la democracia, por ampliar y profundizar nuestros espacios de libertad, de igualdad y de justicia, es un avance hacia el socialismo del siglo XXI, que en esencia debería ser crítico, humanista, creativo, libertario, tolerante y plural.

He dejado de creer en el socialismo como una estación terminal de la historia, obediente a leyes "inexorables", o bien, como antesala de la "tierra prometida".

Para mí hoy, la transición al socialismo no es la marcha forzada hacia la industrialización y la estatización de los medios de producción, sino es un largo, complejo y difícil proceso histórico, donde se van conjugando, a través de múltiples y sucesivas reformas realizadas en todos los dominios de la sociedad, un altísimo nivel de desarrollo científico y tecnológico con un correspondiente avance en la calidad de la organización de la sociedad, en sus principios y en sus valores cívicos.

Esto, en cambio, ha reforzado mi fe en el socialismo, porque ella ha dejado de radicar en el cumplimiento inexorable de una fatal determinación histórica, para pasar a constituir el resultado posible de la grandiosa aventura del hombre en la Tierra, esto es, en definitiva, de mi confianza en la preferencia de la especie humana por la libertad, la dignidad y la razón.

Carlos Altamirano Orrego
París, octubre de 1990

LAS BASES
FUNDACIONALES
DEL SOCIALISMO
CHILENO

FUNDAMENTACION TEORICA DEL PROGRAMA DEL PARTIDO SOCIALISTA (1947)(*)

Eugenio González Rojas

1. Ubicación del socialismo

El socialismo responde en todo el mundo a necesidades históricas derivadas de las condiciones de vida y de trabajo que ha impuesto el desarrollo de la economía capitalista. Por el hecho de concordar eficazmente con el sentido de la evolución general de la sociedad, él contiene las soluciones de todos los grandes problemas materiales y morales de nuestro tiempo. Es, por eso, en la actualidad, la única fuerza realmente creadora.

Impulso espontáneo de las masas obreras en un comienzo, fue determinando en consonancia con los progresos del industrialismo sus objetivos específicos y plasmándolos en una doctrina que tiene alcance universal, tanto por el valor humano de sus postulados esenciales como por el hecho de que el sistema capitalista, dotado de extraordinario dinamismo expansivo, llevó sus formas de vida a todas las regiones de la tierra, suscitando en todos los pueblos parecidas necesidades.

Nuestro Partido representa en Chile el impulso histórico del verdadero socialismo y la auténtica doctrina socialista que recoge para superarlos —y no para destruirlos— todos los valores de la herencia cultural como un positivo aporte a la nueva sociedad que deberá erigirse sobre el mundo capitalista en bancarrota. tiene,

(*) Publicado Revista *Convergencia*, núms. 5-6, nov. 1981-enero 1982.

por lo tanto, la misión de educar políticamente a la clase trabajadora para hacerla capaz de cumplir la tarea que le corresponde en este período de crisis orgánica de la sociedad burguesa y aquella otra que le exigirá en un porvenir próximo la construcción de la sociedad sin clases.

Es necesario que los militantes del PS y el pueblo comprendan plenamente la significación histórica y humana del socialismo, la justeza de su posición revolucionaria frente a los problemas de la época y las perspectivas nacionales y mundiales de su acción política. Dialécticamente generado por el capitalismo, el socialismo constituye su necesaria superación, tanto en la evolución interna de las distintas sociedades nacionales como en la transformación mundial de las relaciones económicas.

Desde sus orígenes el socialismo ha sido la avanzada del movimiento histórico de la clase trabajadora.

Al quebrantarse, de manera definitiva, el Antiguo Régimen —económicamente con la revolución industrial y políticamente con la Revolución Francesa, en la segunda mitad del siglo XVIII— pasó a ocupar la dirección del Estado la burguesía ilustrada y mercantil, dándose comienzo a la expansión del industrialismo capitalista, en lo económico, y del individualismo liberal, en lo político.

La ruptura de las formas orgánicas de la sociedad nobiliaria y, con ellas, de los últimos vestigios de las garantías corporativas que protegieron el trabajo artesanal, fue necesaria para el acrecentamiento del poderío burgués; pero las instituciones democrático-liberales que entraron a reemplazarlas —incluso los derechos primarios consagrados en la ley positiva— no tuvieron vigencia real para las mayorías asalariadas.

La nueva clase dominante que manejaba la producción y el comercio fue imprimiendo su estilo de vida a la sociedad.

Despojado de su dignidad ética y convertido en precaria mercancía, el trabajo humano quedó sujeto a la mecánica ley de

la oferta y la demanda, dentro de la libre concurrencia de las fuerzas económicas. Así, mientras se reconocían enfáticamente en la letra de las Constituciones los "derechos del hombre y del ciudadano", quedó la masa asalariada sometida a una servidumbre económica que, en muchos aspectos, era aún más intolerable que la del esclavo antiguo y la del siervo medieval.

La voluntad burguesa de enriquecimiento material, ejercida con prescindencia de toda consideración superior, condujo a una explotación sistemática del trabajo humano. Pudo verse, desde entonces, en los grandes centros de la industria capitalista y en los países coloniales donde ella iba en busca de materias primas y mercados propios, una pauperización creciente de las masas obreras, tomadas en su conjunto, que seguía como proceso correlativo al aumento del lucro de las empresas privadas.

El Estado democrático-liberal —instrumento político del poder económico de la burguesía en ascenso— se resistió a intervenir en los procesos de la producción y del intercambio, en virtud del principio de la economía libre concebido como el fundamento natural de la prosperidad pública y del equilibrio dinámico de las energías sociales. Colocadas, en cierto modo, al margen del Estado, las clases trabajadoras no pudieron contar sino con sus propios recursos frente a los dueños de la técnica y del dinero, que disponían también para la defensa de sus intereses de eficaces mecanismos jurídicos y represivos.

Por primera vez en la revolución de 1848 en Francia actuó el proletariado, no como simple fuerza de choque de la burguesía progresista, sino como una clase ya consciente de sus peculiares reivindicaciones. También entonces aparecieron expuestas por primera vez de una manera sistemática en el Manifiesto Comunista de Marx y Engels las ideas que han servido de base doctrinal a su impulso revolucionario. Desde esa fecha, hasta nuestros días el movimiento reivindicatorio de la clase trabajadora ha ido desenvolviéndose progresivamente en el plano político y defendien-

do su contenido ideológico en el proceso mismo de la evolución económico-social.

Por su parte, el capitalismo ha ido desarrollándose en forma tal que ha generado los más repudiados fenómenos antisociales como el imperialismo y la guerra. El primero se ha concretado en el sojuzgamiento colonial de los pueblos de economía retrasada por potencias gobernadas bajo el control de grandes concentraciones capitalistas, y el segundo se ha manifestado en una pugna permanente de esas potencias por lograr el dominio del mundo. Demostración irrefutable de esa fatídica lucha fue la primera Guerra Mundial promovida por intereses enteramente ajenos a los trabajadores.

Estamos ahora en un período de grandes mutaciones históricas. La lucha por el dominio del mundo ha entrado en su etapa decisiva. Los poderes imperialistas triunfantes en la segunda Guerra Mundial se aprestan para nuevas empresas bélicas en las que habrá de resolverse, a favor de alguno de ellos, el inestable equilibrio político existente, o se dislocará por completo la civilización bajo el incalculable efecto destructivo de las armas científicas.

Por encima de las formas políticas en que se desenvuelve la acción de los Estados, tres son las fuerzas principales que se manifiestan en la realidad internacional, determinando cada una de ellas, en un mayor o menor grado, según las circunstancias y los lugares, las relaciones internas y externas de los pueblos: el alto capitalismo financiero, en conformidad al principio de libre empresa, procura mantener en pie la quebrantada estructura del régimen burgués; el comunismo soviético, que sirve de vehículo al afán hegemónico y nacionalista del Estado ruso; y el socialismo revolucionario, que aspira a la efectiva liberación económica y política de las masas trabajadoras del mundo entero.

La implantación del socialismo está, pues, a la orden del día.

2. El movimiento histórico y la lucha de clases

La doctrina socialista no es un conjunto de dogmas estáticos, sino una concepción viva, esencialmente dinámica, que expresa en el orden de las ideas políticas las tendencias creadoras del proletariado moderno. Producto de una situación histórica definida, ella se ha ceñido en su desarrollo al ritmo del movimiento social, enriqueciéndose de continuo con la experiencia de lucha de la clase trabajadora.

El socialismo no formula principios absolutos, de abstracta validez universal, ni se afirma tampoco en un concepto metafísico, y por lo mismo intemporal, de la naturaleza humana; parte de una consideración realista del hombre concreto, sujeto de necesidades siempre cambiantes y portador de valores siempre relativos, del hombre histórico y social que crea las condiciones objetivas de su propia vida y va siendo, a la vez, condicionado por ellas en el proceso de la existencia.

Como en la naturaleza, todo en la historia está sujeto a la ley de una incesante transformación. No hay instituciones definitivas, ni valores eternos. La historia es un complejo devenir en el que nuevas formas de vida surgen sin cesar, un proceso dialéctico en el que por virtud de internas tensiones la realidad social constantemente se modifica.

El marxismo proporciona un método fecundo de interpretación sociológica. Impulsados por sus necesidades, los hombres hacen la historia, desarrollando fuerzas físicas y anímicas capaces de producir bienes culturales. La índole y el manejo de esas fuerzas productoras de cosas y valores, imponen determinadas relaciones en la convivencia y el trabajo, relaciones que son, por lo menos, en gran medida, independientes de la voluntad de los individuos. Es decir, el régimen de cultura configurado por los crecientes rendimientos de la actividad social de los hombres circunscribe y orienta sus iniciativas creadoras.

Por razones obvias, la clase dominante en un momento dado —la clase que ejercita el derecho de propiedad sobre las fuerzas materiales de producción— asigna al orden institucional que la favorece un carácter de permanencia que por su naturaleza misma él no puede tener, ya que en su propio seno se van generando nuevas fuerzas sociales —representadas por una nueva clase—, las que han de provocar, andando el tiempo, modificaciones revolucionarias en la estructura y el funcionamiento de la sociedad.

El fenómeno de la lucha de clases —más virtual que explícito en las sociedades antiguas y medievales— es en la época moderna, fundamentalmente económica, el factor dinámico por excelencia de la vida histórica. De él resulta la progresiva inestabilidad de las sociedades modernas agitadas en su base misma por las fuerzas de antagónico sentido, irreductibles a cualquiera integración dentro de las actuales relaciones de propiedad.

La lucha de la burguesía contra la nobleza dentro de la sociedad feudal y del Estado monárquico, primero, y la lucha del proletariado contra la burguesía dentro de la sociedad capitalista y del Estado democrático-liberal, en seguida, han respondido, cada una en su época, a la necesidad de ajustar las normas jurídicas que regulan las relaciones de los grupos económico-sociales al estado de desarrollo de las fuerzas productoras.

Preferentemente en su aspecto económico, estas últimas han alcanzado bajo el régimen capitalista —merced al aprovechamiento intensivo de los adelantos científicos en la industria y los transportes— un desarrollo gigantesco, transformando por completo las relaciones humanas en el interior de los Estados y las relaciones de los Estados en la política mundial.

3. La quiebra del capitalismo

El régimen capitalista ha dejado de ser útil al progreso de las sociedades y se ha convertido en obstáculo para que las formas

de convivencia y de trabajo, de más alto valor humano que dentro de su propia evolución se han ido generando, puedan alcanzar su normal desenvolvimiento. Así lo indican los incesantes trastornos que experimentan las sociedades y los Estados: las estructuras jurídicas y políticas no son capaces de contener las fuerzas productoras cada día incrementadas por nuevos aportes de la técnica científica.

El mundo entero ha entrado en un período de revolución social.

Los reajustes parciales que se introducen en las instituciones de cada país y los intentos para llegar a una coordinación internacional de los procesos económicos —como medio para asegurar la paz sin alterar la esencia del sistema imperante— resultan inadecuados en relación con la magnitud de los factores en juego. Mientras el aparato industrial y financiero sea propiedad de círculos privados, que lo manejan teniendo en vista sus particulares intereses de lucro y predominio, subsistirá el estado de guerra latente que existe entre las clases y naciones.

Dentro del capitalismo no podrán tener solución conveniente los múltiples problemas que se derivan de la general inseguridad, las luchas por los mercados y las fuentes de materias primas, las crisis periódicas que denotan las internas contradicciones del sistema de producción y de cambio, el subconsumo de la mayoría de la población trabajadora y el paro forzoso de grandes masas de hombres hábiles con su trágica secuela de miserias físicas y morales.

Pero, sobre todo, se irá acentuando en las nuevas generaciones la deformación psicológica producida por la creciente mecanización de la vida propia del industrialismo supertecnificado, la que implica como inevitable proceso correlativo una progresiva deshumanización del hombre. el carácter sórdidamente utilitario de la civilización burguesa ha deformado ya las mentalidades, dentro de todas las clases sociales, encuadrándolas en una estre-

cha concepción de los fines de la existencia.

Lejos de liberar a los hombres de las necesidades materiales, las fuerzas económicas desarrolladas por el capitalismo los manifiestan en una servidumbre de hecho que no sólo limita su vida física, sino que menoscaba sensiblemente las posibilidades de su vida moral. Los bienes de la cultura son, en mayor parte, inaccesibles para la mayoría de los hombres. Más aún: los mismos poseedores de los medios de producción —los señores feudales de la moderna economía— están sujetos tanto como los asalariados, aunque de ello sean menos conscientes, a las mutilaciones morales que impone el régimen del cual usufructúan.

La subsistencia del capitalismo amenaza la continuidad de la cultura, porque el capitalismo se afirma en la negación de la persona humana. Sólo la acción revolucionaria de los trabajadores y de sus organizaciones de clase aseguran el destino de la humanidad.

4. La revolución rusa y su regresión

El socialismo encuentra actualmente, en todas partes, como uno de sus principales obstáculos, la acción de los partidos comunistas que diciéndose propulsores del movimiento emancipador de la clase obrera no hacen sino servir la política de expansión del Estado soviético. La doble faz que presenta la política comunista introduce la desorientación en los trabajadores: a primera vista, no siempre es fácil discernir, en efecto, lo que en ella hay de socialismo revolucionario, de lo que en ella hay de nacionalismo expansionista.

La revolución de Octubre tiene, en la historia del movimiento proletario, una significación trascendental. Por primera vez, a través de ella, la clase obrera se apoderó del Estado y emprendió una política tendiente a crear las bases objetivas y subjetivas para la construcción ulterior del socialismo. Esto implicaba la acelerada

transformación, a través del proceso revolucionario, de una sociedad todavía semifeudal en una sociedad democrática orientada hacia el desarrollo de una economía de tipo socialista.

Sin embargo, la política inicial de socialización del poder económico se fue convirtiendo en una mera estatización que condujo progresivamente a un régimen de capitalismo de Estado, dirigido por una burocracia que ejerce el poder en forma despótica, sometiendo a una verdadera servidumbre a la clase trabajadora. De este modo, los auténticos fines del socialismo, para servir a los cuales se realizó la revolución de Octubre, se han ido desvirtuando cada vez más en función de una política de Estado que no tiene en cuenta los intereses de los trabajadores.

Dentro del régimen soviético se encuentra suprimida, en general, la propiedad privada sobre los medios de producción y de cambio; pero la forma de capitalismo de Estado, bajo el control de la burocracia política de carácter totalitario, ha invalidado los objetivos esenciales de la revolución socialista. Hay, por eso, una diferencia radical entre la posición teórica y práctica del socialismo revolucionario y la que ha asumido, en la realidad de los hechos, el comunismo soviético. El socialismo revolucionario lucha, fundamentalmente, por el establecimiento de un nuevo régimen de vida y de trabajo en el que se den las mayores posibilidades de expansión de la personalidad humana. Medio indispensable para alcanzarlo es la socialización de los instrumentos de producción, de cambio. Pero en ningún caso acepta la estatización burocrática del poder económico, porque ella conduce necesariamente a la esclavitud política de la clase trabajadora.

El socialismo revolucionario combate en todas partes la política comunista, porque ella vulnera los fines históricos del movimiento proletario y supedita las reivindicaciones de la clase trabajadora de los distintos países a las conveniencias específicas del Estado soviético en el plano de las relaciones con las grandes potencias. El socialismo defiende el sentido internacional del mo-

vimiento revolucionario de los trabajadores y no puede aceptar, por lo tanto, que se pretenda ponerlo al servicio de los intereses económicos, diplomáticos o estratégicos de ningún Estado nacional.

En resumen, la trágica experiencia soviética ha demostrado que no se puede llegar al socialismo sacrificando la libertad de los trabajadores, en cuanto instrumento genuino de toda creación revolucionaria y garantía indispensable para resistir las tendencias hacia la burocratización, la arbitrariedad y el totalitarismo. El sacrificio de las libertades, en un régimen colectivista, conduce inevitablemente a inéditas formas sociales de carácter clasista y antidemocrático, del todo ajenas al sentido humanista y libertario del socialismo.

5. El humanismo socialista

Producto genuino de la evolución económica y social de los pueblos modernos, el socialismo representa, en cambio, la continuidad orgánica de la cultura. El sentido profundo de su acción revolucionaria lo constituye una valorización integral de la persona humana, hoy día desvirtuada por las condiciones de vida, negativas y mecánicas de la sociedad burguesa.

La jerarquía de los valores se encuentra alterada y los fines han sido suplantados por los medios. El hombre, que es el valor por excelencia, aparece convertido en un mero resorte de la prodigiosa maquinaria industrial, y la producción de riquezas materiales, en vez de servir a las necesidades colectivas, se ha constituido por sí misma en un fin. El socialismo quiere rescatar al hombre de esta servidumbre en que se encuentra; quiere, para ello, establecer una legítima jerarquía tanto en los valores como en las cosas.

El orden positivo que reclama la evolución económica debe corresponder al orden ético que exige la justicia social. Uno y

otro son inseparables para el socialismo como expresiones de una situación histórica. La tarea fundamental de nuestra época —que es, también, la misión de honor de la clase obrera, cuyo destino se identifica con el de toda la sociedad— consiste en organizar racionalmente las fuerzas productoras para hacerlas servir a los intereses del hombre y de su vida. Estos intereses no pueden ser otros que aquellos que miran al pleno desenvolvimiento de la personalidad humana, dentro de condiciones justas de vida y de trabajo.

La técnica de producción creada por el hombre debe estar, íntegramente, al servicio de sus necesidades; el progreso de la economía no puede ser considerado como el objetivo final de sus esfuerzos, sino la base de su desarrollo cultural. Dentro de la sociedad burguesa sucede, precisamente, lo contrario; la técnica, manejada con propósitos de lucro por las minorías capitalistas, esclaviza al hombre al trabajo asalariado, y la producción de riquezas, desvirtuada en sus fines por el interés de clase, ha sido colocada por encima de todos los valores de la cultura.

El socialismo es, en su esencia, humanismo.

A la actual realidad del hombre, mecanizado como simple elemento productor por las exigencias del utilitarismo capitalista, opone el socialismo su concepción del hombre integral, en la plenitud de sus atributos morales y de sus capacidades creadoras. El humanismo de la revolución burguesa ha tenido que limitarse a las formas políticas y jurídicas, y, aun dentro de ellas, se ha manifestado más en las leyes que en los hechos. El humanismo de la revolución socialista, que ha de eliminar la división de la sociedad en clases de intereses contrapuestos, tiene, en cambio, un carácter total.

Los fines del individuo y los fines de la sociedad son, ciertamente, incompatibles sobre la base del dominio privado de los instrumentos de producción; pero ellos han de identificarse en un régimen que asegure a cada cual los medios para resolver los

problemas de su propia existencia con su aporte de trabajo al bienestar común. Así, mediante la abolición de los privilegios económicos, será posible la verdadera libertad en una democracia auténtica.

El socialismo recoge, pues, las conquistas políticas de la burguesía para darles la plenitud de su sentido humano. Por lo tanto, todo régimen político que implique el propósito de reglamentar las conciencias conforme a cánones oficiales, siendo contrario a la dignidad del hombre, es también incompatible con el espíritu del socialismo. Ningún fin puede obtenerse a través de medios que lo niegan: la educación de los trabajadores para el ejercicio de la libertad tiene que hacerse en un ambiente de libertad.

La organización socialista del poder económico está lejos de suponer, como los enemigos del socialismo pretenden, el control gubernativo de la vida espiritual y política de los individuos; por el contrario, únicamente sobre la base de la propiedad social de los medios de producción podrán los individuos obtener la seguridad material que les permita ejercer en forma completa sus derechos políticos y desarrollar, sin las restricciones que la situación actual les impone, sus iniciativas creadoras en relación con los valores del espíritu.

Como heredero del patrimonio cultural, el socialismo no pretende otra cosa que extender a todos los miembros de la sociedad las ventajas de la seguridad económica y las posibilidades de libertad creadora que hoy son privativas de minorías privilegiadas. Los fueros de la conciencia personal en lo que concierne a los sentimientos y a las ideas, así como a su expresión legítima, son tan inalienables para el socialismo como el derecho de los trabajadores a designar libremente a sus representantes en la dirección de las actividades comunes.

No excluye, pues, el socialismo ninguna de las formas superiores de vida. A la inversa, él es la única garantía de que, en un futuro próximo, puedan ellas darse con mayor contenido humano,

una vez superada la crisis por que atraviesa el mundo contemporáneo. El proceso de la decadencia de la cultura —acelerado por los conflictos de todo orden que resultan de las contradicciones internas, cada día más agudas, del capitalismo imperialista— sólo puede ser detenido por la implantación del socialismo.

6. La planificación y la libertad

Como socialistas, consideramos el concepto de libertad en relación con las condiciones de vida de la época. No se trata de la abstracta libertad de los filósofos, ni de la libertad para la explotación de las masas preconizada por el liberalismo burgués. Cada etapa del desenvolvimiento histórico ofrece al hombre determinadas posibilidades de libertad, dentro del conjunto de relaciones objetivas que resultan, fundamentalmente, del régimen de propiedad y de producción. Las libertades que proclamó la burguesía han sido, por eso, letra muerta para los que no disponen sino de su fuerza de trabajo.

Los progresos de la técnica social alcanzados hasta ahora, unidos al desorden inherente a los modos capitalistas de producción, han reducido al extremo el margen de acción de las iniciativas creadoras y entaban, esterilizándolo, el juego de las fuerzas vitales de la sociedad. Si continúa la anarquía económica en que el capitalismo se debate, la civilización entera corre el peligro de caer en la pendiente de una progresiva disolución. La etapa de la libre concurrencia tiene que ser definitivamente superada.

Esto lo comprenden los directores de las grandes empresas que realizan sus negocios dentro y por encima de los Estados y tratan de coordinar sus actividades de modo que les permitan mantener la política de ganancias. Hay una tendencia a la planificación en los círculos nacionales e internacionales del capitalismo, la que se ve estimulada por el interés de los gobiernos, que tropiezan con dificultades cada vez mayores, en la solución de los

problemas que se les plantean. Ninguna política de índole constructiva puede realizarse sin la base estable de una economía orgánica.

El capitalismo liberal, fundado en la concurrencia y la libertad de comercio, ha desaparecido. El capitalismo monopolizador que lo reemplazó no sólo no ha reducido la anarquía del mercado, sino que, por el contrario, le ha dado un carácter particularmente convulsivo. La necesidad de un control sobre la economía, de una "dirección estatal", de una "planificación", es reconocida ahora por, casi todas, las corrientes del pensamiento burgués y pequeñoburgués, desde los teóricos del fascismo hasta los de la socialdemocracia. Pero este control, esta dirección, esta planificación, que esbozan o realizan en parte los capitalistas en períodos de alta tensión social, se efectúa en los cuadros de la propiedad privada de los medios de producción y de cambio y en beneficio de los propietarios de dichos medios, y no atenúan ni mejoran la situación económica de las masas, redoblando, por el contrario, su explotación.

Existe también la planificación de tipo soviético que, si bien diverge totalmente de la de tipo capitalista por sus fines y naturaleza, no ha traído el debido mejoramiento de las clases trabajadoras rusas, en razón de que la burocracia la realiza con acelerado ritmo para mantener sus privilegios de casta, intensificar el poderío político y militar del Estado y mantener su inestable equilibrio ante el amenazante cerco capitalista mundial.

Ni la planificación capitalista, ni la planificación soviética, responden al imperativo histórico.

El estado de la técnica productora, con la complejidad de relaciones que determina, sólo hará posible la liberación de los trabajadores de todos los países dentro de una planificación de la economía mundial. La planificación del socialismo se distingue de las otras en que no se hará para satisfacer el interés privado ni para robustecer un despotismo político, sino para colocar el poder

económico al servicio de la colectividad trabajadora. Esto implica la necesidad de transformar, radicalmente, el régimen de propiedad. Por razones éticas, y ahora principalmente por razones prácticas, las cosas que tienen un destino social no pueden continuar siendo propiedad particular de individuos y de grupos. La socialización de los medios de producción, como fundamento de una economía planificada para satisfacer mejor las necesidades humanas, constituye el objetivo primordial de la política socialista.

Las circunstancias concretas determinarán, en cada país, las modalidades a que el proceso de socialización del poder económico tenga que ajustarse en su desarrollo; pero, en términos generales, él deberá evitar cuanto conduzca a una centralización burocrática que esterilizaría las iniciativas creadoras de los trabajadores y abriría paso a nuevas formas de opresión estatal. Fundamentar la democracia política en la seguridad económica es condición básica de una planificación socialista.

La madurez política de la clase obrera, expresada en una sólida organización sindical, es indispensable para la planificación socialista. Los sindicatos han de ser considerados no sólo como instrumentos de lucha para obtener reivindicaciones específicas de clase, dentro del régimen capitalista y del Estado burgués, sino también como los cuadros técnicos de la futura sociedad y los organismos de base para la generación del poder revolucionario. Sólo a través de ellos podrá realizarse la planificación de las actividades económicas sin menoscabo de las libertades democráticas de los trabajadores.

7. El socialismo y el Estado

El socialismo no acepta, en ninguna forma, la deificación del Estado.

Como órgano coercitivo, el Estado es un producto de la

lucha de clases y su función consiste en defender, mediante la fuerza si es necesario, los privilegios de la clase dominante. Cuando los antagonismos de clase hayan desaparecido, el Estado en su actual carácter de aparato represivo carecerá de razón de ser. La tendrá, en cambio, como organismo técnico que coordine superiormente los procesos económicos y los servicios públicos, de acuerdo con los planes de los trabajadores organizados por las distintas funciones sociales.

La conquista del actual Estado es, sin embargo, condición previa de la revolución socialista. No podrá realizarse la transformación radical de la estructura de la sociedad sin un desplazamiento del poder político desde la minoría capitalista a la clase trabajadora. Este desplazamiento será, necesariamente, la culminación de un proceso orgánico, que se realizará en la superficie de la vida histórica en la forma que determine la resistencia que ofrezcan los grupos privilegiados a las fuerzas en ascenso de la revolución socialista.

El socialismo es revolucionario. La condición revolucionaria del socialismo radica en la naturaleza misma del impulso histórico que él representa. No depende, por lo tanto, de los medios que emplee para conseguir sus fines. Sean éstos cuales fueren, el socialismo siempre es revolucionario, porque se propone cambiar las relaciones de propiedad y de trabajo como principio de una reconstrucción completa del orden social.

Las condiciones objetivas y subjetivas determinarán, en cada país, los caracteres en que se desenvuelva el proceso revolucionario. Ningún cálculo abstracto puede anticiparse eficazmente a las contingencias reales del devenir social.

El socialismo tiene que adecuar su política a las situaciones concretas, procurando aprovechar las posibilidades que ellas ofrezcan para el logro de sus objetivos históricos. La permanente subordinación de los medios a los fines le impedirá caer en el burocratismo pasivo de la socialdemocracia y en la desviación

nacionalista del comunismo soviético, los dos peligros que amenazan al movimiento revolucionario de la clase trabajadora en su espíritu y en su sentido.

Expresión política de la burguesía y del capitalismo, el Estado democrático-liberal tiene órganos diferenciados de poder que expresan el juego de los intereses de clase dentro de un orden jurídico definido, pero carecen de una estructura que corresponda a la naturaleza de las fuerzas sociales que en él actúan, sobre todo en el plano de las actividades directamente productoras. La democracia concebida así, de una manera mecánica, tiene un alcance puramente formal y la libertad interpretada como expresión abstracta de la soberanía no pasa de ser una ficción metafísica.

Resueltos los antagonismos de clase por la socialización del poder económico, la autoridad pública ha de ser la expresión superior de la interdependencia de las funciones colectivas. La desaparición paulatina de las formas estadales de control político, correlativa al desarrollo planificado del trabajo social, hará posible una verdadera democracia, es decir, una democracia orgánica en la que los hombres, ciudadanos y productores, realizarán la integración de lo individual y lo colectivo, de la libertad y la necesidad.

8. El socialismo y la clase trabajadora

Para el socialismo, el concepto de clase trabajadora no está circunscrito a los sectores urbanos del proletariado industrial, sino se extiende a todos aquellos que, no siendo poseedores de instrumentos de producción de riqueza material, obtienen sus medios de subsistencia en forma de sueldos, salarios, o remuneraciones directas, con el empleo de su capacidad personal de trabajo. La clase trabajadora es, en todos los países, la mayoría nacional.

Así entendida, la clase trabajadora comprende desde los

profesionales libres hasta los campesinos a jornal. Todos experimentan, en mayor o menor grado, los efectos de la inseguridad económica propia del régimen capitalista y deprimente para la persona humana. No hace el socialismo distinción esencial alguna entre las diversas formas de trabajo. Todas son igualmente dignas y necesarias en el dinámico complejo de relaciones que constituye la realidad social. Ello no obstante, es la clase obrera la que experimenta en sí, con mayor intensidad, su condición de explotada en la sociedad capitalista. Es ella en consecuencia, también, la que objetivamente representa el núcleo central del movimiento revolucionario de los trabajadores.

Es el actual régimen económico el que condena a la mayoría de la clase trabajadora, es decir, a los obreros de la ciudad y del campo, a una vida precaria de esfuerzo físico mecanizado y casi exclusivo, que les impide incorporarse al goce pleno de los bienes culturales. El sentido profundo de la revolución socialista se define, precisamente, por su aspiración a que todos los hombres — liberados de la inseguridad económica mediante el cumplimiento de su deber social de trabajo productor— puedan vivir su vida intelectual y moral integrándose en la cultura de la época y dándole el impulso vital que ella necesita.

La unidad de la clase trabajadora es condición necesaria de la revolución socialista, tanto en el orden económico como en el orden político. El socialismo propicia, por lo tanto, la organización unitaria, nacional e internacional de los trabajadores para la lucha por sus reivindicaciones específicas de clase. Esta unidad es la base indispensable para la acción revolucionaria que deberá llevar, en un momento determinado, a los sindicatos y demás organismos obreros a la lucha directa contra la sociedad capitalista en su conjunto.

9. La situación de la América Latina

Los problemas económico-sociales tienen en la América Latina características que no se dan en el resto del mundo. Debemos plantearlos en términos positivos y buscar sus soluciones específicas sin subordinar nuestra posición revolucionaria a los fines políticos, económicos o estratégicos de ninguna de las grandes potencias que actualmente luchan por la hegemonía mundial. No podemos estar ni con el imperialismo anglosajón ni con el expansionismo ruso. Debemos estar únicamente con nosotros mismos, al servicio de la revolución socialista.

Para que la América Latina pueda influir en la conservación de la paz y en el destino de la civilización es necesario que deje de ser una expresión geográfica y se convierta en una realidad política. Consciente de ello, el socialismo lucha por la unidad continental, sobre la base de la formación de una economía orgánica antiimperialista. La política socialista en la América Latina tiene un doble significado: es el único medio eficaz para la emancipación de las masas obreras y campesinas y la única garantía cierta de nuestra independencia nacional y continental.

Nuestra burguesía no ha conseguido desarrollar, ni en lo económico ni en lo político, la totalidad de sus posibilidades como clase dominante. Nuestra estructura económico-social presenta las contradicciones de fondo propias de los países semicoloniales y dependientes que dificultan la acción revolucionaria de los partidos populares: junto a formas de vida y de trabajo de tipo feudal, como las que existen en la agricultura bajo el régimen del latifundio, tenemos una fragmentaria producción industrial dependiente en sus principales rubros del control técnico y financiero del capitalismo internacional.

Correlativamente, la madurez política de las masas acusa en el campo y en la ciudad considerables desniveles, que se acentúan en aquellas zonas en que predomina el elemento indígena. Por

otra parte, las clases dirigentes, tomadas en su conjunto, se encuentran psicológica y socialmente retrasadas en el campo de las rápidas transformaciones de la economía moderna. No están en condiciones de llevar a cabo la política constructiva de gran alcance que ha de colocar a nuestros países a la altura de las circunstancias históricas.

Una política de tal naturaleza exige la movilización de todos los recursos humanos y materiales para integrar económica y culturalmente a las masas en una auténtica sociedad democrática, levantando su nivel de vida mediante la extirpación de los residuos feudales de nuestro régimen agrario y el aprovechamiento intensivo de nuestras fuentes de riqueza. Sólo podrá realizarla la voluntad organizada del pueblo mismo, a través de los partidos nacionales que, efectivamente, lo representan con sentido revolucionario y conciencia responsable, capaces de enfrentarse con igual energía a las dos fuerzas que amenazan nuestro desarrollo democrático y nuestro porvenir socialista: el capitalismo reaccionario y el totalitarismo soviético.

Por las razones señaladas, corresponde en el momento actual a los partidos socialistas y afines de la América Latina llevar a término en nuestros países semicoloniales las realizaciones económicas y los cambios jurídicos que en otras partes ha impulsado y dirigido la burguesía. Las condiciones anormales y contradictorias en que nos debatimos, determinadas por el atraso de nuestra evolución económico-social en medio de una crisis, al parecer decisiva, del capitalismo, exigen una aceleración del proceso de la vida colectiva; tenemos que acortar las etapas mediante esfuerzos nacionales solidarios para el aprovechamiento planificado del trabajo, de la técnica y del capital que tengamos a nuestra disposición.

El progreso material, en naciones más favorecidas, ha sido el efecto del espontáneo juego de fuerzas vitales y sociales en tensión creadora. Entre nosotros, tendrá que ser el resultado de

una organización de la actividad colectiva, hecha con un criterio técnico y dirigida con un propósito social. El giro de los sucesos mundiales y la urgencia de los problemas internos no dan ocasión para esperar. Por ineludible imperativo de las circunstancias históricas, las grandes transformaciones económicas de la revolución democrático-burguesa —reforma agraria, industrialización, liberación nacional— se realizarán, en nuestros países latinoamericanos, a través de la revolución socialista.

10. Perspectiva de Chile

La situación de Chile es, en la actualidad, paradójica: sociológicamente, es decir, en cuanto dice relación con el desarrollo institucional, somos tal vez el país más adelantado, pero en lo que se refiere a las bases naturales del progreso material —población, fuentes de riqueza, etc.— estamos en condición subalterna en la América Latina. Lo segundo nos impide desempeñar, en la determinación de los destinos comunes, la función rectora que, de acuerdo con los primero, debiéramos tener.

Por su misma madurez política y social, Chile no puede apartarse, en la consideración de ninguno de los problemas, del punto de vista continental. Una política chilena de sentido socialista tiene que basarse en el examen objetivo que nuestras realidades y posibilidades dentro del sistema de correlaciones que determina la situación americana tomada en su conjunto. No estamos en condiciones —ningún país lo está— de poner en obra iniciativas de gran trascendencia que se sustraigan a toda conexión con los demás procesos económicos y políticos que se desenvuelven en la América Latina.

Los países de América Latina formamos de hecho un complejo orgánico. Cada uno de ellos puede desarrollarse independientemente de sus congéneres, pero a condición de someterse cada vez más a la influencia colonizadora del capital monopolis-

ta. Si queremos actuar con cierta personalidad histórica en la determinación de una pacífica y democrática convivencia mundial, estamos previamente obligados a cambiar nuestros esfuerzos nacionales en una política unitaria.

Esto significa, en primer lugar, el abandono de los propósitos anarquizantes de autarquía y competencia que han inspirado, hasta aquí, el fomento de la producción agrícola e industrial, sin otro resultado que mantener en las masas bajos niveles de vida y acentuar en los rubros sustantivos del comercio nuestra subordinación con respecto de las grandes empresas extranjeras. El nacionalismo político, estimulado en su propio interés por las oligarquías criollas, ha facilitado el control imperialista de nuestros mercados de consumo y de nuestras fuentes de materias primas.

Como un aporte funcional a la constitución de una economía latinoamericana de carácter orgánico corresponde a Chile, en este período de transición a nuevas formas de convivencia, realizar una política técnicamente planificada de activa industrialización. Por las condiciones naturales de su medio geográfico y las aptitudes predominantes de su pueblo está Chile llamado a ser en el continente, una gran usina que complemente con su actividad la vida económica de los demás países, cuyos productos específicos vengan también a complementar la nuestra a través de mecanismos regulares de cooperación y de intercambio.

Una política de esta naturaleza, que tienda al aprovechamiento intensivo de nuestros recursos naturales, exige la movilización completa del potencial humano por medio de las organizaciones de trabajadores, la nacionalización de las industrias básicas, y las reformas del régimen agrario, el manejo estatal de los servicios públicos, especialmente de los de seguridad, salubridad y educación, la convergencia, en fin, de todas las fuerzas sociales creadoras en un propósito de superación nacional. El Estado mismo tiene que ser rehecho en su estructura orgánica de acuerdo con la realidad geográfica y económica de la nación.

Sólo la voluntad de la clase trabajadora puede llevar a término esta empresa cuya urgencia se hace sentir tan fuertemente en este período de transición que estamos viviendo. Sobre ella no actúan las inhibiciones que se derivan de los intereses creados ni gravita el lastre de los prejuicios tradicionales. Únicamente ella está en condiciones de dar a la sociedad chilena la superior integración e impulso constructivo que la coloquen, de nuevo, en la avanzada del movimiento continental.

11. Directivas principistas

De acuerdo con lo expuesto la acción política del Partido Socialista chileno se ajustará a las siguientes directivas:

I. El Partido Socialista, sobre la base de una interpretación marxista de la realidad, lucha porque se establezcan condiciones de vida —económicas, sociales y políticas— que permitan al hombre el pleno desarrollo de su personalidad por el trabajo, dentro de una estructura social renovada en función de los más altos valores éticos de la conciencia humana. Para ello, el Partido Socialista considera de imperativa necesidad la transformación integral del régimen existente, hecha sobre la base de las conquistas sociales alcanzadas hasta ahora por la actividad de los hombres en el proceso orgánico de la cultura.

II. Como medio para llegar a una transformación completa del régimen capitalista el Partido Socialista propicia la socialización del poder económico, es decir, la abolición de la propiedad privada de los instrumentos de producción que tienen un empleo de alcance social.

El Partido Socialista considera que la socialización de la producción y el intercambio de la riqueza sólo podrán realizarse, sin menoscabo de los fines libertarios y humanos del socialismo, sobre la base de las organizaciones sindicales y técnicas de la clase trabajadora.

III. El Partido Socialista sostiene que sólo la planificación técnica de la producción, la circulación y la distribución de la riqueza pueden liberar al hombre de la servidumbre económica, asegurándole su derecho a la vida por medio del trabajo, el acceso a todos los bienes de la cultura y el goce efectivo de las libertades humanas.

Desaparecidas las clases mediante la socialización del poder económico, se hará posible una convivencia democrática real y no meramente formal, como la que existe en la sociedad burguesa. El Estado perderá sus atributos de poder sobre las personas para convertirse en el supremo coordinador de los procesos económico-sociales.

IV. El Partido Socialista rechaza, por lo tanto, como esencialmente contraria al socialismo, la concepción totalitaria del Estado que implica una regimentación coercitiva de las conciencias individuales. El régimen por cuya implantación lucha ha de fundamentar la democracia política en la seguridad económica.

Junto con socializarse los medios de producción, será reemplazada la pseudodemocracia actual, que se basa en un concepto individualista y abstracto de la soberanía popular, por una democracia orgánica que responda a la división real del trabajo colectivo.

V. El Partido Socialista sustenta, en lo internacional, la política revolucionaria y democrática de la clase trabajadora, opuesta a toda forma de imperialismo y propicia a todo lo que facilite la cooperación pacífica de los pueblos. Esta última sólo será realmente estable cuando la clase trabajadora haya alcanzado, en los distintos países, sus objetivos históricos.

En las condiciones actuales y en el plano continental el Partido Socialista lucha por una pacífica y democrática convivencia internacional, ajena a toda forma de presión imperialista y opuesta a la existencia de regímenes dictatoriales y totalitarios.

Para hacer posible este sistema de convivencia continental

se hace necesario que los países latinoamericanos traten con los Estados Unidos en un plano de igualdad y dignidad, para lo cual el Partido Socialista propugna la progresiva unificación latinoamericana, sobre bases progresistas y democráticas.

El proceso de unificación latinoamericana, mirado con perspectiva socialista, implica el desarrollo concertado de nuestros recursos económicos con miras a nuestra liberación del imperialismo. Los pueblos de la América Latina integrados en una comunidad de naciones socialistas constituirán un factor decisivo para el porvenir del mundo.

VI. Para superar la crisis por que atraviesa Chile y dar comienzo a la reconstrucción orgánica de la vida nacional, con miras a establecer las condiciones que requiere la realización del socialismo, el Partido Socialista propicia una planificación económica que promueva el aprovechamiento intensivo de nuestros recursos naturales y asegure el alza del nivel de vida de las masas.

La planificación económica propugnada por el Partido Socialista debe tener un carácter integral y revolucionario. Debe ser integral en cuanto debe afectar al total de nuestra vida económica, en todas las fases del proceso y en todas sus modalidades. Debe ser revolucionaria en cuanto no ha de limitarse sólo al control y dirección de las actividades económicas privadas, sino que ha de promover la transformación de las bases estructurales de nuestra economía.

VII. Una planificación integral de nuestra economía con la perspectiva revolucionaria de transformar nuestra estructura económica, exige una modificación básica de la organización política y administrativa del Estado que permita a éste llegar a ser el instrumento de la acción política de los trabajadores en pos de sus objetivos históricos y el instrumento eficaz para realizarlos.

ULTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

PERIODÍSTICOS

El humor es más fuerte

1973-1991

Guillo

Informe Rettig

Operación Siglo XX

Patricia Verdugo y

Carmen Hertz

Frei, Allende

y la mano de la CIA

Traducción y compilación

de Cristián Opaso

Los secretos

del Comando Conjunto

Mónica González / Héctor Contrera

El retorno verdadero

Jorge Arrate

NARRATIVA

Los años de la serpiente

Antonio Ostornol

Los regresos de Azul

Jorge Arrate

La estación amarilla

frente al mar

Ismael Llona

ORNITORRINCO

El esfuerzo de renovación ha tenido un sentido: demostrar que a pesar de los duros años de la dictadura y de las "verdades" destruidas, la capacidad de elaboración y reflexión de los socialistas chilenos no se ha detenido ni se detendrá. Alimenta esta decisión la certeza que tenemos —aun cuando el socialismo se encuentra sometido a un duro cuestionamiento— que este permanece vigente en función de sus objetivos de construir una sociedad en la cual desaparezcan las razones estructurales de la división de los hombres entre explotados y explotadores, y entre dominados y dominadores, constituyendo aún la esperanza de millones de seres humanos en todo el Planeta.

Ricardo Núñez